# Alicia en el País de las Maravillas

LEWIS CARROLL



Este maravilloso volumen reúne tres de las obras mayores de Carroll, las dos dedicadas a las alucinantes aventuras de Alicia, el único personaje que se somete a la lógica y al raciocinio en un mundo de fantasía, y "La caza del Snark", el relato en ocho episodios de una expedición cuyo objetivo es capturar a un híbrido de serpiente y tiburón. Además esta edición incorpora en los dos textos de Alicia los insuperables dibujos de John Tenniel.



Lewis Carroll

# Alicia en el país de las maravillas (trad. Luis Maristany)

## A través del espejo. La caza del Snark.

**ePub r1.2**

**Titivillus** 24.05.16

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland. Through the Looking-Glass, and What Alice Found There. The Hunting of the Snark*
Lewis Carroll, 1865
Traducción: Luis Maristany
Ilustraciones: John Tenniel
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Prólogo

Hélas, Mme. Strauss, il n'y a pas de certitudes, même grammaticales.

M. PROUST
*circa* agosto de 1908

Es un raro privilegio que hoy, al cabo de los años, los lectores de *Alicia* no tengan edad, sexo, profesión o nacionalidad determinadas. *Alice's Adventures in Wonderland* y *Through the Looking-Glass* son parte del patrimonio colectivo; se han vuelto objetos de referencia común para un heterogéneo personal, que incluye a pequeños y a adultos, a oficiantes del lenguaje y a matemáticos, más allá incluso del ámbito inglés, fenómeno este sin duda sorprendente dado el recio soporte lingüístico sobre el que se asientan ambos libros. Alicia (en muchas lenguas) y, con ella, el Conejo Blanco, el Gato de Cheshire, la Reina Roja, Humpty Dumpty y tantos otros, parecen morar en nuestra memoria con absoluta naturalidad. Y al igual que ocurre con Kafka, reconocemos tal o cual situación, tal o cual idea o salida verbal, como carrollianas, al margen de que sean o no de Lewis Carroll.

¿Cómo describiríamos ese mundo insólito, cuya existencia se nos antoja anterior a su invención, que Carroll descubrió y visitó allá por los años sesenta del siglo XIX, en la Inglaterra victoriana? El lugar de las maravillas, o de lo maravilloso, parecería próximo en su arranque al de los cuentos de hadas (animales humanizados y dotados del habla, sacudidas y transformaciones continuas como las sufridas por Alicia y por el bebé convertido en cerdito, apariciones y desapariciones del gato…), de no constatarse enseguida que los resortes que por dentro mueven el relato son

muy distintos. Los cambios no ocurren a título de compensación moral, como castigo o recompensa, sino que son indicio y consecuencia de la esencial inestabilidad que alcanza en todos sus dominios a la obra; el mundo invocado no resulta todo él homogéneamente «encantado», sino que, en la caja de sorpresas que Carroll reservó para Alicia, hay bromas o invenciones ambiguas, guiños que cuestionan lo mágico por dentro; la acción no ocurre en un tiempo remoto (el consabido «Érase una vez» reaparece, en cambio, como comienzo de la versión abreviada, infantil: *Alicia para los pequeños*), sino en el presente de la protagonista que, no lo olvidemos, fue la niña real por y para quien fue escrito el relato. Carroll, pues, desde muy pronto, se desmarcó del género feérico —tal vez inconscientemente para desmarcarse de un público limitado, el infantil— y situó a Alicia en problemática posición, ante un entorno nuevo, fuera de su habitual marco de referencias.

En una primera aproximación, el país de las maravillas es un mundo al revés y, quizá, alternativo al racional y serio de donde procedía la niña. Cuando esta, en los inicios de su aventura subterránea, y de acuerdo a las enseñanzas de la escuela, conjetura hasta dónde podrá conducirle su descenso por la madriguera, imagina el término al otro lado de la tierra, en las *antípodas* (por más que la palabra le salga un poquitín alterada), donde lo normal será literalmente andar cabeza abajo. Y ese lugar opuesto al lado de acá se aprecia acaso de modo más claro aún, mediante sistemáticas inversiones, en el libro *A través del espejo*.

Este mundo al revés, mentalmente patas arriba, jocoso y anárquico, tenía en la poesía inglesa de la época un nombre emblemático, *nonsense* (sinsentido o disparate), a cuyo afianzamiento contribuyó Carroll, junto con Edward Lear, con algunas muestras perfectas. La poesía del *nonsense* se sirve a menudo de fortuitas asociaciones de sonidos, en especial la rima (opuesta a la razón), o de mecánicas variaciones conceptuales en torno a un mismo esquema sintáctico, para implantar el reino autónomo del absurdo. El resultado, en potencia al menos, es un mensaje que produce desconcierto y placer; y al oírlo, el lector tiende a admitir, como Alicia ante ciertas observaciones del Sombrerero, que si por una parte carece totalmente de significación, resulta por otra, y al mismo tiempo, correcto. La gratuidad es la primera regla; y el que escribe, una vez ha desterrado de su órbita el sentido

común, no sabe adónde le conducirá el juego (*La caza del Snark* se inició impremeditadamente a partir del último verso y sin saber cómo iba retrospectivamente a continuar) porque el único plan, o intención, es seguir jugando. Pues bien, el disparate poético no solo se introduce con regularidad, como parodias, en los dos relatos de *Alicia*, sino que da la pauta y constituye para ellos el modelo general más válido.

Carroll no era solo un practicante del humor y del juego; era, como buen entendido en lógica, un clarividente observador (que seguía jugando). El mencionado comentario metalingüístico de la niña ante las salidas del Sombrerero es expresivo de ello. Pero sin entrar en esta atractiva vertiente, que vincula su faceta inventiva con la teórica, observemos que fue la Alicia real quien, con ocasión del cuento oral, reclamó el «sinsentido» como único requisito de la historia que Carroll le contaba: *there will be nonsense in it!* (poema inicial de *Alice in Wonderland*). Entiéndase, en la intención de la niña: que no haya mensaje, sea cual sea, sentimental, patriótico o moral.

Cierto carácter reivindicativo de la Alicia real frente a los tediosos libros «infantiles», o de la Alicia inventada, como cuando muestra un malestar físico ante la moralizante Duquesa (auténtico payaso social), no puede hacernos perder de vista el lado más visible del carácter de la niña en ambos relatos. Alicia es una niña muy correcta y formal, prácticamente domesticada, concebida según unos modelos —y modales— victorianos y trasplantada, ay, a un país de locos, donde no hay tipo sensato ni razonamiento que se salve. Ella «visita» los países de las maravillas y del espejo, observa todo con distancia («¡qué curioso!» es una expresión clave en ella), discute a sus genuinos habitantes generalmente desde la más estricta sensatez y no pocas veces siente temor ante la idea de no regresar nunca más a la normalidad de donde partió. Bien sé que tal esquema es muy parcial, que su curiosidad —más poderosa que su miedo— le impele a vivir la aventura que, a fin de cuentas, en su sueño buscó. Admitamos, en todo caso, que Alicia se perfila como una figura ambigua, que no se entrega sino a medias a su nueva experiencia. Carroll ha invertido genialmente el cuadro y así vemos cómo una *niña adulta* se resiste ante los juegos, las bromas y las excentricidades de unos *adultos niños*. Estos son los que representan más propiamente el mundo que reconocemos como carrolliano; por tanto, para descubrirlo, habrá que

atender a sus movimientos y a sus palabras.

Ahora bien, precisamente porque Alicia es la única figura excéntrica respecto al código mental que rige en los países creados por Carroll (es la única que pretende incumplir la regla general que con imperturbable calma le lanza el Gato de Cheshire: aquí estamos todos locos), su papel es esencial, más allá del de ser mero hilo narrativo que une los episodios. Con su incredulidad no poco ingenua, no solo cumple una función intermediaria ante el lector, el cual ve y oye en complicidad con ella, sino que —mucho más importante— sirve provocativamente para dar cuerda a unas criaturas que, de no ser por su presencia, acaso no sentirían ningunas ganas especiales de expresarse. En suma, Alicia es la interlocutora ideal, la encargada de alimentar las melancolías verbales de la Falsa Tortuga o los delirios del lingüista Humpty Dumpty.

Mencionar a estos personajes es referirse a la primacía que Carroll, a medida que avanzaba en su proyecto, fue otorgando al diálogo, entendido como instrumento básico de su fantasía. Todos los personajes, incluso los más lacónicos (piénsese en la Oruga), se definen, más que por sus acciones, por sus palabras, y cabría trazar un perfil lingüístico muy preciso de no pocos de ellos. Pero ocurre además, y Alicia no es en este punto una excepción a la regla, que son todos muy aficionados a hablar. Discuten siempre, aunque de nada en concreto; más bien, tal vez, juegan a hablar. A veces lo difícil, lo más irritante, es entrar en conversación, y Alicia lo sabe; pero una vez iniciada aquella, los personajes se entregan, como si tuvieran toda la vida por delante, a practicar el juego de la palabra. Todo consiste en estar mentalmente atento o, por el contrario, en provocar un estado flotante, asociativo, y dejar que por turnos, en el curso de las intervenciones, se deslice por sí misma, con absoluta gratuidad, la película del diálogo.

Cualquier operación es buena si relanza el juego. He aquí algunos resortes muy eficaces: pasar sin previo aviso del sentido figurado al literal; dar la vuelta a un vocablo o a una frase y remirarlos aislados de su contexto; malentender una palabra y desviarse hacia otras fónicamente próximas; personalizar nombres abstractos, como Tiempo o Nadie, y hacerlos actuar; matricularse en la escuela de etimólogos que preside Humpty Dumpty… Pero detengámonos aquí: no hay discordia; Alicia está perfectamente entretenida

con el juego. Aproveche el lector y entre, si quiere, dentro de este nuevo recinto, en castellano, de Lewis Carroll.

LUIS MARISTANY

# La presente edición

Se ofrecen en esta edición las tres obras capitales de Carroll: los dos libros de *Alicia* y *La caza del Snark*. Van precedidas de unas notas introductorias que procuran dar la imprescindible información. El lector que desee conocer todo lo que anecdóticamente se sabe sobre *Alicia* puede acudir a la magnífica edición anotada por Martin Gardner. De todos modos, se ha confeccionado auxiliarmente, al final del volumen, un *dossier* con los documentos de mayor interés en relación con las mencionadas obras.

Es sabido la dificultad que entraña traducir obras que, como las de Carroll, están repletas de chistes y juegos verbales, de parodias y «disparates» poéticos. Pues bien, en la presente versión se ha preferido recrear directamente, incluso cambiando alguna vez de arriba abajo un párrafo si el juego lo requería, que explicarlo en nota a pie de página. Tal opción, naturalmente, entraña su mayor o menor porción de fracaso (no siempre uno encuentra un paralelo afortunado con el original); pero había que correr el riesgo, como también —creo yo— había que arriesgarse a recrear los poemas. Se ha prescindido, en cambio, de la referencia paródica que estos guardan en el original. Téngase en cuenta que, incluso en inglés, el lector no tiene en mente, como lo tenía la Alicia real y con ella los lectores de entonces, los poemas de Isaac Watts, Thomas Hood o de quien fuera. Ya pasó el tiempo en que se hacía aprender de memoria ciertas composiciones a los niños; y a fin de cuentas, la literatura paródica se ve obligada a pasar doblemente la prueba del tiempo: no perdura propiamente sino a partir del momento en que han quedado olvidados los motivos circunstanciales que la inspiraron. Tal vez en esto ocurra con *Alicia* lo mismo que ocurrió con el *Quijote*.

# ALICIA
# en el País de las Maravillas
(1865)



*El proceso de gestación de* Alice in Wonderland *duró tres años y pasó por tres fases: el cuento oral, la versión manuscrita y la redacción final. La primera tuvo lugar en el curso de un paseo en barca por el Támesis el cuatro de julio de 1862. Charles L. Dodgson anotaba ese día escuetamente en su Diario: «Seguido el río hasta Godstow con las tres pequeñas Liddell; tomamos el té en la orilla y no regresamos a Christ Church hasta las ocho y media». Un añadido posterior aclara que en dicha ocasión les contó* Las aventuras subterráneas de Alicia, *título primitivo que todavía conservaría en la versión manuscrita. La expedición estaba formada por las tres Liddell (Lorina, Alice y Edith, Prima, Secunda y Tertia del poema inicial, que respectivamente contaban entonces trece, diez y ocho años), Dodgson y un amigo de este, el reverendo Robinson Duckworth. El grupo, por cierto, figura recreado en el mojado pícnic del final del capítulo II (trasunto de la lluvia ocurrida en el curso de otro paseo en barca, el 17 de junio del mismo año): Lorina es Lory (Loro), Edith es Eaglet (Aguilucho), Duckworth es Duck (Pato) y Dodgson (que a causa de su tartamudeo pronunciaba su apellido «Do-Do Dogson») es Dodo. La tarde en que brotó el cuento oral quedó grabada en la mente de Carroll: fue, simbólicamente, «la dorada tarde» (aunque, en realidad, según se ha podido averiguar, fuera más bien húmeda y nublada) del citado poema introductor de* Alicia, *y la evocó también en las composiciones inicial y final (donde figura, en acróstico, el nombre completo de la niña) de* A través del espejo. *Pueden consultarse, en apéndice, los testimonios de Dodgson (especial interés posee su artículo «Alicia en la escena» de 1887), de la propia Alicia (ya convertida en Mrs. Hargreaves) y de R. Duckworth.*

*Carroll afirmó no recordar otro motivo para escribir el cuento que el de*

*«complacer a una niña a la que quería» y, al parecer, contó a Duckworth que permaneció en vela «casi toda la noche, dedicado a rememorar en un manuscrito las extravagantes aventuras con que tanto había avivado aquella tarde». Sea como fuere, el Diario fecha en el 13 de noviembre, es decir, cuatro meses más tarde, el inicio de la redacción: «Empezado a escribir el cuento para Alicia, que les conté el 4 de julio, yendo a Godstow: espero terminarlo en Navidades». No lo acabó hasta febrero del siguiente año, y seguidamente se puso a ilustrarlo, tarea que lo ocupó hasta septiembre de 1864. Dos meses después enviaba a Alicia, como obsequio de Navidad, el manuscrito, cuya publicación, en facsímil, tuvo lugar en 1886* (Alice's Adventures Underground). *Según el Diario (entrada del 9 de mayo de 1863) George MacDonald y su mujer expresaron a Carroll su deseo de ver publicado el cuento. Encargado al editor MacMillan, se iniciaba la reescritura del manuscrito que, ilustrado esta vez por el dibujante John Tenniel (con quien entró en contacto a principios de 1864), apareció en libro en 1865 bajo el título de* Alice's Adventures in Wonderland.

*El notable estirón que ofrece la versión final, respecto a la manuscrita, afecta sobre todo a partir del capítulo VI. Este —«Cerdo y pimienta»— y el siguiente —«Una merienda de locos»— son enteramente nuevos, y en la práctica lo son también el once —«¿Quién robó las tartas?»— y el doce —«La declaración de Alicia»—, pues en el manuscrito ocupan los dos juntos solo tres páginas. Señalemos, entre los demás añadidos de auténtica importancia, los recuerdos de escuela del Grifo y la Tortuga, llenos de juegos de palabras. En realidad, la fantasía lingüística de Carroll, que le condujo a potenciar el papel del diálogo, solo se manifiesta plenamente al pasar a la redacción final.*

*En 1890, el autor publicó una versión para los pequeños «de cero a cinco años»* (The Nursery «Alice»).

*En la dorada tarde nuestra barca*
*se desliza sin prisa:*
*impulsan ambos remos unos brazos*
*inhábiles de niñas,*
*mientras en vano sus manitas pugnan*
*por trazar nuestra vía.*

*¡Ah, Trinidad cruel! ¡En esa hora,*
*bajo un cielo de ensueño,*
*cuando el aire no agita ni una hoja,*
*me piden que urda un cuento!*
*¿Mas cómo va a oponerse una voz sola*
*a tres lenguas a un tiempo?*

*Prima, imperiosa, lanza el veredicto:*
*«Inícialo ahora mismo».*
*Secunda, más benigna, solo pide*
*«que sea un sinsentido»,*
*mientras Tertia interrumpe por minuto*
*una vez como mínimo.*

*Pronto las tres en silencio imaginan*
*las idas y venidas*
*de la niña soñada en un país*
*de extrañas maravillas,*
*locuaz con bestias, pájaros… Que es cierto*

*casi lo jurarían.*

*Y cuando el narrador ya siente exhausta*
*su fuente de inventiva*
*y se propone a postergar la historia*
*diciendo con fatiga:*
*«Lo restante, mañana». «¡Ya es mañana!»,*
*reclaman las tres niñas.*

*Así surgió el País de Maravillas,*
*así, pues, paso a paso,*
*se forjaron sus raras aventuras.*
*El cuento se ha acabado.*
*Y en penumbra, feliz tripulación,*
*hacia casa remamos.*

*Recibe, Alicia, el cuento y deposítalo*
*donde el sueño de Infancia*
*abraza a la Memoria en lazo místico,*
*como ajada guirnalda*
*que ofrece a su regreso el peregrino*
*de una tierra lejana.*



# 1
# Descenso por la madriguera

Alicia empezaba a estar harta de seguir tanto rato sentada en la orilla, junto a su hermana, sin hacer nada: una o dos veces se había asomado al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía ilustraciones ni diálogos, «¿y de qué sirve un libro —pensó Alicia— si no tiene ilustraciones ni diálogos?».

Así que estaba considerando (como mejor podía, pues el intenso calor la hacía sentirse muy torpe y adormilada) si la delicia de tejer una guirnalda de margaritas le compensaría de la molestia de incorporarse y recoger las flores, cuando de pronto un conejo blanco de ojos rosados pasó velozmente a su lado.

Nada extraordinario había en todo eso, y ni siquiera le pareció nada extraño oír que el Conejo se dijera a sí mismo: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué tarde voy a llegar!» (cuando después pensó en el asunto, se sorprendió de que no le hubiera maravillado, pero entonces ya todo le resultaba perfectamente natural); sin embargo, cuando el Conejo, sin más, se sacó un reloj del bolsillo del chaleco, y lo miró y apuró el paso, Alicia se levantó de un brinco porque

de pronto comprendió que jamás había visto un conejo con chaleco y con un reloj en su interior. Y ardiendo de curiosidad, corrió a campo traviesa detrás de él, justo a tiempo de ver cómo se colaba por una gran madriguera que había bajo un seto.

Allí se metió Alicia al instante, tras él, sin pensar ni por un solo momento cómo se las ingeniaría para volver a salir.

Por un trecho, la madriguera seguía recta como un túnel, y luego, de repente, se hundía; tan de repente que Alicia no tuvo ni un instante para pensar en detenerse, sino que se vio cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo.

O el pozo era muy profundo o ella caía muy despacio; el caso es que, conforme iba cayendo, tenía tiempo sobrado para mirar alrededor y preguntarse qué iría a suceder después. Primero trató de mirar abajo y averiguar adónde se dirigía, pero estaba demasiado oscuro para ver nada; luego miró las paredes del pozo y advirtió que estaban llenas de alacenas y estantes. Veía, aquí y allá, mapas y cuadros colgados. Al pasar por uno de los estantes, cogió un tarro con una etiqueta que decía: «MERMELADA DE NARANJA», pero qué desencanto: estaba vacío. No quiso soltarlo por miedo a matar a alguien; así que se las arregló para colocarlo, al paso que caía, en uno de los estantes.

«¡Bueno —pensó Alicia—, después de una caída así, ya puedo rodar por las escaleras que sean! ¡Qué valiente, van a pensar que soy en casa! ¡No chistaría ni aunque me cayera del tejado!» (lo cual era más que probable).

Abajo, abajo, abajo. ¿Es que nunca iba a terminar de caer? «Me pregunto cuántos kilómetros he caído ya —dijo en voz alta—. Debo de estar llegando al centro de la Tierra. Veamos: eso sería unos seis mil quinientos kilómetros, creo…» (pues, como veis, Alicia había aprendido cosas de este tipo en la escuela, y aunque no fuera precisamente la mejor ocasión para exhibir sus conocimientos, ya que no había nadie que la escuchara, siempre era una buena práctica repetirlo). «Sí, esa será la distancia…, pero entonces ¿en qué latitud o longitud me encuentro?» (Alicia no tenía ni idea de lo que significaban esas palabras, pero al decirlas le sonaban muy hermosas y nobles.)

Y empezó otra vez: «Me pregunto si caeré atravesando directamente la

Tierra… ¡Qué divertido sería aparecer entre gente que va patas arriba! Las Antipáticas, creo que se llaman» (no poco se congratuló esta vez de que nadie la escuchara, porque la palabra no le sonaba del todo correcta). «… Pero tendré que preguntar el nombre del país. Por favor, señora, ¿es esto Nueva Zelanda o Australia?» (y al decirlo, intentó hacer una reverencia… ¡Figuraos, una reverencia, mientras caía por los aires! ¿Seríais capaces de hacerla?) «¡Y qué ignorante me juzgaría la señora! No, nunca lo preguntaré: tal vez lo vea escrito en algún lado.»

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer, así que Alicia se puso a hablar de nuevo. «¡Ay, creo que Dina me va a echar mucho de menos esta noche!» (Dina era la gata.) «Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dina querida, ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! No hay ratones en el aire, me temo, pero podrías atrapar algún murciélago, y eso, ya sabes, es muy parecido a un ratón. Pero ¿comen murciélagos los gatos?» Y aquí Alicia empezó a adormilarse y a repetir su pregunta como si soñara: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?», y a veces: «¿Comen los murciélagos gatos?», porque, como no podía dar respuesta a sus preguntas, poco importaba la manera de hacerlas. Sintió que se dormía y había empezado a soñar que iba de la mano con Dina y le preguntaba muy seria: «Ahora, Dina, dime la verdad: “¿Te has comido alguna vez un murciélago?”», cuando de pronto ¡bum!, ¡bum! fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas. El descenso había concluido.

Alicia no se hizo el menor daño, y al instante, de un salto, se incorporó: miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro; ante ella se abría otro largo pasadizo y aún vio al Conejo Blanco que se internaba apresuradamente. No había tiempo que perder: allá fue Alicia, como el viento, y llegó a tiempo de oírle decir mientras desaparecía por una esquina: «¡Por mis orejas y mis bigotes, qué tarde se me está haciendo!». Lo tenía casi a un paso, pero cuando ella dobló la esquina, el Conejo ya se había esfumado. Alicia se encontró en una sala larga y baja, alumbrada por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas por todos los lados de la sala, pero estaban todas cerradas, y cuando Alicia la hubo recorrido de parte a parte y tanteado una a una sus puertas, se encaminó tristemente hacia el centro, pensando cómo se las

arreglaría para salir.



De pronto se encontró ante una mesita de tres patas, toda ella de cristal: no había otra cosa encima que una diminuta llave de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que la llavecita correspondería a una de las puertas de la sala; pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes o la llave era demasiado pequeña, el caso es que no abría ninguna. Sin embargo, en un segundo intento, descubrió una cortina baja que no había notado antes, y detrás había una puertecita de unos cuarenta centímetros de altura. Probó la llavecita de oro en la cerradura y, con gran alegría, vio que ¡encajaba!

Alicia abrió la puerta y descubrió que conducía a un estrecho pasadizo, no mucho mayor que una ratonera. Se arrodilló y, a través del corredor, vio el más hermoso jardín que jamás hayáis visto. ¡Qué ganas tenía de dejar la sombría sala y deambular por entre aquellos lechos de rutilantes flores y aquellas frescas fuentes!, pero ni siquiera le entraba la cabeza por el hueco de la puerta; «y en caso de que pasara —pensó Alicia— de poco me serviría sin los hombros. ¡Ah, cómo me gustaría plegarme como un telescopio! Creo que podría, si supiera cómo empezar». Porque, ya veis, le habían ocurrido últimamente tantas cosas extraordinarias que Alicia empezaba a pensar que muy pocas eran realmente imposibles.

Era inútil quedarse allí plantada ante la puertecita, así que volvió a la mesa, con cierta esperanza de hallar encima otra llave o, al menos, un libro con las instrucciones para poder plegarse como un telescopio. Esta vez

encontró una botellita («que por cierto no estaba aquí antes», se dijo Alicia): tenía atada alrededor del cuello una etiqueta de papel, en mayúsculas bellamente impresas, con la palabra «BÉBEME».



Bien estaba eso de decir «bébeme», pero una niña tan precavida como Alicia no iba a bebérselo sin más. «No —se dijo—, primero habría que ver si indica o no veneno», porque había leído varias historias muy bonitas de niños que fueron quemados vivos o devorados por bestias salvajes y demás cosas desagradables, y todo por negarse a recordar los sencillos preceptos que amistosamente les habían inculcado. Por ejemplo: que un atizador al rojo vivo quema si se lo sostiene por mucho rato; o que si uno se hace un corte muy profundo con un cuchillo en el dedo, por regla general sangra, y que (eso Alicia no lo había olvidado) si uno bebe mucho de una botella que pone «veneno», lo más probable es que, tarde o temprano, haga daño.

Sin embargo, en el frasco no ponía «veneno»; así que Alicia se atrevió a probarlo y, como tenía un sabor muy rico (de hecho sabía a una mezcla de tarta de cerezas, natillas, piña, pavo asado, caramelo y crujientes tostadas de pan con mantequilla), se lo bebió de un trago.

* * * * * *
* * *

«¡Qué sensación más curiosa! —dijo Alicia—. ¡Creo que me estoy plegando como un telescopio!»

Y así era, en efecto: ahora solo medía veinticinco centímetros de altura, y se le iluminó el rostro ante el jardín. Antes, sin embargo, aguardó unos minutos para pasar por la puertecita que la conduciría al hermoso jardín. No obstante, esperó unos minutos para ver si seguía achicándose; se sentía un poco nerviosa por ello, pues «podría acabar desapareciendo del todo —pensó—, como una vela, ¿y qué sería de mí entonces?». Trató de imaginarse qué aspecto tiene la llama al apagarse, porque no podía recordar haber visto nunca una cosa semejante.

Al cabo de un rato, viendo que nada nuevo le ocurría, decidió entrar de inmediato en el jardín; pero, ¡ay, pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llavecita de oro, y al volver a la mesa por ella advirtió que no podía alcanzarla: la veía perfectamente a través del cristal, e intentó trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza; y agotada de su tentativa, la pobrecita se sentó y se puso a llorar.

«¡Ea, de nada sirve llorar así! —se dijo Alicia con bastante entereza—. ¡Te aconsejo que pares ahora mismo!» Solía darse muy buenos consejos (aunque pocas veces los pusiera en práctica) y a veces se reprendía con tal severidad que hasta le saltaban las lágrimas. Y aún recordaba que en una ocasión trató de darse un cachete por hacer trampas al jugar consigo misma en una partida de *croquet*, porque esta curiosa niña era muy aficionada a fingir que era dos personas. «¡Pero ahora es inútil pretender ser dos personas! —pensó Alicia—. ¡Si apenas ha quedado de mí lo suficiente para contar una persona entera!»

Poco después descubrió una cajita de cristal que había bajo la mesa: la abrió y halló en ella un minúsculo pastelillo sobre el que se leía, bellamente impresa con pasas, la palabra «CÓMEME». «Bueno, lo comeré —dijo Alicia—; si me hace más grande, podré coger la llave, y si me hace más pequeña, podré colarme por debajo de la puerta: así, de un modo u otro, ¡entraré en el jardín!»

Comió un poquitín y se preguntó con ansiedad: «¿Por dónde?, ¿por dónde?», poniéndose la mano encima de la cabeza para averiguar si era hacia arriba o hacia abajo; y no poco se sorprendió al ver que conservaba la misma estatura. En realidad, esto es lo que suele ocurrir cuando uno come pastel, pero tan habituada estaba Alicia a que solo le ocurrieran cosas extraordinarias que le pareció de lo más soso y estúpido que la vida siguiera su curso normal.

Así que, manos a la obra, pronto acabó con el pastel.

* * * * * *
* * *



# 2
# En un mar de lágrimas

«¡Más que recurioso, requetecurioso!», exclamó Alicia (tan sorprendida estaba en aquel momento que se olvidó por completo de hablar con entera corrección). «¡Qué estirón! ¡Ni que fuera el telescopio más grande del mundo! ¡Adiós, pies!» (porque al mirarlos le pareció que los perdía de vista, tanto se le alejaban). «¡Ay, mis pobres piececitos, quién os pondrá ahora los zapatos y los calcetines! ¡Estoy segura de que yo no! Demasiado lejos estaré para ocuparme de vosotros: tendréis que arreglároslas solitos, lo mejor que podáis… Pero debo ser amable con ellos —pensó Alicia— ¡o se van a negar a caminar por donde yo quiera ir! Les regalaré un par de botas nuevas todas las Navidades.»

Y siguió discurriendo cómo se las arreglaría. «¡Tendrá que ser por correo!

—pensó—. ¡Qué divertido enviar regalos a los mismísimos pies de una! ¡Y qué extrañas van a resultar las direcciones!

*Sr. D. Pie Derecho de Alicia*
*Felpudo de la Chimenea*
*Junto al Guardafuegos*
*(con cariños de Alicia).*

¡Ay, Dios mío, qué disparates digo!»

Fue entonces cuando su cabeza chocó contra el techo de la sala: de hecho ahora tenía algo más de dos metros y medio de altura; cogió al instante la llavecita y se precipitó hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Apenas si, tumbada de costado, podía mirar el jardín con un solo ojo; pero acceder a él era más que imposible: se sentó y otra vez irrumpió en llanto.

«¡Vergüenza debería darte llorar de esta manera! —se dijo Alicia—. ¡Una niña tan grande!» (Bien podía hablar así.) «¡Basta ya, te lo ordeno!» Pero siguió llorando litros y litros de lágrimas, como si nada, hasta formar alrededor un gran charco de unos diez centímetros de profundidad, que cubrió la mitad de la habitación.

Al cabo de un rato, oyó a distancia un leve sonar de pasos, y se secó rápidamente los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco, que regresaba muy elegantemente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Venía dando apurados saltitos y murmuraba para sí: «¡Ay, la Duquesa, la Duquesa! ¡Qué furiosa se va a poner si la hago esperar!». Alicia se sentía tan desesperada que estaba decidida a pedir ayuda a cualquiera que fuese; así que, cuando el conejo estuvo cerca, empezó a decirle con voz tímida y baja:



—Por favor, Señor…

Pero el Conejo, del susto, dejó caer los guantes y el abanico, y se escurrió en la oscuridad lo más deprisa que pudo.

Alicia recogió el abanico y los guantes y, como hacía mucho calor en la sala, se puso a abanicarse todo el tiempo que hablaba: «¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué extraño es todo hoy! ¡Y ayer, en cambio, era todo normal! ¿Habré cambiado durante la noche? Vamos a ver: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Casi creo recordar que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la pregunta siguiente es: ¿quién diablos soy? ¡Ah, ese es el gran enigma!». Y se puso a pensar en todas las niñas amigas de su misma edad, por ver si se había transformado en alguna de ellas.

«No soy Ada, estoy segura de que no —dijo—, porque lleva largos tirabuzones en el pelo, y el mío en cambio no tiene tirabuzones; y estoy segura de que tampoco soy Mabel, porque yo sé un montón de cosas, y ella…, ¡ella sabe poquísimas! Además, ella es ella, y yo soy yo y… ¡Ay, Dios mío, qué enrevesado es todo esto! A ver si sé todas las cosas que sabía antes. Veamos: cuatro por cinco, doce, y cuatro por seis, trece, y cuatro por siete… ¡Ay, Dios mío, a este paso nunca llegaré a veinte! Pero la tabla de

multiplicar no significa nada; probemos con la geografía. Londres es la capital de París, París la capital de Roma, Roma… ¡No, todo eso está mal, seguro! ¡Debo de haberme transformado en Mabel! Probaré a recitar “¡Ay, el pobre inocente…!”» Y cruzó las manos sobre el regazo, como si estuviera diciendo la lección, y empezó a recitar, pero la voz sonaba ronca y extraña, y las palabras no eran las mismas que solían ser:

*¡Ay, el pobre inocente cocodrilo,*
*cómo aprovecha su brillante cola*
*y derrama las aguas de ola en ola*
*por sus bellas escamas en el Nilo!*

*¡Qué alegre estás cuando muestras los dientes,*
*con qué celeridad abres tus garras*
*y a los peces saludas y desgarras!*
*¡Se cuelan por tus fauces sonrientes!*

«Seguro que esta no es la letra exacta —dijo la pobre Alicia, y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas mientras proseguía—: Al final resultará que soy Mabel y voy a tener que ir a vivir a su casucha, y para colmo casi sin juguetes, y ¡ay!, ¡tener siempre lecciones que aprender! No, eso sí que no: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí abajo! De nada les va a servir que se pongan cabeza abajo y me digan: “¡Anda, niña, sube!”. Me quedaré mirándolos y les diré: “¿Quién soy yo, primero? Contestadme, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra…”. Pero ¡Dios mío! —exclamó Alicia, estallando en lágrimas—. ¡Si al menos comparecieran cabeza abajo! ¡Estoy cansadísima de estar aquí tan sola!»

Al decir esto, se miró las manos y se sorprendió al ver que se había puesto uno de los guantecillos blancos del Conejo, mientras hablaba. «¿Cómo he podido hacerlo? —pensó—. Debo de estar achicándome otra vez.» Se levantó y fue a la mesa para medirse por ella; según sus cálculos, medía ahora unos sesenta centímetros de altura y seguía encogiéndose rápidamente. Pronto advirtió que la causa de ello era el abanico que tenía en la mano, y lo

arrojó al instante, justo a tiempo de no seguir decreciendo hasta su total extinción.

«¡Me libré por los pelos!», dijo Alicia, bastante asustada por tan súbita transformación, pero muy contenta al verse aún viva. «¡Y ahora, al jardín!» Y corrió a toda prisa hacia la puertecita; pero, ¡ay!, esta volvía a estar cerrada y la llavecita de oro había quedado, como antes, sobre la mesa de cristal, «y las cosas van de mal en peor —pensó la pobre niña—, ¡pues nunca, nunca fui tan pequeña como ahora! ¡Realmente horroroso!».

Al decir esto, resbaló y al instante, ¡plaf!, se hundió en agua salada hasta la barbilla. Lo primero que pensó fue que, de algún modo, había caído al mar, «en cuyo caso puedo regresar en tren» (Alicia, que había ido una sola vez a la playa, había llegado a la precipitada conclusión de que, fuera cual fuera el punto de la costa inglesa en que uno se encontrase, siempre podría hallar casetas móviles para bañarse en el mar, niños cavando en la arena con palas de madera, luego una hilera de hoteles y, al final, una estación de ferrocarril). Sin embargo, pronto comprendió que estaba en el propio mar de lágrimas que había derramado cuando sobrepasaba los dos metros y medio de altura.



«¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —dijo Alicia, mientras nadaba de un lado a otro y trataba de encontrar la salida—. ¡Supongo que ahora en castigo me ahogaré en mis propias lágrimas! ¡Esto sí que es extraño! Pero hoy todo es tan extraño…»

En ese momento oyó cerca un chapoteo en el agua y se acercó a nado para averiguar qué era. Al principio pensó que sería una morsa o un hipopótamo, pero luego, al recordar lo pequeña que era ahora, comprendió que solo se trataba de un ratón que había resbalado como ella.

«¿Vale la pena —pensó Alicia— dirigir la palabra a este ratón? Aquí abajo es todo tan extraordinario que no me extrañaría que el ratón pudiese hablar: en todo caso, nada se pierde intentándolo.» Así que comenzó:

—¡Oh, Ratón!, ¿sabes el modo de salir de este lago? Estoy fatigadísima de tanto nadar, ¡oh, Ratón!

Alicia pensó que esta era la forma más adecuada de dirigirse a un ratón: nunca lo había hecho, pero recordaba haber visto en la gramática latina de su hermano: «Un ratón — de un ratón — a un ratón — para un ratón — ¡oh, ratón!». El Ratón la miró con aire inquisitivo; a Alicia le pareció que le guiñaba un ojillo, pero nada dijo.

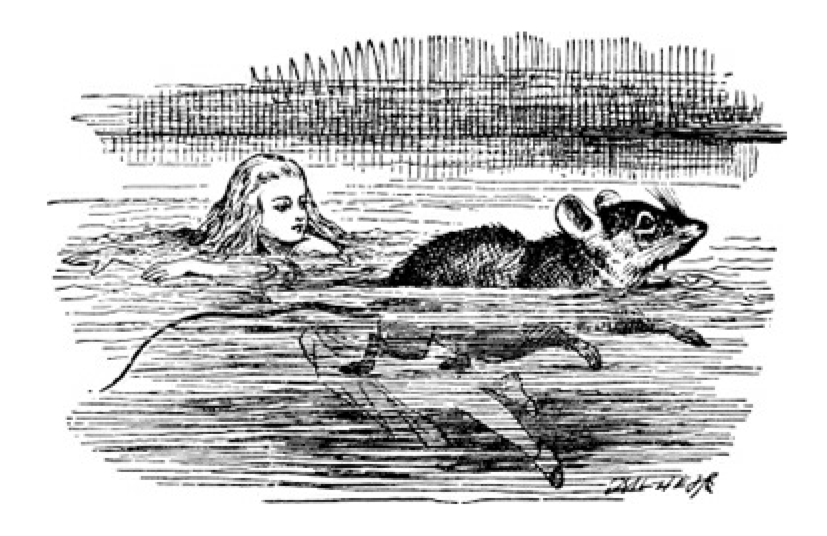
«A lo mejor no entiende mi lengua —pensó Alicia—. ¿Será un ratón francés, llegado con Guillermo el Conquistador?» (porque, pese a conocer tantos hechos de historia, Alicia no tenía muy claro cuándo habían sucedido). Así que volvió a empezar:

—*Où est ma chatte?* —que era la primera frase de su libro de francés.

El Ratón dio un repentino salto, y todo él se estremeció de espanto.

—¡Ay, perdón! —exclamó Alicia enseguida, temerosa de haber herido los sentimientos del pobre animal—. Se me olvidó que no te gustan los gatos.

—¡Que no me gustan los gatos! —gritó el Ratón, con voz chillona y llena de cólera—. ¿Te gustarían a ti si estuvieras en mi lugar?



—Bueno, posiblemente no —dijo Alicia en tono contemporizador—: no te enfades por eso. Pero me gustaría poder presentarte a nuestra gata Dina. Creo que no te desagradarían tanto los gatos si la vieras. ¡Es tan tranquila y

amable! —prosiguió Alicia, más bien para sus adentros, mientras nadaba con indolencia por el charco—; ¡y sentada junto al fuego, ronronea que es una delicia, y se lame las patas y se lava la cara… y es tan dulce y suave que da gusto mecerla… y tan estupenda cazando ratones…! ¡Ay, perdón! —exclamó de nuevo Alicia, porque esta vez el Ratón se puso todo erizado y, ella estaba segura, con cara de realmente ofendido—. Mejor será no hablar más de ella, si no te gusta.

—¡Mejor será, sin duda! —gritó el Ratón, que estaba temblando hasta la mismísima punta de la cola—. ¡Voy a querer yo hablar de semejante tema! Nuestra familia ha odiado siempre a los gatos: ¡sucios, bajos, rastreros! ¡Que no oiga esa palabra otra vez!

—¡De veras que no! —dijo Alicia, con mucha prisa por cambiar de conversación—. ¿Te gustan…, eres aficionado… a… los perros?

El Ratón no contestó, y así Alicia continuó ansiosamente:

—Cerca de casa hay un perro precioso. ¡Me gustaría mostrártelo! ¡Un pequeño terrier, de ojos brillantes, y con un pelo marrón tan largo y rizado! ¡Y cuando le arrojas cosas, las va a buscar, y se endereza para pedir la cena, y un montón de cosas más… que no puedo recordar ni la mitad… y pertenece a un granjero, y él dice que es tan útil que vale un dineral! Dice que mata todas las ratas y… ¡Ay, Dios mío! —exclamó muy afligida Alicia—. ¡Temo haberte ofendido otra vez!

En efecto, el Ratón se alejaba de ella, nadando con todas sus fuerzas, removiendo violentamente a su paso todo el charco.

Alicia lo llamó suavemente:

—¡Mi querido Ratón! ¡Vuelve y no hablaremos más de gatos ni de perros, si no te gustan!

Cuando el Ratón oyó eso, dio la vuelta y regresó nadando lentamente hacia ella: tenía la cara pálida (de cólera, pensó Alicia) y le dijo, en voz baja y temblorosa:

—Vamos a la orilla y te contaré mi historia, y comprenderás por qué detesto a los gatos y a los perros.

Ya era hora de irse, pues el charco se estaba llenando de pájaros y animales que habían caído dentro: había un Pato y un Dodo, un Loro, un Aguilucho y otras varias criaturas extrañas. Toda la comitiva —Alicia al

frente— se encaminó nadando hacia la orilla.

# 3
# Una carrera en comité y un cuento largo y con cola

De extraño aspecto era, ciertamente, el grupo que se congregó en la orilla: aves arrastrando tristemente sus plumas, animales con el pelaje pegado al cuerpo y todos chorreando, malhumorados e incómodos.

Por supuesto, la primera cuestión era decidir cómo secarse: hubo una consulta al respecto y, al cabo de unos minutos, Alicia se vio, con plena naturalidad, hablando familiarmente con ellos, como si los conociera de toda la vida. Mantuvo incluso una larga discusión con el Loro que, al final, enfurruñado, se limitaba a repetir:

—Soy mayor que tú; por tanto, tengo razón.

Alicia no podía admitir tal argumento sin saber qué edad tenía, y como el Loro se negaba en redondo a confesarla, no hubo más que hablar.

Por último, el Ratón, que entre ellos parecía gozar de cierta autoridad, gritó:

—¡Sentaos todos y escuchadme! ¡Que os voy a dejar secos en cosa de un instante!

Al punto todos se sentaron, formando un gran círculo alrededor del Ratón. Alicia tenía clavada en él ansiosamente la mirada, porque estaba convencida de que pescaría un terrible resfriado si no se secaba muy pronto.

—¡Ejem! —dijo el Ratón dándose aires de importancia—. ¿Preparados? Ahí va lo más seco y árido que conozco. ¡Silencio, por favor! Guillermo el Conquistador, cuya causa favorecía el Papa, muy pronto fue reconocido por los ingleses, que carecían de caudillos y que se habían habituado en los últimos tiempos a la usurpación y a la conquista. Edwin y Morcar, duques de Mercia y Northumbria…

—¡Uf! —suspiró tiritando el Loro.

—¡Perdón! —dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero con mucha corrección—. ¿Decías algo?

—¡No, no! —se apresuró a contestar el Loro.

—Creí que sí —dijo el Ratón—. Prosigo. Edwin y Morcar, duques de Mercia y Northumbria, se declararon a su favor; e incluso Stigand, el patriota arzobispo de Canterbury, que encontrándolo aconsejable…

—¿Encontrando qué? —dijo el Pato.

—¿Encontrándolo? —replicó algo irritado el Ratón—. Pero ¿no sabes «lo» qué significa?

—Sé muy bien qué significa «lo» —dijo el Pato— cuando soy yo el que lo encuentra: por lo general es una rana o un gusano. La cuestión es ¿qué encontró el arzobispo?

El Ratón, sin hacer caso de la pregunta, reanudó a toda prisa su historia:

—… encontrándolo aconsejable, fue con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo y le ofreció la corona. Al principio, la conducta de Guillermo fue moderada. Pero la insolencia de los normandos… ¿Qué tal te encuentras ahora, pequeña? —prosiguió, volviéndose a Alicia.

—Tan mojada como antes —contestó melancólicamente la niña—. No parece que esto me seque en absoluto.

—En ese caso —dijo el Dodo, alzándose solemnemente sobre sus patas —, propongo el aplazamiento de la asamblea, con vistas a la inmediata adopción de medidas más enérgicas…

—¡Habla llano! —dijo el Aguilucho—. No sé qué significan la mitad de esas palabras y, es más, ¡tampoco creo que tú lo sepas!

Y el Aguilucho agachó la cabeza para disimular una sonrisa, en tanto que otras aves no pudieron contener sus risitas.

—Lo que iba a decir —prosiguió en tono ofendido el Dodo— es que, para secarnos, lo mejor sería una Carrera en Comité.

—¿Qué es una Carrera en Comité? —preguntó Alicia, no porque tuviera ganas de saberlo, sino porque el Dodo había hecho una pausa, como previendo que alguien iba a hablar, y nadie en realidad parecía inclinado a hacerlo.

—¿Y qué importa eso? —replicó el Dodo—. La mejor manera de explicar una cosa es practicarla.

(Y por si alguno de vosotros cualquier día de invierno quiere practicarla, os diré cómo se las ingenió el Dodo.)

Primero marcó la pista para la carrera, en una especie de círculo («no importa la forma exacta», dijo) y luego todos los asistentes se fueron colocando aquí y allá, a lo largo de la pista. No hubo el tradicional «uno, dos, tres», sino que empezaron y terminaron la carrera a su antojo, de forma que no era fácil saber en qué momento había de concluir. Sin embargo, después de correr una media hora, y cuando ya se habían secado del todo, de pronto el Dodo gritó:

—¡Se acabó la carrera! —y todos se agruparon alrededor de él, jadeantes, preguntando:

—Pero ¿quién ha ganado?

Dar respuesta a tal pregunta exigía no pocas reflexiones, y el Dodo permaneció por un buen rato con un dedo en la frente (posición que habréis observado en muchos retratos de Shakespeare), mientras los demás guardaban silencio.

Por fin, dijo:

—Todos han ganado y todos recibirán premios.

—Pero ¿quién dará los premios? —preguntaron a coro los asistentes.

—Ella, naturalmente —sentenció el Dodo, señalando a Alicia con un dedo; y el grupo entero se apretujó al instante alrededor de la niña, reclamando confusamente:

—¡Premios! ¡Premios!

A Alicia no se le ocurría qué hacer. Apurada, metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de confites (que por suerte el agua salada no había estropeado) y los distribuyó como premios. Había exactamente un confite para cada uno.

—Pero ella también debe recibir premio —dijo el Ratón.

—Por supuesto —asintió con gravedad el Dodo—. ¿Qué más tienes en el bolsillo? —prosiguió, volviéndose a Alicia.



—Solo un dedal —contestó tristemente.

—Pásamelo —ordenó el Dodo.

Una vez más, todos se apretujaron alrededor de la niña, mientras el Dodo le ofrecía solemnemente el dedal, diciendo:

—Te rogamos que aceptes este elegante dedal.

Y al concluir su breve discurso, todos aplaudieron.

A Alicia le pareció que era muy absurdo todo eso, pero el grupo ofrecía un aspecto tan serio que no se atrevió a reír; y como no se le ocurría nada que decir, hizo simplemente una reverencia, y con la mayor gravedad, cogió el dedal.

Lo siguiente fue comer los confites. No sin cierto ruido y confusión, pues las aves grandes se quejaban de que ni siquiera podían apreciar el gusto de los suyos y las pequeñas se atragantaban y hubo que darles palmaditas en la espalda. Al fin, sin embargo, todo concluyó, y el grupo se sentó de nuevo en círculo y pidió al Ratón que les contase algo más.

—Me has prometido contarme tu historia —dijo Alicia—, y por qué odias tanto a los G y a los P —le susurró medio temerosa de volver a ofenderlo.

—¡Triste, larga y no sin cola es mi historia! —dijo el Ratón, entre suspiros, dirigiéndose a Alicia.

—Una cola ciertamente larga —dijo Alicia, contemplándola asombrada —, pero ¿por qué la llamas triste?

Y, conforme iba hablando el Ratón, siguió muy intrigada la trama y posible cola de la historia, que imaginó así:

Furia interpeló
a un ratón que
sorprendió en
un rincón:
«Convocaré
un tribu-
nal que no
cueste ni
un real.
¡Ea, va-
mos! No
hay excusa,
que aquí
soy yo
quien acu-
sa, que
en ver-
dad esta
mañana
de esto
solo tengo
gana».
Le dijo el
ratón al
perro:
«Estima-
do señor,
pero "Si
no hay ni
juez ni
jurado,
tal jui-
cio está
descar-
tado".
"Seré
el jura-
do y el
juez
—dijo
el tai-
mado—
a la vez.
Y la con-
dena en
total se-
rá pena
capi-
tal"».

—¡Tú no atiendes! —dijo severamente el Ratón a Alicia—. ¿En qué piensas?

—Perdona —dijo Alicia con mucha humildad—. Creo que ibas ya por la quinta curva.

—¡Menudo error el tuyo! —gritó bruscamente el Ratón, hecho una furia.

—¡Un nudo! —intuyó Alicia, dispuesta a acudir en su socorro y mirando ansiosamente alrededor—. ¡Ah, déjame que te ayude a deshacerlo!

—¡Ni hablar! —chilló el Ratón, ya en pie, alejándose del grupo—. ¡Me insultas al decir tales sandeces!

—¡No fue mi intención! —imploró la pobre niña—. ¡Pero te ofendes tan fácilmente…!

El Ratón gruñó por toda respuesta.

—¡Por favor, vuelve y termina tu historia!

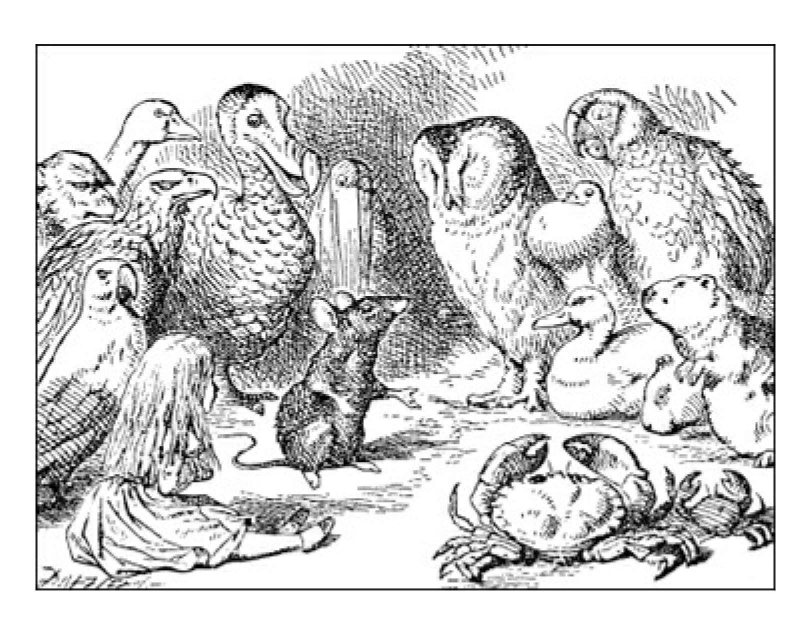
La llamada de Alicia fue coreada por todo el grupo:

—¡Sí, por favor, vuelve!

Pero el Ratón no hizo sino sacudir impacientemente la cabeza y apuró más el paso.

—¡Qué pena que no quiera quedarse! —suspiró el Loro, cuando el Ratón se hubo perdido de vista. Y una vieja madre cangrejo aprovechó la oportunidad para aconsejar a su hija:

—¡Ay, hija mía, que te sirva esto de lección: no pierdas nunca la paciencia!



—¡Cierra la boca, mamá! —le cortó la joven—. ¡Tú eres capaz de hacer perder la paciencia a una ostra!

—¡Ya quisiera yo tener aquí a nuestra Dina, y tanto! —dijo Alicia en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular—. Ella pronto nos lo traería.

—¿Y quién es Dina, si no es indiscreción? —preguntó el Loro.

Alicia, siempre dispuesta a hablar de su gatita, respondió con entusiasmo:

—Dina es nuestra gata. Y es única cazando ratones, ¡no os podéis imaginar! ¡Y ya me gustaría que la vierais detrás de los pájaros! Ve un pajarito ¡y se lo come!

Sus palabras produjeron entre los asistentes una auténtica conmoción. Algunos se marcharon en el acto; una vieja Urraca, arrebujándose con mucho esmero, puntualizó:

—¡Realmente debo irme a casa: el relente de la noche no es nada bueno para mi garganta!

Y un Canario, con voz temblorosa, llamó a sus crías:

—¡Vamos, pequeños! ¡Ya es hora de estar en cama!

Así, con diversos pretextos, todos se fueron y dejaron a Alicia sola.

«¡Ojalá no les hubiera mencionado a Dina! —se lamentó Alicia—. No gusta a nadie, aquí abajo, ¡y sin embargo es la mejor gata del mundo! ¡Ay, querida Dina, no sé si te volveré a ver!» Y la pobre niña se puso otra vez a llorar, pues se sentía muy sola y deprimida. Pero, al poco rato, volvió a oír unos leves pasos a lo lejos y alzó la mirada con cierta esperanza de que el Ratón, cambiando de idea, regresara a terminar su historia.

# 4
# La habitación del Conejo Blanco

Era el Conejo Blanco, que regresaba despacio, dando saltitos, y miraba con ansiedad alrededor, como si hubiera perdido algo. Alicia lo oyó murmurar: «¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Ay, mis patas queridas! ¡Por mi piel y mis bigotes! ¡Me hará ejecutar, tan cierto como que los hurones son hurones! ¿Dónde se me habrán caído?». Alicia adivinó enseguida que el Conejo se refería al abanico y al par de guantes de cabritilla; y, con la mayor diligencia, se puso a buscar por todas partes, pero no los veía por ningún lado: todo parecía haber cambiado desde que cayera en el charco, y la gran sala —con mesa de cristal y puertas— había desaparecido.

Muy pronto el Conejo notó la presencia de Alicia, que seguía registrando de un lado a otro, y le gritó enfadado:

—¡Eh, Mary Ann! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Corre a casa y búscame el abanico y los guantes! ¡Rápido, ahora mismo!

Alicia se asustó tanto que marchó corriendo en la dirección que le señalaba, sin tratar de aclarar el equívoco.

«Me ha tomado por su criada —se dijo mientras corría—. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando descubra quién soy! Pero mejor será que le traiga el abanico y los guantes… bien, eso si los encuentro.» Mientras así hablaba, llegó ante una casita muy limpia en cuya puerta había una placa de bronce con un nombre grabado: «C. BLANCO». Entró sin llamar y corrió escalera arriba, con mucho miedo de encontrarse ante la verdadera Mary Ann, no la fuera a echar de la casa antes de conseguir el abanico y los guantes.

«Qué raro es esto de hacer recados a un conejo —se dijo Alicia—. ¡A ver si también Dina me manda hacer los suyos!» Y empezó a imaginar lo que podía ocurrir:

«“¡Alicia! ¡Arréglate enseguida, que vas a salir! ¡Un momento, señorita! Que he de vigilar la ratonera hasta que vuelva Dina y cuidar que no se escape

el ratón…” ¡Aunque no creo —prosiguió Alicia— que a Dina la soporten en casa si se pone a dar órdenes a todo el mundo!»

Por entonces, Alicia había encontrado el camino que conducía a un cuartito muy aseado, con una mesa junto a la ventana, sobre la cual (tal como ella esperaba) había un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes blancos de cabritilla: recogió el abanico y un par de guantes y, cuando estaba a punto de dejar la habitación, sus ojos se posaron sobre una botellita junto al espejo. Esta vez no había ninguna etiqueta que dijera «BÉBEME», a pesar de lo cual la destapó y se la llevó a los labios. «La regla es que coma lo que coma o beba lo que beba ocurre algo interesante —se dijo—: así pues, a ver qué efecto tiene esta botella. ¡Espero que me haga crecer otra vez, porque estoy realmente harta de ser tan pequeñita!»

Y así fue, en efecto, mucho más deprisa de lo que había previsto: antes de haberse bebido la mitad de la botella, notó que el techo le oprimía en la cabeza y se tuvo que inclinar para no romperse el cuello. Dejó inmediatamente la botella, diciéndose: «Es suficiente… no vaya a crecer más… Ahora ni puedo cruzar la puerta… ¡Por qué habré bebido tanto!».

Pero ¡ay, demasiado tarde…! Siguió creciendo y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas; un minuto después, ni para eso había espacio, y trató de tumbarse con un codo contra la puerta y el otro brazo arrollado a la cabeza. Aún seguía creciendo y, como último recurso, sacó un brazo por la ventana y metió un pie en la chimenea, diciendo: «Ya no puedo crecer más, pase lo que pase. ¿Qué va a ser de mí?».

Por suerte para Alicia, la botellita mágica ya había hecho todo su efecto, y no creció más. Aun así, estaba muy incómoda y, como no parecía haber posibilidad de salir del cuarto, no era extraño que Alicia se sintiera desdichada.

«En casa —pensó la pobre Alicia— estaba mucho mejor, sin cambiar continuamente de tamaño y sin estar a merced de ratones y conejos. Casi habría preferido no haber entrado en la madriguera… a pesar de que… ¡qué curiosa es esta clase de vida! ¿Qué me habrá sucedido? Cuando leía cuentos de hadas, pensaba que tales cosas no ocurrían nunca, y ahora ¡aquí me tienes metida en una de ellas! Debería escribirse un libro sobre mis aventuras ¡y tanto que sí! Cuando crezca, lo escribiré yo… ¡Pero si ya estoy crecida —

añadió en tono lastimero—: al menos aquí, no hay espacio para crecer más!»



«Pero entonces —pensó Alicia— ¿nunca seré mayor de lo que soy ahora? En un sentido, esto sería un alivio… no ser nunca vieja… pero entonces… ¡siempre tendría que estudiar lecciones! ¡Ah, eso sí que no me gustaría nada!»

«¡Ay, qué tonta eres, Alicia! —se replicó a sí misma—. ¿Cómo vas a estudiar lecciones aquí? Si apenas hay espacio para ti, ¡cómo va a haberlo para los libros de clase!»

Y prosiguió así, primero en un papel y luego en otro, creando con ambos una especie de conversación; pero, unos minutos después, oyó afuera una voz y se dispuso a escuchar.

—¡Mary Ann! ¡Mary Ann! —decía la voz—. ¡Tráeme enseguida los guantes!

Oyó luego en la escalera un leve sonar de pasos. Alicia adivinó que era el Conejo que subía a buscarla, y tembló de tal forma que sacudió toda la casa, olvidando por completo que ahora era unas mil veces mayor que el Conejo y que no había motivo para asustarse.

El Conejo llegó casi enseguida a la puerta e intentó abrirla; pero, como la puerta se abría hacia dentro y el codo de Alicia la presionaba con fuerza, fracasó en su intento. Alicia oyó que el Conejo decía para sí: «Daré la vuelta y entraré por la ventana».

«¡Eso sí que no!», pensó Alicia y, tras esperar hasta que se imaginó que oía al Conejo bajo la ventana, alargó de repente hacia fuera la mano, con

ademán de atraparlo en el aire. No atrapó nada, pero oyó un pequeño chillido, una caída y un estrépito de vidrios rotos, de lo cual dedujo que posiblemente había caído en un invernáculo de pepinos o algo por el estilo.

Después le llegó una voz airada (la del Conejo):

—¡Pat, Pat! ¿Dónde estás?

Y luego otra que Alicia no había oído hasta entonces:

—Aquí, ¿dónde si no?, su señoría. ¡Excavando en busca de manzanas!

—¡Claro, excavando! —dijo irritado el Conejo—. ¡Ven y ayúdame a salir de aquí! —(Más ruido de vidrios rotos.)

—Ahora dime, Pat, ¿qué es eso, en la ventana?

—¡Pues un brazo, su señoría! —(Lo pronunció *baraso*.)



—¡Un brazo, so ganso! ¿Quién ha visto un brazo de ese tamaño? ¡Si ocupa toda la ventana!

—Cierto, su señoría, pero a pesar de todo es un brazo.

—Lo será, pero no es ese su lugar. ¡Anda, quítalo de en medio!

Hubo un largo silencio y Alicia solo pudo oír de vez en cuando un cuchicheo; frases como: «Cierto, su señoría, no me gusta nada, ¡nada en absoluto!». «¡Haz lo que te digo, cobarde!», hasta que Alicia extendió otra vez la mano, con nuevo ademán de atrapar algo al vuelo. Esta vez hubo dos breves chillidos y más ruido de vidrios rotos. «¡Qué cantidad de invernáculos debe de haber! —pensó Alicia—. Me pregunto qué irán a hacer ahora. Si tratan de sacarme por la ventana, ¡ojalá lo consigan! ¡Lo cierto es que estoy harta de estar aquí dentro encerrada!»

Aguardó un rato sin oír nada. Por fin, escuchó el traqueteo de las ruedas de un carrito y el sonido de muchas voces que hablaban al unísono. Captó algunas frases: «¿Dónde está la otra escalera…? ¡Eh!, yo solo tenía que traer una; la otra la tiene Bill… ¡Bill! ¡Tráela aquí, chico…! Aquí, ponedlas en el rincón… No, atadlas primero… No alcanzan aún ni a la mitad… ¡Qué exagerado! Es más que suficiente… ¡Aquí, Bill! Agárrate fuerte a la cuerda… ¿Lo aguantará el tejado…? ¡Ojo la teja suelta…! ¡Que se cae! ¡Cuerpo a

tierra! —(Gran estrépito)—… ¡Eh!, ¿quién hizo eso…? Fue Bill, me imagino… ¿Quién va a bajar por la chimenea…? ¡Yo, ni soñando! ¡Hazlo Tú…! Eso, ¡no cuentes conmigo…! Bill bajará… ¡Ven, Bill! ¡El amo dice que bajes por la chimenea!».

«¡Oh! ¿Así que es Bill quien va a bajar por la chimenea? —se dijo Alicia—. ¡Vaya, parece que todo se lo cargan a Bill! ¡Por nada del mundo quisiera estar en su pellejo! La chimenea seguro que es estrecha, pero espero aún poder dar alguna que otra patada…»



Extendió cuanto pudo el pie por el interior de la chimenea y esperó hasta advertir que el animalito (no pudo adivinar de qué clase) arañaba las paredes y se abría paso por la chimenea, justo encima de Alicia. «Este es Bill», se dijo. Le dio una fuerte patada y esperó a ver qué ocurría después.

Lo primero que oyó fue un coro de voces: «¡Allá va Bill!», y luego, la voz del Conejo:

—¡Recogedlo, junto a la valla!

Se hizo un silencio, seguido de nueva confusión de voces:

—Sostenedle la cabeza… Ahora dadle coñac… Sin que se atragante… Eh, chico, ¿cómo ha sido? ¿Qué te ha ocurrido? ¡Cuéntanoslo!

Por fin llegó una vocecita débil y chillona («Es la de Bill», pensó Alicia).

—Bueno, casi ni me enteré… No más…, gracias; ya estoy mejor… Pero demasiado aturdido para contároslo… Lo único que sé es que algo, como movido por un resorte, me impulsó ¡y salí disparado como un cohete!

—Así fue ¡realmente! —dijeron los otros.

—¡Hay que prender fuego a la casa! —dijo la voz del Conejo, y Alicia gritó con todas sus fuerzas:

—Si lo hacéis ¡os soltaré a Dina!

Se hizo al instante un silencio mortal y Alicia pensó: «¿Qué irán a hacer ahora? Si fueran un poquitín sensatos, quitarían el tejado». Al cabo de uno o dos minutos, empezaron a moverse nuevamente, y Alicia oyó que el Conejo

decía:

—Bastará con una carretilla, para empezar.

«Una carretilla ¿de qué?», pensó Alicia. Pero sus dudas se aclararon pronto, porque al poco una lluvia de piedrecitas sacudió la ventana, y algunas le dieron en la cara. «Voy a poner punto final a todo esto», se dijo, y gritó:

—¡Mejor será que no se repita! —lo cual produjo un nuevo silencio.

Alicia advirtió, con no poca sorpresa, que todas las piedras se volvían pastelillos conforme iban cayendo al suelo, y se le ocurrió una brillante idea: «Si como uno de estos pastelillos, seguro que se produce en mí algún cambio de tamaño; y como no puedo crecer más, me hará decrecer, supongo».

Así que se tragó uno de los pastelillos y vio con regocijo que enseguida empezaba a encogerse. Apenas se achicó lo suficiente para pasar por la puerta, salió corriendo de la casa y se encontró con una multitud de animalitos y aves que la aguardaban afuera. Bill, la pobre lagartija, estaba en el centro, sostenido por dos conejillos de Indias, que le hacían beber de una botella. Todos se abalanzaron sobre Alicia en el instante en que apareció, pero ella corrió con todas sus fuerzas y así se encontró pronto a salvo en un tupido bosque.

«Lo primero que he de hacer —se dijo Alicia mientras erraba por el bosque— es crecer hasta recobrar mi tamaño normal; y lo segundo es encontrar el camino hacia aquel bello jardín. Creo que este será el mejor plan.»

Sin duda sonaba excelente el plan: sencillo y claro. La única dificultad estribaba en que no tenía ni remota idea de cómo realizarlo; y mientras escudriñaba con ansiedad por entre los árboles, un pequeño ladrido que sonó justo encima de su cabeza la obligó a levantar precipitadamente la mirada.

Un enorme cachorro de ojazos redondos la miraba y, extendiendo con delicadeza una pata, intentaba tocarla.

—¡Pobrecito! —dijo Alicia, en tono mimoso, e intentó por todos los medios silbarle; pero se sentía al mismo tiempo aterrada ante la sola idea de que pudiera estar hambriento, en cuyo caso era muy probable que, a pesar de todos sus mimos, se la comiera.



Casi sin saber lo que hacía, cogió un palito y se lo tendió al cachorro, el cual saltó sobre sus cuatro patas a un tiempo, dando un ladrido de alegría, y se lanzó sobre el palito, como si fuera a atacarlo. Entonces Alicia se ocultó detrás de un gran cardo para evitar que la atropellara; y al momento de aparecer ella por el otro lado, otra vez se abalanzó el cachorro sobre el palito y, en su apresuramiento por cogerlo, cayó patas arriba, de cabeza. Entonces Alicia, pensando que todo esto era algo así como jugar con un caballo percherón, y temiendo a cada momento que la aplastara entre sus patas, dio a toda prisa la vuelta al cardo. El cachorro inició entonces una serie de cortas arremetidas al palito, corriendo alternativamente un poco hacia delante y un mucho hacia detrás, siempre entre roncos ladridos, hasta que por fin se sentó a buena distancia, jadeante, con la lengua fuera y los grandes ojos semicerrados.

Esta le pareció a Alicia una buena oportunidad para escapar; así que salió inmediatamente y corrió hasta que, exhausta y sin aliento, notó que el ladrido del cachorro se desvanecía a lo lejos.

«Y sin embargo, ¡qué tierno era el cachorrillo!», dijo Alicia mientras se

recostaba sobre una campanilla para descansar y se abanicaba con una de las hojas. «Me habría gustado mucho enseñarle a hacer monadas… ¡si hubiera tenido el tamaño adecuado para ello! ¡Ay, Dios mío, si casi había olvidado que he de volver a crecer! Vamos a ver: ¿cómo voy a conseguirlo? Calculo que debería comer o beber alguna que otra cosa; pero la gran cuestión es ¿qué?»

La gran cuestión era ciertamente «¿qué?». Alicia posó la mirada sobre las flores y briznas de hierba que había alrededor, pero no pudo ver nada que pareciera apropiado para comer o beber en aquellas circunstancias. Cerca de ella había una gran seta, más o menos de su misma altura y una vez que la hubo inspeccionado por debajo, por los lados y por detrás, se le ocurrió que también podía inspeccionarla por encima.

Se puso de puntillas y, atisbando sobre el borde de la seta, sus ojos inmediatamente se encontraron con los de una gran oruga azul, que estaba sentada en lo alto, con los brazos cruzados, fumando tranquilamente un gran narguile, sin prestar la menor atención ni a Alicia ni a cosa alguna.



# 5
# El consejo de una Oruga

La Oruga y Alicia se miraron un rato en silencio. Al fin, la Oruga se quitó el narguile de la boca y se dirigió a Alicia con voz lánguida y soñolienta.

—¿Quién eres Tú?

No era esta una pregunta alentadora para iniciar una conversación. Alicia, un poco intimidada, contestó:

—Pues yo…, yo, ahora mismo, señora, ni lo sé… Sí sé quién era cuando esta mañana me levanté, pero he debido de cambiar varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo severamente la Oruga—. ¡Explícate!

—Me temo no poder, señora —dijo Alicia—, porque como ve, ya no soy yo.

—No veo —dijo la Oruga.

—Temo no poder exponerlo con mayor claridad —repuso muy cortésmente Alicia— porque, para empezar, ni yo misma lo comprendo; y el cambiar tantas veces de tamaño en un solo día es muy desconcertante…

—No lo es —dijo la Oruga.

—Bueno, tal vez aún no lo sea para usted —dijo Alicia—, pero ya verá el día en que se vuelva crisálida… y luego con el tiempo mariposa… Entonces supongo que todo lo verá un poco raro, ¿no?

—Ni pizca —dijo la Oruga.

—Bueno, quizá vea usted las cosas a su manera —dijo Alicia—. Lo que sí puedo decir es que a mí me resultaría muy raro.

—¡A ti! —dijo la Oruga con desdén—. ¿Y quién eres tú?

Lo cual las devolvió al comienzo de la conversación. Alicia se sentía un poco irritada ante el laconismo tajante de la Oruga y, poniéndose muy tiesa, le dijo con toda gravedad:

—Creo que debería primero decirme quién es usted.

—¿Por qué? —dijo la Oruga.

He aquí otra pregunta desconcertante, y como Alicia no podía hallar ninguna buena razón, y la Oruga parecía estar de muy mal humor, dio media vuelta.

—¡Vuelve! —le gritó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Esto ya sonaba mucho más prometedor. Alicia dio otra vez media vuelta y regresó.

—No pierdas la calma —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —dijo Alicia, conteniéndose de rabia al máximo.

—No —dijo la Oruga.

Alicia pensó que bien podía esperar, pues no tenía nada que hacer; después de todo, quizá valía la pena escuchar lo que iba a decirle. Durante unos minutos la Oruga estuvo fumando sin decir palabra. Al final desplegó los brazos, retiró la pipa de la boca y dijo:

—¿Así que tú crees haber cambiado?

—Me temo que sí, señora —dijo Alicia—. No puedo recordar las cosas como antes…, ¡y no conservo el mismo tamaño ni diez minutos seguidos!

—¿No puedes recordar el qué? —preguntó la Oruga.

—Bueno, intenté recitar «Ay, el pobre inocente», ¡y la letra me salió muy distinta! —repuso melancólicamente Alicia.

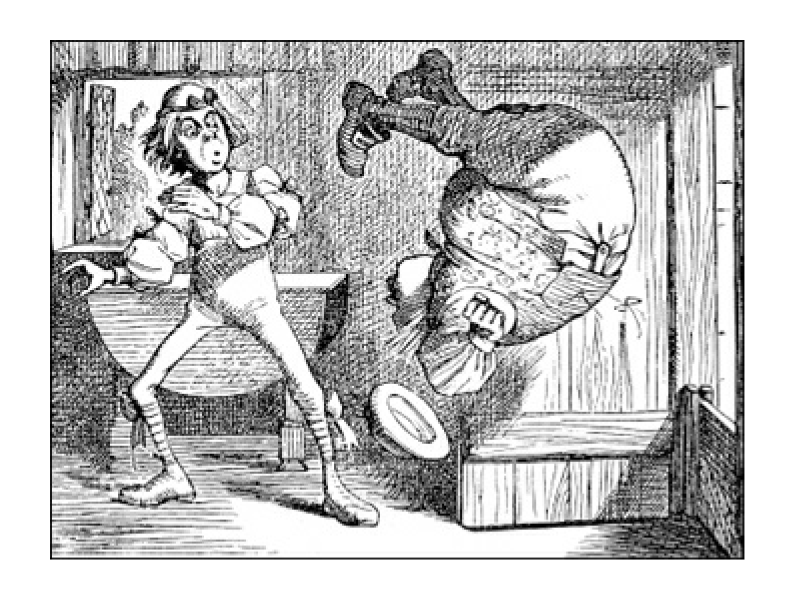
—Recita el «Padre Guillermo» —dijo la Oruga.

Alicia cruzó los brazos y empezó:



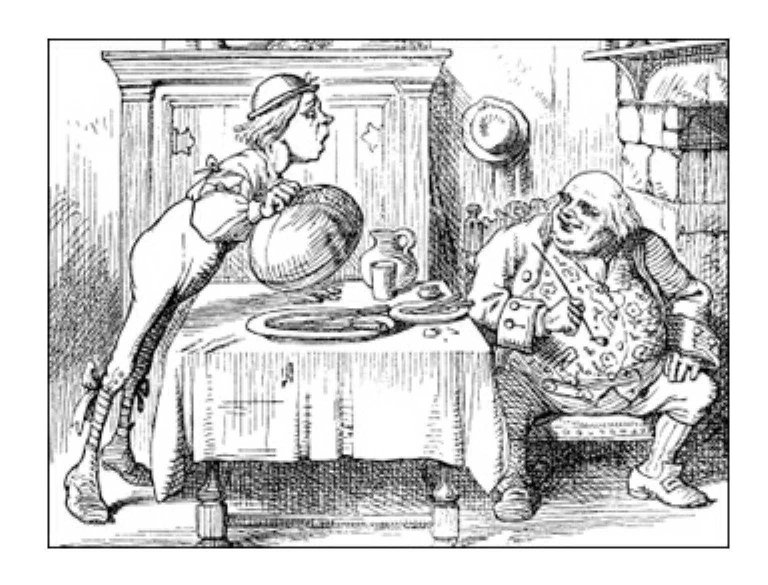
*Eres muy viejo, padre —dijo el niño—*
*y tus pocos cabellos están canos:*
*¿no te parece que a tu edad es indigno*
*andar cabeza abajo, hecho un payaso?*

*De joven —dijo el padre— me temía*
*que tal cosa atrofiara mi cerebro:*
*consciente hoy de no tener ni pizca,*
*hago de mi carencia lo que quiero.*



*Eres muy viejo, padre, ya lo dije,*
*y tu gordura es hoy descomunal:*
*¿por qué al cruzar la puerta, dime, dime,*
*me sorprendes con un salto mortal?*

*De joven —dijo el padre y sacudió sus canas—*
*mantenía los miembros muy flexibles*
*con un ungüento —a un duro cada caja—:*
*puedo venderte un par, si me lo pides.*



*Eres muy viejo, y tus dientes no pueden*

*otra cosa mascar que no sea sebo:*
*¿cómo es que te zampaste de repente*
*un ganso sin dejar pico ni huesos?*

*De joven —dijo el padre— estudié leyes*
*y siempre debatí con mi mujer:*
*así están mis mandíbulas tan fuertes*
*como fueron las de Matusalén.*



*Eres muy viejo y nadie supondría*
*que tu vista es de lince, como antes:*
*¿cómo consigues, dime, que una anguila*
*se aguante en tu nariz? ¿Es magia o arte?*

*Contesté tres preguntas, y eso basta*
*—dijo el progenitor—. ¡Y menos humos!*
*¡Fuera o te arrojaré por la ventana*
*como te obstines en hacer el burro!*

—No lo has dicho bien —observó la Oruga.

—No del todo, me temo —dijo tímidamente Alicia—. Me salió un poco cambiada la letra.

—Está mal desde el comienzo hasta el fin —dijo la Oruga con decisión; y

hubo un largo silencio.

La Oruga fue la primera en hablar.

—¿Qué altura quieres tener?

—¡Ah!, no soy exigente en materia de altura —se apresuró a contestar Alicia—; solo que no me gusta cambiar tan a menudo, ya sabe.

—No sé —dijo la Oruga.

Alicia no dijo nada; nunca en su vida la habían contradicho tanto y eso le hacía perder la paciencia.

—¿Estás contenta con tu talla actual? —preguntó la Oruga.

—Bueno, me gustaría ser un poco más alta, si usted no tiene inconveniente —dijo Alicia—: siete centímetros es una birria de altura.

—Al contrario, ¡es una altura perfecta! —dijo furiosa la Oruga, irguiéndose mientras hablaba (medía exactamente siete centímetros).

—¡Pero yo no estoy acostumbrada! —replicó con voz lastimera Alicia. Y pensó: «¡Ojalá no fueran tan susceptibles estos bichos!».

—Con el tiempo ya te acostumbrarás —dijo la Oruga; y otra vez, con la pipa en la boca, se puso a fumar.

Alicia aguardó pacientemente a que la Oruga decidiera hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos, se quitó el narguile de la boca, bostezó una o dos veces y se desperezó. Luego descendió de la seta y se internó en la hierba, diciendo a modo de despedida:

—Un lado te hará más alta y el otro te hará más chica.

«¿Un lado de qué? ¿Y el otro de qué?», pensó Alicia.

—De la seta —dijo la Oruga, como si se lo hubiera preguntado en voz alta, y al instante, desapareció.

Alicia se quedó un rato mirando pensativamente la seta, tratando de adivinar cuáles serían esos dos lados; como era perfectamente redonda, el problema resultaba muy difícil. Sin embargo, al fin, extendió lo más posible los brazos alrededor de la seta, y rompió con cada mano un trocito del borde.

«Y ahora, ¿cuál es cuál?», se dijo, y mordisqueó un poco del que tenía en la mano derecha para probar su efecto. Al instante sintió un fuerte golpe bajo la barbilla: ¡había chocado con los pies!

Tan repentino cambio la asustó enormemente pero comprendió que no había tiempo que perder, pues seguía encogiendo rápidamente: así que se

apresuró a comer del otro trozo. Tenía la barbilla tan pegada a los pies que apenas le quedaba espacio para abrir la boca; pero lo consiguió al fin y logró tragar una porción del trocito de la mano izquierda.

* * * * * *
* * *

«¡Vaya, por fin tengo la cabeza libre!», dijo Alicia en tono de satisfacción, que muy pronto se transformó en alarma al advertir que no podía encontrar en parte alguna sus hombros. Todo lo que podía ver, al mirar hacia abajo, era un cuello inmensamente largo que parecía elevarse como una caña de un mar de hojitas verdes que se extendía lejos por debajo de ella.

«¿Qué será todo ese verde? —dijo Alicia—. ¿Y dónde estarán mis hombros? ¡Ay, pobres manos mías!, ¿cómo es que no puedo veros?» Alicia las movía al hablar, pero sin más resultado que el de una leve agitación entre el verdor distante.

Como no parecía haber ninguna posibilidad de levantar las manos hasta la cabeza, intentó bajar la cabeza hasta las manos y, con no poca alegría, constató que podía doblar el cuello fácilmente en cualquier dirección, como si fuera una serpiente. Ya había logrado doblarlo en un gracioso zigzag y a punto estaba de sumergirse en las hojas que, según averiguó, no eran sino las copas de los árboles bajo los cuales había estado errando, cuando un agudo chirrido la obligó a retroceder precipitadamente: una gran paloma se le había abalanzado y le golpeaba violentamente la cara con sus alas.

—¡Serpiente! —chilló la Paloma.

—¡No soy una serpiente! —dijo Alicia indignada—. ¡Déjame en paz!

—¡Serpiente, lo repito! —exclamó la Paloma, pero en tono menos duro, y añadió con una especie de sollozo—: ¡Lo he probado todo, pero con ellas nada da resultado!

—No sé en absoluto de qué me hablas —dijo Alicia.

—He probado las raíces de los árboles, he probado las riberas y he probado los setos —continuó la Paloma sin escucharla—, pero a esas serpientes ¡no hay modo de contentarlas!

Alicia estaba cada vez más perpleja, pero estimó que era inútil decir nada en tanto la Paloma no hubiera terminado.

—¡Como si incubar no fuera en sí bastante pesado! —dijo la Paloma—;

¡encima hay que estar vigilando día y noche por culpa de las serpientes! ¡No he pegado ojo en estas tres semanas!

—Siento mucho que le importunen tanto —dijo Alicia, que ya empezaba a comprender.

—¡Y justo cuando elijo el árbol más alto del bosque —prosiguió la Paloma, alzando la voz hasta un chillido—, y justo cuando pensaba que por fin me libraría de ellas, va y desciende una, culebreando desde el cielo! ¡Uf, la serpiente!

—¡Pero te repito que no soy una serpiente! —dijo Alicia—. Soy una…, soy una…

—Bueno, ¿qué eres? —dijo la Paloma—. ¡Ya veo que tratas de inventarte algo!

—Yo…, yo soy una niña —concluyó Alicia sin mucha convicción, al recordar los numerosos cambios por los que había pasado durante aquel día.

—¡No me vengas con cuentos! —dijo la Paloma con el más profundo desprecio—. ¡He visto en mi vida a muchas niñas, pero ni una con un cuello como ese! ¡No, no! Tú eres una serpiente; y es inútil que lo niegues. ¡Supongo que ahora vas a decirme que nunca has saboreado un huevo!

—Claro que sí —dijo Alicia con mucha franqueza—, pero las niñas comen huevos igual que las serpientes.

—No me lo creo —dijo la Paloma—; pero, mira, si lo hacen, es porque son un tipo de serpientes: he dicho.

Esta idea era tan nueva para Alicia que por uno o dos minutos se quedó callada, lo que aprovechó la Paloma para añadir:

—Tú estás buscando huevos, eso se ve a la legua; ¿y qué me importa a mí que seas niña o serpiente?

—Pues a mí sí que me importa —se apresuró a decir Alicia—; pero sucede que no busco huevos y, si así fuera, no querría los tuyos: no me gustan crudos.

—¡Bueno, entonces, largo! —dijo, resentida, la Paloma, en tanto se instalaba nuevamente en su nido. Alicia se agachó para sortear los árboles como buenamente podía, porque el cuello se le enredaba entre las ramas y a cada momento tenía que detenerse para desenredarlo. Al cabo de un rato recordó que aún tenía en las manos los trocitos de seta y se puso

prudentemente a mordisquear primero de uno y luego de otro, unas veces creciendo y otras menguando, hasta que logró recuperar su estatura normal.

Hacía tanto tiempo que la había perdido que al principio se sintió muy extraña; pero pronto se habituó y, como siempre, se puso a hablar sola: «¡Vaya, está lista la mitad del proyecto! ¡Qué desconcertantes son todos estos cambios! ¡Nunca estoy segura de lo que voy a ser un minuto después! Sin embargo, ya he recuperado mi talla normal: lo siguiente es entrar en ese bello jardín… ¿Cómo voy a hacerlo?». Mientras así hablaba, llegó de pronto a un claro, con una casita en él de un metro veinte de alto. «Es impensable entrar y presentarse con semejante tamaño. ¡Quienquiera que viva allí se moriría del susto!» Así que empezó a mordisquear de nuevo el trocito de la mano derecha y no se atrevió a acercarse a la casa hasta reducir su talla a unos veinticinco centímetros.



# 6
# Cerdo y pimienta

Alicia se quedó durante uno o dos minutos observando la casa, sin saber qué hacer a continuación, cuando de pronto salió corriendo del bosque un lacayo (Alicia lo consideró un lacayo porque vestía de librea, pero a juzgar por la cara, lo habría tomado más bien por un pez) y dio con los nudillos unos sonoros golpes a la puerta. La abrió otro lacayo, de cara redonda y ojos grandes como de rana. Alicia observó que ambos lacayos tenían empolvada la cabellera, cuyos rizos les cubrían toda la cabeza. Sintió mucha curiosidad por saber qué pasaba y salió sigilosamente un poquitín del bosque para escuchar.

El Lacayo Pez empezó sacando de debajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él mismo, y se la tendió al otro, diciendo en tono solemne:

—Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al *croquet*.

El Lacayo Rana repitió la fórmula con idéntico tono solemne, aunque

alterando un poco el orden de las palabras:

—De la Reina. Una invitación para la Duquesa para jugar al *croquet*.

Luego se hicieron una mutua reverencia y se les enredaron los rizos.

A Alicia le dio tanta risa esto que tuvo que volver corriendo al bosque por miedo a que la oyeran; y cuando asomó de nuevo la cabeza, el Lacayo Pez se había ido ya y el otro estaba sentado en el suelo, junto a la puerta, con la mirada estúpidamente fija en el cielo.

Alicia se acercó tímidamente a la puerta y llamó.

—Es totalmente inútil llamar —dijo el Lacayo—, y eso por dos razones. Primero, porque estoy del mismo lado de la puerta que tú. Segundo, porque dentro hacen tanto ruido que nadie podrá oírte.

Y, en efecto, del interior salía el estruendo más extraordinario: incesantes aullidos y estornudos y, de vez en cuando, un fuerte estallido, como si una fuente o una cazuela se hubieran hecho añicos.

—Por favor, dígame entonces, ¿qué he de hacer para entrar? —preguntó Alicia.

—Llamar a la puerta tendría algún sentido —prosiguió el Lacayo, sin hacerle caso— si la puerta estuviera entre tú y yo. Por ejemplo, si tú estuvieras dentro, podrías llamar, y yo podría dejarte salir.

El Lacayo miraba todo el rato al cielo mientras hablaba, y esto, decididamente, pensó Alicia, era una falta de educación. «Pero quizá no puede evitarlo —se dijo—: ¡tiene los ojos tan en lo alto de la cabeza! Pero podría al menos contestar las preguntas.»

—¿Qué he de hacer para entrar? —repitió en voz alta.

—Voy a estar aquí sentado hasta mañana… —observó el Lacayo.

En ese momento, se abrió la puerta y un enorme plato salió volando derecho en dirección a la cabeza del Lacayo: le rozó la nariz y se estrelló detrás de él contra uno de los árboles.

—… o hasta pasado mañana, tal vez —continuó el Lacayo, impasible, como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Cómo voy a entrar? —volvió a preguntar Alicia, alzando aún más la voz.

—¿Vas a entrar realmente? —dijo el Lacayo—. Esta es la cuestión fundamental.

Claro que lo era; solo que a Alicia no le gustaba que se lo dijeran. «Es verdaderamente horrible —murmuró para sí— la manera como razonan todas estas criaturas. ¡La vuelven a una loca!»

Esta le pareció al Lacayo una buena oportunidad para repetir con variaciones la misma observación:

—Estaré aquí sentado —dijo—, a ratos sí a ratos no, durante días y días.

—Pero yo ¿qué voy a hacer? —dijo Alicia.

—Haz lo que te dé la gana —dijo el Lacayo, y se puso a silbar.

—¡No vale la pena hablar más! —dijo Alicia, desesperada—: ¡Es un perfecto idiota!

Abrió la puerta y entró.

La puerta conducía directamente a una enorme cocina llena de humo. La Duquesa estaba en el centro, sentada en un taburete de tres patas y meciendo a un bebé. La cocinera se inclinaba sobre el fogón y revolvía en un gran caldero que al parecer estaba lleno de sopa.



«Sin duda hay demasiada pimienta en esa sopa», se dijo Alicia, que no paraba de estornudar.

Había sin duda demasiada pimienta en el aire. Incluso la Duquesa estornudaba de vez en cuando; y en cuanto al niño, estornudaba y aullaba alternativamente, sin pausa alguna. Las dos únicas criaturas que no estornudaban en la cocina eran la Cocinera y un gran gato, sentado junto al

hogar, que sonreía de oreja a oreja.

—Por favor —dijo Alicia con cierta timidez, no muy segura de que fuera correcto hablar ella primero—, ¿podría decirme por qué sonríe así su gato?

—Es un gato de Cheshire —dijo la Duquesa—, y ese es el porqué. ¡Cerdo!

Subrayó el apelativo con tan súbita violencia que Alicia pegó un salto, pero enseguida se dio cuenta de que iba dirigido al niño, y no a ella; así que cobró ánimos y continuó:

—No sabía que los gatos de Cheshire fueran tan sonrientes; en realidad, no sabía ni que pudieran sonreír.

—Todos pueden —dijo la Duquesa—, y en su mayoría lo practican.

—No sé de ninguno que lo haga —dijo Alicia muy cortésmente y no poco feliz de haber entrado en conversación.

—Hay muchas cosas que tú no sabes —concluyó la Duquesa—: la verdad sea dicha.

A Alicia no le gustó nada el tono con que lo dijo y pensó que sería mejor cambiar de tema. Mientras trataba de elegir otro más adecuado, la Cocinera retiró del fuego el caldero de sopa y se puso enseguida a arrojar contra la Duquesa y el niño todo lo que tenía a su alcance: primero los atizadores; luego siguió una lluvia de ollas, fuentes y platos. La Duquesa no se inmutaba, ni siquiera cuando le alcanzaban algunos de estos proyectiles, y el niño seguía aullando tanto que era imposible decidir si le hacían daño o no.

—¡Ay, por favor, fíjese en lo que hace! —exclamó Alicia, saltando de un lado a otro, presa de pavor—. ¡Ay de su preciosa nariz! —gritó al ver volar una cacerola descomunal tan cerca de la nariz del niño que por poco se la arranca de cuajo.

—Si cada cual se ocupara de sus propios asuntos —dijo la Duquesa, dando un ronco gruñido—, el mundo giraría mucho más deprisa de lo que va.

—Lo cual no sería una ventaja —dijo Alicia, muy contenta de poder lucir un poquitín sus conocimientos—. ¡Piense en el lío que eso iba a crear con el día y la noche! Usted sabe que la Tierra tarda veinticuatro horas en dar la vuelta alrededor de su eje…

—Pues hablando de ejecución —cortó la Duquesa—, ¡que le corten la cabeza!

Alicia miró con ansiedad a la cocinera, por ver si esta intentaba cumplir la orden; pero como la cocinera, ocupada en revolver la sopa, no parecía atender, Alicia prosiguió:

—Veinticuatro horas, creo; ¿o son doce? Yo…

—¡Ay, déjame en paz! —dijo la Duquesa—. ¡Nunca he podido soportar los números!

Y empezó a mecer de nuevo al niño, cantándole una especie de nana y sacudiéndolo con violencia al final de cada verso:

*Al niño dale un buen palo,*
*y si estornuda, sé duro:*
*solo le gusta ser malo*
*y fastidioso, ¡seguro!*

Coro
(al que se unieron la cocinera y el niño):
*¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!*

La Duquesa siguió zarandeando violentamente al niño, mientras entonaba la segunda estrofa, y el pobrecito chillaba tanto que Alicia apenas pudo oír la letra con claridad:

*Con dureza hablo a mi niño*
*y, si estornuda, le arreo,*
*con gozo recibe, luego,*
*pimienta, como cariño.*

Coro
*¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!*

—¡Ven! ¡Puedes mecerlo un poco, si quieres! —dijo la Duquesa a Alicia, lanzándole al niño—. Tengo que ir a arreglarme para jugar al *croquet* con la Reina. —Y se marchó a toda prisa del cuarto. La Cocinera le arrojó una sartén, pero no le dio.

Alicia cogió al niño con dificultad, porque la criatura tenía una forma extraña y agitaba brazos y piernas en todas direcciones, «igual que una estrella de mar», pensó Alicia. Al cogerlo, el pobrecito resoplaba como una locomotora y se doblaba y retorcía de tal forma que, por uno o dos minutos, le resultó casi imposible sostenerlo.

Cuando encontró al fin el modo de mecerlo (que consistía en hacer de él una suerte de nudo, sujetando bien su oreja derecha y su pierna izquierda, para impedir que se desatara), lo sacó al aire libre. «Seguro que si no me llevo a este niño —pensó Alicia— me lo matan en un par de días. ¡Dejarlo sería un crimen!» A estas últimas palabras, que pronunció en voz alta, respondió la criatura con un gruñido (por entonces ya había dejado de estornudar).

—¡No gruñas! —dijo Alicia—. Estas no son maneras de expresarse.

El niño volvió a gruñir, y Alicia lo observó con ansiedad para ver qué le ocurría. No cabía la menor duda: su nariz era muy respingona, mucho más parecida a un hocico que a una auténtica nariz, y sus ojos se le volvían extremadamente pequeños, impropios de un bebé. Total, que a Alicia no le gustaba en absoluto el aspecto de la criatura. «Pero tal vez no fue más que un lloriqueo», pensó, y otra vez se fijó en sus ojos, por si había alguna lágrima. No, no había lágrimas.



—Si vas a convertirte en cerdo, monada —dijo seriamente Alicia—, no voy a querer saber nada de ti. ¡Así que mucho ojo!

La pobre criatura volvió a sollozar (o a gruñir: imposible saberlo) y ambos continuaron un rato en silencio.

Justo en el momento en que Alicia empezaba a plantearse «¿Y qué voy a hacer con él cuando llegue a casa?», oyó un nuevo y tan violento gruñido que, no poco alarmada, volvió a examinarle la cara. Esta vez no había error posible: era, ni más ni menos, un cerdo, y comprendió que era absurdo seguir llevándolo en brazos.

Así pues, lo dejó en el suelo, y se sintió bastante aliviada al verlo trotar tranquilamente hacia el bosque. «De haber crecido así —se dijo— se habría vuelto un niño feísimo; como cerdo, en cambio, creo que es bastante guapo.» Y se puso a pensar en otros niños que conocía y que, como cerdos, no estarían nada mal, «eso en caso de dar con el método exacto para su transformación». Y se interrumpió con cierto sobresalto al ver al gato de Cheshire, subido a la rama de un árbol, a pocos metros de distancia.

El Gato vio a Alicia y se puso a sonreír. «Parece risueño», pensó; pero tenía las uñas muy largas y muchos dientes grandes, así que decidió que era mejor tratarlo con el debido respeto.

—Minino de Cheshire —empezó más bien con timidez, pues no estaba segura si le gustaría el nombre; pero el gato se mostró aún más risueño. «¡Vaya! —pensó Alicia—. De momento parece satisfecho», y prosiguió:

»¿Podrías decirme, por favor, qué camino he de tomar para salir de aquí?

—Depende mucho del punto adonde quieras ir —contestó el Gato.

—Me da casi igual adónde —dijo Alicia.

—Entonces no importa qué camino sigas —dijo el Gato.

—… siempre que llegue a alguna parte —añadió Alicia, a modo de explicación.

—¡Ah!, seguro que lo consigues —dijo el Gato—, si andas lo suficiente.

Alicia comprendió que el argumento era irrefutable, de modo que probó con otra pregunta.

—¿Qué clase de gente vive por aquí?

—En esa dirección —dijo el Gato, haciendo un vago gesto con la pata derecha— vive un Sombrerero; y en esa dirección —haciendo el mismo gesto con la otra pata— vive la Liebre de Marzo. Visita al que te plazca: ambos están locos.



—Pero yo no quiero andar entre locos —observó Alicia.

—¡Ah!, no podrás evitarlo —dijo el Gato—: aquí estamos todos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.

—¿Cómo sabes que estoy loca? —dijo Alicia.

—Tienes que estarlo —dijo el Gato— o no habrías acudido aquí.

Alicia no creyó que eso probara nada; sin embargo, continuó:

—¿Y tú cómo sabes que estás loco?

—Para empezar —dijo el Gato—, un perro no está loco. ¿De acuerdo?

—Supongo que sí —dijo Alicia.

—Bueno —prosiguió el Gato—, tú sabes que un perro gruñe cuando está enojado y mueve la cola cuando está contento. Pues bien, yo gruño cuando

estoy contento y muevo la cola cuando estoy enojado. Por tanto, estoy loco.

—Yo a eso lo llamo ronronear, no gruñir —dijo Alicia.

—Llámalo como quieras —dijo el Gato—. ¿Vas a jugar hoy al *croquet* con la Reina?

—Me gustaría mucho —dijo Alicia—, pero todavía no me han invitado.

—Allí me verás —dijo el Gato, y desapareció.

Esto no sorprendió excesivamente a Alicia, acostumbrada como estaba a que ocurrieran cosas raras. Todavía seguía mirando el lugar donde había estado el Gato, cuando de pronto reapareció.

—A propósito, ¿qué fue del niño? —dijo el Gato—. Casi olvido preguntártelo.

—Se volvió cerdo —contestó tranquilamente Alicia, como si la reaparición del Gato fuera la cosa más natural del mundo.



—Ya me lo imaginaba —dijo el Gato, y otra vez desapareció.

Alicia aguardó un poco, con cierta esperanza de volver a verlo, pero como no aparecía, al cabo de uno o dos minutos se encaminó hacia el lugar donde supuestamente vivía la Liebre de Marzo. «Sombrereros —pensó—, he visto siempre; mucho más interesante será la Liebre de Marzo, y tal vez, ahora en mayo, no esté loca de atar… Al menos, no tan loca como en marzo.» Mientras así hablaba, miró hacia arriba y allí estaba nuevamente el Gato, subido a la rama de un árbol.

—¿Qué dijiste, «cerdo» o «lerdo»? —inquirió el Gato.

—Dije «cerdo» —repuso Alicia—; ¡y a ver si dejas de aparecer y

desaparecer tan bruscamente! ¡Mareas a cualquiera!

—Muy bien —dijo el Gato; y esta vez se esfumó muy lentamente, empezando por la punta de la cola y concluyendo por la sonrisa, que se demoró un rato cuando ya había desaparecido el resto.

«¡Bueno! He visto a menudo a un gato sin sonrisa —pensó Alicia—, ¡pero no una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más curiosa que he visto en mi vida!»

No tardó mucho en divisar la casa de la Liebre de Marzo: dedujo que lo era porque las chimeneas tenían forma de orejas y el tejado estaba cubierto de piel. Era tan grande que decidió, antes de acercarse, mordisquear otro poco del trocito de seta que tenía en la mano izquierda, y creció así hasta unos sesenta centímetros de altura. Aun entonces, se aproximó más bien con tiento a la casa, diciéndose: «¡Supongamos que está loca de atar! ¿No habría sido preferible ir a ver al Sombrerero?».



# 7
# Una merienda de locos

La mesa estaba puesta delante de la casa, bajo un árbol, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero tomaban el té. Entre ellos había un Lirón profundamente dormido, sobre el cual apoyaban los codos, a modo de cojín, y hablaban por encima de su cabeza. «Muy incómodo para el Lirón —pensó Alicia—; claro que, como está dormido, probablemente ni se entera.»

Aunque la mesa era grande, los tres se apretujaban en uno de los extremos.

—¡No hay sitio! ¡No hay sitio! —exclamaron al ver llegar a Alicia.

—¡Hay sitio de sobra! —dijo Alicia indignada, y se sentó en un gran sillón, en un extremo de la mesa.

—Sírvete algo de vino —le invitó la Liebre de Marzo.

Alicia, por más que buscó, no vio en toda la mesa otra cosa que té.

—No veo ningún vino —observó.

—No lo hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Pues entonces, tal ofrecimiento es una descortesía de su parte —dijo indignada Alicia.

—También lo es de tu parte sentarte sin ser invitada —dijo la Liebre de

Marzo.

—No sabía que la mesa fuera de su propiedad —dijo Alicia—: está servida para más de tres personas.

—Tú necesitas un buen corte de pelo —dijo el Sombrerero. Había estado mirando un rato a Alicia con gran curiosidad, y esta fue su primera intervención.

—Y usted debería aprender a no hacer comentarios personales —dijo Alicia, con severidad—: resulta muy grosero.

El Sombrerero, al oír esto, abrió de par en par los ojos, pero se limitó a decir:

—¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

«¡Vaya, parece que nos vamos a divertir un poco ahora! —pensó Alicia—. Me gusta que propongan acertijos…» Y añadió en voz alta:

—Creo que lo sé.

—¿Quieres decir que crees saber la solución? —dijo la Liebre de Marzo.

—Exacto —dijo Alicia.

—Entonces, deberías decir lo que piensas —prosiguió la Liebre de Marzo.

—Ya lo hago —se apresuró a contestar Alicia—. Al menos…, al menos pienso lo que digo… que es lo mismo, ¿no?

—De ningún modo —dijo el Sombrerero—. ¡Así también podrías decir que «veo lo que como» es lo mismo que «como lo que veo»!

—¡Así también podrías decir —añadió la Liebre de Marzo— que «me gusta lo que tengo» es lo mismo que «tengo lo que me gusta»!

—¡Así también podrías decir —concluyó el Lirón, que parecía hablar en sueños— que «respiro cuando duermo» es lo mismo que «duermo cuando respiro»!

—En tu caso es igual —sentenció el Sombrerero, y aquí cesó la conversación. El grupo permaneció un rato callado, mientras Alicia pasaba revista a todo cuanto podía recordar sobre cuervos y escritorios, que no era gran cosa.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué día del mes es hoy? —dijo, volviéndose a Alicia: había sacado del bolsillo el reloj y lo miraba con inquietud, agitándolo a cada momento y

llevándoselo al oído.

Alicia reflexionó un poco y dijo:

—Cuatro.

—¡Dos días de retraso! —suspiró el Sombrerero—. ¡Ya te dije que no iría bien la mantequilla a la maquinaria! —añadió, mirando con enojo a la Liebre de Marzo.

—Era mantequilla de la mejor —replicó esta con humildad.

—Sí, pero tendría algunas migas dentro —gruñó el Sombrerero—. No debiste ponerla con el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo cogió el reloj y lo observó con aire melancólico; luego lo sumergió en su taza de té, de nuevo lo observó y, finalmente, no se le ocurrió cosa mejor que repetir su primera observación:

—Era mantequilla de la mejor, tú lo sabes.

Alicia había seguido la escena, mirando de puntillas con cierta curiosidad.

—¡Qué reloj más divertido! —exclamó—. ¡Dice el día del mes y no la hora!

—¿Y qué? —murmuró el Sombrerero—. ¿Acaso tu reloj te dice el año?

—Claro que no —replicó enseguida Alicia—: pero eso es porque un solo año dura mucho tiempo.

—Que es exactamente lo que ocurre con mi reloj —dijo el Sombrerero.

Alicia se quedó francamente desconcertada. La observación del Sombrerero le resultaba totalmente desprovista de significación y, sin embargo, al mismo tiempo era correcta.

—No lo entiendo bien —añadió con la mayor cortesía.

—El Lirón se ha vuelto a dormir —dijo el Sombrerero y derramó un poquitín de té caliente sobre las napias del Lirón.

Este sacudió impacientemente la cabeza y, sin abrir los ojos, dijo:

—Claro, claro, es justo lo que iba a decir yo.

—¿Aún no has resuelto el acertijo? —dijo el Sombrerero, dirigiéndose nuevamente a Alicia.

—No, me rindo —replicó Alicia—. ¿Cuál es la solución?

—No tengo ni idea —dijo el Sombrerero.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró, aburrida.

—Creo que podrían emplear mejor el tiempo —dijo—, y no perderlo en acertijos sin solución.

—Si conocieras al Tiempo como yo —dijo el Sombrerero—, no hablarías de emplearlo o perderlo. Él es muy suyo.

—No entiendo lo que quiere decir —dijo Alicia.

—¡Por supuesto que no! —dijo el Sombrerero, sacudiendo altivamente la cabeza—. ¡Me atrevería a decir que ni siquiera le has dirigido la palabra!

—Tal vez no —repuso con prudencia Alicia—, pero en las clases de música me enseñaban a marcar el tiempo.

—¡Ah! ¡Eso lo explica todo! —dijo el Sombrerero—. El Tiempo no soporta que lo marquen ni que lo clasifiquen. En cambio, si estuvieras con él en buenos tratos, haría casi todo lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, imagínate que fueran las ocho de la mañana, justo antes de empezar la clase: bastaría una simple insinuación tuya, ¡y el reloj giraría en un santiamén! ¡La una y media: hora de comer!

(«¡Ojalá fuera verdad!», murmuró la Liebre de Marzo para sus adentros.)

—Sería realmente magnífico —dijo pensativamente Alicia—, pero entonces no tendría hambre.

—Al principio tal vez no —dijo el Sombrerero—, pero podrías quedarte en la una y media tanto como quisieras.

—¿Es así como usted lo maneja? —preguntó Alicia.

—¡Yo no! —dijo con tristeza el Sombrerero—. Nos peleamos el pasado marzo…, justo antes de que esta se volviera loca. —Y señaló con la cucharilla a la Liebre de Marzo—. Ocurrió en el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones. A mí me tocaba cantar:

*¡Titila, luce, vampiro!*
*¡Cuál será tu alado giro!*



—Supongo que conoces la canción…

—Me suena —dijo Alicia.

—Y sabes que continúa así:

*Sobre el mundo, en igual vuelo*
*que salva de té en el cielo.*
*Titila, titila, luce…*

Al llegar aquí, el Lirón se estremeció y empezó a cantar en sueños: «Titila, titila, luce, titila, titila, luce…», y así siguió hasta que de un pellizco lo hicieron callar.

—Bueno —dijo el Sombrerero—, apenas había entonado la primera estrofa cuando la Reina se puso a gritar: «¡Está matando el tiempo! ¡Que le corten la cabeza!».

—¡Qué salvaje! —exclamó Alicia.

—Y desde entonces —prosiguió, con voz desolada, el Sombrerero—, ¡el Tiempo no hace más que darme la contraria! ¡Ahora son siempre las seis!

Una brillante idea acudió a la mente de Alicia.

—¿Y por eso hay tanta vajilla de té puesta aquí? —preguntó.

—Sí, así es —dijo el Sombrerero con un suspiro—: siempre es la hora del té, y no nos da tiempo de lavar los platos.

—De ahí que vayan cambiando de sitio alrededor, supongo —dijo Alicia.

—Exactamente —dijo el Sombrerero—, conforme se van ensuciando las

tazas.

—Pero ¿qué ocurre cuando llegan otra vez al principio? —se atrevió a preguntar Alicia.

—¿Y si cambiáramos de tema? —interrumpió con un bostezo la Liebre de Marzo—. De este ya empiezo a estar harta. Propongo que la joven nos cuente un cuento.

—Me temo que no sé ninguno —dijo Alicia, más bien alarmada ante la propuesta.

—¡Entonces que sea el Lirón! —exclamaron al unísono los dos—. ¡Despierta, Lirón! —Y lo pellizcaron por ambos lados a la vez.

El Lirón, con mucha lentitud, abrió los ojos.

—No estaba durmiendo —dijo con voz ronca y débil—, oí todo lo que dijisteis, compañeros.

—¡Cuéntanos un cuento! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Sí, por favor! —suplicó Alicia.

—Y que sea rápido —añadió el Sombrerero—, o te dormirás de nuevo antes de llegar al final.

—Había una vez tres hermanitas —empezó muy de risa el Lirón— que se llamaban Elsie, Lacie y Tillie, y vivían en el fondo de un pozo…

—¿De qué vivían? —dijo Alicia, siempre muy interesada en materia de alimentación.

—Vivían de melaza —dijo el Lirón, tras pensárselo uno o dos minutos.

—Imposible vivir solo de eso, tú lo sabes —observó amablemente Alicia —. Se habrían puesto malas.

—Así fue —dijo el Lirón—: malísimas.

Alicia trató de imaginarse cómo sería ese extraordinario modo de vivir, pero el asunto la desconcertaba demasiado; así que prosiguió:

—Pero ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?

—Toma un poquitín más de té —le dijo muy seria a Alicia la Liebre de Marzo.

—Aún no lo he probado —replicó Alicia en tono algo ofendido—, así que no puedo tomar más.

—Querrás decir que no puedes tomar menos —dijo el Sombrerero—: es bien fácil tomar más que nada.

—Nadie le ha pedido su opinión —dijo Alicia.

—¿Y quién está haciendo observaciones personales ahora? —preguntó con aire de triunfo el Sombrerero.

Alicia no sabía qué contestar a esto; así que se sirvió un poco de té y pan con mantequilla y, volviéndose al Lirón, le repitió la pregunta:

—¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón se tomó otros minutos para meditar la pregunta y luego contestó:

—Era un pozo de melaza.

—¡No existe cosa semejante! —empezó a decir, no sin enojo, Alicia, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo dijeron «¡Chist! ¡Chist!», para imponer silencio, y el Lirón, en tono malhumorado, observó:

—Si no sabes comportarte, mejor será que termines tú el cuento.

—¡No, por favor, sigue! —le rogó con mucha humildad Alicia—. Prometo no interrumpir más. Y hasta no me extrañaría que existiera uno…

—¡Uno, claro! —dijo indignado el Lirón; sin embargo, accedió a continuar.

—Así pues, estas tres hermanitas… aprendían en una clase extra…

—¿A qué? —le urgió Alicia con total olvido de su promesa.

—… a extraer melaza —dijo maquinalmente el Lirón.

—Quiero una taza limpia —interrumpió el Sombrerero—; cambiémonos de sitio.

Se cambió mientras hablaba, y el Lirón lo siguió; la Liebre de Marzo ocupó el lugar del Lirón y, aunque de mala gana, a Alicia le tocó el sitio de la Liebre. El Sombrerero fue el único que se benefició con estos cambios, en tanto que Alicia se vio mucho peor que antes, pues la Liebre acababa de volcar el jarro de leche sobre su plato.

Alicia, deseosa de no ofender otra vez al Lirón, empezó tímidamente:

—Es que no entiendo. ¿De dónde extraían la melaza?

—De un pozo de petróleo se extrae petróleo, ¿no? —dijo el Sombrerero—; supongo, pues, que también se podrá extraer melaza de un pozo de melaza. ¿Lo entiendes ahora, estúpida?

—Pero ¿cómo podían si ellas estaban ya hundidas en melaza? —preguntó Alicia al Lirón, sin darse por enterada del insulto del otro.

—Y bien hundidas, por cierto, y todo su gozo en el pozo.

Tal respuesta dejó tan confundida a la pobre Alicia que por un rato el Lirón pudo continuar sin ser interrumpido.

—Y ellas también aprendían a dibujar —prosiguió el Lirón, mientras bostezaba y se frotaba los ojos, nuevamente invadido por el sueño— toda clase de cosas…, todas las que empiezan con M…

—¿Por qué con M? —dijo Alicia.

—¿Y por qué no? —cortó la Liebre de Marzo.

Alicia se calló.

Por entonces, el Lirón había cerrado los ojos y ya empezaba a dormitar; pero, al ser pellizcado por el Sombrerero, se despertó emitiendo un breve chillido y prosiguió:

—… las que empiezan con M, tales como musaraña, mundo, memoria y magnitud… De ciertas cosas se dice que son «mismamente de la misma magnitud…». ¿Has visto alguna vez dibujar una magnitud?

—A decir verdad, ahora que me lo preguntas —dijo Alicia, muy confundida—, no pienso…

—Pues si no piensas, no hables —dijo el Sombrerero.

Esta muestra de grosería era más de lo que Alicia podía tolerar: se levantó muy disgustada y se marchó. El Lirón cayó dormido en el acto, y los otros dos se mostraron totalmente indiferentes ante la partida de Alicia, por más que esta miró hacia atrás una o dos veces con la vaga esperanza de que la llamaran: la última vez que los vio intentaban meter al Lirón dentro de la tetera.



«¡De todos modos, no volveré allí nunca más! —pensó Alicia, mientras buscaba el camino para salir del bosque—. ¡Es el té más insufrible que he visto en mi vida!»

Justo al decir esto, advirtió que uno de los árboles tenía una puerta que conducía directo a su interior. «¡Qué cosa más curiosa! —pensó—. Pero hoy todo es tan curioso. Creo que lo mejor será entrar.» Y así lo hizo.

De nuevo se encontró en la gran sala, cerca de la mesita de cristal. «A ver si esta vez actúo mejor», y empezó por coger la llavecita de oro y abrir la puerta que conducía al jardín. Luego mordisqueó un pedacito de seta (que había guardado en el bolsillo) hasta reducir su altura a unos treinta centímetros; atravesó el pequeño corredor, y luego…, por fin, se encontró en el delicioso jardín, entre rutilantes flores y el frescor de las fuentes.



# 8
# El croquet de la Reina

Un gran rosal se alzaba casi a la entrada del jardín. Sus rosas eran blancas, pero había tres jardineros ocupados en pintarlas de rojo. Alicia consideró que esto era bien curioso y, al acercarse más para ver lo que hacían, oyó decir:

—¡Ten cuidado, Cinco! ¡Me estás salpicando todo de pintura!

—Ha sido sin querer —dijo Cinco, de mal humor—. Siete me ha dado un codazo.

Siete, al oír esto, alzó la vista y dijo:

—¡Bravo, Cinco! ¡Siempre echando la culpa a los demás!

—¡Tú, mejor que te calles! —dijo Cinco—. Ayer mismo oí decir a la Reina que merecías ser decapitado.

—¿Y por qué? —preguntó el que había hablado primero.

—No es asunto tuyo, Dos —dijo Siete.

—¡Sí que lo es! —dijo Cinco—. Y se lo voy a explicar: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en lugar de cebollas.

Siete arrojó su pincel y, apenas había empezado a decir: «Bien, de todas las injusticias…», cuando sus ojos se fijaron casualmente en Alicia, que había estado parada delante, observándolos, y se contuvo inmediatamente. Los otros también la miraron y todos a una le hicieron una reverencia.

—Por favor —dijo tímidamente Alicia—, ¿podríais decirme por qué estáis pintando esas rosas?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Este, en voz baja, empezó así:

—Bueno, el hecho es, señorita, que aquí tenía que figurar un rosal rojo, y nosotros plantamos uno blanco por equivocación. Y resulta que si lo descubre la Reina, nos hará cortar la cabeza. Así que, ya ve, señorita, hacemos lo posible, antes de que venga, para…

En ese momento, Cinco, que había estado vigilando ansiosamente por el jardín, gritó: «¡La Reina! ¡La Reina!», y al instante, los tres jardineros, tan planos como eran, se echaron al suelo boca abajo. Se oyó el sonar de muchos pasos, y Alicia miró a su alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Primero llegaron diez soldados, cargados de bastos: tenían la misma forma que los tres jardineros, plana y rectangular, con las manos y los pies en los ángulos; luego venían los diez cortesanos, todos adornados de diamantes, y caminaban de dos en dos, como los soldados. Seguían los Infantes: eran diez en total y era encantador verlos venir cogidos de la mano, en parejas, dando alegres saltos; estaban adornados con corazones. Seguidamente llegaron los invitados, la mayoría reyes y reinas, entre los cuales Alicia reconoció al Conejo Blanco: hablaba de modo nervioso y rápido, sonriendo a todo el mundo, y pasó de largo sin reparar en Alicia. Luego seguía la Sota de Corazones, que llevaba la corona del Rey sobre un cojín de terciopelo carmesí, y cerrando la comitiva, EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia dudaba si debía o no tenderse boca abajo, como los jardineros, pero no recordaba haber oído decir que tal regla fuera obligatoria en los cortejos; «y además —pensó—, ¿de qué va a servir un desfile si todo el mundo se echa boca abajo y no puede ver nada?». Así que siguió de pie donde estaba y esperó.

Cuando el cortejo llegó a la altura de Alicia, todos se detuvieron y la miraron, y la Reina dijo severamente:

—¿Quién es esta?



Se lo dijo a la Sota de Corazones, la cual, por toda respuesta, hizo una reverencia y sonrió.

—¡Idiota! —dijo la Reina, sacudiendo con impaciencia la cabeza, y, volviéndose a Alicia, añadió:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Me llamo Alicia, para servir a Su Majestad —dijo Alicia con toda cortesía, pero añadió para sus adentros: «¡Vaya, si no son más que una baraja de naipes! ¡No hay por qué tener miedo!».

—¿Y quiénes son esos? —dijo la Reina, señalando a los tres jardineros, que seguían echados alrededor del rosal; pues, como estaban boca abajo y el dibujo de las espaldas era el mismo que el del resto de la baraja, no podía saber si eran jardineros, o soldados, o cortesanos, o tres de sus propios hijos.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —dijo Alicia, sorprendida de su atrevimiento —. No es asunto mío.

La Reina se puso roja de ira y, tras lanzar una mirada feroz, empezó a

gritar como un energúmeno:

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le…!

—¡Absurdo! —cortó Alicia, con voz fuerte y decidida, y la Reina calló.

El Rey la tomó del brazo y dijo tímidamente:

—¡Piénsalo, querida, es solo una niña!

La Reina se apartó bruscamente de él y ordenó a la Sota:

—¡Dales la vuelta!

La Sota así lo hizo, muy cuidadosamente, con un pie.

—¡Arriba! —chilló con voz estridente la Reina, y los tres jardineros se incorporaron de un salto y empezaron a hacer reverencias a la Reina, al Rey, a los Infantes y a todos los demás asistentes.

—¡Basta ya! —gritó la Reina—. Me mareáis.

Y luego, volviéndose hacia el rosal, añadió:

—¿Qué estabais haciendo aquí?

—Con la venia de Su Majestad —dijo Dos, hincando muy sumiso la rodilla conforme hablaba—, estábamos intentando…

—¡Ya veo! —dijo la Reina, que en el ínterin había estado examinando las rosas—. ¡Que les corten la cabeza!

Y el cortejo avanzó, mientras tres de los soldados se quedaban atrás para ejecutar a los infortunados jardineros, que corrieron hacia Alicia en busca de protección.

—¡No seréis decapitados! —dijo Alicia, y los metió en una gran maceta que había cerca. Los tres soldados se pasaron buscándolos de un lado a otro, durante uno o dos minutos, y luego, tranquilamente, se marcharon detrás de los demás.

—¿Les han cortado la cabeza? —gritó la Reina.

—¡No ha quedado ni rastro, con la venia de Su Majestad! —gritaron como respuesta los soldados.

—¡Perfecto! —gritó la Reina—. ¿Sabes jugar al *croquet*?

Los soldados miraron en silencio a Alicia, porque la pregunta iba evidentemente dirigida a ella.

—¡Sí! —gritó Alicia.

—¡Pues andando! —rugió la Reina, y Alicia se unió al cortejo, preguntándose qué ocurriría a continuación.

—¡Hace…, hace un día muy bonito! —dijo a su lado una voz entrecortada. Alicia vio que estaba caminando junto al Conejo Blanco, que la miraba ansiosamente a la cara.

—Mucho —dijo Alicia—. ¿Y dónde está la Duquesa?

—¡Chist! ¡Chist! —le conminó en voz baja, muy apurado, el Conejo.

Espió ansiosamente sobre su hombro, luego se puso de puntillas, pegó su boca al oído de Alicia y susurró:

—La han condenado a muerte.

—¿Por qué? ¿Ha cometido algún error?

—¿Has dicho «¡qué horror!»? —preguntó el Conejo.

—No, no lo he dicho —contestó Alicia—. No sería ningún horror. He dicho «¿por qué?»

—Dio un cachetazo a la Reina… —empezó el Conejo, y Alicia no pudo contener la risa.

—¡Chist! —le susurró el Conejo, aterrado—. ¡La Reina puede oírte! La Duquesa, ¿sabes?, llegó con cierto retraso, y la Reina dijo…

—¡Cada cual a su sitio! —gritó atronadora la Reina, y la gente se puso a correr en todas direcciones, tropezando unos con otros. Sin embargo, al cabo de unos minutos, cada cual estaba en su sitio y empezó la partida.

Alicia pensó que nunca había visto un campo de *croquet* más curioso: estaba lleno de zanjas y montículos; erizos y flamencos vivos servían respectivamente de bolas y de mazos, y los soldados se doblaban sobre manos y pies haciendo de arcos.

La principal dificultad que encontró Alicia al comienzo fue el manejo del flamenco: logró encajar bastante bien el cuerpo bajo su brazo, con las patas colgando hacia abajo, pero en general, cuando lo tenía a punto, con el cuello bien estirado, y se disponía a dar un golpe al erizo con la cabeza, el ave de pronto se giraba, mirándola a la cara con tan perpleja expresión que Alicia no podía contener la risa, y cuando de nuevo había conseguido bajarle la cabeza e iba a reiniciar la operación, resultaba muy confuso observar que el erizo ya se había desenrollado y se alejaba arrastrándose. Además de esto, había casi siempre zanjas o montículos que se interponían en el camino por el que ella iba a lanzar el erizo, y como los soldados en arco todo el rato se levantaban y deambulaban de un lado para el otro del campo, Alicia llegó pronto a la



conclusión de que era realmente muy difícil jugar.

Todos jugaban a la vez, sin esperar su turno, discutiendo de continuo y peleándose por los erizos. La Reina, al cabo de muy poco tiempo, estaba hecha una furia y empezó a patalear y a gritar a cada minuto: «¡A ese, que le corten la cabeza!» y «¡A esa, también!».

Alicia empezó a sentirse muy intranquila: en realidad, no había tenido hasta entonces ningún problema con la Reina, pero sabía que podía ocurrir de un momento a otro, «y entonces —pensó—, ¿qué será de mí? Aquí son terriblemente aficionados a decapitar ¡y lo asombroso es que aún quede gente con vida!».

Miró alrededor, buscando una forma de escapar y preguntándose si podría alejarse sin ser vista, cuando de pronto notó una curiosa aparición en el aire. Al principio se sintió muy extrañada, pero al poco, una vez se hubo fijado mejor, distinguió una sonrisa y se dijo: «Es el Gato de Cheshire. Ahora tendré a alguien con quien hablar».

—¿Cómo te va? —dijo el Gato, apenas hubo suficiente boca para hablar.

Alicia esperó a que aparecieran los ojos y entonces le hizo una señal con la cabeza. «Es inútil hablarle —pensó— mientras no lleguen las orejas, al menos una de ellas.» Un minuto después, apareció la cabeza entera, y entonces soltó a su flamenco y empezó a informarle del juego, muy contenta de tener a alguien que la escuchara. El Gato tal vez consideró que ya quedaba ahora visible una parte sustancial de sí mismo: el hecho es que nada más de él apareció.

—No creo que estén jugando limpio —empezó Alicia, en tono más bien quejoso—: todos discuten de un modo tan terrible que ni siquiera una puede oírse a sí misma… y no parece que se aclaren en cuestión de reglas: al menos, si las hay, nadie las sigue… y no te imaginas qué endemoniados son todos estos objetos vivientes. Por ejemplo, el arco que ahora me toca pasar, ahí va por la otra punta del campo… y te aseguro que ya habría dado un buen golpe al erizo de la Reina, si no se hubiera largado corriendo al ver que se le acercaba el mío.

—¿Y qué tal la Reina? ¿Te gusta? —preguntó en voz baja el Gato.

—No me gusta nada —dijo Alicia—. Es tan extremadamente… —y, al advertir que la Reina estaba detrás de ella escuchando, añadió—: probable que gane, que no vale la pena seguir jugando.

La Reina sonrió y pasó de largo.

—¿Con quién estás hablando? —dijo el Rey, acercándose a Alicia y observando con gran curiosidad la cabeza del Gato.

—Es un amigo mío…, un Gato de Cheshire —dijo Alicia—. Permítame que se lo presente.

—No me gusta nada su aspecto —dijo el Rey—; sin embargo, puede besarme la mano, si así lo desea.

—Más bien no —observó el Gato.

—¡No seas impertinente y no me mires de ese modo! —dijo el Rey, y se ocultó detrás de Alicia.

—Un gato bien puede mirar a un Rey —dijo Alicia—. Leí eso en un libro, pero no recuerdo cuál…

—Entonces, habrá que suprimirlo —dijo el Rey con mucho aplomo, y llamó a la Reina, que en aquel momento pasaba por ahí.

—¡Querida! ¡Me gustaría que hicieras suprimir a este gato!

Un solo método tenía la Reina para resolver los problemas, grandes o pequeños.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó, sin siquiera mirarlo.

—Yo mismo traeré al verdugo —dijo el Rey, impaciente, y se alejó a toda prisa.

Alicia pensó que bien podía dar una vuelta y ver qué tal seguía el juego, cuando oyó a distancia la voz de la Reina, que gritaba enfurecida. Ya la había oído condenar a muerte a tres jugadores por pasárseles el turno, y no le gustaba nada el giro que iban tomando las cosas, pues el juego era tan confuso que nunca sabía si era o no su turno. Así que se fue en busca de su erizo.

El erizo se había enzarzado en una pelea con otro erizo, lo cual pareció a Alicia una excelente oportunidad para hacerlos chocar y marcar así un tanto: la única dificultad estaba en que su flamenco se había ido a la otra punta del jardín. Alicia pudo ver cómo intentaba en vano subirse a uno de los árboles.



Cuando consiguió capturar al flamenco y volver a su posición, la pelea había terminado y los erizos se habían perdido de vista. «Pero no importa demasiado —pensó Alicia— porque los arcos también se largaron de esta parte del campo.» Así pues, se echó el flamenco bajo el brazo, para que no se le volviera a escapar, y regresó dispuesta a charlar otro poco con su amigo.

Al llegar, se encontró con la sorpresa de que había una gran multitud reunida en torno al Gato de Cheshire. El verdugo, el Rey y la Reina discutían y hablaban todos a la vez, en tanto que los demás guardaban silencio y parecían muy inquietos.

Alicia se vio inmediatamente requerida por los tres, para que dirimiera la cuestión, y le repitieron los respectivos argumentos, aunque, como hablaban todos a la vez, le resultó muy difícil enterarse exactamente de lo que decían.

El verdugo alegaba que no se podía cortar una cabeza a menos que hubiera un cuerpo de donde poder cortarla, que jamás se había visto en trance semejante y que no iba a cambiar a estas alturas de la vida.

El Rey alegaba que todo ser en posesión de una cabeza podía decapitarse y que se dejaran de historias.

La Reina alegaba que, si no se tomaba inmediatamente una determinación, haría ejecutar a todo el mundo. (Fue esta última observación

la que causó mayor revuelo y conmoción entre los asistentes.)

A Alicia no se le ocurrió más que una cosa:

—Es de la Duquesa: será mejor que se lo pregunten a ella.

—Está en la cárcel —dijo la Reina al verdugo—: tráela aquí.

Y el verdugo partió como una flecha.

La cabeza del Gato empezó a desvanecerse apenas se alejó el verdugo y, cuando este volvió en compañía de la Duquesa, ya había desaparecido por entero. Y así el Rey y el verdugo se pusieron a buscarlo, corriendo de un lado a otro como locos, en tanto que los restantes jugadores reemprendían la partida.



# 9
# Historia de la Falsa Tortuga

—¡No te imaginas, querida, qué placer me da volver a verte! —dijo la Duquesa a la niña, cogiéndola del brazo, y salieron juntas.

Alicia se sentía encantada al verla de tan buen humor y pensó que tal vez había sido solo la pimienta lo que la había enfurecido tanto cuando se la encontró en la cocina.

«Cuando yo sea Duquesa —se dijo, aunque sin mucha esperanza—, no habrá en mi cocina ni asomo de pimienta. La sopa queda muy sustanciosa sin ella… Quizá sea la pimienta lo que pone siempre a las personas tan acaloradas —añadió muy satisfecha de haber descubierto una nueva regla—, y el vinagre tan agrias, y la manzanilla tan amargas… y tal vez sea el azúcar y otras golosinas por el estilo lo que vuelve tan dulces a los niños. Ojalá se enterara de todo esto la gente: no sería entonces tan tacaña…»

Había olvidado por completo a la Duquesa y se sobresaltó un poco al oír

que le susurraba al oído:

—Estás pensando en algo, querida, y eso hace que te olvides de hablar. Ahora mismo no podría decirte cuál es la moraleja de esto, pero enseguida me acordaré.

—Puede que no haya moraleja —se atrevió a observar Alicia.

—¡Tate, tate! —dijo la Duquesa—. No hay cosa sin moraleja; solo se precisa dar con ella. —Y se apretó aún más contra Alicia mientras hablaba.

A Alicia no le gustaba tenerla tan pegada: primero, porque la Duquesa era feísima; y segundo, porque su altura era la justa para que apoyara la barbilla sobre el hombro de Alicia, y era una barbilla desagradablemente puntiaguda. Sin embargo, no quería ser grosera: así que la soportó como pudo.

—El juego marcha ahora mejor, ¿no? —dijo Alicia, por mantener algo viva la conversación.

—Así es —dijo la Duquesa—, y la moraleja de eso es: «¡Ah, el amor, el amor, pone en marcha el mundo!».

—Alguien dijo —susurró Alicia— «¡que marcharía mejor si cada cual se ocupara de sus propios asuntos!».

—¡Ah, bueno! Viene a ser lo mismo —dijo la Duquesa, hundiendo su puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia, y añadió—: y la moraleja de esto es: «Tú cuida el sentido, y los sonidos ya cuidarán de sí mismos».

«¡Qué manía de sacar moraleja a las cosas!», pensó Alicia.

—Me atrevería a decir que te estás preguntando por qué no te paso el brazo por la cintura —dijo, tras una pausa, la Duquesa—. La razón es que desconfío del carácter de tu flamenco. ¿Hago la prueba?

—Es capaz de picarla —repuso Alicia con cautela, que no tenía precisamente ganas de que hiciera la prueba.

—Muy cierto —dijo la Duquesa—: pica el flamenco y pica la mostaza. Y la moraleja de esto es: «Aves de igual pluma, vuelan a una».

—Solo que la mostaza no es un ave —observó Alicia.

—Cierto, como siempre —dijo la Duquesa—. ¡Qué claridad meridiana la tuya!

—Es un mineral, me parece —dijo Alicia.

—Por supuesto —dijo la Duquesa, que parecía dispuesta a aprobar cuanto dijera Alicia—. Cerca de aquí hay una gran mina de mostaza. Y la moraleja

de esto es: «A más mena mía, más ganga tuya».

—¡Ah, ya sé! —exclamó Alicia, sin enterarse de esta última observación—. Es un vegetal. No lo parece, pero lo es.

—Totalmente de acuerdo contigo —dijo la Duquesa—, y la moraleja de esto es: «Procura ser lo que quisieras ser» o, si prefieres que te lo diga más llanamente: «Nunca te imagines que eres distinta de lo que a los demás pareciera que lo que fueras o pudieras haber sido no sería sino distinto de lo que habías sido si hubieras parecido a los demás que eres distinta».

—Creo que lo entendería mejor —dijo cortésmente Alicia— si lo viera por escrito, pero el hilo se me escapa mientras lo dice.

—Esto no es nada comparado con lo que podría decirte, si quisiera —repuso en tono satisfecho la Duquesa.

—Le ruego que no se moleste en decir nada más largo —dijo Alicia.

—¡Oh, no es ninguna molestia! —dijo la Duquesa—. Te regalo cuanto he dicho hasta el momento.

«¡Un regalo bien barato! —pensó Alicia—. ¡Es una suerte que no se hagan regalos de cumpleaños como ese!» Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Otra vez pensando? —preguntó la Duquesa, de nuevo clavándole su afilada barbilla.

—Tengo derecho a pensar —dijo Alicia sin miramientos, que ya empezaba a sentirse incomodada.

—Poco más o menos —dijo la Duquesa— el mismo derecho que tienen los cerdos a volar, y la mo…

Pero aquí, con gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se extinguió en mitad de su palabra favorita, «moraleja», y el brazo que enlazaba el de la niña empezó a temblar. Alicia levantó la mirada y allí, frente a frente, estaba la Reina, con los brazos cruzados, fruncido el ceño y a punto de estallar.

—¡Hermoso día, Su Majestad! —empezó en voz baja y débil la Duquesa.

—Calla y escucha esta sana advertencia —gritó la Reina, pateando el suelo mientras hablaba—: ¡O vuelas de aquí tú, en menos que nada, o vuela tu cabeza! ¡Elige!

La Duquesa eligió y se marchó volando.

—Continuemos la partida —dijo la Reina a Alicia; y esta, demasiado

asustada para emitir palabra, la siguió lentamente hacia el campo de *croquet*.

Los otros invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina y descansaban a la sombra. Sin embargo, apenas la vieron, se apresuraron a volver al juego. La Reina se limitó a comentar que un instante de retraso les costaría la cabeza.

Durante toda la partida, la Reina no dejó de discutir con los demás jugadores y de gritar: «¡A ese, que le corten la cabeza!» y «¡A esa, también!». A los condenados se los iban llevando en custodia los soldados, quienes, naturalmente, tenían que dejar sus puestos, de modo que, al cabo de una media hora, ya no quedaban arcos y, a excepción del Rey, la Reina y Alicia, todos los jugadores estaban bajo custodia, sentenciados a muerte.

Entonces la Reina se detuvo, completamente sin aliento, y dijo a Alicia:

—¿Ya has visto a la Falsa Tortuga?

—No —dijo Alicia—. Ni siquiera sé qué es.

—Es de lo que se hace la Sopa de Falsa Tortuga —dijo la Reina.

—Nunca la he visto ni había oído hablar de ella —dijo Alicia.

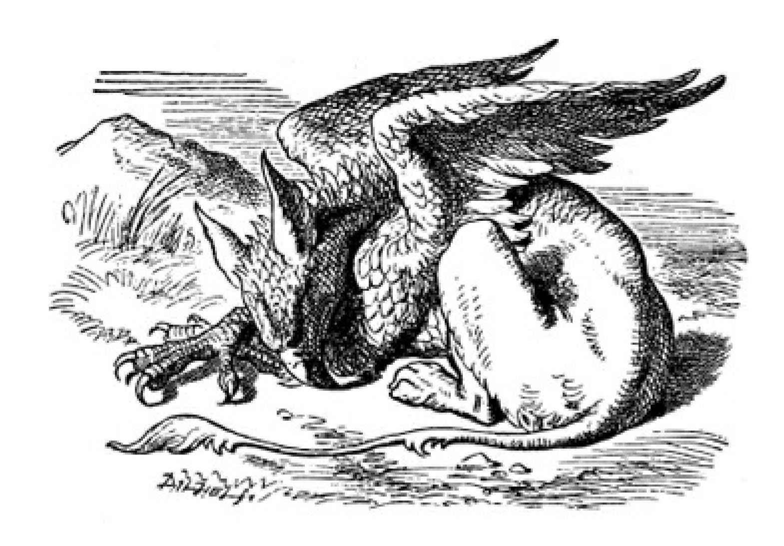
—Ven, entonces —dijo la Reina—, y te contará su historia.

Mientras salían juntas, Alicia oyó que el Rey decía en voz baja al grupo de los condenados.

—Estáis todos perdonados.

«¡Vaya, esta es una buena acción!», se dijo Alicia, que se sentía muy afectada ante las numerosas ejecuciones dictadas por la Reina.

Al poco llegaron ante un Grifo, profundamente dormido bajo el sol. (Si no sabéis qué es un Grifo, mirad la ilustración.)



—¡Arriba, perezoso! —dijo la Reina—, y lleva a esta señorita ante la Falsa Tortuga para que le cuente su historia. Yo he de volver y ocuparme de unas ejecuciones pendientes.

Y se marchó, dejando a Alicia sola con el Grifo. A Alicia no le atraía nada su aspecto, pero pensó que, de todas formas, no era más peligroso quedarse en compañía del animal que ir con la salvaje de la Reina, así que esperó.

El Grifo se levantó y se frotó los ojos; luego observó a la Reina hasta verla desaparecer y, finalmente, soltó una risita.

—¡Qué divertido! —dijo el Grifo, mitad a sí mismo, mitad a Alicia.

—¿Qué es lo divertido? —dijo Alicia.

—Ella —dijo el Grifo—. Todo es pura imaginación suya: aquí, ya sabes, nunca se ejecuta a nadie. ¡Ven!

«Aquí todo el mundo dice "¡Ven!" —pensó Alicia mientras lo seguía lentamente—: ¡Nunca en mi vida he recibido tantas órdenes, nunca!»

Al cabo de un rato, vieron a distancia a la Falsa Tortuga, muy triste y sola, sentada sobre una roca, y en cuanto se acercaron, Alicia la oyó suspirar —como si se le partiera el corazón— y la compadeció profundamente.

—¿Cuál es su pena? —preguntó al Grifo.

Y este le contestó casi en los mismos términos que antes:

—Pura imaginación: no tiene pena alguna. ¡Ven!

Al llegar ante la Falsa Tortuga, esta los miró con grandes ojos llenos de lágrimas, pero sin decir nada.

—Aquí esta señorita —dijo el Grifo— quiere conocer tu historia.

—Se la contaré —dijo la Falsa Tortuga con voz profunda y lúgubre—. Sentaos y no digáis ni una sola palabra hasta que termine.

Así que se sentaron y, durante algunos minutos, nadie habló. «No entiendo cómo puede terminar una historia que nunca empieza», pensó Alicia. Pero aguardó pacientemente.

—En otro tiempo —dijo al fin, con un profundo suspiro, la Falsa Tortuga — yo fui una verdadera Tortuga.

Siguió a estas palabras un silencio muy prolongado, apenas quebrado por algún que otro «Hjckrrh» del Grifo y el continuo y patético sollozar de la Falsa Tortuga. Alicia estaba dispuesta a levantarse y decir: «Gracias, señora,

por su interesante historia», pero no pudo dejar de pensar que algo más iba a decir la Tortuga, así que permaneció sentada y sin decir nada.

—De pequeñas —prosiguió al fin la Falsa Tortuga con voz más serena, aunque todavía de vez en cuando sollozante— íbamos a la escuela, en el mar. La maestra era una vieja Tortuga a la que llamábamos Tortura…

—¿Por qué la llamaban Tortura si no se llamaba así? —preguntó Alicia.

—La llamábamos Tortura —dijo enojada la Falsa Tortuga— porque era tortuosa; más que enseñar, se ensañaba con nosotras. ¡Realmente eres bien tonta!



—Vergüenza debería darte preguntar cosas tan simples —añadió el Grifo, y ambos se quedaron sentados y en silencio por un rato, con la mirada puesta en la pobre Alicia que deseaba que se la tragase la tierra. Por fin, el Grifo dijo a la Falsa Tortuga:

—¡Prosigue, vieja! ¡No vas a pasarte todo el santo día con esto!

—Pues sí, íbamos a la escuela submarina, aunque no lo creas.

—Yo no he dicho que no lo creyera —interrumpió Alicia.

—¡Sí lo has dicho! —dijo la Falsa Tortuga.

—¡Sin chistar! —intervino el Grifo antes de que Alicia pudiese contestar.

La Falsa Tortuga prosiguió:

—Recibíamos una educación inmejorable… De hecho íbamos diariamente a la escuela.

—Yo también iba todos los días a la escuela —dijo Alicia—. No hay por qué presumir de eso.

—¿Con clases extras? —preguntó algo nerviosa la Falsa Tortuga.

—Sí —dijo Alicia—, aprendíamos francés y música.

—¿Y lavado? —inquirió la Falsa Tortuga.

—¡Claro que no! —dijo Alicia indignada.

—¡Ah! Entonces no era realmente muy buena tu escuela —dijo respirando de alivio la Falsa Tortuga—. En cambio, en la nuestra, al final del recibo ponía: «Francés, música y lavado, extras».

—Pues poca falta les haría —dijo Alicia— viviendo en el fondo del mar.

—Yo no pude matricularme —suspiró la Falsa Tortuga—. Solo seguía los cursos ordinarios.

—¿Y qué veían en estos? —preguntó Alicia.

—Veíamos a la legua, con o sin taxis, y gramática parda, y luego, las distintas ramas de la aritmética: Ambición, Distracción, Multicomplicación y Diversión.

—Nunca he oído hablar de Multicomplicación —se atrevió a decir Alicia —. ¿Qué es?

El Grifo levantó las patas en señal de sorpresa.

—¡Cómo, que nunca has oído hablar de multicomplicación! —exclamó —. Sabrás lo que es complicación, supongo…

—Sí —contestó con inseguridad Alicia.

—Pues si lo sabes, y no sabes también que las complicaciones nunca llegan solas —sentenció el Grifo—, eres bien tonta.

Alicia no se vio con ánimos de hacer más preguntas, de modo que se volvió hacia la Falsa Tortuga y le dijo:

—¿Qué más les hacían aprender?

—Bueno, había mucha Escoria —contestó la Falsa Tortuga, llevando la cuenta con las puntas de las aletas—, Escoria antigua y moderna, con Mareografía; luego había clases de Bellas Tardes… El profesor de Bellas

Tardes era un viejo congrio que solía venir después de comer una vez por semana: él nos enseñaba toda clase de tapujos, y también a escupir y a pitar al estilo eolio.

—¿Qué es eso de pitar al estilo eolio? —preguntó Alicia.

—Bueno, no puedo hacerte ahora una demostración —dijo la Falsa Tortuga—: estoy sin fuerzas. Y el Grifo no sabe nada de esto.

—No tuve tiempo de aprenderlo —dijo el Grifo—. Yo estudié clásicas. Y el maestro, ese sí que era un viejo cangrejo.

—Nunca seguí sus cursos —refirió con un suspiro la Falsa Tortuga— pero, según dicen, enseñaba Lata sin Fin y rudimentos de Riego.

—Cierto, cierto —confirmó el Grifo, suspirando a su vez, y ambos ocultaron los rostros entre las patas.

—¿Y cuántas horas al día tenían de clase? —dijo Alicia, dispuesta a cambiar de tema.

—Diez horas el primer día —dijo la Falsa Tortuga—, nueve el siguiente, y así sucesivamente.

—¡Qué sistema tan raro! —exclamó Alicia.

—Por eso —observó el Grifo— es curso: porque disminuye en escorzo día a día. Es como si gradualmente se horadara el horario.

Esta era una idea enteramente nueva para Alicia, y se la estuvo rumiando antes de pasar a la siguiente pregunta.

—Entonces, el undécimo día sería fiesta, supongo…

—Claro que sí —dijo la Falsa Tortuga.

—Y entonces ¿qué pasaba el duodécimo día? —prosiguió Alicia impaciente.

—Ya basta por hoy de cursos —interrumpió el Grifo en tono muy decidido—. Cuéntale algo sobre los juegos.

# 10
# La Cuadrilla de la Langosta

La Falsa Tortuga suspiró profundamente y se limpió los ojos con el dorso de una aleta. Miró a Alicia y trató de hablar, pero durante uno o dos minutos los sollozos ahogaron su voz.

—Igual que si se le hubiera atragantado un hueso —dijo el Grifo; y se puso a sacudirla y a darle golpes en la espalda.

Al final, la Falsa Tortuga recobró la voz y, con lágrimas en las mejillas, prosiguió:

—Puede que no hayas vivido mucho en el fondo del mar…

—No —dijo Alicia.

—… y que nunca te hayan presentado a una langosta…

—Una vez la probé… —empezó a decir Alicia, pero enseguida se contuvo, y añadió—: No, nunca.

—… ¡así que no te imaginas qué cosa más perfecta es una Cuadrilla de Langostas!

—Realmente no. ¿Qué tipo de baile es? —preguntó Alicia.

—Bueno —comenzó el Grifo—, primero formas en línea a lo largo de la orilla…

—¡Dos líneas! —exclamó la Falsa Tortuga—: Focas, tortugas, salmones, etcétera; entonces, una vez limpia la pista de medusas…

—Lo cual normalmente lleva su tiempo —interrumpió el Grifo.

—… avanzas dos pasos.

—¡Cada cual con una langosta de pareja! —gritó el Grifo.

—Por supuesto —dijo la Falsa Tortuga—. Avanzas dos pasos con la pareja…

—… cambias de langosta y te retiras en el mismo orden —continuó el Grifo.

—Luego —añadió la Falsa Tortuga—, ya sabes, lanzas las…

—¡Las langostas! —vociferó el Grifo, dando un brinco.

—… a alta mar, lo más lejos posible…

—¡Nadas tras ellas! —chilló el Grifo.

—¡Das un salto mortal en pleno mar! —gritó la Falsa Tortuga, haciendo salvajes cabriolas.

—¡Nuevo cambio de langosta! —chilló el Grifo.

—A tierra otra vez y… Aquí concluye la primera figura —dijo la Falsa Tortuga, bajando súbitamente la voz. Y ambas bestias, que hasta el momento habían estado saltando como locas, se volvieron a sentar, apacibles y muy contristadas, mirando a Alicia.

—Debe de ser un baile muy hermoso —dijo tímidamente la niña.

—¿Quieres verlo un poco en la práctica? —dijo la Falsa Tortuga.

—Me gustaría mucho —dijo Alicia.

—¡Pues intentemos la primera figura! —dijo la Falsa Tortuga al Grifo—. Se puede hacer sin langostas, ¿no? ¿Quién cantará?

—Canta tú —dijo el Grifo—. Yo no recuerdo la letra.

Y, con aire solemne, se pusieron a bailar y a dar más y más vueltas alrededor de Alicia, pisándole los pies cada vez que pasaban cerca y marcando el compás con sus patas delanteras, mientras la Falsa Tortuga cantaba con voz triste y lenta la canción:

*Apúrate, caracol —le instaba una pescadilla—,*
*que nos persigue un delfín: la cola casi me pisa.*
*¡Con qué ansia las langostas y las tortugas avanzan!*
*En la grava aguardan todas. ¿Quieres unirte a la danza?*
*¡Que sí, que no, que sí, que no,*
*la danza sí!*
*¡Que no, que sí, que no, que sí,*
*la danza no!*

*¡De veras no te imaginas qué delicioso será*
*cuando nos alcen y arrojen con las langostas al mar!*
*Y el caracol dice: «Gracias»; mas al mar aún no se lanza.*
*«¡Es muy lejos, es muy lejos! No quiero unirme a la danza.»*

*¡Que sí, que no, que sí, que no,*
*la danza sí!*
*¡Que no, que sí, que no, que sí,*
*la danza no!*



*Ya sabes que hay otra orilla al otro lado del mar:*
*más te alejas de Inglaterra, más cerca de Francia estás*
*—al caracol dijo ella (le brillaban las escamas)—;*
*no palidezcas, querido, trata de unirte a la danza.*
*¡Que sí, que no, que sí, que no,*
*la danza sí!*
*Que no, que sí, que no, que sí,*
*la danza no!*

—Gracias, es un baile interesantísimo —comentó Alicia, encantada de que por fin hubiera terminado—, y también me ha gustado esa curiosa canción sobre la pescadilla.

—¡Ah!, hablando de pescadillas —dijo la Falsa Tortuga—, ellas… Tú naturalmente ¿las has visto?

—Sí —dijo Alicia—, las he visto a menudo en la comi… —y se contuvo a tiempo.

—No sé dónde queda Lacomí —dijo la Falsa Tortuga—, pero si tan a menudo las has visto, sin duda sabrás cómo son.

—Creo que sí —contestó pensativamente Alicia—. Tienen la cola en la boca… y están cubiertas de pan rallado.

—Te equivocas en cuanto al pan rallado —dijo la Falsa Tortuga—: el mar se lo llevaría todo. Pero sí tienen la cola en la boca, y la razón es… —Entonces la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos—. Cuéntale la razón y todo eso —dijo al Grifo.

—La razón es —dijo el Grifo— que querían ir a bailar con las langostas. Y se lanzaron a alta mar. Y tenían que caer a gran distancia. Y se sujetaban la cola con la boca. Y no pudieron soltarla nunca más. Eso es todo.

—Gracias —dijo Alicia—, es muy interesante. Nunca había oído tantas cosas sobre las pescadillas.

—Aún te puedo contar muchas más, si quieres —dijo el Grifo—. ¿Sabes por qué las llaman pescadillas?

—Nunca se me ha ocurrido pensarlo —dijo Alicia—. ¿Por qué?

—El nombre tiene que ver con escasez y con antigüedad —repuso el Grifo en tono muy solemne.

Alicia se quedó muy intrigada.

—¡Con escasez y con antigüedad! —repitió, incrédula.

—Bueno —dijo el Grifo—. ¿Tú sabes que las pescadillas son muy delgadas?

—Naturalmente —contestó Alicia.

—Pues en eso se diferencian del llamado pez gordo, que es una variedad muy acaudalada.

—La distinción no es ninguna maravilla —se atrevió a observar Alicia.

—No —dijo el Grifo—, es más bien un motivo de continuas pesadillas económicas. Y así, no han podido sobrepasar la primera fase de crecimiento. El problema, por lo demás, es tan antiguo como la lengua; de modo que su nombre viene también marcado como *peç-cedilla*. Ahora ya lo sabes.

—¿Y de qué están hechas? —preguntó Alicia.

—Pues de escamillas por fuera y pacotilla por dentro —replicó no sin impaciencia el Grifo—. Cualquier renacuajo te lo diría.

—De ser yo la pescadilla —dijo Alicia, que aún seguía pensando en la

canción—, le habría dicho al delfín: «¡Retírate, por favor! ¡No te queremos con nosotras!».

—Estaban obligadas a llevarlo —dijo la Falsa Tortuga—. No hay pez sensato que vaya a lugar alguno sin un delfín.

—¿Es cierto? —preguntó Alicia con voz de gran sorpresa.

—Claro que sí —dijo la Falsa Tortuga—. Si un pez viniera a decirme que se iba de viaje, le preguntaría: «¿Con qué delfín?».

—¿No querrá decir más bien «Con qué fin»? —dijo Alicia.

—Quiero decir lo que digo y digo lo que quiero decir —contestó ofendida la Falsa Tortuga.

Y el Grifo añadió:

—Venga, cuéntanos algunas de tus aventuras.

—Podría contarles mis aventuras… a partir de esta mañana —dijo Alicia con cierta timidez—; sería inútil referirme a las de ayer, porque yo entonces era una persona distinta.

—Explica todo eso —dijo la Falsa Tortuga.

—¡No, no! Primero las aventuras —dijo el Grifo, impaciente—, que las explicaciones se llevan un tiempo horrible.

Así pues, Alicia empezó a contarles sus aventuras desde el momento en que vio por primera vez al Conejo Blanco. Al principio se sentía algo nerviosa, por tener tan pegadas a las dos bestias, una a cada lado, con sus bocas y ojos desmesuradamente abiertos; pero, a medida que avanzaba, fue cobrando valor. Sus oyentes permanecieron perfectamente quietos hasta el momento en que recitó el poema «Padre Guillermo» a la Oruga, cuando la letra le salió tan diferente. La Falsa Tortuga, entonces, lanzó un profundo suspiro y dijo:

—¡Esto es muy extraño!

—¡Es lo más extraño del mundo! —dijo el Grifo.

—¡Todo le salió diferente! —repitió pensativamente la Falsa Tortuga—. Me gustaría que intentara recitar algo ahora. Dile que empiece. —Miró al Grifo como si considerara que este tenía cierta autoridad sobre Alicia.

—Levántate y recita: «Es la voz del haragán» —dijo el Grifo.

«¡Cuánto les gusta a estas bestias dar órdenes y hacer que una repita las lecciones! —pensó Alicia—. Igual que si estuviera en la escuela.» Sin

embargo, se levantó y empezó a recitar el poema; pero su mente estaba tan sumida en la Cuadrilla de la Langosta que apenas se daba cuenta de lo que decía, y la letra le salió ciertamente muy rara:

*Es la voz de la Langosta (yo lo puedo acreditar):*
*«Ya que me has tostado el cuerpo, el pelo voy a endulzar».*
*Lo que el pato con sus párpados, con la nariz hace ella:*
*se abotona, se acintura, los dedos del pie endereza.*
*Cuando la playa está seca, como una alondra se alegra*
*y al tiburón se refiere como a bicho que desprecia;*
*mas cuando la marea sube y los tiburones rondan,*
*su voz cobra cierto deje de turbación temblorosa.*

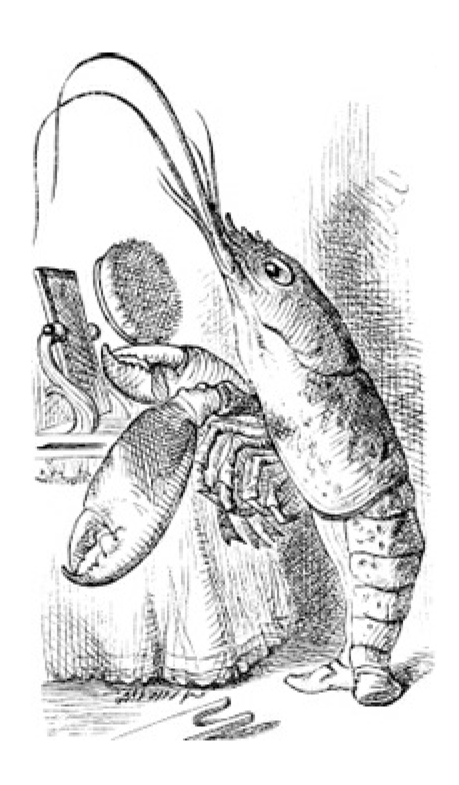
—Es distinto de como yo lo recitaba de niño —dijo el Grifo.

—Bueno, yo nunca lo había oído —dijo la Falsa Tortuga—, pero suena a un disparate descomunal.

Alicia no dijo nada: se sentó y se cubrió el rostro entre las manos, preguntándose si ya nunca volverían a suceder las cosas de un modo natural.

—Me gustaría que me lo explicara —dijo la Falsa Tortuga.

—Ella no puede explicarlo —se apresuró a decir el Grifo—. Pasemos a la estrofa siguiente.



—Pero ¿y lo de los dedos del pie? —insistió la Falsa Tortuga—. ¿Cómo podía enderezarlos con la nariz?

—Es la primera posición del baile —dijo Alicia, pero todo esto la tenía terriblemente desconcertada y solo ansiaba cambiar de tema.

—Pasemos a la estrofa siguiente —repitió el Grifo—: la que empieza «Al pasar por el jardín».

Aunque estaba segura de que todo saldría trastocado, Alicia no se atrevió a desobedecer y prosiguió con voz temblorosa:

*Al pasar por el jardín, de reojo pudo ver*
*cómo el Búho y la Pantera compartían un pastel.*
*Ella eligió la corteza, la salsa y todo el relleno;*
*a él le tocaba el plato como parte del convenio.*
*Cuando el pastel se acabó, mientras él, como un favor*
*de la apacible Pantera, la cuchara se quedó,*
*ella, gruñendo, cogió el tenedor y el cuchillo*
*y el banquete concluyó…*

—¿De qué nos sirve recitar todas estas tonterías si no las vas explicando a

medida que las dices? —interrumpió la Falsa Tortuga—. ¡Es con mucho la cosa más confusa que he oído en mi vida!

—Sí, creo que es mejor que lo dejes —dijo el Grifo con gran júbilo de Alicia.

—¿Por qué no intentamos otra figura de la Cuadrilla de la Langosta? —continuó el Grifo—. ¿O prefieres que la Falsa Tortuga te cante otra canción?

—¡Oh sí, por favor, una canción!, si a la Falsa Tortuga no le importa —suspiró Alicia, con tanta vehemencia que el Grifo, en tono algo ofendido, dijo:

—¡Hum! ¡Sobre gustos no hay nada escrito! Vieja, ¿por qué no le cantas «Sopa de Tortuga»?

La Falsa Tortuga suspiró profundamente y empezó a cantar con voz ahogada por los sollozos:

*Sabrosa sopa, tan rica y verde,*
*que en la sopera rebosa y hierve,*
*¿quién se resiste a tu sabor?*
*Sopa en la noche, grato sabor.*
*¡Sooopa qué beeella!*
*¡Sooopa qué hermooosa!*
*¡De noooche sooopa!*
*beeella y riiiquíiisiiima sooopa!*

*¡Sabrosa sopa! ¡No hay quien pescado*
*ni caza quiera, ni otro bocado!*
*¿Quién no daría todo por*
*solo dos reales de bella*
*sopa, dos reales de bella so…?*
*¡Sooopa qué beeella!*
*¡Sooopa qué hermooosa!*
*¡De noooche sooopa,*
*beeella y riiiquíiisiiima sooopa!*

—¡El coro, otra vez! —exclamó el Grifo, y la Falsa Tortuga ya había

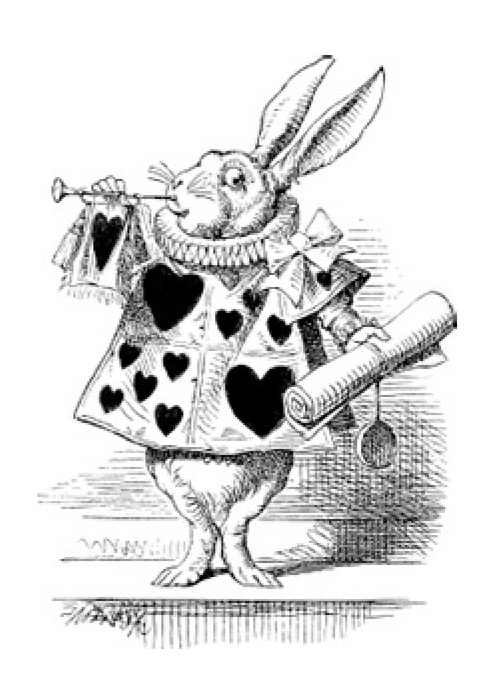
empezado a repetirlo cuando un grito, «¡Comienza el juicio!», se oyó en la lejanía.

—¡Ven! —ordenó el Grifo. Y tomando a Alicia de la mano, partió a toda prisa sin esperar a que concluyera la canción.

—¿De qué juicio se trata? —jadeó Alicia, mientras corrían, pero el Grifo solo respondió:

—¡Ven! —Y corrió aún más deprisa, mientras sonaba cada vez más débil, arrastrado por la brisa que los seguía, el melancólico estribillo:

*¡De nooche sooopa,*
*beeella y riiiquíiisiiima sooopa!*



# 11
# ¿Quién robó las tartas?

Cuando llegaron, el Rey y la Reina de Corazones ya estaban sentados en sus tronos. Los rodeaba una gran multitud compuesta por toda clase de pajaritos y bestias y el mazo entero de la baraja. La Sota, de pie ante ellos, estaba encadenada, y un soldado a cada lado la custodiaba. Cerca del Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. En el centro mismo de la sala había una mesa y, sobre ella, una gran bandeja de tartas: se veían tan apetitosas que a Alicia, al mirarlas, se le hacía la boca agua. «¡Ojalá acabe el juicio y empiece el piscolabis!», pensó. Pero como parecía improbable que esto sucediera, se puso a examinar todo el lugar, simplemente por pasar el rato.

Alicia nunca había estado en un tribunal de justicia, pero algo había leído en los libros y se sentía encantada al comprobar que sabía el nombre de casi todo lo que había allí. «Este, por su gran peluca —se dijo—, debe de ser el juez.»

El juez, dicho sea de paso, era el Rey; y como llevaba la corona encajada

sobre la peluca (si queréis ver su aspecto, mirad la primera ilustración del libro), no parecía nada cómodo y no estaba precisamente muy favorecido.

«Y ese es el estrado del jurado —pensó Alicia—, y esas doce criaturas —(si recurrió a tan vaga denominación es porque había de todo, con predominio de pájaros y bestias)— serán los ponentes del jurado.» No sin orgullo, repitió para sí esta última expresión dos o tres veces, pues creía, y con razón, que muy pocas niñas de su edad comprendían su significado. (Sin embargo, también habría podido decir, más simplemente, los «jurados».)

Los doce jurados iban anotando todo, febrilmente, en sus pizarras.

—¿Qué hacen? —susurró Alicia al Grifo—. No hay nada que anotar: si ni siquiera ha empezado el juicio.

—Anotan sus nombres —repuso con otro susurro el Grifo— por miedo de que se les olvide antes de terminar el juicio.

—¡Qué estúpido! —empezó a decir Alicia, con voz fuerte e indignada, pero enseguida se detuvo, al grito del Conejo Blanco:

—¡Silencio en la sala! —Y el Rey se caló los anteojos y lanzó una inquieta mirada alrededor para averiguar quién había hablado.

Alicia pudo ver, como si mirara por encima de los hombros de los jurados, que estos anotaban «¡Qué estúpidos!» en sus pizarras, y aún pudo comprobar que uno de ellos, por no saber deletrear «estúpidos», se lo consultaba a su vecino. «¡Qué lío van a armar en sus pizarras antes de que concluya el juicio!», pensó Alicia.

Uno de los jurados tenía un lápiz que rechinaba. Naturalmente, esto Alicia no lo podía soportar: dio la vuelta a la sala, se puso detrás de él y muy pronto aprovechó la oportunidad para quitárselo. Lo hizo tan deprisa que el pobre jurado (era Bill, la lagartija) no pudo adivinar qué se había hecho del lápiz; así que, tras registrarlo todo, se vio obligado a escribir con un dedo por el resto del día, lo cual era de bien poca utilidad pues no dejaba señal alguna en la pizarra.

—¡Heraldo, lee la acusación! —dijo el Rey.

El Conejo Blanco dio tres toques de trompeta, desenrolló el pergamino y leyó lo siguiente:

*La Reina de Corazones*

*preparó no pocas tartas*
*en un día de verano.*

*La Sota de Corazones*
*robó y se llevó las tartas*
*a algún lugar bien lejano.*

—Considerad vuestro veredicto —ordenó el Rey al jurado.

—¡Todavía no, todavía no! —interrumpió inmediatamente el Conejo—. ¡Aún hay muchas cosas que hacer!

—Que comparezca el primer testigo —dijo el Rey. El Conejo dio tres nuevos toques de trompeta y gritó:

—¡El primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Llegó con una taza de té en una mano y un pedazo de pan con mantequilla en la otra.

—Ruego me perdone Su Majestad —empezó— por comparecer así, pero no había terminado el té cuando me vinieron a buscar.

—Deberías haberlo terminado —dijo el Rey—. ¿Cuándo lo empezaste?

El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo que, con el Lirón del brazo, lo había seguido hasta la sala.

—El catorce de marzo, creo que fue —dijo.

—El quince —dijo la Liebre de Marzo.

—El dieciséis —dijo el Lirón.

—Anotadlo —dijo el Rey al jurado; y el jurado se apresuró a anotar las tres fechas en sus pizarras, para luego sumarlas y convertir el total en chelines y peniques.

—Quítate tu sombrero —ordenó el Rey.

—No es mío —dijo el Sombrerero.

—¡Lo has robado! —exclamó el Rey, volviéndose hacia el jurado, que al instante tomó nota del hecho.

—Los llevo para vender —añadió como explicación el Sombrerero—. Ninguno es de mi propiedad. Soy un sombrerero.

Entonces la Reina se caló sus anteojos y empezó a mirar fijamente al Sombrerero, que palideció y se puso a temblar.

—Presta declaración —dijo el Rey—, y no te pongas nervioso o te haré ejecutar en el acto.

Esto de ningún modo pareció animar al testigo, que se movía de un lado a otro sobre ambos pies, mirando con desasosiego a la Reina, y en su confusión, mordió un cacho de taza en lugar del pan con mantequilla.

Fue entonces cuando Alicia experimentó una sensación muy extraña, que no poco la desconcertó hasta que se dio cuenta de lo que era: otra vez empezaba a crecer. Pensó al principio que lo mejor sería levantarse y abandonar la sala, pero cambió de parecer y decidió quedarse donde estaba, mientras hubiera un mínimo de espacio.

—No me gusta que me opriman tanto —dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado—: casi no puedo respirar.

—No puedo remediarlo —dijo humildemente Alicia—; estoy creciendo.

—No tienes derecho a crecer aquí —dijo el Lirón.

—No digas tonterías —dijo, con más decisión, Alicia—: también tú estás creciendo, bien lo sabes.

—Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable —dijo el Lirón—, no de ese modo. —Y enojado, se levantó y se marchó al otro lado de la sala.

La Reina había estado todo el rato mirando al Sombrerero y, mientras el Lirón cruzaba la sala, dijo a uno de los ujieres:

—¡Tráeme la lista de los cantantes del último concierto! —Ante lo cual el desdichado Sombrerero tembló de tal modo que los zapatos se le salieron de los pies.

—Presta declaración —repitió airado el Rey—, o te haré ejecutar, tanto si estás nervioso como si no.

—Soy un pobre hombre, Su Majestad —empezó con voz temblorosa el Sombrerero—, y aún no había empezado el té… hará cosa de una semana… y con las pocas tostadas… y con el titilar del té…

—¿El titilar de qué? —preguntó el Rey.

—La cosa empezó con té y… —replicó el Sombrerero.

—¿Titilar? ¡Claro que empieza con T! —le cortó el Rey—. ¿Me tomas por zopenco? ¡Sigue!

—Soy un pobre hombre —continuó el Sombrerero—, y la mayor parte de las cosas titilaban después que… solo que la Liebre de Marzo dijo…




—¡No dije nada! —interrumpió muy presta la Liebre de Marzo.

—¡Lo dijiste! —afirmó el Sombrerero.

—¡Lo niego! —dijo la Liebre de Marzo.

—¡Lo niega! —dijo el Rey—. Omitid esto.

—Bueno, en todo caso, el Lirón dijo… —prosiguió el Sombrerero, mirando con ansiedad a su alrededor para ver si este también lo negaba; pero el Lirón, que estaba profundamente dormido, no negó nada.

—Y después —continuó el Sombrerero—, corté un poco más de pan con mantequilla…

—Pero ¿qué dijo el Lirón? —preguntó uno de los jurados.

—Es que no lo puedo recordar —dijo el Sombrerero.

—Debes recordarlo —observó el Rey— o te haré ejecutar.

El infortunado Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan con mantequilla y empezó a suplicar de rodillas:

—Soy un pobre hombre, Su Majestad.

—Un orador muy pobre, eso es lo que eres —dijo el Rey.

Un Conejillo de Indias, al oír esto, aplaudió y, al instante, fue sofocado por los ujieres de la sala. (Como es esta una expresión algo difícil de entender, os explicaré cómo lo hicieron. Tenían una gran bolsa de lona, cuya abertura se cerraba con cuerdas: introdujeron de cabeza al Conejillo y luego se sentaron encima.)

«Me gusta haber visto hacer eso —pensó Alicia—. No pocas veces leí en los periódicos que al final del juicio “hubo un conato de aplausos, que fueron inmediatamente sofocados por los ujieres de la sala”, y hasta hoy nunca supe lo que eso significaba.»



—Si eso es todo lo que sabes del asunto —dijo el Rey—, puedes bajar del estrado.

—No puedo bajar más —dijo el Sombrerero—. Estoy, como quien dice, a ras de suelo.

—Entonces puedes sentarte —repuso el Rey.

Otro Conejillo de Indias, al oír esto, aplaudió y fue asimismo sofocado.

«¡Vaya, se acabaron los conejillos de Indias! —pensó Alicia—. Sin ellos todo irá mejor.»

—Quisiera acabar el té —dijo el Sombrerero, mirando ansiosamente a la Reina, que seguía leyendo la lista de los cantantes.

—Puedes irte —dijo el Rey, y el Sombrerero se marchó a toda prisa, sin esperar siquiera a ponerse los zapatos.

—Y justo al salir, que le corten la cabeza —añadió la Reina a uno de los ujieres; pero el Sombrerero, antes de que el ujier llegara a la puerta, había desaparecido.

—¡Que comparezca el siguiente testigo! —dijo el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Traía en la mano una caja de pimienta y, aun antes de que entrara en la sala, Alicia pudo adivinar quién era por el modo en que la gente de la puerta empezó automáticamente a estornudar.

—Presta declaración —dijo el Rey.

—No quiero —dijo la cocinera.

El Rey miró con aire inquieto al Conejo Blanco, que le dijo en voz baja:

—Su Majestad debe interrogar a este testigo con suma severidad.

—Bueno, el deber es el deber —dijo el Rey con expresión melancólica y, tras cruzarse de brazos y fruncir el ceño a la cocinera, hasta el punto de que

casi no se le veían los ojos, preguntó con voz grave:

—¿De qué están hechas las tartas?

—De pimienta, principalmente —contestó la cocinera.

—De melaza —dijo una voz somnolienta detrás de ella.

—¡Prended a ese Lirón! —chilló la Reina—. ¡Decapitad a ese Lirón! ¡Expulsad a ese Lirón de la sala! ¡Suprimidlo! ¡Pellizcadlo! ¡Cortadle los bigotes!

Mientras se llevaban al Lirón, reinó por unos minutos en la sala la mayor confusión, y cuando todos volvieron a sus puestos, la cocinera había desaparecido.

—¡No importa! —dijo el Rey, con gran alivio—. Que comparezca el siguiente testigo. —Y añadió por lo bajo a la Reina—: Realmente, querida, tú debes interrogar con suma severidad al siguiente testigo. ¡A mí esto me produce demasiada jaqueca!

Alicia observó cómo el Conejo Blanco rebuscaba el nombre en la lista: sentía mucha curiosidad por saber quién sería el siguiente testigo, «pues hasta ahora no han obtenido muchas pruebas», se dijo. Imaginad su sorpresa cuando el Conejo Blanco leyó, con la vocecilla más chillona del mundo, el nombre:

—¡Alicia!



# 12
# La declaración de Alicia

—¡Aquí! —exclamó Alicia, olvidando del todo, con la emoción del momento, cuánto había crecido en los últimos minutos, y se levantó tan precipitadamente que con el borde de la falda volcó estrado y jurados, lanzando a todos estos sobre las cabezas de la multitud que había debajo. Al verlos allí, esparcidos por el suelo, Alicia no pudo menos que recordar la pecera de dorados peces que la semana anterior se le había volcado accidentalmente.

—¡Ay, cuánto lo siento! —exclamó consternada, y se puso a recogerlos con la mayor rapidez posible, pues el accidente de los peces dorados aún le rondaba la cabeza y tenía la vaga impresión de que, si no los volvía a colocar inmediatamente en el estrado, se morirían.

—El juicio no puede continuar —dijo el Rey con voz muy grave— en tanto no vuelvan a sus respectivos puestos todos los miembros del jurado…, todos —repitió con gran énfasis, mientras miraba severamente a Alicia.

Alicia miró hacia el estrado y vio que, con las prisas, había puesto cabeza abajo a la Lagartija: el pobrecito Bill agitaba melancólicamente la cola de un lado a otro, incapaz de enderezarse por su cuenta. Inmediatamente lo sacó y le dio la vuelta, «aunque no importa mucho —se dijo—, pues me parece que, para el juicio, lo mismo da que esté del derecho que del revés».

Apenas los jurados se recobraron del susto y recuperaron sus lápices y pizarras, se pusieron a redactar febrilmente la historia del accidente; todos menos la Lagartija, que parecía demasiado trastornada para hacer otra cosa que estar sentada con la boca abierta y la vista fija en el techo de la sala.

—¿Qué sabes de este asunto? —preguntó el Rey a Alicia.

—Nada —dijo Alicia.

—¿Absolutamente nada? —insistió el Rey.

—Absolutamente nada —dijo Alicia.

—Esto es importante —dijo el Rey, volviéndose hacia los jurados. Y apenas empezaban estos a anotarlo en sus pizarras, cuando el Conejo Blanco interrumpió con voz respetuosa pero frunciendo el ceño y haciendo continuos gestos al Rey mientras hablaba:

—No es importante, querrá decir sin duda Su Majestad.

—No es importante, quise decir, naturalmente —se apresuró a repetir el Rey y continuó para sí, en voz baja—: importante…, no importante…, no importante…, importante —como si probara qué expresión le sonaba mejor.

Una parte del jurado escribió «importante», y la otra, «no importante». Alicia pudo verlo porque estaba bastante cerca para mirar en sus pizarras, «pero la cosa no tiene ni pizca de importancia», pensó.

En ese momento el Rey, que por un rato había estado escribiendo en su cuaderno de notas, gritó:

—¡Silencio! —Y leyó lo que había escrito—: «Artículo cuarenta y dos: Toda persona que mida más de un kilómetro y medio deberá abandonar la sala.»

Todos miraron a Alicia.

—Yo no mido un kilómetro y medio —dijo Alicia.

—Como mínimo —afirmó el Rey.

—Más de dos kilómetros —añadió la Reina.

—Bueno, de todos modos, no me iré —dijo Alicia—. Además, este artículo no vale: se lo acaba de inventar usted.

—Es el artículo más antiguo del código —dijo el Rey.

—Si lo fuera, sería el número uno —dijo Alicia.

El Rey se puso pálido y cerró enseguida su cuaderno.

—Considerad vuestro veredicto —dijo a los jurados, en voz baja y temblorosa.

—Hay todavía más pruebas, con la venia de Su Majestad —dijo el Conejo Blanco, levantándose de un salto—: acabamos de interceptar este escrito.

—¿Qué contiene? —preguntó la Reina.

—Todavía no lo he abierto —dijo el Conejo Blanco—, pero parece una carta, escrita por el prisionero a…, a alguien.

—Así debe ser —dijo el Rey—, a menos que haya sido escrita a nadie, lo cual, como sabes, no es corriente.

—¿A quién va dirigida? —dijo uno de los jurados.

—No hay dirección alguna —dijo el Conejo Blanco—: en realidad, fuera no pone nada —y desdoblando el papel, añadió—: No es una carta sino, más bien, unos versos.

—¿Escritos a mano por el prisionero? —preguntó otro de los jurados.

—No —dijo el Conejo Blanco—, y eso es lo más raro del asunto.

(Todo el jurado pareció extrañado.)

—Habrá imitado la letra de otro —dijo el Rey —(y el jurado pareció reanimarse).

—Con la venia de Su Majestad —dijo la Sota—, yo no lo escribí, y nadie podrá probar que lo hice: no hay firma al final.

—Si no lo firmaste —dijo el Rey—, el caso es aún más grave. Tu intención debió de ser siniestra; de lo contrario, lo habrías firmado como hace cualquier persona decente.

Un aplauso unánime coronó las palabras del Monarca: era la primera cosa realmente inteligente que había dicho ese día.

—Eso prueba su culpa, claro está —dijo la Reina—. Por tanto, que le

corten…

—¡Eso no prueba nada! —dijo Alicia—. ¡Si ni siquiera saben lo que dicen esos versos!

—Léelos —ordenó el Rey.

El Conejo Blanco se caló los anteojos.

—Con la venia de Su Majestad —preguntó—, ¿por dónde empiezo?

—Comienza por el comienzo —dijo, muy gravemente, el Rey— y sigue hasta que llegues al final; entonces, paras.

Un silencio de muerte reinó en la sala mientras el Conejo Blanco leía los siguientes versos:

*Me dijeron que habías sido de ella*
*y que de mi persona hablaste a él:*
*de mí dio ella una opinión muy buena,*
*pero dijo que yo nadar no sé.*

*Él les participó que no había ido*
*yo (sabemos que fue realmente así):*
*de haber en el asunto persistido*
*ella, ¿qué habría sido ya de ti?*

*Di uno a ella, a él le dieron dos,*
*nos diste tres o no sé cuántos más;*
*de él a ti, todos volvieron los*
*que antes yo había tenido en propiedad.*

*Si en dicho asunto, por algún azar,*
*nos viéramos envueltos ella o yo,*
*confía él que tú vas a librar-*
*los por igual que estábamos los dos.*

*Es esta mi opinión: fuiste tú mismo*
*(antes que ella tuviera aquel acceso)*
*el obstáculo máximo, imprevisto,*
*entre nosotros y él y todo eso.*

*No sepa él que los amaba ella,*
*pues esto siempre es o debe ser*
*un secreto, cual pacto que se sella*
*entre tú y yo, los dos. Guárdalo bien.*

—Esta es la declaración más importante que hemos escuchado hasta el momento —dijo el Rey, frotándose las manos—; así que ahora los jurados…

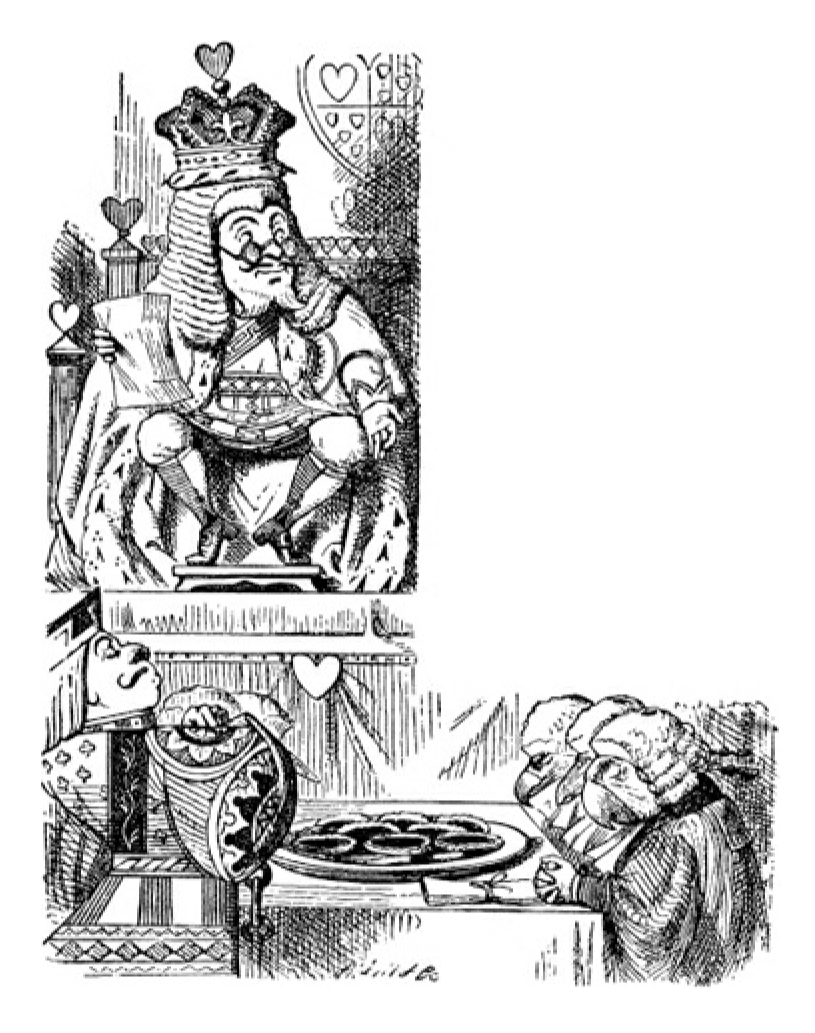
—Si alguno de ellos es capaz de explicarlo —dijo Alicia (había crecido tanto en los últimos minutos que no temía en lo más mínimo interrumpir al Monarca)—, le daré seis peniques. Yo no creo que haya un átomo de sentido en ese poema.

Los jurados anotaron en sus pizarras: «Ella no cree que haya un átomo de sentido en el poema», pero ninguno intentó explicarlo.

—Si no tiene sentido —dijo el Rey—, nos ahorraremos un sinfín de molestias, pues, en tal caso, no es preciso indagar nada. Y, sin embargo, y a pesar de todo —continuó, desplegando el documento sobre la rodilla y observándolo con un ojo cerrado—, me parece vislumbrar en él cierto sentido… Así, el verso *Dijo que yo nadar no sé*… Tú no sabes nadar, ¿cierto? —preguntó volviéndose hacia la Sota.

La Sota asintió tristemente con la cabeza y dijo:

—¿Es que acaso tengo aspecto de saber nadar? —(No lo tenía, en efecto, pues estaba toda hecha de cartulina.)



—Hasta aquí, todo concuerda —dijo el Rey y prosiguió musitando para sí los versos—: *Sabemos que fue realmente así*… Por supuesto, alude a los jurados… *De haber en el asunto persistido ella*… no puede ser más que la Reina… *¿Qué habría sido ya de ti?*… ¡Cuánta razón!… *Di una a ella, a él le dieron dos*… Esto se referirá a lo que hizo con las tartas, lógico…

—Pero luego continúa: *De él a ti todas volvieron* —dijo Alicia.

—¡En efecto, ahí están! —dijo triunfante el Rey, señalando las tartas sobre la mesa—. Nada puede ser más claro que esto. Después dice: *antes que ella tuviera aquel acceso*… Que yo sepa, querida, tú nunca has tenido accesos de ira —dijo a la Reina.

—¡Nunca! —dijo la Reina, arrojando con furia un tintero a la Lagartija. (El infortunado Bill había dejado de escribir en la pizarra, al comprobar que el dedo no dejaba marca alguna; pero ahora, con la tinta que le chorreaba por la cara, reemprendió su labor hasta que aquella se le consumió.)

—Por tanto, la palabra «acceso» no tiene que ver contigo y su uso en el poema es totalmente accesorio —dijo el Rey, mirando con arrogante sonrisa a todo el público. Hubo un silencio mortal.

—¡Es un juego de palabras! —añadió en tono airado el Rey, y todos rieron—. Que el jurado considere su veredicto —concluyó por vigésima vez en ese día.

—¡No, no! —dijo la Reina—. Primero la sentencia, el veredicto después.

—¡Pero qué insensatez! —dijo en voz alta Alicia—. ¿A quién se le ocurre dictar primero la sentencia?

—¡Cierra la boca! —gritó la Reina, roja de ira.

—¡Pues no lo haré! —dijo Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —chilló a pleno pulmón la Reina. Nadie se movió.

—¿Quién les va a hacer caso? —dijo Alicia, que por entonces ya había recuperado su estatura normal—. ¡Si no son más que un mazo de cartas!

En aquel instante, todas las cartas volaron por los aires y cayeron sobre ella. Alicia lanzó un gritito, mitad de miedo y mitad de indignación. Trató de rechazarlas y se encontró de nuevo tumbada en la orilla del río, con la cabeza en el regazo de su hermana, que dulcemente le apartaba unas hojas secas que habían ido a caer sobre su cara.

—¡Despierta, Alicia, cariño! —dijo su hermana—. ¡Vaya si has llegado a dormir!

—¡Oh, si vieras qué sueño más curioso he tenido! —dijo Alicia. Y le contó a su hermana todo lo que pudo recordar de las extrañas aventuras que acabáis de leer. Al concluir el relato, su hermana le dio un beso y dijo:

—Realmente, cariño, ha sido un sueño curioso, pero ahora, ve a tomar el té; se hace tarde.

Y Alicia se levantó y echó a correr, pensando, mientras corría, en lo maravilloso que había sido su sueño.

Pero su hermana se quedó sentada, tal como Alicia la había dejado: con la cabeza reclinada sobre una mano, contemplaba la puesta de sol y pensaba en la pequeña Alicia y en todas sus maravillosas aventuras, hasta que también ella empezó a soñar a su manera, y este fue el sueño que tuvo.



Primero soñó con Alicia: una vez más, las pequeñitas manos estrechaban sus rodillas y los ojos ansiosos y brillantes miraban hacia arriba los suyos… Podía oír perfectamente el tono de su voz y ver el raro y súbito movimiento de su cabeza para apartar el errabundo cabello que siempre se le estaba cayendo encima de los ojos… Y mientras así escuchaba, o creía escuchar, todo el espacio a su alrededor cobró vida con las extrañas criaturas del sueño de su hermanita.

A sus pies susurraba la alta hierba, en tanto que el Conejo Blanco la recorría apresurado… El Ratón, aterrado, cruzó chapoteando el charco próximo… Podía oírse el tintineo de las tazas de té, mientras la Liebre de Marzo y sus amigos compartían su merienda infinita, y la voz chillona de la Reina que ordenaba la ejecución de sus míseros invitados… Una vez más, el niño cerdito estornudaba sobre las rodillas de la Duquesa, mientras se estrellaban a su alrededor platos y fuentes… Una vez más, los graznidos del Grifo, el chirrido del lápiz sobre la pizarra de la Lagartija y los ahogos de los

Conejillos de Indias, al ser sofocados, colmaban el aire y se entremezclaban con los sollozos distantes de la desdichada Falsa Tortuga.

Sentada, con los ojos cerrados, la muchacha casi se creía en el País de las Maravillas, aunque supiera que, con solo abrir de nuevo los ojos, todo recobraría su insípida realidad. La hierba susurraría movida simplemente por el viento, y al estanque lo agitaría el ondular de los juncos… El tintineo de las tazas de té sería el tilín de las campanillas de las ovejas, y los chillidos de la Reina se trocarían en la voz del joven pastor… Los estornudos del niño, el graznido del Grifo y todos los demás ruidos extraños (lo sabía) se transformarían en el confuso clamor del corral de la atareada granja, en tanto que el mugido del ganado sustituiría en la distancia a los opresivos sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, imaginó a esa misma hermanita en el futuro, convertida en mujer: conservaría, a través de sus años adultos, el corazón simple y afectivo de la niñez; congregaría a otros niños a su alrededor, y a ellos también les brillarían los ojos al escuchar muchas extrañas historias de sus labios, tal vez incluso este mismo sueño del País de las Maravillas; y compartiría las penas y los juegos sencillos de los pequeñuelos, al recordar su propia infancia y los felices días del verano.

# A través del espejo
(1871)

*Sin conexión con una circunstancia precisa,* Through the Looking-Glass and What Alice Found There (A través del espejo y lo que Alicia encontró allí) *tuvo una gestación lenta y secreta. Dodgson mostró desde agosto de 1866 (el mismo año en que se consumó la ruptura con la familia Liddell por motivos no del todo aclarados) su decisión de escribir una continuación de* Alicia, *animado sin duda por el éxito que en su primera aventura acababa de conseguir. La nueva obra se hallaba, a fines de 1867, en plena redacción. Un paso decisivo dio en junio de 1868 al lograr, tras fallidos intentos, que de nuevo John Tenniel se comprometiera a ilustrar el texto, pero la lentitud y el desgano de este retrasaron sensiblemente la publicación (diciembre de 1871).*

A través del espejo *creció fragmentariamente, según un método compositivo que Carroll defendió en «Alicia en la escena» y en el prólogo a* Silvia y Bruno, *a partir de «pedazos» de episodios que había contado a las tres pequeñas Liddell, cuando entusiasmadas aprendían a jugar al ajedrez, con anterioridad al paseo en barca de 1862. Los «siete años y medio» que, a las preguntas de la Reina Blanca y de Humpty Dumpty, confiesa tener la niña nos remitirían a fines de 1859. Otras referencias interiores al entorno de Alicia son mucho más vagas: parece que la Reina Roja está en parte inspirada en la institutriz de las Liddell y que dos hermanas menores de estas, Rhoda y Violet, figuran como Rosa y Violeta en «el jardín de las flores vivas». Carroll, por lo demás, incorporó al libro algunos materiales que había concebido en otras épocas: así, «la estrofa de poesía anglosajona», que con su glosa correspondiente escribió en 1855 para su revista privada* Mischmasch, *se convirtió en la estrofa primera del célebre poema* Jabberwocky *(cap. I), y con ella Humpty Dumpty ilustró su noción de las palabras-maletín (cap. VI).*

*Si, por sus materiales de origen,* A través del espejo *es un libro menos orgánico que la primera* Alicia, *es en cambio más cerebral y unitario desde el punto de vista estructural. La enorme partida de ajedrez, sostenida a todo lo largo de la obra, impone sus reglas y condiciona argumento y personajes con rigor casi matemático. El espejo es, además de tema, otro elemento articulador que, introducido tardíamente (al parecer se lo sugirió en 1868 otra niña de nombre Alicia), encajaba perfectamente con el motivo anterior*

*(emparejamientos diversos, disposición asimétrica de las piezas de cada jugador al inicio de la partida) y mantenía el principio de la inversión, y de la contradicción lógica, tan del gusto de Carroll.*

*Anotemos, por último, que los consejos y las sugerencias de John Tenniel en el curso de su labor como ilustrador fueron, en general, seguidos por Carroll. Él fue quien le indujo (carta del I-VI-1870) a suprimir el episodio llamado* The Wasp in a Wig (La avispa con peluca)*, cuando ya el libro se hallaba en galeradas. Durante años se consideró perdido este episodio hasta que, descubierto con motivo de una subasta, se publicó por primera vez en 1977 al cuidado del erudito Martin Gardner. Forma parte del capítulo VIII; su comienzo y su final se indican, mediante notas a pie de página, en su lugar correspondiente.*

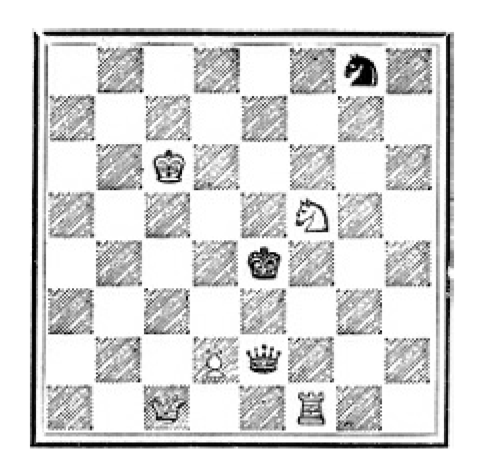
# Prefacio del autor

Como los problemas de ajedrez, enunciados en la página siguiente, han desconcertado a muchos de mis lectores, de antemano será bueno aclarar que el tema está aquí correctamente planteado y resuelto por lo que a las jugadas se refiere. Es posible que la alternancia de rojas y blancas no esté tan estrictamente observada como debiera y que el «enroque» de las tres Reinas no sea más que un modo de significar que entran en palacio. Pero el «jaque» al Rey Blanco en la jugada sexta, la captura del Caballero Rojo en la séptima y el «jaque mate» final al Rey Rojo responden fielmente a las reglas de juego, como podrá comprobar cualquier persona que se tome la molestia de disponer las piezas y ejecutar las jugadas de acuerdo con las instrucciones.

Los neologismos, en el poema «Jabberwocky», han suscitado discusiones en cuanto a su pronunciación; de ahí la conveniencia de dar también instrucciones sobre ese punto. Pronúnciese «flexosos» como si fueran dos palabras, «flex» y «osos»; hágase dura y áspera la «p» en «giroscopiaban» y «perfibraban», y pronúnciese «verdirranos» como para rimar con «soberanos».

*Navidad, 1896*

**ROJAS**



**BLANCAS**

*El Peón Blanco (Alicia) juega y gana en once jugadas*

1. Alicia encuentra a la Reina Roja.
2. Alicia atraviesa 3D (*por ferrocarril*) y llega a 4D (*Tweedledum y Tweedledee*).
3. Alicia encuentra a la Reina Blanca (*con el mantón*).
4. Alicia a 5D (*tienda, río, tienda*).
5. Alicia a 6D (*Humpty Dumpty*).
6. Alicia a 7D (*bosque*).
7. El Caballero Blanco prende al Caballero Rojo.
8. Alicia a 8D (*coronación*).
9. Alicia se convierte en Reina.
10. Alicia enroca (*festín*).
11. Alicia prende a la Reina Roja y gana.

1. La Reina Roja a 4TR.
2. La Reina Blanca a 4AD (*tras su mantón*).
3. La Reina Blanca a 5AD (*se convierte en oveja*).
4. La Reina Blanca a 8AR (*deja el huevo en el estante*).
5. La Reina Blanca a 8AD (*huyendo del Caballero Rojo*).
6. El Caballero Rojo a 2R (*jaque*).
7. El Caballero Blanco a 5AR.
8. La Reina Roja a 1R (*examen*).
9. Las Reinas enrocan.
10. La Reina Blanca a 6TD (*sopa*).



*Niña de frente pura como un cielo sin nubes*
*y ojos de sueño y dicha,*
*aunque la ley del tiempo a los dos nos separe*
*la mitad de una vida,*
*acoge como ofrenda este mágico cuento*
*con amable sonrisa.*

*¡Cuánto tiempo sin ver tu mirada radiante*
*ni oír tu risa fina!*
*Sé que en tu joven vida no habrá de pervivir*
*ninguna imagen mía.*
*Mas no importa: me basta que escuches ahora el cuento*
*que mi pluma te envía.*

*Un cuento que iniciamos en los días brillantes*
*de aquel cálido estío,*
*una simple canción que a acoplar nos servía*
*nuestro remar a un ritmo*
*cuyos ecos perduran por más que años celosos*
*nos sugieran olvido.*

*Ven, pues, y escucha antes de que la voz implacable*
*—voz terrible y sombría—*
*te anuncie y te recuerde, muchacha melancólica,*
*la cama aborrecida.*
*Niños viejos ahora, el tiempo de dormir*
*nos apremia y agita.*

*Afuera, escarcha y nieve cegadora y locura*
*del recio vendaval;*
*adentro, el dulce nido de la infancia que canta*
*a la luz del hogar.*
*Al encanto de mágicas palabras, la tormenta*
*ya no te arredrará.*

*Y aunque sin duda, dentro, la sombra de un suspiro*
*lata bajo esta historia,*
*por los felices días de aquel verano ido*
*y el paso de su gloria,*
*no ajará con su aliento la mágica delicia*
*que de este cuento brota.*



# 1
# La Casa del Espejo

Una cosa es cierta, y es que el gatito blanco no había tenido nada que ver con esto: toda la culpa era del gatito negro. Durante el último cuarto de hora, el minino blanco había sido objeto por parte de la vieja gata de un aseo en regla (que, dentro de lo que cabe, había soportado bastante bien); así es que queda claro que no pudo tener arte ni parte en el desastre.

El modo como Dina lavaba a sus crías era el siguiente: primero sujetaba en el suelo al pobre animalito por la oreja con una pata; luego, con la otra, le refregaba toda la cara en sentido inverso, empezando por la nariz. Pues bien, en aquel justo momento, como ya he dicho, estaba metida en su dura labor con el minino blanco, el cual permanecía en actitud muy sumisa y hasta intentaba ronronear, sin duda pensando que todo era por su bien.

Con el otro, el negro, Dina había terminado a primera hora de la tarde, y así, mientras Alicia se hallaba semidormida y cavilando, bien acurrucada en el sillón grande, el minino se había puesto a retozar todo el rato con el ovillo de lana que Alicia había intentado devanar. El gatito había hecho rodar arriba y abajo su pelota, hasta deshacerla por completo, y la lana, extendida por la alfombrilla de la chimenea, estaba llena de nudos y marañas, con el gatito en medio, correteando tras su propio rabo.

—¡Ay, pero qué mala, qué mala es esta criatura! —exclamó Alicia agarrando al animalito y dándole un beso, como si le diera a entender que había caído en desgracia—. ¡Realmente Dina debería enseñarles mejores modales! ¡Sí, Dina, sí, habrías debido inculcárselos! —prosiguió, lanzando una mirada de reproche a la vieja gata, con la voz más indignada que pudo, y seguidamente, llevándose al gatito y la lana, volvió a arrellanarse en su sillón y se puso a rehacer el ovillo.

Pero no podía avanzar mucho, porque seguía hablando todo el rato, unas veces con el gatito, otras consigo misma. El minino se acomodó muy bien sobre su regazo, en actitud de observar la acción de la muchacha, y de vez en cuando extendía una pata y tocaba delicadamente el ovillo, como si acariciara la posibilidad de ayudarla en su labor.

—¿Sabes qué día es mañana, Mino? —empezó a decir Alicia—. Lo sabrías si te hubieras asomado a la ventana conmigo…, solo que no pudiste porque Dina te estaba aseando. Yo vi cómo los chicos amontonaban leña para la fogata… ¡Y una hoguera consume tanta leña! Pero hacía mucho frío y nevaba tanto que tuvieron que dejarlo. No importa, Mino, ya iremos a ver la fogata mañana.

Dicho esto, Alicia dio con la lana dos o tres vueltas al cuello del minino, simplemente para ver cómo le quedaba, y esto produjo tal confusión que el ovillo rodó por el suelo y metros y metros de hilo quedaron otra vez desenrollados.

—¿Sabes una cosa, Mino? —prosiguió Alicia una vez se hubo reinstalado cómodamente en el sillón—. Al principio, al ver las diabluras que hiciste, estuve a punto de abrir la ventana y echarte afuera, de patitas en la nieve. ¡Te lo merecías, por diablillo! ¿Y ahora qué excusa me vas a dar? ¡No me interrumpas! —le ordenó, amenazándolo con el dedo—. Voy a enumerar todo lo malo que has hecho. Primero: has chillado dos veces cuando Dina te lavaba la cara esta mañana. ¡No irás a negarlo, Mino: te oí! ¿Qué es lo que dices? —(como si el gato estuviese hablando)—. ¿Que te metió la pata en el ojo? Bueno, eso sería por tu culpa, por no cerrar los ojos. Si los hubieras cerrado bien, no habría ocurrido. ¡No busques más excusas y escúchame bien! Segundo: has agarrado de la cola a Copito cuando le puse el plato de leche. Tenías sed, ¿no es eso? ¿Y cómo sabes que ella no? Por último: ¡has

deshecho todo el ovillo de lana aprovechando que no te miraba!



»¡Tres faltas, Mino, y hasta ahora sin castigo las tres! ¡Ya sabes que todos te los reservo para el miércoles en ocho! Imagina que a mí también me fueran aplazando todos los castigos para el día de fin de año —prosiguió diciendo Alicia, más a sí misma que al gatito—. ¿Qué me harían entonces? Calculo que ese día me llevarían a la cárcel. Y si no, supongamos que cada castigo fuese una cena menos: entonces, cuando llegara ese día fatídico, ¡me quedaría sin cenar cincuenta veces! ¡Bueno, eso no me importaría tanto! ¡Peor sería que me tuviera que tragar las cincuenta cenas de una vez!

»Mino, ¿no oyes la nieve en los cristales de la ventana? ¡Qué sonido tan suave y agradable! Es como si afuera alguien besara la ventana, por todas partes. ¿No será que la nieve ama los árboles y los campos y por eso los besa con tanta delicadeza? Y así los cubre y los abriga con un manto blanco, y tal vez les diga: “Id a dormir, pequeños, hasta que vuelva el verano”. Y cuando en verano despiertan, Mino, se visten todos de verde y bailan… cada vez que sopla el viento… ¡Oh, qué bonito es esto! —exclamó Alicia, soltando, al

aplaudir, el ovillo de lana—. ¡Cuánto desearía que fuese cierto! Seguro que los bosques están como dormidos en otoño, cuando se les ponen amarillas las hojas.

»Mino, ¿sabes jugar al ajedrez? Vamos, no te rías, que estoy hablando en serio. Porque ahora mismo, cuando jugábamos, tú mirabas como si lo entendieras, y cuando dije “jaque”, ronroneaste. Bueno, fue un jaque redondo, Mino, y de no ser por ese maldito caballo que no sé cómo se coló entre mis piezas, realmente habría ganado. Mino, precioso, juguemos a ser…

—Me gustaría aquí poder contar la mitad de las cosas que ella decía empezando con su frase favorita: “juguemos a ser…”. Sin ir más lejos, el día anterior había tenido con su hermana una larga discusión, al sugerir Alicia: “Juguemos a ser reyes y reinas”, a lo cual la otra, con su innato prurito de exactitud, le había replicado que el simulacro era imposible, puesto que ellas no eran más que dos, y Alicia, al fin, se había visto obligada a decirle: “Bueno, entonces, tú serás una de las reinas y yo seré todo lo demás”. Y en una ocasión, le dio un verdadero susto a su vieja nodriza, al gritarle de pronto al oído: “¡Aya, juguemos a que yo soy la hiena hambrienta y tú un hueso!”.

Pero todo esto nos desvía de la propuesta concreta que había hecho Alicia.

—Mino, ¡juguemos a que tú eres la Reina Roja! ¿Sabes? Creo que si te sientas y cruzas los brazos, la apariencia es exactamente la misma. ¡Vamos, inténtalo al menos!

Y Alicia cogió de la mesa a la Reina Roja y se la colocó delante al gatito, para que le sirviese de modelo. Sin embargo, la tentativa fracasó principalmente porque, según Alicia, el gatito se negaba a cruzar los brazos del modo adecuado. Así que, para castigarlo, lo puso delante del espejo a fin de mostrarle a las claras su propio aspecto desastrado:

—… y si no te portas bien ahora mismo —añadió—, te voy a meter en la Casa del Espejo. ¿Te gustaría eso?

»Ahora, Mino, si prestas atención y no hablas tanto, voy a contarte todo lo que yo pienso de la Casa del Espejo. En primer lugar, está el cuarto que ves en el espejo y que es exactamente igual que nuestro salón, salvo que las cosas están a la inversa. Si me subo a una silla, puedo ver todo el cuarto menos la parte que está detrás de la chimenea. ¡Oh, cómo me encantaría ver

ese trocito! ¡Y qué ganas tengo de saber si en invierno encienden allí el fuego! De esto nada se sabe, a no ser que nuestras brasas humeen, porque entonces, al subir el humo, sube también el de ese cuarto… Pero tal vez no sea otra cosa que apariencia, simplemente para dar la impresión de que hay fuego encendido. Luego, fíjate, los libros son parecidos a los nuestros, solo que tienen las palabras escritas al revés. De eso sí que estoy segura, porque un día puse ante el espejo uno de nuestros libros y, entonces, los del otro cuarto alzaron uno de los suyos.

»¿Te gustaría vivir en la Casa del Espejo, Mino? ¿Tú crees que te daríán leche, allí? A lo mejor la leche del espejo no es buena para beber… Pero ¡ay, gatito, pasemos ya al comedor! Fíjate, si se deja abierta de par en par la puerta del salón, se puede echar una ojeadita al corredor de la Casa del Espejo; y lo que se ve es muy parecido a nuestro corredor, claro que más lejos puede ser muy diferente. ¡Oh, Mino, qué bonito sería poder entrar en la Casa del Espejo! ¡Estoy segura de que contiene un montón de cosas preciosas! Juguemos a que hay un modo, alguno habrá, de entrar en ella. Mino, juguemos a que el cristal se hace blando como gasa, para que así podamos traspasarlo. ¡Pero cómo, si parece que realmente se transforma en niebla! ¡Ahora si que va a ser fácil traspasarlo…!

Mientras decía esto, se vio subida a la repisa de la chimenea, sin saber exactamente cómo diablos había llegado ahí. Y, en efecto, el espejo empezaba a disolverse al contacto de sus manos, como si fuera una clara bruma plateada.



Alicia, un instante después, había atravesado el cristal y había saltado al Salón del Espejo. Lo primero que hizo fue verificar si había fuego en la chimenea y vio muy contenta que había realmente uno que ardía tan vivamente como el que había dejado en el otro salón. «Así que aquí estaré igual de calentita que en el viejo cuarto —pensó Alicia—; aún más, en realidad, porque no habrá nadie que me regañe por acercarme demasiado al fuego. ¡Oh, qué divertido cuando me vean en el espejo y no puedan atraparme!»

Se puso luego a mirar a su alrededor y advirtió que lo que podía ver del viejo cuarto era bastante banal, sin interés, y en cambio todo lo demás era bien extraño. Por ejemplo, los cuadros que estaban a uno y otro lado de la chimenea parecían pletóricos de vida, y hasta el reloj de la repisa (en el espejo, naturalmente, solo puede verse la parte de atrás) adoptaba la cara de un viejecito que la sonreía.



—Este salón está algo más desordenado que el otro —pensó Alicia, al ver caídas entre las cenizas varias piezas de ajedrez; pero un instante después, con un leve «¡oh!» de sorpresa, estaba a gatas contemplándolas. ¡De dos en dos, las piezas deambulaban!

—Mira, el Rey Rojo y la Reina Roja —dijo en voz bajita (no fuera a asustarlos) Alicia— y el Rey Blanco y la Reina Blanca, sentados sobre el filo de pala…, y más allá van del brazo dos Torres… No creo que puedan oírme —añadió, bajando un poco más la cabeza—, y estoy casi segura de que no pueden verme. Mi impresión es la de ser invisible.

Entonces, algo que estaba sobre la mesa, detrás de Alicia, empezó a chillar, y ella volvió la cabeza en el momento justo en que uno de los peones blancos rodaba y se ponía a patear. Alicia lo observó con gran curiosidad por ver en qué paraba todo aquello.



—¡Es la voz de mi niña! —gritó la Reina Blanca, dando con la alarma y la prisa tal empujón al Rey que lo lanzó contra la ceniza—. ¡Mi precioso Lirio! ¡Mi imperial gatita! —Y empezó a trepar alborotadamente por el guardafuegos.

—¡Imperial tontería! —dijo el Rey frotándose la nariz que, al caer, se le había lastimado. Tenía motivos para estar algo enojado con la Reina, pues el pobre estaba de pies a cabeza cubierto de cenizas.

Alicia sentía verdaderas ganas de ayudar; y como la pobre Lirio, si seguía llorando, a punto estaba de que le diera un ataque, cogió sin pensarlo más a la Reina y la trasladó a la mesa junto a la ruidosa hijita.

La Reina se sentó al fin, muy sofocada. El súbito viaje por los aires le había cortado el aliento y, durante uno o dos minutos, no pudo sino estrechar en silencio, entre sus brazos, a la pobre Lirio. Una vez que hubo recuperado el habla, gritó al Rey Blanco que, muy enfurruñado, estaba sentado entre las cenizas.

—¡Ojo con el volcán!

—¿Qué volcán? —dijo el Rey, mirando con angustia hacia el fuego, como si pensara que este era su emplazamiento más lógico.

—Me-lanzó-por-los-aires —jadeó la Reina, que aún no había recobrado totalmente el aliento—. ¡Cuidado al subir… del modo normal… sin volar por los aires!

Alicia observó cómo el Rey Blanco trepaba de barra en barra, muy

lentamente, y al fin le dijo:

—Pero a este paso vas a tardar horas y horas para llegar a la mesa. ¿No será mejor que te ayude un poco?

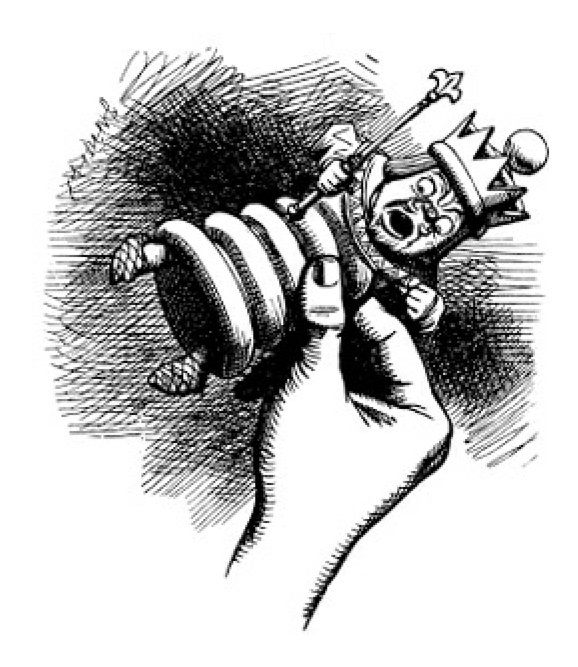
El Rey no hizo el menor caso a la pregunta: era evidente que no podía ver ni oír a la muchacha.

Alicia, entonces, lo cogió con mucha delicadeza y, a fin de no cortarle el aliento, lo trasladó más despacio de lo que había hecho con la Reina; pero antes de depositarlo sobre la mesa, pensó que sería bueno de paso quitarle un poco el polvo, ya que estaba realmente cubierto de cenizas.

Alicia, más tarde, contó que en su vida había visto una cara como la que había puesto el Rey cuando se vio suspendido en el aire y desempolvado por una mano invisible: estaba tan atónito que ni podía gritar, pero la boca y los ojos se le volvían cada vez más grandes y redondos, hasta el punto que a Alicia, de tanta risa, le temblaba la mano y por poco se le cae al suelo.

—¡Ay, por favor, no pongas esa cara! —gritó ella, casi olvidándose de que el Rey no podía oírla—. ¡Me haces reír tanto que casi no te puedo sostener! ¡Y no te quedes así, con la boca abierta, que se te va a llenar de ceniza! ¡Ea, creo que ahora estás ya un poco más limpio! —añadió mientras le alisaba el pelo y lo depositaba en la mesa, al lado de la Reina.

El Rey cayó fulminado de espaldas y se quedó perfectamente inmóvil. Alicia, alarmada de lo que había hecho, miró si había un poco de agua en el cuarto con que rociarle la cara. Pero lo único que pudo encontrar fue un frasco de tinta. Cargó con ella y, al volver, vio que el Rey ya se había recobrado algo, lo suficiente para poder comunicar a la Reina su terror, aunque con voz tan apagada que Alicia apenas pudo distinguir lo que decía.



—Te lo aseguro, querida —murmuraba el Rey—, ¡me quedé helado hasta las mismas puntas de los bigotes! A lo que la Reina le replicó: —¡Pero si no tienes bigotes!

—¡Qué momento más espantoso! —prosiguió el Rey—. ¡Nunca, nunca lo olvidaré!

—Lo olvidarás, claro está —dijo la Reina—… si no escribes en seguida un memorándum.

Alicia vio con asombro cómo el Rey sacaba un enorme cuaderno del bolsillo y se disponía a escribir en él. De pronto se le ocurrió una idea: agarró el extremo del lápiz, que sobresalía un buen trecho por encima del hombro del Rey, y se puso a escribir, conduciéndolo.

El pobre Rey, con aire intrigado y compungido, pugnó un rato en silencio con el lápiz, pero Alicia era demasiado fuerte para él y al final, rendido y jadeante, declaró a la Reina:

—¡Querida, tengo que conseguir realmente un lápiz más fino! No puedo en absoluto manejar este: escribe todo tipo de cosas, sin que yo se las dicte.

—¿Qué clase de cosas? —dijo la Reina mirando por encima del cuaderno (en el cual Alicia había escrito: *El Caballo Blanco se desliza por el atizador. Su equilibrio es bastante precario*)—. Esto no es propiamente un memorándum de lo que ha sido tu experiencia.

Sobre la mesa, cerca de Alicia, había un libro, y mientras seguía ella



observando al Rey Blanco (algo inquieta aún, con la tinta preparada para arrojársela en caso de que otra vez se desmayase), fue pasando las hojas para ver si encontraba algún pasaje que pudiera leer, «pues está en un idioma que desconozco», se dijo.

El pasaje era el siguiente:

JABBERWOCKY

Era cenora y los flexosos tovos
en los relonces giroscopiaban, perfibraban.
Mísvolos vagaban los borogovos
y los verdirranos extrarrantes gruchisflaban.

Inútilmente se devanó los sesos un buen rato para descifrarlo, hasta que al fin adivinó el secreto:

—¡Claro, si es un libro del Espejo! Y si ahora lo coloco delante, frente a él, las palabras se pondrán otra vez del derecho.

Este era el poema que leyó Alicia:

### *JABBERWOCKY*

*Era cenora y los flexosos tovos*
*en los relonces giroscopiaban, perfibraban.*
*Mísvolos vagaban los borogovos*
*y los verdirranos extrarrantes gruchisflaban.*

*Ocúltate, hijo mío, de Jabberwock brutal,*
*de sus dientes de presa y de su zarpa altiva;*
*huye al ave Jubjub y por último esquiva*
*a Bandersnatch feroz, humérico animal.*

*El muchacho empuñó la espada vorpalina,*
*buscó con mucho ahínco al monstruo manxiqués;*
*llegado a un árbol Tántum, se apoya y se reclina*
*pensativo, un buen rato, sin moverse, a sus pies.*

*Y en tanto cavilaba el joven foscolérico,*
*se acercó Jabberwock con mirada de roca:*
*resoplaba en su avance por el bosque quimérico,*
*de tanta rabia espuma arrojaba su boca.*



*¡Uno y dos! ¡Uno y dos! Y de uno a otro lado*
*la vorpalina espada corta y taja, tris-tras:*
*lo atravesó de muerte. Trofeo cercenado,*
*su cabeza exhibía galofante, al compás.*

*¿Lograste —dijo el padre— matar a Jabberwock?*
*¡Déjame que te abrace, solfulgente hijo mío!*
*¡Oh día frabuloso! Clamó: ¡Calú…! ¡Caloc!*

*Y el viejo runquirriaba con placentero brío.*

*Era cenora y los flexosos tovos*
*en los relonces giroscopiaban, perfibraban.*
*Mísvolos vagaban los borogovos*
*y los verdirranos extrarrantes gruchisflaban.*

—Parece muy bonito —dijo Alicia al terminar su lectura—, ¡aunque de comprensión un poco difícil! —(es evidente que no quería, ni siquiera para sus adentros, confesar que no había entendido absolutamente nada)—. Mi impresión es de algo que me llena la cabeza de ideas…, ¡solo que no sé exactamente qué ideas! Sin embargo, alguien mató algo, lo que sea: esto está bien claro, al menos…

»Pero, ¡ay! —exclamó Alicia, poniéndose en pie de un salto—, ¡si no me doy prisa, tendré que volverme y cruzar el espejo sin haber visto el resto de la casa! ¡Echemos primero un vistazo al jardín!

Salió a toda prisa del cuarto y corrió escalera abajo…, aunque, propiamente, no es que corriera sino que, como Alicia decía, se ingenió un modo nuevo, rápido y fácil, de bajar la escalera. En la barandilla apoyaba las puntas de los dedos y se dejaba deslizar, muy suavemente, sin que sus pies tocaran los peldaños: luego, como planeando por los aires, atravesaba el vestíbulo, y de no haberse agarrado, en el último instante, a la jamba de la puerta, lo habría traspasado. Empezaba a sentirse algo mareada de tanto flotar en el aire, y se alegró al ver que andaba otra vez de modo natural.

# 2
# El jardín de las flores vivas

—Vería mucho mejor el jardín —se dijo Alicia— desde lo alto de aquella colina. Aquí hay un camino que va a ella directo… No —(rectificó tras andar unos metros y seguir una reviravuelta)—, este camino no conduce allá arriba, aunque supongo que al final sí. ¡Pero cuántas reviravueltas! ¡Esto, más que un camino, parece un sacacorchos! Bueno, supongo que esta curva me llevará a la colina. ¡No, tampoco! ¡Va derecho de vuelta a la casa! Bueno, voy a probar en la otra dirección.

Y así lo hizo: de un lado a otro, arriba y abajo, fue probando una a una todas las curvas, para volver al final siempre a la casa. Incluso una vez, al doblar una curva con mayor rapidez que de ordinario, se dio contra el muro, sin que antes pudiera detenerse.

—Es inútil insistir —dijo Alicia, mirando a la casa, como si discutiera con ella—. ¿Regresar ahora? Ni hablar. Tendría que cruzar otra vez el espejo…, volver al viejo cuarto de siempre… y todas mis aventuras, ¿qué…?, ¡se acabarían!

Por tanto, volvió decididamente la espalda a la casa y, una vez más, se alejó por el camino, resuelta a seguir andando hasta llegar a la colina. Por unos minutos todo iba bien y, justo estaba diciéndose «esta vez sí que lo logro», cuando, bruscamente, el camino se torció con una sacudida (así fue como lo describiría más tarde Alicia) y, al momento siguiente, vio que estaba a punto de pisar el umbral.

—¡Qué rabia! —exclamó—. ¡Nunca he visto una casa que se interponga tanto en el camino de una! ¡Nunca!

Sin embargo, la colina estaba ahí, bien visible, y no cabía sino reemprender la marcha. Esta vez ascendió por un gran macizo de flores, bordeado de margaritas, con un castaño plantado en el centro.

—¡Oh, Tigridia! —dijo Alicia, dirigiéndose a una que la brisa iba

meciendo dulcemente—. ¡Si tú pudieses hablar…!



—Claro que podemos —dijo la Tigridia—, siempre que haya un interlocutor digno.

La respuesta dejó a Alicia tan estupefacta que durante un minuto se quedó sin palabras y, aparentemente, sin aliento. Al final, y como la Tigridia seguía obstinadamente meciéndose, le habló otra vez, con voz tímida, casi en un susurro:

—¿Y todas las flores pueden hablar?

—Tan bien como tú —dijo la Tigridia—. Y mucho más alto.

—Nuestras reglas de urbanidad no nos permiten, ya sabes, intervenir las primeras —dijo la Rosa— y me preguntaba cuándo empezarías tú. Me decía: «Su aspecto es de persona más bien sensata, aunque no muy inteligente». De todas formas, tienes el color que más te corresponde y eso es lo importante.

—¡Qué me importa a mí su color! —observó la Tigridia—. Si tuviera los pétalos algo más ondulados, sería perfecta.

Alicia, un poco harta de estas críticas, se puso a hacer preguntas:

—¿No os da miedo a veces estar aquí plantadas sin nadie que os proteja?

—Hay un árbol en el medio —dijo la Rosa—. ¿Para qué está ahí si no?

—Pero ¿qué puede hacer un árbol en caso de peligro?

—En su caso, dar como fruto castañas —dijo la Rosa.

—Sí, reparte castañas a boleo —dijo una Margarita—. ¡Por eso lo llaman castaño!

—¿No sabías tú eso? —exclamó otra Margarita. Y todas se pusieron a chillar a la vez, hasta el punto de que el aire se pobló de vocecitas agudas.

—¡A callar todas! —gritó la Tigridia, meciéndose apasionadamente de un lado a otro y temblando de cólera—. ¡Porque saben que no puedo atraparlas! —exclamó jadeante, inclinando hacia Alicia su temblorosa cabeza—, ¡de lo contrario, no se atreverían!

—¡Déjalas! —dijo Alicia en tono conciliador y, dirigiéndose a las margaritas, que otra vez se ponían a chillar, les susurró—: Si ahora mismo no cerráis el pico, ¡os arranco a todas!

Al momento hubo silencio y varias margaritas rosa palidecieron.

—¡Así me gusta! —dijo la Tigridia—. Las margaritas son las peores. Habla una y todas se ponen a chillar; y el simple hecho de oírlas hace marchitar a cualquiera.

—¿Cómo es que sabéis hablar todas tan bien? —preguntó Alicia, con vistas a ponerla de buen humor con un cumplido—. He estado en muchos jardines, pero ninguno en el que las flores supieran hablar.

—Baja la mano y palpa la tierra —dijo la Tigridia—. Entonces sabrás por qué.

Así lo hizo Alicia.

—Es muy dura —dijo—. Pero no veo la relación.

—En la mayor parte de los jardines —dijo la Tigridia— el lecho es tan blando que las flores están siempre adormecidas.

La razón parecía excelente y a Alicia le complació mucho saberla.

—¡Nunca lo habría imaginado! —dijo.

—En mi opinión, tú nunca imaginas nada —dijo severamente la Rosa.

—Nunca había visto a nadie con un aire tan estúpido —dijo inesperadamente una Violeta que hasta entonces no había abierto la boca; y Alicia se sobresaltó.

—¡Cierra la boca! —le gritó la Tigridia—. ¡Como si tú hubieras visto alguna vez a nadie! Con la cabeza oculta entre las hojas, ¡te pasas la vida roncando y sabes menos de lo que ocurre en el mundo que si fueras un simple capullo!

—¿Hay, aparte de mí, alguna otra persona en el jardín? —preguntó Alicia, que prefirió no darse por aludida respecto a la observación de la Rosa.

—En el jardín hay otra flor que puede desplazarse como tú —dijo la Rosa —. Me pregunto cómo puedes hacerlo —(«siempre estás preguntándote cosas», comentó la Tigridia)—; pero es más frondosa que tú.

—¿Se parece a mí? —preguntó con impaciencia Alicia, pues la idea de «hay otra niña, en alguna parte del jardín» cruzó su mente.

—Bueno, tiene por lo menos el mismo tipo desmañado —dijo la Rosa—; pero es más roja que tú y creo que tiene más cortos los pétalos.

—Los tiene recogidos, como la Dalia —dijo la Tigridia—, y no así, caídos, como los tuyos.

—Pero eso no es culpa tuya —añadió amablemente la Rosa—. Se nota que te estás marchitando: una entonces no puede evitar que se le desordenen un poquitín los pétalos.

La idea no le hacía ninguna gracia a Alicia y, para cambiar de tema, preguntó:

—¿Viene alguna vez por aquí?

—Quizá la veas pronto —dijo la Rosa—; es de esas que tienen nueve pinchos, ya sabes.

—¿Dónde los lleva? —preguntó Alicia con curiosidad.

—¡Dónde va a ser! Alrededor de la cabeza —replicó la Rosa—. Me preguntaba si no tendrías algunos pinchos tú también. Pensé que esta sería la regla general.

—¡Ya viene! —gritó una Espuela de Caballero—. Oigo sus pasos, zris-zrasc, por la gravilla del sendero.

Alicia miró a su alrededor con impaciencia y vio que se trataba de la Reina Roja.

—¡Sí que ha crecido! —fue su primera observación. Pues, en efecto, cuando la conoció entre las cenizas, no sobrepasaba los siete centímetros… y ahora ¡era incluso media cabeza más alta que la propia Alicia!

—Es por el aire fresco que aquí sopla —dijo la Rosa—, por este maravilloso aire.

—Creo que voy a saludarla —dijo Alicia, pues, por interesantes que fuesen las flores, le resultaba aún más atractiva la idea de mantener una conversación con una verdadera reina.

—Así no lo conseguirás —dijo la Rosa—. Te aconsejaría que caminases en dirección contraria.

Esto le pareció absurdo a Alicia y sin dignarse contestar, se encaminó directamente hacia la Reina. Enseguida, con gran sorpresa, la perdió de vista y se encontró una vez más caminando en dirección a la puerta de la casa.

Un poco irritada, volvió sobre sus pasos y, después de mirar por todas partes para ver dónde estaba la Reina (al final la divisó a lo lejos), decidió que, esta vez, seguiría el camino en sentido opuesto.

El resultado fue francamente positivo. No había caminado ni un minuto cuando se encontró con la Reina, cara a cara, y a un paso de la colina que por tanto tiempo no había podido alcanzar.



—¿De dónde vienes? —dijo la Reina Roja—. ¿Y adónde vas? Mírame a los ojos, habla con finura y no voltees todo el rato los pulgares.

Alicia cumplió estrictamente todas estas indicaciones y explicó como pudo que había perdido su camino.

—No sé a qué te refieres cuando dices tu camino —observó la Reina—: todos estos caminos me pertenecen a mí… Pero, aparte de esto, ¿a qué has venido? —añadió en un tono más amable—. Y hazme una reverencia mientras piensas lo que vas a decir: ganarás tiempo.

No poco sorprendida quedó Alicia al oír tales palabras, pero la Reina le inspiraba demasiado respeto para ponerlas en duda. «Lo intentaré al regresar a casa —pensó—, la próxima vez que llegue tarde a la cena.»

—Ya es hora de que contestes —dijo la Reina consultando su reloj—: Abre un poco más la boca al hablar y di siempre Su Majestad.

—Solo quería ver cómo era el jardín, Su Majestad…

—Está bien —dijo la Reina, dándole en la cabeza unas palmaditas, algo que Alicia siempre había detestado—, pero, al oírte decir «jardín», has de saber que yo he visto jardines a cuyo lado este más parecería un desierto.

Alicia no se atrevió a discutirle este punto y prosiguió:

—… y pensé que podría hallar el camino que va a lo alto de la colina.

—Cuando dices «colina» —interrumpió la Reina—, podría mostrarte colinas a cuyo lado esta llamarías un valle.

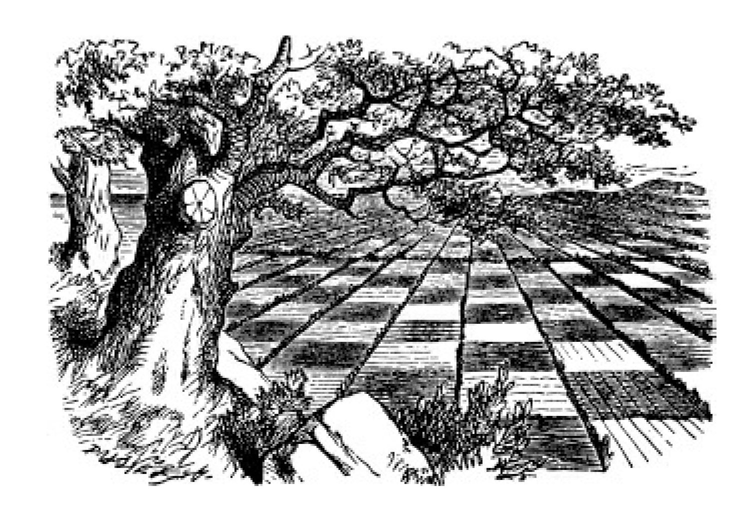
—Esto sí que no —dijo Alicia, sorprendida de contradecir nada menos que a la Reina—: es evidente que una colina no puede ser un valle. Sería un disparate…

La Reina Roja negó con la cabeza:

—Puedes llamarlo «disparate», si quieres, ¡pero yo he oído disparates a cuyo lado este tiene más sentido que un diccionario!

Alicia le hizo otra reverencia, pues el tono de voz de la Reina la indujo a temer que estuviese un poquitín ofendida, y así caminaron las dos en silencio hasta llegar a lo alto del montículo.

Durante algunos minutos, Alicia permaneció callada, mirando el campo en todas direcciones… ¡Y qué campo más raro! Una serie de arroyuelos lo recorría de un extremo a otro y, a su vez, las franjas de terreno estaban divididas en cuadros por sucesivos setos pequeños, perpendiculares a los arroyos.



—Se diría que todo está trazado como si fuera un enorme tablero de ajedrez —dijo al fin Alicia—. Lo lógico es que hubiera figuras que se desplazasen por… ¡Ahí están! —añadió con alborozo, y el corazón empezó a latirle cada vez con más fuerza—. Están jugando una descomunal partida de ajedrez… a escala mundial…, bueno, si esto es realmente el mundo… ¡Oh, qué divertido! ¡Cuánto me gustaría jugar a mí también! No me importaría ser un triste peón, con tal de poder participar, aunque, bien pensado, si pudiera ser reina, mejor.

Al decir esto, miró con cierta timidez a la verdadera Reina, la cual, sin embargo, le contestó afablemente, con una sonrisa:

—Eso es fácil de arreglar. Si quieres, puedes ser el Peón de la Reina Blanca, pues Lirio es todavía demasiado niña para jugar. Así que ahora empezarás a jugar en la segunda casilla y, cuando llegues a la octava, serás reina… —Y en aquel preciso instante, sin saber muy bien cómo, se pusieron a correr.

Cuando más tarde lo rememoró, Alicia no podía explicarse bien del todo cómo fue que empezaron a correr: todo lo que recordaba era que corrían cogidas de la mano y que la Reina iba tan rápida que ella a duras penas podía seguirla. Pero la Reina continuaba gritándole: «¡Deprisa, más deprisa!», y Alicia sentía que no podía más, aunque le faltase aliento para decírselo.

Lo más curioso era que los árboles y las demás cosas que las rodeaban permanecían totalmente inamovibles: por más que corrieran, no conseguían adelantar nada. «¿No será que todo se mueve con nosotras?», se preguntó muy intrigada la pobre Alicia. Y la Reina pareció adivinar sus pensamientos,

pues le gritó:

—¡Más deprisa! ¡Y no trates de hablar!

Alicia no era que tuviera precisamente esa intención. Estaba tan sofocada que se sentía como si ya nunca más fuese capaz de hablar. Y la Reina venga a gritarle:

—¡Rápido, más rápido! —mientras la arrastraba consigo.

—¿Ya estamos cerca? —logró al fin articular Alicia.

—¿Cerca, dices? —repitió la Reina—. ¡Pero si ya lo pasamos hace diez minutos! ¡Más deprisa! —Y siguieron corriendo en silencio un buen rato. A Alicia, el viento le silbaba en los oídos y casi le arrancaba (al menos así le pareció) los cabellos.

—¡Ahora, ahora! —gritó la Reina— ¡Más deprisa, más deprisa! —Y fueron tan rápido que era como si volasen por los aires, casi sin pisar la tierra, hasta que, de pronto, en el preciso instante en que Alicia se sentía totalmente exhausta, se detuvieron. La muchacha se halló sentada en el suelo, aturdida y sin aliento.

La Reina se apoyó contra un árbol y le dijo afablemente:

—¡Ahora, ahora! —gritó la Reina—. ¡Más deprisa!

Alicia miró con gran sorpresa a su alrededor.

—¡Pero si yo diría que hemos estado bajo este árbol todo el rato! ¡Todo está igual que estaba!

—Claro que sí —dijo la Reina—. Pues ¿qué te creías?

—Bueno, en nuestro país —dijo Alicia, todavía un poco jadeante—, si una corre un buen rato, tan deprisa como lo hemos hecho nosotras, generalmente acaba llegando a un lugar distinto.

—¡Un país bien lento! —dijo la Reina—. Aquí, como ves, se ha de correr a toda marcha simplemente para seguir en el mismo sitio. Y si quieres llegar a otra parte, por lo menos has de correr el doble de rápido.



—¡No, por favor, mejor no intentarlo! —dijo Alicia—. Estoy muy a gusto aquí…, ¡salvo que tengo tanto calor y tanta sed!

—¡Ya sé lo que te apetecería! —dijo amistosamente la Reina, sacándose del bolsillo una cajita—. ¿Una galleta?

Alicia pensó que sería una descortesía decir que no, aunque no fuera eso precisamente lo que ella quería. Así que la aceptó y se esforzó en comerla: era muy seca y le pareció que nunca, en toda su vida, se había visto tan a punto de atragantarse.

—Mientras te refrescas —dijo la Reina—, aprovecharé para tomar medidas. —Y sacando del bolsillo un metro, empezó a medir el terreno y a clavar aquí y allá pequeñas estacas.

—Al llegar a los dos metros —dijo, colocando una estaca para marcar esa distancia—, te daré las instrucciones… ¿Quieres otra galleta?

—No, gracias —dijo Alicia—. ¡Una es más que suficiente!

—Se te ha calmado la sed, ¿verdad? —dijo la Reina.

Alicia no sabía qué contestar, pero por suerte la Reina, sin aguardar a la respuesta, prosiguió:

—Al llegar a los tres metros, las repetiré… por si acaso se te hubieran olvidado; al llegar al cuarto, me despediré, y al quinto, me iré.

Ya había colocado todas las estacas en su sitio y Alicia observó entonces, con mucha atención, los movimientos de la Reina: su vuelta al árbol y su lento caminar por la hilera marcada.

Al llegar a la estaca situada a dos metros, se volvió y dijo:

—Un peón, en su primer movimiento, avanza dos casillas. Así que

atravesarás muy deprisa la tercera casilla…, supongo que en tren…, y al instante te encontrarás en la cuarta. Bueno, esa casilla pertenece a Tweedledum y Tweedledee; la quinta casilla casi solo contiene agua y la sexta pertenece a Humpty Dumpty… ¿Alguna pregunta?

—Yo… no sabía que hubiese que hacer preguntas… por ahora —balbució Alicia.

—Habrías debido decirme —prosiguió la Reina con voz muy severa—: «Es usted muy amable al decirme todo esto…». En fin, supongamos que lo has dicho… La séptima casilla es prácticamente un bosque…, pero uno de los caballeros te indicará el camino… ¡Y en la octava todas seremos reinas y no habrá más que alegría y festejos! —Alicia se levantó, hizo una reverencia y se volvió a sentar.

Al llegar a la estaca siguiente, la Reina se volvió de nuevo y le dijo:

—Cuando una palabra no te salga en inglés, dila en francés… Separa las puntas de los pies al caminar… ¡y recuerda quién eres!

Esta vez no aguardó a que Alicia le hiciera una reverencia, sino que caminó deprisa hacia la estaca siguiente, donde únicamente se volvió un momento para decirle «adiós» y se fue apresuradamente hacia la última.

Alicia no supo nunca cómo ocurrió, pero, en el preciso instante en que llegó la Reina a la última estaca, desapareció. Si se volatilizó en los aires o se hundió materialmente en el bosque («¡y a qué velocidad podía correr!», pensó Alicia) fue algo que no pudo adivinar, pero el hecho era que se había ido, y Alicia empezó a acordarse de que era un Peón y de que pronto le tocaría a ella avanzar.

# 3
# Insectos del espejo

Desde luego, antes que nada, había que examinar a fondo el terreno que iba a recorrer. «Es algo así como aprender geografía», pensó Alicia, y se puso de puntillas para poder ver un poco más de extensión. «Ríos principales… ninguno. Montañas principales… estoy en la única que existe, pero no creo que tenga nombre. Ciudades principales… ¡Vaya! ¿Qué serán esos bichos que ahí abajo hacen miel? Abejas no pueden ser… No se ha visto nunca una abeja a más de un kilómetro de distancia.» Y, durante unos minutos, permaneció en silencio contemplando una de esas criaturas que iba y venía entre las flores e introducía su trompa en ellas, «como una abeja normal y corriente», pensó Alicia.

Sin embargo, aquello era lo más opuesto a una abeja normal: de hecho —como pronto averiguó Alicia, aunque la simple idea al principio casi le cortase la respiración—, era un elefante. «¡Y qué enormes deben de ser esas flores!», fue lo que después se le ocurrió. «Algo así como pabellones sin techumbre sostenidos por tallos… ¡Qué cantidades de miel producirán! Creo que voy a bajar y… no, aún no», añadió, como frenándose, en el preciso instante en que se disponía a correr cuesta abajo, tratando de hallar alguna excusa convincente a su repentino temor. «Sería imprudente bajar desprovista de una buena rama grande para apartarlos… ¡Y qué divertido cuando me pregunten qué tal el paseo y les conteste: “Oh, sí, excelente —(al decir esto, hizo uno de sus ademanes favoritos)—; solo que hacía calor y había mucho polvo y los elefantes eran tan fastidiosos…”!»

«Creo que voy a bajar por el otro lado —decidió Alicia, tras una pausa—. Puedo dejar para más tarde la visita a los elefantes. Además, ¡tengo tantas ganas de llegar a la tercera casilla!»

Con esta excusa, pues, se puso a correr colina abajo y, de un salto, cruzó el primero de los seis riachuelos.

* * * * * *
* * *

—¡Billetes, por favor! —dijo el inspector asomando la cabeza por la ventanilla. Cada cual, al instante, tendió su billete: los billetes eran más o menos del tamaño de la gente y se diría que casi llenaban el vagón.

—¡Vamos, niña, enséñame el billete! —dijo enojado el inspector dirigiéndose a Alicia. Y muchas, muchas voces repitieron al unísono («como el coro de una canción», pensó Alicia): «¡Date prisa, niña! ¡Que el tiempo cuesta mil libras por minuto!».

—Lo siento, pero no tengo billete —dijo, en tono asustado, Alicia—. No había taquilla en la estación de donde vengo. —Y de nuevo repitió el coro de voces: «No había taquilla en la estación de donde viene. ¡Que allí el terreno cuesta mil libras por centímetro cuadrado!».

—No hay excusa que valga —dijo el inspector—. Debías haber comprado el billete al conductor. —Y el coro de voces añadió: «Al hombre que conduce la locomotora. ¡Que hasta el humo cuesta mil libras por cada bocanada!».

Alicia pensó: «No vale la pena hablar en estas condiciones». Y esta vez, puesto que no había dicho nada, las voces no corearon sus palabras, pero, con gran sorpresa de Alicia, todas se pusieron a pensar a coro (¡ojalá entendáis lo que significa «pensar a coro»! Confieso que yo no):

—Mejor no decir nada. ¡Que el lenguaje cuesta a mil libras por palabra!

«¡Esta noche, ya lo veo, voy a soñar con las dichosas mil libras!», pensó Alicia.



Durante todo este tiempo, el inspector se la había quedado mirando, con telescopio primero, luego con microscopio y, por último, con unos gemelos de teatro. Al final le dijo:

—Te has equivocado de dirección. —Cerró la ventanilla y se marchó.

—Una niña tan pequeña —observó un caballero que estaba sentado enfrente de Alicia (todo él vestido de papel blanco)— debería saber al menos en qué dirección va, ¡aun si ignora su propio nombre!

Un chivo, que estaba sentado junto al caballero de blanco, cerró los ojos y dijo en voz altisonante:

—Debería saber al menos el camino que conduce a la taquilla, ¡aun si no sabe ni siquiera el alfabeto!

Al lado del chivo estaba sentado un escarabajo (pues era un extraño vagón repleto de pasajeros) y, como la regla parecía exigir que todos hablasen por turno, él fue quien ahora añadió:

—¡Tendrá que volver de aquí como paquete postal!

Alicia no pudo ver quién estaba sentado al otro lado del escarabajo, pero una voz ronca y quebradiza fue la que anunció inmediatamente:

—Cambio de máquina —y, como pendiente de un cabello, se le cortó y quedó muda la voz. «Suena como un caballo», pensó Alicia. Y una voz muy diminuta le susurró al oído:

—Podías probar un juego de palabras… con «cabello» y «caballo».

Entonces se oyó en la lejanía una voz muy dulce que decía: «Habría que rotularla con “Frágil: cristalicia”». Y tras ella otras voces («¡cuánta gente hay en este vagón!», pensó Alicia) prosiguieron: «Que vaya por correo, pues con una mirada tan franca se ahorrará el franqueo…». «Que vaya como un mensaje por telégrafo…» «Que remolque el tren por el resto del trayecto.» Etcétera.

Pero el caballero vestido de papel blanco se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—No hagas caso de lo que te digan, pequeña; saca simplemente un billete de ida y vuelta en cada parada.

—¡No lo haré! —le contestó, no sin impaciencia, Alicia—. Hace solo un rato que estaba libre en el bosque y no veo ya sino la hora en que pueda volver. Yo, con este itinerario, no tengo nada que ver…

—Podrías hacer con esto un juego de palabras —le dijo, justo al oído, la vocecita—: algo como «No hay itinerario que no horade el horario».

—Deja de fastidiarme —dijo Alicia, intentando inútilmente averiguar de dónde provenía la voz—. Si tantas ganas tienes de hacer chistes, ¿por qué no los haces por tu cuenta?

La vocecita lanzó un profundo suspiro. Sin duda se sentía muy desgraciada, y Alicia le habría dicho unas palabras de consuelo «¡si al menos suspirase como todo el mundo!», pensó. Era un suspiro tan extraordinariamente imperceptible que, si lo oyó, fue porque venía de muy cerca. En consecuencia, le produjo muchas cosquillas al oído y hasta le distrajo del disgusto que le causaba esa pobre y mínima criatura.

—Ya sé que eres una persona amiga —prosiguió la vocecita—, una buena amiga, una vieja amiga. Y que no me harás daño, aunque sea un insecto.

—¿Qué clase de insecto? —preguntó Alicia, algo inquieta. Lo que quería saber realmente era si picaba o no, pero pensó que no sería correcto soltarle directamente la pregunta.

—¡Cómo! ¿Es que a ti no…? —empezó a decir la vocecita, pero quedó ahogada por el estridente silbido de la locomotora. Todo el público, incluida Alicia, saltó alarmado de sus asientos.

El Caballo, que acababa de asomar la cabeza por la ventanilla, la volvió a

meter tranquilamente y dijo:
—Simplemente, que vamos a saltar un arroyo.
Todo el mundo pareció satisfecho con la explicación, pero a Alicia le inquietaba un poco la idea de que un tren tuviera que saltar. «De todas formas, un salto así nos llevará a la cuarta casilla: ¡esto me sirve de consuelo!», pensó Alicia. Y al instante sintió que el vagón se levantaba por los aires y se asió aterrada al objeto más próximo que resultó ser la barba del Chivo.

* * * * * *
* * *

Pero, al contacto, la barba pareció desvanecerse y Alicia se halló tranquilamente sentada bajo un árbol mientras el Mosquito (pues tal era el insecto con quien había estado hablando) se balanceaba en una rama, sobre su cabeza, y la iba abanicando con las alas.
Realmente era un Mosquito muy grande: «Más o menos del tamaño de una gallina», pensó Alicia. Sin embargo, después de haber estado hablando con él tan largo rato, no podía inspirarle la menor inquietud.
—¿… así que a ti no te gustan todos los insectos? —prosiguió el Mosquito, tan tranquilo como si no hubiera pasado nada.
—Me gustan cuando saben hablar —dijo Alicia—. En el país de donde vengo yo, no hay ninguno que hable.
—¿Y cuáles son los insectos de tu país que más te gustan?
—No es que me encanten precisamente los insectos —le explicó Alicia —; más bien me dan miedo, al menos los grandes. Pero puedo decirte los nombres de algunos.
—Y ellos, naturalmente, responderán a sus nombres, ¿no? —observó al desgaire el Mosquito.
—Nunca oí decir tal cosa.



—Pues ¿de qué les sirve tenerlos —preguntó el Mosquito— si no responden a sus nombres?

—A ellos no les servirá, pero sí a la gente que los nombra, supongo yo. Si no, ¿por qué tienen nombre las cosas?

—No sabría decirlo —contestó el Mosquito—. Abajo, en el bosque, las cosas no tienen nombre… Pero sigue con tu lista de insectos: estás perdiendo el tiempo.

—Bueno, para empezar —dijo Alicia, contando con los dedos—, está el Tábano.

—De acuerdo —dijo el Mosquito—. Mira y verás uno que se mece en mitad de ese arbusto. Nosotros lo llamamos Clavileño. Está todo hecho de leños, trae puesta una clavija en el cuello y se desplaza balanceándose de rama en rama.

—¿De qué vive? —preguntó con curiosidad Alicia.

—De ilusión, savia y serrín —dijo el Mosquito—. Prosigue con tu lista.

Alicia miró con gran interés al Tábano Clavileño y, de su aspecto brillante y pegajoso, dedujo que debía de estar recién pintado; y entonces continuó:

—Está también el Caballito del Diablo.

—Mira esa rama encima de tu cabeza —dijo el Mosquito— y verás uno, pero muy modosito, sin hacer diabluras. Se le llama también Mosquita Muerta o Cabello de Ángel, porque de él está todo relleno su cuerpo. Sus alas son de hojaldre y de diablo solo le queda la cabeza flamígera en coñac.



—¿Y de qué vive? —volvió a preguntar Alicia.

—De croquetas y travesuras y anida sin que lo vean en una caja de turrones.

—Y luego está la Mariposa —continuó Alicia después de echar un buen vistazo al insecto flamígero y de pensar: «¿No será porque quieren aparentar que son mosquitas muertas que a los insectos les gusta tanto revolotear por el pabilo de las velas?».

—Y arrastrándose a tus pies —dijo el Mosquito (y Alicia retiró enseguida sus pies algo alarmada)— podrás ver una Mariposa de Panticosa. Sus alas son finas rebanadas de pan con mantequilla, y su cabeza, un terrón de azúcar.

—¿Y de qué vive?

—De té clarito con leche.

A Alicia se le ocurrió una nueva dificultad:

—Supongamos que no lo encuentra. ¿Qué pasa entonces?

—Pues que se muere, claro.

—Pero esto ocurrirá muy a menudo —observó pensativamente Alicia.



—Siempre, fatalmente —concluyó el Mosquito.

Alicia se quedó callada durante uno o dos minutos, cavilando. Mientras tanto, el Mosquito se entretenía zumbando y revoloteando por su cabeza. Volvió a posarse al fin en una rama y observó:

—Supongo que no querrás perder tu nombre.

—Claro que no —respondió, algo inquieta, Alicia.

—Y sin embargo —continuó el Mosquito, como sin darle importancia—, ¡piensa qué cómodo sería para ti volver sin nombre a casa! Por ejemplo, cuando la institutriz te llamara para preguntarte la lección, solo podría decir «Ven aquí…», pues se quedaría cortada al no saber cómo llamarte, y entonces, naturalmente, tú no tendrías ni que molestarte en acudir.

—Esto, estoy segura, no serviría de nada —dijo Alicia—: la institutriz no me iba a perdonar la lección por una cosa así. Si no recordara mi nombre me gritaría: «Señorita», como hace el servicio, o simplemente «Chica»…

—Bueno —observó el Mosquito—, si te dijera «Chica», tú, a la chita callando, te quedarías sin clase. Es un Juego de palabras. ¡Y ojalá fuera tuyo!

—¿Por qué ojalá fuera mío? Es un juego de palabras muy malo.

Pero el Mosquito se limitó a exhalar un profundo suspiro mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—No deberías hacer chistes —dijo Alicia— si te ponen tan triste.

Se oyó entonces un melancólico e imperceptible suspiro; esta vez era como si el propio Mosquito se hubiera desvanecido en el aire con el suspiro, pues, cuando Alicia miró hacia arriba, no vio nada en la rama. Y como la muchacha, de tanto estar sentada, empezaba a coger frío, se levantó y echó de nuevo a andar.

Pronto llegó ante un espacio abierto, con un bosque al fondo. Este parecía mucho más oscuro que el anterior y Alicia sintió cierto recelo de tener que entrar allí. Pero, después de pensárselo, decidió seguir adelante: «Pues, desde luego no voy a volverme atrás y este es el único camino que conduce a la octava casilla».

«Este será el bosque —pensó ensimismadamente la muchacha—, donde las cosas no tienen nombre. ¿Qué será de mi nombre cuando me adentre en él? Por nada del mundo querría yo perderlo, porque me habrían de dar otro y casi seguro que me tocaría uno muy feo. Pero, por otro lado, ¡qué divertido buscar al bicho que hubiera encontrado mi antiguo nombre! Igual que en los anuncios, cuando alguien pierde un perro: "Responde al nombre de Nesa: lleva un collar de bronce". ¡Qué gracioso sería llamar a todo el mundo Alicia hasta que alguien, por fin, respondiera! Aunque ese alguien, de tener solo dos dedos de frente, no respondería.»

Mientras iba divagando de este modo, llegó al bosque: parecía algo umbroso y frío. «Bueno —dijo Alicia avanzando por entre los árboles—, en cualquier caso es un alivio, después de haber pasado tanto calor, entrar ahora en el…, en el…, ¿en qué? —añadió un poco alarmada al ver que no podía hallar la palabra—. Quiero decir entrar en…, en esto, vaya. —Y tocó con la mano el tronco de un árbol—. ¿Cómo se llamará? Creo que no tiene nombre…, ¡seguro que no lo tiene!»

Se quedó cosa de un minuto cavilando en silencio hasta que, de pronto, exclamó: «¡Así que al final ha ocurrido de verdad! Y ahora, ¿quién soy yo? ¡Quiero acordarme, si puedo! ¡Estoy decidida!». Pero tal determinación de bien poco le servía. Todo lo que pudo decir, después de mucho hurgar por su cerebro, fue: «¡L, sé que empieza con L!».

En aquel preciso instante se le aproximaba un Cervatillo: este miró con tiernos ojos a Alicia, sin la menor muestra de estar asustado.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! —dijo Alicia, tendiendo la mano para acariciarlo, pero el Cervatillo retrocedió un poco y volvió a mirarla fijamente.

—¿Cómo te llamas tú? —preguntó al fin el Cervatillo. ¡Qué voz más dulce tenía!

«¡Eso quisiera yo saber!», pensó la pobre Alicia. Y le contestó con tristeza:

—Ahora mismo, nada.

—Piensa un poco —le dijo—. No vale decir eso.

Alicia se puso a pensar, pero no se le ocurría nada.

—¿Por qué no me dices, por favor, cómo te llamas tú? —le preguntó tímidamente—. Creo que eso me ayudaría un poco.

—Te lo diré si vienes conmigo un ratito —dijo el Cervatillo—, porque aquí no puedo recordarlo.

Y caminaron juntos por el bosque, Alicia tiernamente abrazada al cuello del Cervatillo, hasta llegar a otro espacio abierto. La criatura dio ahí un súbito brinco y se sacudió del brazo de Alicia:

—¡Soy un Cervatillo! —exclamó alborozado—. Y tú…, ya sé: ¡eres un ser humano! —Pero un signo de alarma se grabó en sus bellos ojos pardos y huyó como un dardo.

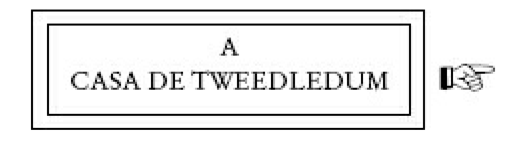


Alicia, con lágrimas en los ojos por la pena de perder tan pronto a su querido compañero de viaje, lo vio huir. «Al menos, ahora sé cómo me llamo —se dijo—. Alicia, Alicia… Nunca más lo olvidaré. Y ahora, vamos a ver: ¿cuál de estos dos postes indicadores voy a seguir?»

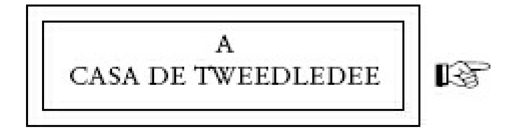
No era una cuestión muy difícil de resolver, pues había un solo camino que se adentraba en el bosque y los dos postes indicaban la misma dirección. «Lo decidiré —se dijo Alicia— cuando llegue a la bifurcación y las dos

manos señalen caminos diferentes.»

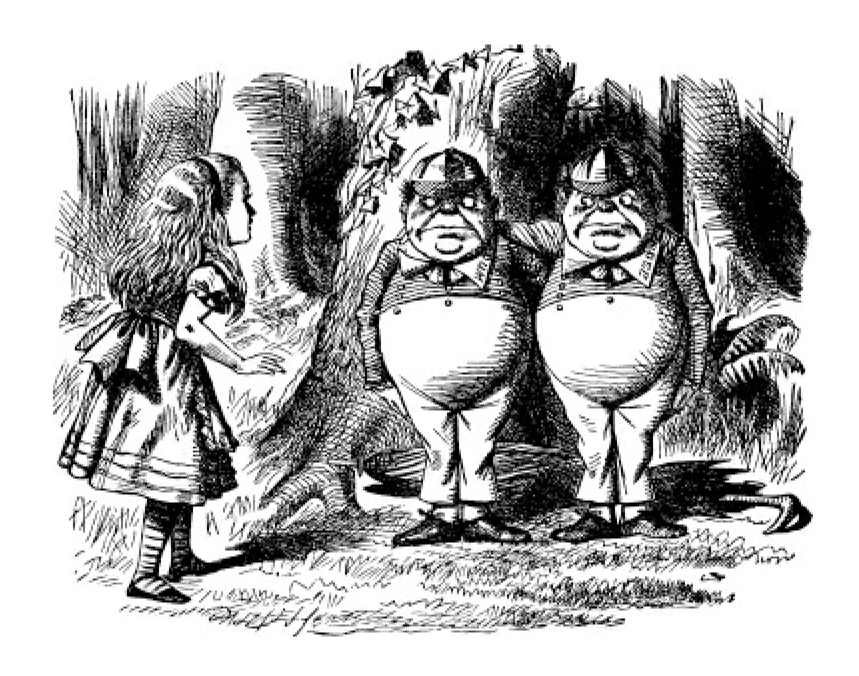
Pero aquello no tenía trazas de suceder. Siguió andando y andando un buen trecho y siempre, aunque el camino se bifurcara, los dos postes indicaban la misma dirección: uno apuntando




y el otro




«Me parece —dijo al final Alicia— que viven en la misma casa. ¿Cómo no se me ocurriría antes? Pero no puedo entretenerme más. Es cosa de llamar y decir: “¿Cómo están?”, y les preguntaré si saben el camino para salir del bosque. ¡Si pudiera llegar a la octava casilla antes de que anocheciese!» Y así, mientras iba cavilando, al salir de una fuerte curva, se topó con dos hombrecillos rechonchos, tan de sopetón que no pudo evitar un movimiento de sobresalto, pero se repuso al momento, porque estaba segura de que eran…



# 4
# Tweedledum y Tweedledee

Ambos estaban de pie bajo un árbol, cada cual con el brazo sobre el cuello del otro, y Alicia pudo identificarlos inmediatamente porque uno de ellos llevaba la palabra «DUM» y el otro la palabra «DEE» bordadas en el cuello de la camisa. «Supongo que en la parte de atrás tendrán bordada la palabra "TWEEDLE"», se dijo Alicia.

Estaban tan inmóviles que ella se olvidó de que eran seres vivos, y cuando se disponía a comprobar si realmente, en la parte de atrás del cuello, tenían inscrita la palabra «TWEEDLE», una vocecita que provenía de DUM le sobresaltó.

—Si nos tomas por figuras de cera —dijo—, recuerda que deberías pagar entrada. Las figuras de cera no están hechas para mirarlas gratis. ¡De ningún modo!

—Si, por el contrario —añadió el que respondía a la palabra DEE—, crees que estamos vivos, deberías hablarnos.

—Lo siento muchísimo, os lo aseguro —fue todo lo que pudo decir Alicia, pues le resonaba en la cabeza, como el tictac incesante de un reloj, la letra de una vieja canción, hasta que no pudo más y se puso a recitarla en voz alta:

*Tweedledum y Tweedledee*
*pensaron batirse en duelo,*
*pues uno dijo que el otro*
*le echó a perder*
*su viejo sonajero.*

*Un monstruoso cuervo,*
*negro como alquitrán,*
*se lanzó sobre ellos,*
*y tal terror les causó*
*que renunciaron al duelo.*

—Ya sé lo que estás pensando —dijo Tweedledum—, pero no es eso, de ningún modo.

—Si, por el contrario, lo fuera —prosiguió Tweedledee—, así sería, y no sería si no lo fuera; pero no lo es, simplemente, porque no lo es. Pura lógica.

—Estaba pensando —dijo Alicia en tono muy educado— cuál sería el mejor camino para salir de este bosque: ¡se está poniendo tan oscuro…! Por favor, ¿podríais indicármelo?

Pero, por toda respuesta, los dos tipos regordetes se intercambiaron una mirada irónica.

Eran tan parecidos a dos colegiales grandullones que Alicia no pudo más y señaló, con aires de profesora, a Tweedledum, diciéndole:

—¡A ver, tú el primero!

—¡De ningún modo! —exclamó Tweedledum y, bruscamente, cerró con un chasquido la boca.

—¡El siguiente! —dijo Alicia, pasando a Tweedledee, aunque presentía que este no diría otra cosa que «¡al contrario!», como así fue.

—¡Mal comienzo! —exclamó Tweedledum—. ¡Lo primero que hay que

decir cuando se va a ver a alguien es «¿cómo está usted?», y luego viene un apretón de manos! —Y entonces los dos hermanos se dieron mutuamente un abrazo y tendieron las otras dos manos libres a Alicia para que se las estrechara.

Alicia no se atrevía a estrechar primero la mano de uno para no herir las susceptibilidades del otro; así que, como solución, tomó con las dos suyas ambas manos a la vez y, al instante, estaban los tres bailando en corro. Esto (más tarde lo recordaría) le pareció muy natural; ni siquiera le sorprendió oír una música que procedía, según dedujo, justamente del árbol bajo el cual estaban bailando y que era producida por las mismas ramas, como si fuesen arcos y violines, al frotarse unas con otras.

«Pero realmente lo más gracioso —(diría luego Alicia al relatar a su hermana la historia de sus aventuras)— fue el ver que estaba cantando aquello de *El corro de la patata*… No sé cuándo me puse a cantarlo, pero, eso sí, ¡tuve la sensación de que duró mucho, mucho tiempo!»

Como ellos dos eran muy gordos, la danza enseguida los dejó exhaustos.

—Para un baile, bastan cuatro vueltas —jadeó Tweedledum, y se detuvieron tan súbitamente como lo habían iniciado. Al instante, cesó la música.

Soltaron entonces las manos de Alicia y durante un minuto se la quedaron mirando como embobados. La pausa fue algo incómoda para Alicia, pues ella no sabía cómo reiniciar la conversación con unas personas con las que había estado bailando. «Ahora —se dijo— no sería adecuado preguntarles: “¿cómo os va?”. ¡Eso calculo que ya lo hemos dejado atrás!»

—Espero que no estéis muy cansados —dijo al fin.

—De ningún modo. Y mil gracias por la pregunta —dijo Tweedledum.

—Sí, ¡muy agradecido! —añadió Tweedledee—. ¿Te gusta la poesía?

—Bastante… sí, bueno, alguna poesía —dijo sin demasiada convicción Alicia—. ¿Querríais decirme qué camino he de tomar para salir del bosque?

—¿Qué poesía le recito? —dijo Tweedledee a Tweedledum, con los ojos muy abiertos y una mirada llena de solemnidad, sin reparar en la pregunta de Alicia.

—*La morsa y el carpintero* es la más larga —contestó Tweedledum, dando a su hermano un tierno abrazo.

Tweedledee empezó sin más preámbulo:

*El sol con su gran fulgor…*

Pero Alicia le interrumpió:

—Si es muy largo —dijo tan cortésmente como pudo—, ¿podríais decirme primero qué camino…?

Y Tweedledee, con afable sonrisa, reinició su poema:

*El sol con su gran fulgor*
*sacó lustre y brillo al mar,*
*cedió esplendor a las olas*
*hasta que no pudo más…*
*Y es extraño, pues la noche*
*se estaba cerrando ya.*

*La luna de mal humor*
*dejó su mente volar:*
*«¿Por qué el sol prosigue ahí*
*cuando el día se ha ido ya?*
*Poco sirve ir a una fiesta*
*que no se va a aprovechar…».*

*El mar que te moja moja,*
*seco y seco el arenal.*
*En el cielo ni una nube,*
*pues no hay nube que contar;*
*ni un pájaro que volara*
*ni que sobrevolará.*

*La morsa y el carpintero*
*van mano a mano a la par*
*llorando a moco tendido*
*de tanto ver arenal:*

*«Si un poco lo despejaran,*
*¡ay qué gran tranquilidad!».*

*«Supón que siete criadas*
*seis meses barriendo están*
*con siete escobas a punto:*
*¿tú crees que lo vaciarán?»*
*«No», el carpintero repuso*
*y una lágrima le cae.*



*«Ostras —requirió la morsa—*
*¿os venís a pasear?*
*¡Gratos son charla y paseo*
*por el salobre arenal!*
*De cuatro en cuatro es posible*
*dar la mano a cada cual.»*

*La ostra más vieja miraba*
*sin decir ni una vocal:*
*guiñó el ojo y sacudía*
*la cabeza con pesar,*
*dando a entender que no osa*
*su ostracismo abandonar.*



*Pero cuatro ansiosas jóvenes*
*se dejaron convidar:*
*de punta en blanco y muy limpias*
*los zapatos lucen más,*
*cosa rara, pues sabéis*
*cuán faltas de pies están.*

*Otras cuatro las siguieron,*
*incluso otras cuatro más.*
*Acuden todas a una*
*dando brincos, más y más:*
*por entre espumosas olas*
*deprisa a la playa van.*

*La morsa y el carpintero*
*(una milla andada ya)*
*sentáronse en una roca*
*no muy alta, a descansar,*
*mientras ven en una fila*
*a las ostras avanzar.*



*«Ya es hora —dijo la morsa—*
*de empezar en serio a hablar:*
*de zapatos, barcos, lacres,*
*repollos, trono real,*
*de por qué el mar bulle*
*y los cerdos pueden volar.»*

*Y las ostras: «¡Un momento!*
*No os pongáis aún a charlar,*
*pues estamos muy gorditas*
*y sin aliento las más».*
*«¡Tranquilas!», dijo la morsa:*
*agradecidas le están.*

*Dijo la morsa: «¡A comer*
*rebanaditas de pan!*
*Que con pimienta y vinagre*
*son gratas al paladar.*
*Así, ostras, si estáis listas,*
*iniciemos el yantar».*

*«¡No, no!», gritaron las ostras*
*(algo pálidas están).*
*«Sería ruin hacer tal cosa*
*tras tanta amabilidad…»*

*«¡Hermosa noche! —opinó*
*la morsa—. No tiene igual.»*

*«Grata ha sido la visita*
*¡y qué sabrosas estáis!»*
*Nada dijo el carpintero*
*salvo «córtame más pan.*
*Por ser sorda te lo digo*
*dos veces, ¡y basta ya!».*

*Dijo la morsa: «Vergüenza*
*me da el juego que te traes.*
*Las pobres vienen de lejos*
*y a tanta velocidad…»*
*Solo dijo el carpintero:*
*«¡Cuánta manteca de más!».*

*«¡Qué pena! —dijo la morsa—.*
*¡Ay cuánta pena me dais!»*
*Entre sollozo y sollozo*
*la mayor se fue a zampar;*
*y tanto llanto el pañuelo*
*no lo puede ya enjugar.*

*«Ostras —dijo el carpintero—,*
*¡qué buen paseo os lleváis!*
*¿Volvemos a nuestras casas?»*
*Mas nadie respuesta da:*
*no es extraño, pues sabéis*
*que devoradas están.*

—Prefiero la morsa —dijo Alicia—. Al menos ella se sentía algo apenada por las pobres ostras.

—De todas formas, se comió más ostras que el carpintero, ¿ves tú? —dijo Tweedledee—. Se tapaba con el pañuelo para que el carpintero no pudiese

contarlas; así que todo lo contrario.

—¡Qué canalla! —exclamó indignada Alicia—. En ese caso, prefiero al carpintero…, si es cierto que no se comió tantas ostras como la morsa.



—Pero se zampó las que pudo —dijo Tweedledum.

Esto tenía todas las trazas de un enigma.

—¡Bueno! —resolvió Alicia tras una pausa—. Ambos eran unos tipos bien desagradables. —Y se interrumpió, entonces, un poco alarmada, al oír lo que le sonó como el bufido de una gran locomotora en un bosque próximo, aunque también dudó si no sería una fiera salvaje—. ¿Hay leones o tigres por aquí? —preguntó tímidamente.

—No es sino el ronquido del Rey Rojo —dijo Tweedledee.

—¡Ven a verlo! —exclamaron los hermanos y, tomando a Alicia cada cual de la mano, la condujeron al lugar donde el Rey dormía.

—¿No te parece adorable? —dijo Tweedledum.

Alicia, francamente, no podía decir que sí. El Rey llevaba un gran gorro rojo de dormir, con una borla en la punta; estaba acurrucado, hecho un ovillo informe, y roncaba ruidosamente «como si le fuera a volar la cabeza», observó Tweedledum.

—No vaya a resfriarse, así tumbado sobre la hierba húmeda —dijo Alicia, que era una niña muy previsora.

—Ahora está soñando —dijo Tweedledee—. ¿Y en qué crees que sueña?

—¿Quién puede saberlo? —dijo Alicia.

—¿Cómo que no? Sueña contigo —exclamó Tweedledee, batiendo palmas, triunfalmente—. Y si dejara de soñar contigo, ¿dónde crees que

estarías?

—Pues donde ahora estoy, claro —dijo Alicia.

—¡Ni hablar! —replicó con desprecio Tweedledee—. Tú no estarías en ninguna parte. ¡Pero si tú no eres más que un objeto de su sueño!

—Si el rey aquí presente se despertara —añadió Tweedledum—, te apagarías, ¡tss!, ¡igual que una vela!

—No es verdad —exclamó indignada Alicia—. Además, si yo fuera solo un objeto de su sueño, ¿queréis decirme qué seríais vosotros?

—Lo mismo —dijo Tweedledum.

—¡Ídem de ídem! —exclamó Tweedledee.

Lo dijo tan a gritos que Alicia, sin poder contenerse, le conminó:

—¡Silencio! Que si haces tanto ruido lo vas a despertar.

—Vaya, ¿cómo puedes hablar tú de despertarlo? —dijo Tweedledum—: ¡tú!, que no eres más que un objeto de su sueño y que, como sabes muy bien, no eres real.

—¡Sí que soy real! —dijo Alicia echándose a llorar.

—No te vas a volver más real por llorar —observó Tweedledee—. No hay por qué llorar.

—Si no fuera real —dijo Alicia, medio riéndose de tan ridículo que le resultaba todo aquello, en medio de sus lágrimas—. No sería capaz de llorar.

—¡No irás a tomar estas lágrimas por auténticas, supongo! —le interrumpió en un tono de profundo desprecio.

«Sé que no están diciendo más que tonterías —pensó para sus adentros Alicia—, y es una bobada llorar por esto.» De modo que se enjugó las lágrimas y, con el tono más alegre que pudo, prosiguió diciendo:



—En todo caso, es mejor salir ya de este bosque, porque se está poniendo muy oscuro. ¿Creéis que va a llover?

Tweedledum desplegó para él y su hermano un gran paraguas y echó un vistazo arriba, en su interior.

—No, no creo —dijo—, al menos aquí dentro, no. De ningún modo.

—Pero ¿afuera lloverá?

—Puede llover… si quiere llover —dijo Tweedledee—. Nosotros no tenemos ningún inconveniente. Al contrario.

«¡Qué egoístas!», pensó Alicia, y a punto estaba de dejarlos con un seco «buenas noches», cuando Tweedledum, de un salto, salió de debajo del paraguas y la agarró por la muñeca.

—¿Ves eso? —dijo con voz ahogada por la ira. Por momentos, sus ojos se le volvían amarillos y dilatados, mientras, con el dedo tembloroso, señalaba una cosita blanca al pie del árbol.

—No es más que un cascabel —dijo Alicia tras un minucioso examen de ese pequeño objeto—. Pero no una serpiente de cascabel —se apresuró a añadir, temiendo que Tweedledum se alarmara—, sino un simple cascabel, por cierto bastante viejo y roto.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó violentamente Tweedledum, poniéndose a patalear y a arrancarse el pelo—. ¡Claro que está estropeado! —Y miró a Tweedledee, el cual se sentó inmediatamente en el suelo y trató de ocultarse bajo el paraguas.

Alicia lo tomó del brazo y, en un tono conciliador, le dijo:

—No te pongas así por un viejo sonajero.

—¡Pero si no es viejo! —gritó, aún más furioso, Tweedledum—. Es nuevo, te lo digo yo… Lo compré ayer… ¡Mi bonito SONAJERO NUEVO! —Y su voz se convirtió en un auténtico alarido.

Tweedledee, todo este tiempo, había estado intentando cerrar el paraguas, metiéndose él dentro, y hasta tal punto esto atrajo la atención de Alicia que, por un momento, la desvió y distrajo de su enfurecido hermano. Pero no logró plenamente su intento y al fin rodó por el suelo, enrollado en el paraguas, sin asomar más que la cabeza; y así se quedó, abriendo y cerrando alternativamente ojos y boca, «con más aspecto de pescado que de ninguna otra cosa», pensó Alicia.

—No cabe duda de que se impone un duelo, ¿estás de acuerdo? —dijo con tono más tranquilo Tweedledum.

—Supongo que sí —replicó de mal humor el otro, mientras a gatas iba saliendo del paraguas—, pero recuerda que ella nos tendrá que ayudar a vestir.

Y así, bien cogiditos de la mano, los dos se internaron en el bosque, para volver, al cabo de un minuto, cargados de cosas diversas, como cojines, mantas, alfombrillas, manteles, tapaderas y cubos de carbón.

—Espero que seas hábil con los alfileres y el cordel —observó Tweedledum—. Pues, de una forma u otra…, todas estas cosas han de estar bien ajustadas.

Más tarde, Alicia declararía que en su vida se había visto metida en tales líos por tan poca cosa. ¡Qué cantidad de accesorios se pusieron encima y cuánto trabajo le dieron de atar cuerdas y coser botones…! «Realmente, cuando estén listos, más que nada van a parecer dos fardos de ropa vieja», se dijo Alicia mientras ajustaba un cojín al cuello de Tweedledee, «Para impedir —según este puntualizó— que el otro me corte la cabeza».



—Y ya sabes —añadió con mucha gravedad—, una de las cosas más serias que le pueden ocurrir a un combatiente es que le corten la cabeza.

Alicia se rio a carcajadas, pero pronto consiguió disimularlas, mediante una tosecita, para no herir demasiado sus sentimientos.

—¿Estoy muy pálido? —dijo Tweedledum, aproximándose para que le ciñera el yelmo (él lo llamaba yelmo, pero en realidad era más bien una cacerola).

—Bueno…, sí, un poco —repuso dulcemente Alicia.

—En general, soy muy valiente —prosiguió él en voz baja—, lo que pasa es que hoy tengo dolor de cabeza.

—¡Y yo, dolor de muelas! —dijo Tweedledee, que había oído el comentario—. ¡Me encuentro mucho peor que tú!

—Lo mejor sería, entonces, que no luchaseis hoy —dijo Alicia, aprovechando este buen pretexto para que hicieran las paces.

—Es absolutamente necesario que luchemos un poquito, aunque no sea por mucho rato —dijo Tweedledum—. ¿Qué hora es?

El otro consultó su reloj y dijo:

—Las cuatro y media.

—Pues podemos luchar hasta las seis y cenar después —dijo Tweedledum.

—Muy bien —dijo con cierta tristeza el otro—; y ella que nos mire…, pero no te acerques mucho —añadió— porque, en general, cuando la sangre se me altera, arremeto contra todo lo que veo.

—Y yo, contra todo lo que alcanzo —exclamó Tweedledum—, ¡lo vea o

no!

Alicia se rio.

—Entonces, supongo, os habréis cargado muy a menudo los árboles —dijo.

Tweedledum miró con aire satisfecho a su alrededor.

—¡Apuesto —dijo— que al final no queda ni un solo árbol sano a la redonda!

—¡Y todo por un sonajero! —dijo Alicia, aún con esperanzas de que se avergonzasen, siquiera un poco, del motivo fútil de su pelea.

—No me habría importado tanto —dijo Tweedledum— de no haber sido nuevo.

«¡Me gustaría que ahora mismo se presentase el cuervo monstruoso!», pensó Alicia.

—Ya sabes que solo hay una espada —dijo Tweedledum a su hermano—, pero tú puedes usar el paraguas, que para el caso es igual de puntiagudo. Solo que cuanto antes empecemos, mejor, pues se está poniendo todo muy negro.

—¡Y tan negro! —ponderó Tweedledee.

De pronto oscureció tanto que Alicia creyó que iba a caerles encima una tormenta.

—¡Qué espesa nube y qué negra! —dijo—. ¡Y qué aprisa viene! ¡Pero si tiene alas!

—¡Es el cuervo! —gritó Tweedledum con un grito de alarma; y ambos hermanos desaparecieron como por encanto.

Alicia corrió para internarse un poco en el bosque y se protegió bajo un gran árbol. «Aquí no me va a alcanzar —pensó—. Es tan voluminoso que no podrá abrirse paso entre los árboles. Pero ojalá no batiera de esta forma las alas, que está levantando un verdadero huracán… ¡Anda!, un mantón… ¡Se le habrá volado a alguien!»



# 5
# Lana y agua

Mientras así hablaba, cogió el mantón y buscó con la mirada a su propietaria. Inmediatamente llegó la Reina Blanca, corriendo como una exhalación por el bosque, con los brazos en cruz como si viniera volando, y Alicia fue muy cortésmente a su encuentro para devolverle el mantón.

—Me alegro mucho de poder serle útil —dijo Alicia, mientras la ayudaba a ponerse otra vez el mantón.

La Reina Blanca la miró con una expresión de apuro y susto y, en voz muy baja, se puso a repetir algo que sonaba como «pan con qué, pan con qué». Alicia comprendió que, a este paso, si no se las ingeniaba por su cuenta, no lograrían nunca entablar conversación. Se dispuso, pues, a preguntarle, con tímida solemnidad:

—¿Tengo el honor de dirigirme a la Reina insig…?

—No me irás a decir insignificante —cortó la Reina—; no, por este camino no irás a ninguna parte, aunque lo creas divertido. Y, a propósito, de vestido ni hablar: no corresponde en absoluto a lo que yo entiendo por esa

palabra.

Alicia pensó que era inútil discutir, si se hacía tales líos con las palabras, cuando apenas había empezado la conversación; así que, con una sonrisa, prosiguió:

—Si Su Majestad se dignara advertirme cómo he de empezar…

—¡Pero si solo al vestirme —gimió la pobre Reina— se me han pasado por lo menos dos horas!

«Mejor sería —pensó Alicia— que alguien la vistiera, pues va tan terriblemente descompuesta… ¡Todo está fuera de sitio y en el pelo no lleva más que horquillas sueltas!»

—¿Me permite que le ponga bien el mantón? —añadió en voz alta.

—No sé qué demonios le pasa al mantón —dijo con voz melancólica la Reina—. Estará de mal humor, supongo. ¡Un imperdible aquí, otro allá: no hay modo de contentarlo!

—¿Cómo va a quedar derecho si todos los sujeta por un lado? —dijo Alicia mientras se lo colocaba delicadamente—. ¡Dios mío, y en qué estado lleva el pelo!

—¡Es que el cepillo se me ha quedado dentro, enredado! —dijo con un suspiro la Reina—. ¡Y ayer perdí el peine!

Alicia, con mucho trabajo, rescató el cepillo y le arregló el pelo lo mejor que pudo.

—¡Vaya, ahora sí tiene mejor aspecto! —dijo, tras haberle cambiado de sitio la mayor parte de las horquillas—. Francamente, ¡a usted le haría falta una doncella!

—Con mucho gusto, de veras, te tomaría a mi servicio —dijo la Reina—. A diez céntimos por semana y mermelada los demás días.

Alicia soltó la risa.

—No quiero que me contraten —dijo— y, además, no me gusta mucho la mermelada.

—Es una mermelada muy buena —insistió la Reina.

—Bueno, en todo caso, hoy no me apetece.

—Aunque te apeteciera, no la tendrías —dijo la Reina—. Pues la regla es: mermelada mañana y mermelada ayer… pero nunca mermelada hoy.

—Alguna vez tocará «mermelada hoy» —objetó Alicia.

—No, imposible —dijo la Reina—. La mermelada es para los otros días y hoy nunca es otro día, ¿lo ves?

—No lo entiendo —dijo Alicia—. ¡Es terriblemente confuso!

—Esto es lo que pasa cuando se vive a la inversa —dijo amablemente la Reina—: al principio, siempre da cierto vértigo.

—¡Cuando se vive a la inversa! —repitió, muy asombrada, Alicia—. ¡Nunca había oído una cosa semejante!

—… pero esto tiene una gran ventaja, y es que se ejerce la memoria en ambos sentidos.

—Estoy segura de que la mía únicamente funciona en un sentido —observó Alicia—. Nunca puedo acordarme de las cosas que aún no han sucedido.



—Pues es bien mala tu memoria, si solo funciona hacia atrás —le aseguró la Reina.

—¿De qué cosas se acuerda usted mejor? —se atrevió a preguntarle Alicia.

—¡Oh! De lo ocurrido en las próximas semanas —contestó sin inmutarse la Reina—. Por ejemplo —y mientras hablaba, se aplicó al dedo un buen trozo de gasa—, ahí tienes al mensajero del Rey. Ahora está en la cárcel, castigado; el juicio no empieza hasta el próximo miércoles, y el crimen, naturalmente, viene al final.

—¿Y suponiendo que no cometa ningún crimen? —dijo Alicia.

—Tanto mejor, ¿no crees? —dijo la Reina, sujetando, con una cinta, la venda del dedo.

Alicia no vio forma de negar esto.

—Claro que sería lo mejor —dijo—, pero lo que no sería justo es que un inocente fuese castigado.

—Ahí está el punto en que te equivocas —dijo la Reina—. A ti, ¿te han castigado alguna vez?

—Por pequeñas faltas solo —dijo Alicia.

—¡Estoy segura de que el castigo te sentó muy bien! —dijo con aire

triunfal la Reina.

—Sí, pero realmente había cometido las faltas por las que se me castigaba —dijo Alicia—: esta es la diferencia.

—Pero si no las hubieses cometido, aún te habría sentado mejor, mucho mejor, ¡muchísimo mejor! —Y su voz se iba elevando con cada «mejor» hasta volvérsele un agudo.

Alicia estaba a punto de decirle: «Algún error habrá…», cuando la Reina empezó a dar tales alaridos que tuvo que dejar inconclusa la frase.

—¡Ay, ay, ay! —gritaba la Reina, sacudiéndose la mano como si se la quisiera arrancar—. ¡Me está sangrando el dedo! ¡Ay, ay, ay!

Sus alaridos eran como el silbido de una locomotora y Alicia tuvo que taparse con ambas manos los oídos.

—¿Qué es lo que pasa? —le dijo, cuando vio la ocasión de hacerse oír—. ¿Se ha pinchado el dedo?

—Aún no —dijo la Reina—, pero me lo voy a pinchar de un momento a otro… ¡Ay, ay, ay!

—¿Cuándo calcula que ocurrirá? —le preguntó Alicia, casi sin poder contener la risa.

—Cuando me vuelva a sujetar el mantón —gimió la pobre Reina—. El broche se me va a desprender. ¡Ay, ay! —Y apenas lo había dicho cuando, bruscamente, el broche se le desprendió y, con gesto frenético, la Reina lo agarró para sujetárselo.

—¡Cuidado! —gritó Alicia—, ¡que lo ha cogido al revés! —Y le agarró ella el broche; pero era ya demasiado tarde: la aguja se le había escapado y la Reina se pinchaba el dedo.

—Esto explica que sangrara antes, ¿lo ves? —dijo sonriendo a Alicia—. Ahora entiendes cómo ocurren aquí las cosas.

—Pero ¿por qué no grita ahora? —preguntó Alicia, a punto de llevarse otra vez las manos a los oídos.

—Pero si me he quejado ya —dijo la Reina—. ¿De qué me serviría volver ahora a empezar?

Por entonces empezaba a clarear.

—El cuervo se habrá ido volando, supongo —dijo Alicia—. ¡Cuánto me alegro! Por un momento pensé que anochecía.

—¡Ojalá pudiera estar yo tan contenta! —dijo la Reina—. Pero nunca me acuerdo de aplicar la regla. ¡Tú has de ser muy feliz aquí, viviendo en el bosque y estando contenta siempre que te dé la gana!

—¡Pero aquí una está muy sola! —dijo, con voz melancólica, Alicia; y al pensar en su soledad, dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Oh, no te pongas así! —exclamó la Reina, retorciéndose las manos con desesperación—. Piensa que eres una niña muy grande. Piensa que hoy has hecho un camino muy largo. Piensa en la hora que es. Piensa en cualquier cosa, ¡pero no llores!

Al oír esto, Alicia, en medio de sus lágrimas, no pudo evitar la risa.

—¿Puede usted dejar de llorar si piensa en otras cosas?

—Esa es precisamente la manera correcta —dijo muy decidida la Reina—. Tú sabes que nadie puede hacer dos cosas a la vez… Para empezar, veamos tu edad… ¿Cuántos años tienes?

—Siete años y medio, para ser exacta.

—No es preciso que lo digas, te creo. Y ahora te voy a decir algo que te va a dejar exhausta de veras: tengo ciento un años, cinco meses y un día.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Alicia.

—¿Que no? —dijo la Reina con tono de conmiseración—. Prueba otra vez: respira hondo y cierra los ojos.

Alicia se echó a reír.

—No vale la pena que lo pruebe —dijo—: no hay quien crea lo que es imposible.

—A mi juicio es que te falta el hábito —dijo la Reina—. Cuando yo tenía tu edad, lo practicaba siempre media hora diaria. A veces, llegué incluso a creer en seis cosas imposibles antes del desayuno. ¡De nuevo se me va el mantón!

Mientras hablaba, se le había desprendido el broche y una súbita ráfaga de viento se le había llevado el mantón al otro lado de un riachuelo. La Reina, extendiendo los brazos, voló literalmente en su búsqueda y logró esta vez atraparlo por su cuenta.

—Ya lo tengo —gritó triunfalmente—. ¡Ahora verás cómo yo solita me lo sujeto!

—Espero, en ese caso, que se le haya curado el dedo —dijo muy

cortésmente Alicia, mientras cruzaba el riachuelo siguiendo a la Reina.

* * * * * *
* * *

—¡Oh, mucho mejor! —gritó la Reina, cuya voz se le elevaba e iba convirtiendo en un agudo a medida que repetía—: ¡Mucho mee-jor! ¡Mee-ee-jor! ¡Mee, mee-eeh! —La palabra derivó al final en un balido, tan igual al de una oveja que Alicia se sobresaltó.

Miró a la Reina; parecía, de pronto, toda cubierta de lana. Alicia se estregó los ojos y volvió a mirar. No lograba explicarse lo que había ocurrido. ¿Estaba en una tienda? ¿Y no era realmente…, sí, una oveja, la que estaba detrás del mostrador? Tenía que aceptar lo que veía con sus propios ojos, por más que se los estregara: se vio en el interior de una tiendecilla oscura, con los codos apoyados sobre el mostrador, y tenía delante a una oveja anciana que hacía punto, sentada en una butaca, y que se interrumpía de vez en cuando para mirarla a través de unos enormes anteojos.

—¿Qué quieres comprar? —le preguntó al fin la oveja, levantando la vista de su labor.

—Aún no estoy del todo decidida —dijo, muy cortésmente, Alicia—. Primero me gustaría echar un vistazo alrededor, si me lo permite.

—Puedes, si quieres, mirar al frente y a ambos lados —dijo la oveja—, pero no todo alrededor, salvo que tengas ojos en la nuca.

Y así era: Alicia no los tenía y se tuvo que contentar con volver la cabeza e ir examinando los anaqueles de la tienda a medida que se acercaba a ellos.

La tienda parecía abarrotada de los objetos más curiosos…, pero lo raro era que, cuando se detenía ante un anaquel determinado para ver con detalle lo que contenía, resultaba que ese anaquel, precisamente, estaba siempre vacío, mientras que los más próximos estaban hasta los topes.



—¡Aquí las cosas son totalmente inasequibles! —dijo al fin Alicia, en tono quejoso, tras haber perseguido en vano, durante más de un minuto, un gran objeto brillante que a veces tenía la apariencia de una muñeca y otras de un costurero y que siempre, al fijar su mirada, se hallaba en el estante de encima—. Este es el objeto más exasperante de todos…, pero ya verás… —añadió con súbita decisión—: lo voy a seguir hasta llegar al último estante ¡y entonces imagínate qué apuros para atravesar el techo!

Pero esta tentativa también fracasó: el «objeto» atravesó tranquilamente el techo como la cosa más natural del mundo.

—Dime, ¿eres una niña o una peonza? —le dijo la oveja mientras cogía otro par de agujas—. Como sigas dando tantas vueltas, me vas a marear. —Y ahora trabajaba con catorce pares de agujas a la vez. Alicia se quedó mirándola con cara estupefacta.

«¿Cómo puede hacer punto con tantas agujas? —pensó muy intrigada—. ¡Cada vez se parece más a un puerco espín!»

—¿Sabes remar? —le preguntó la oveja, pasándole un par de agujas.

—Sí, un poco…, pero no en tierra firme… ni tampoco con agujas de hacer punto… —empezó a decir Alicia, cuando de pronto las agujas que tenía en las manos se le convirtieron en remos y vio que, dentro de una barquita, se iban deslizando entre dos riberas: ¿qué podía hacer, pues, sino ir remando lo

mejor posible?

—¡Plumea! —gritó la oveja mientras cogía otro par de agujas.

Tal indicación no parecía requerir respuesta alguna, de forma que, en silencio, continuó remando. «Algo muy raro debe de haber en el agua», pensó, pues de vez en cuando los remos se le quedaban agarrados y a duras penas se le soltaban.

—¡Plumea, plumea! —gritó de nuevo la oveja, cogiendo aún más agujas—. Que si no vas a pescar pronto un cangrejo.

«¡Oh, un cangrejito muy mono! —pensó Alicia—. ¡Cómo me gustaría!»

—¿No has oído lo que te he dicho? ¡Plumea! —gritó indignada la oveja, cogiendo un manojo de agujas.

—Sí que lo he oído —dijo Alicia—: lo ha dicho muchas veces… y en voz muy alta. Por favor, dígame dónde están los cangrejos.

—En el agua, ¡naturalmente! —dijo la oveja, prendiéndose en el pelo unas agujas que ya no le cabían en las manos—. ¡Plumea, te digo!

—¿Por qué dice tan a menudo «plumea»? —preguntó al fin Alicia, un poco contrariada—. ¡No soy ningún pájaro!

—Sí que lo eres —dijo la oveja—: eres una oquita.

Al oír esto, Alicia se sintió algo ofendida y… por un rato, no hubo conversación, mientras la barca seguía deslizándose, a veces entre bancos de algas (lo que hacía que los remos se quedaran trabados, más que nunca, en el agua) y otras bajo unos árboles, pero siempre entre escarpadas riberas que se alzaban por encima de sus cabezas.

—¡Oh, por favor! ¡Allí hay unos juncos bien olorosos! —exclamó Alicia en un súbito arrebato de júbilo—. ¡Y son reales…! ¡Qué bonitos!

—No veo por qué me has de decir «por favor» a propósito de los juncos —dijo la oveja sin levantar la vista de su labor—. Ni los puse yo ni me los voy a llevar.

—No, claro; yo quería decir: por favor, ¿podemos parar la barca y recoger unos cuantos? —explicó en tono suplicante Alicia—. ¿Podría parar la barca solo un ratito?

—¿Cómo voy yo a parar la barca? —dijo la oveja—. Si dejas de remar, se parará por sí sola.

Alicia dejó que la barca siguiera río abajo el curso de la corriente, hasta

que al fin se deslizó indolentemente entre los juncos mecidos por el viento. Entonces se arremangó con mucho cuidado y sumergió hasta el codo los bracitos en el agua, para agarrar los juncos, lo más abajo posible, antes de arrancarlos…, y por un rato Alicia se olvidó de todo, de la oveja y del punto, mientras se inclinaba por la borda, las puntas de su pelo revuelto sumergidas en el agua… y con los ojos brillantes de avidez, iba recogiendo, manojo tras manojo, los deliciosos juncos perfumados.

«¡Lo único que espero es que no se me vuelque ahora la barca! —pensó Alicia—. ¡Oh, qué bonito es aquel! Lástima que no pude alcanzarlo.» Y era un poco irritante («ni que me lo hicieran adrede», pensó) el ver que aunque lograba arrancar, al paso de la barca, algunos de los más preciosos juncos, siempre había uno, el más apetecido, que se le resistía.

—¡Los más hermosos están siempre demasiado distantes! —dijo finalmente con un suspiro, al ver que aquellos juncos se obstinaban en crecer tan lejos de ella. Luego, con las mejillas arreboladas y el pelo y las manos goteantes, se reincorporó a su banqueta y se puso a ordenar los tesoros que acababa de reunir.

¿Qué le importaba entonces que los juncos, desde el instante mismo en que los había arrancado, empezaran a ajarse y a perder parte de su aroma y su belleza? Sí, ¡ya se sabe!, hasta los juncos realmente olorosos duran tan poco… estos, que eran juncos de sueño… amontonados como estaban a sus pies, no podían sino fundirse como la nieve al contacto de los rayos del sol; pero esto Alicia apenas lo advirtió, pues había demasiadas cosas que de momento requerían su atención…

No habían avanzado mucho cuando uno de los remos se quedó fijo sin querer soltarse (así fue, al menos, como Alicia lo explicó después). El resultado fue que el puño del remo la golpeó bajo el mentón y, pese a la serie de pequeños y agudos «ay, ay, ay» que dio la pobre Alicia, se vio arrojada de la banqueta, entre los manojos de juncos.

Sin embargo, no se hizo ningún daño y se reincorporó casi enseguida: la oveja había seguido haciendo punto todo este tiempo, como si nada hubiera pasado.

—¡Era bonito el cangrejo que pescaste! —observó mientras Alicia, alegre al verse a salvo en la barca, volvía a sentarse.

—¿De veras? No lo vi —dijo Alicia, atisbando con precaución las aguas oscuras por encima de la borda—. ¡Ojalá no se me hubiera escapado…! ¡Me habría gustado tanto llevarme uno a casa! —Pero la oveja no contestó sino que, con una risita de desdén, siguió haciendo punto.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? —preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de cosas —dijo la oveja—: un gran surtido, solo tienes que decidirte. A ver, ¿qué es lo que quieres comprar?

—¡Comprar! —repitió Alicia como un eco en un tono entre asombrado y temeroso, pues los remos y la barca y el río se le habían desvanecido en el instante y de nuevo se encontraba en la oscura tiendecilla.



»Quería comprar un huevo, por favor —dijo tímidamente—. ¿A cuánto los vende?

—A quince céntimos uno…, a cinco céntimos dos —contestó la oveja.

—Entonces ¿dos cuestan menos que uno? —dijo sorprendida Alicia mientras sacaba el monederito.

—Sí, pero si compras dos, has de comerte los dos —dijo la oveja.

—Entonces, por favor, deme uno —dijo Alicia colocando el dinero sobre el mostrador; pues, en su fuero interno, se decía: «¡Quién sabe si no estarán

en mal estado!».

La oveja tomó el dinero y lo metió en una caja. Luego dijo:

—Nunca pongo nada en manos de los clientes… Sería una inconveniencia…, lo cogerás tú misma. —Y diciendo esto, se fue al otro extremo de la tienda y colocó derecho el huevo sobre un estante.

«¿Por qué lo juzgará inconveniente? —se preguntó Alicia mientras iba a tientas entre mesas y sillas, pues el fondo de la tienda estaba muy a oscuras —. Yo diría que el huevo se va alejando a medida que me aproximo. Pero vamos a ver… ¿qué es esto? ¿Una silla? ¡Cómo! ¡Si juraría que tiene ramas! ¡Qué raro que crezcan aquí árboles! ¡Y aquí hay un auténtico riachuelo! Bueno, ¡esta es la tienda más extraña que he visto en mi vida!»

* * * * * *
* * *

Siguió, pues, de sorpresa en sorpresa, a medida que todos los objetos, en el instante mismo en que se aproximaba, se le convertían en árboles, y estaba casi persuadida de que otro tanto ocurriría con el huevo.

# 6
# Humpty Dumpty

Pero el huevo no hacía sino crecer y crecer y adoptar una forma cada vez más humana. Alicia, al aproximarse, vio que tenía ojos, nariz y boca; y cuando estuvo aún más cerca, vio claramente que se trataba de HUMPTY DUMPTY en persona. «¡No puede ser más que él! —se dijo—, ¡tan segura estoy como si pudiera leer su nombre grabado en plena cara!»

Cualquiera, fácilmente, habría podido escribirlo cien veces en una cara tan enorme. Humpty Dumpty estaba sentado a la turca, con las piernas cruzadas, sobre lo alto de un muro —un muro tan estrecho que Alicia se preguntaba cómo diablos podía mantener el equilibrio—; y tenía fijos los ojos en dirección contraria a Alicia, sin prestarle la menor atención, por lo que ella pensó si no sería una figura disecada.

—¡Es exactamente igual que un huevo! —dijo en voz alta, al tiempo que extendía las manos para cogerlo, segura de que iba a caer de un momento a otro.

—Es muy fastidioso que a uno lo llamen huevo —dijo Humpty Dumpty tras un largo silencio y sin mirar a Alicia—, ¡muy fastidioso!

—Señor, yo no dije que fuera un huevo, sino que era igual que un huevo —le explicó amablemente Alicia—. Y hay huevos preciosos, ¿no es verdad? —agregó, tratando así que su anterior observación pasara por una suerte de cumplido.

—¡Hay gente —dijo Humpty Dumpty, como siempre apartando de ella la mirada— que no tiene más sentido común que un recién nacido!

Alicia no sabía qué contestar. Propiamente, no se podía llamar a esto conversación, pensó, pues nunca se dirigía a ella, y de hecho, su último comentario iba evidentemente dirigido a un árbol… Así que, sin moverse, se puso a recitar muy bajito:

*Humpty Dumpty en un muro se sentó,*
*Humpty Dumpty de espaldas se cayó.*
*Los hombres y caballos del monarca*
*sobre el muro no pudieron reponer al rechoncho patriarca.*

—En este poema, el verso final es demasiado largo —observó casi en voz alta, olvidándose de que Humpty Dumpty podía oírla.

—A ver si dejas de musitar todo el rato —dijo Humpty Dumpty, mirándola por vez primera—, pero dime tu nombre y el asunto que te trae.

—Mi nombre es Alicia, pero…

—¡Qué nombre más estúpido! —le interrumpió con impaciencia Humpty Dumpty—. ¿Qué significa?

—¿Es que un nombre tiene que significar algo? —preguntó tímidamente Alicia.

—¡Claro que sí! —dijo con una risita seca Humpty Dumpty—. Mi nombre significa exactamente la forma que tengo (una forma, por cierto, muy hermosa). Tú, en cambio, con un nombre así, podrías tener cualquier forma.

—¿Por qué está usted sentado aquí tan solo? —dijo Alicia, deseosa de no meterse en discusiones.

—¡Vaya, porque no hay nadie conmigo! —exclamó Humpty—. Creías que no iba a saber responder a esa pregunta, ¿no? Haz otra.

—¿No cree que aquí abajo en el suelo estaría más seguro? —prosiguió Alicia sin ninguna intención de proponerle otro acertijo sino, simplemente, por la inquietud muy noble que le inspiraba la extraña criatura—. ¡Ese muro es tan estrecho…!



—¡Qué adivinanzas más fáciles me pones! —gruñó Humpty Dumpty—. ¡Pues claro que no lo creo! Fíjate bien, si realmente me cayera (lo cual es impensable) pero en fin… en caso de que ocurriese… —y al decir esto frunció la boca y adoptó unos aires tan altivos y solemnes que Alicia casi no pudo contener la risa—, si cayera —prosiguió—, el Rey me ha prometido… ¡Ah, y pásmate si quieres…! ¿A que no sabes lo que voy a decirte…? El Rey de viva voz me ha prometido…

—«Enviar sus caballos y sus hombres» —le interrumpió imprudentemente Alicia.

—¡Lo que me faltaba por oír! —gritó Humpty Dumpty presa de una súbita cólera—. Habrás estado escuchando detrás de las puertas… de los arbustos… oculta en las mismísimas chimeneas… ¡de lo contrario, no lo sabrías!

—¡Claro que no! —le dijo muy suavemente Alicia—. Está en un libro.

—¡Ah, bueno! Es posible que tales cosas consten en libro —dijo Humpty Dumpty en tono algo más sosegado—. Eso es lo que llaman Historia de Inglaterra, eso es. Y ahora, ¡mírame bien!: soy de los pocos, yo, que han

logrado hablar con un rey…, posiblemente no verás nunca a nadie que haya gozado de un privilegio semejante. Y para que veas que no me domina la soberbia, te permito que me estreches la mano. —Y diciendo esto, se inclinó desde su altura, con una sonrisa que le cruzaba hasta las orejas, y le tendió la mano. Alicia, tímidamente, se la tomó, mientras lo observaba con inquietud. «Si llega a sonreír un poco más —pensó—, va y se le juntan por detrás las comisuras de la boca… y entonces, ¡no sé qué iba a pasar! ¡Qué horror si se le desprendiese la cabeza!»

—Sí, todos sus caballos y sus hombres —prosiguió Humpty Dumpty— me recogerían en el acto, ¡lo harían! Pero esta conversación va demasiado deprisa: volvamos a lo penúltimo que dijimos.

—Me temo que no me acuerde con exactitud —dijo muy cortésmente Alicia.

—En ese caso, partamos de cero —dijo Humpty Dumpty— y ahora me toca a mí elegir el tema —(«Habla como si se tratase de un juego», pensó Alicia)—. Pues ahí va mi primera pregunta: ¿Qué edad me dijiste que tenías?

Alicia hizo un breve cálculo y respondió:

—Siete años y seis meses.

—¡Falso! —exclamó triunfalmente Humpty Dumpty—. Eso nunca me lo dijiste.

—Pensé que «¿qué edad tienes?» fue lo que usted quiso decir —explicó Alicia.

—Si lo hubiera querido decir, lo habría dicho —dijo Humpty Dumpty.

Alicia se calló para evitar una nueva discusión.

—¡Siete años y seis meses! —repetía pensativamente Humpty Dumpty—. Una edad bien incómoda. De pedirme a mí un consejo, te habría dicho: «Detente en los siete años…», pero ahora ya es demasiado tarde.

—Nunca pido consejo en materia de crecimiento —dijo Alicia, indignada.

—¿Conque orgullosilla? —sugirió el otro.

Alicia, ante tal sugerencia, aún se sintió más indignada.

—Quiero decir —añadió— que no puede una evitar el ir creciendo.

—Una quizá no —dijo Humpty Dumpty—, pero dos sí. Con la ayuda adecuada, podías haberte detenido en los siete años.

—¡Qué cinturón más bonito lleva usted! —observó de pronto Alicia (habían hablado ya, más que de sobra, del tema de la edad, pensó, y si realmente iban a elegir temas por turno, ahora le tocaba a ella)—. O mejor dicho —rectificó tras una segunda reflexión—, qué bonita corbata… no, cinturón… ¡oh, perdón! —añadió Alicia, muy azorada al ver la mirada hostil de Humpty Dumpty y, a la vez, ya arrepentida de haber elegido ese tema. «Si por lo menos supiera cuál es su cuello y cuál es su cintura…», pensó.

Sin duda Humpty Dumpty estaba furioso, pero durante uno o dos minutos no dijo palabra. Cuando al fin rompió el silencio, no se oyó sino una suerte de gruñido.

—¡Si hay algo que me exaspera —dijo— es una persona que ni siquiera sabe distinguir entre una corbata y un cinturón!

—Confieso que es debido a mi mucha ignorancia —dijo Alicia en un tono de tal humildad que aplacó a Humpty Dumpty.

—Es una corbata, niña, una hermosa corbata, como tú bien has dicho. Un regalo del Rey Blanco y de la Reina Blanca. ¡Para que veas!

—¿De veras? —dijo Alicia muy complacida al ver que, a fin de cuentas, no había elegido tan mal el tema.

—Me lo dieron —prosiguió Humpty Dumpty con mucha solemnidad, cruzando las piernas y apoyando sobre la rodilla ambas manos—, me lo dieron como regalo de incumpleaños.

—¿Perdón? —dijo Alicia con aire intrigado.

—No me has ofendido —repuso Humpty Dumpty.

—Quiero decir: ¿qué es un regalo de incumpleaños?

—Un regalo que se da cuando no es cumpleaños, claro.

Alicia, tras reflexionar un poco, dijo al fin:

—Yo prefiero los regalos de cumpleaños.

—¡Tú no sabes lo que dices! —gritó Humpty Dumpty—. ¿Cuántos días tiene el año?

—Trescientos sesenta y cinco.

—¿Y cuántos cumpleaños tienes tú al año?

—Uno.

—Y si de trescientos sesenta y cinco restas uno, ¿qué queda?

—Trescientos sesenta y cuatro, naturalmente.

Humpty Dumpty se mostró algo escéptico.

—Preferiría verlo por escrito.

Alicia no pudo contener una sonrisa mientras sacaba su cuadernillo de notas y hacía para él la resta:

$$\begin{array}{r} 365 \\ \underline{\phantom{36}1} \\ \underline{364} \end{array}$$

Humpty Dumpty tomó el cuaderno y lo examinó con atención.

—Creo que la operación es correcta… —empezó a decir.

—¡Pero si lo tiene al revés! —le interrumpió Alicia.

—¡Cierto, así es! —dijo jovialmente Humpty Dumpty mientras Alicia se lo ponía al derecho—. Ya me parecía algo raro su aspecto. Pues, como te decía, la operación parece correcta…, aunque no haya tenido tiempo de verificarla a fondo…, y eso demuestra que hay trescientos sesenta y cuatro días en los que puedes recibir regalos de incumpleaños…

—Cierto —dijo Alicia.

—Y solo un día para regalos de cumpleaños, ya ves. ¡Así que te has cubierto de gloria!

—No sé lo que entiende usted por «gloria» —dijo Alicia.

Humpty Dumpty sonrió despectivamente.

—Claro que no… hasta que te lo explique. Lo que entiendo es: «¡menuda prueba más irrefutable para ti!».

—Pero «gloria» no significa «menuda prueba más irrefutable para ti» —objetó Alicia.

—Cuando yo empleo una palabra —dijo Humpty Dumpty con el mismo tono despectivo—, esa palabra significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos.

—La cuestión es saber —dijo Alicia— si se puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes.

—La cuestión es saber —dijo Humpty Dumpty— quién dará la norma… y punto.

Alicia, de tan desconcertada, se quedó sin habla. Al cabo de un minuto, Humpty Dumpty añadió:

—Genio y figura tienen las palabras… algunas de ellas… sobre todo los verbos, que son muy orgullosos… Con los adjetivos puede uno hacer lo que le dé la gana, pero no con los verbos… Sin embargo, ¡yo los voy a meter en cintura! ¡Impenetrabilidad! ¡Es lo que yo digo!

—¿Querría decirme, por favor —dijo Alicia—, qué significa esto?

—Ahora sí que hablas como una niña sensata —dijo muy satisfecho Humpty Dumpty—. Por «impenetrabilidad» entiendo que ya hemos hablado bastante de este tema y que más valdría que me dijeras de una vez qué vas a hacer ahora, porque calculo que no pretenderás quedarte aquí por el resto de tus días.

—Esto es mucho significado para una sola palabra —dijo pensativamente Alicia.

—Si exijo a una palabra un redoblado esfuerzo —sentenció Humpty Dumpty— le pago siempre extra.

—¡Ah! —exclamó por todo comentario la desconcertada Alicia.

—¡Cómo me gustaría que las vieras acudir a mí, el sábado por la noche! —dijo Humpty Dumpty, meneando con gravedad de un lado a otro su figura —. En busca de su paga, naturalmente.

(Alicia no se atrevió a preguntarle con qué las pagaba; por tanto, no sabría yo decíroslo a vosotros.)

—Parece usted muy diestro en eso de explicar palabras —dijo Alicia—. Señor, ¿tendría la bondad de explicarme el significado del poema llamado *Jabberwocky*?

—Escuchémoslo —dijo Humpty Dumpty—. Puedo explicar todos los poemas que se han inventado y muchos de los que no se han inventado todavía.

Esto resultaba muy prometedor; Alicia recitó, pues, la primera estrofa:

*Era cenora y los flexosos tovos*
*en los relonces giroscopiaban, perfibraban.*
*Mísvolos vagaban los borogovos*
*y los verdirranos extrarrantes gruchisflaban.*

—Con esto basta y sobra para empezar —le interrumpió Humpty Dumpty

—. Ya tenemos aquí un buen montón de palabras difíciles. En primer lugar, *cenora*, que significa las cuatro de la tarde, la hora en que se empieza a preparar la cena.



—Muy bien —dijo Alicia—: ¿y *flexosos*?

—Bueno, *flexosos* quiere decir «flexible» y «viscoso». Es como una palabra maletín, ¿comprendes?: hay dos significados contenidos en un mismo vocablo.

—Ahora lo veo —respondió pensativamente Alicia—. ¿Y qué son *tovos*?

—Bueno, los *tovos* son un poco como tejones… y un poco como lagartos… con algo de sacacorchos.

—Deben de ser criaturas de aspecto bien curioso.

—Lo son —dijo Humpty Dumpty—. Además, hacen sus nidos bajo los relojes de sol y se alimentan de queso.

—¿Y qué es *giroscopiar* y *perfibrar*?

—*Giroscopiar* es dar vueltas y más vueltas como un giroscopio.

*Perfibrar* es vibrar y perforar o hacer agujeros con un taladro.

—Y *relonces* será, supongo, el césped que rodea a los relojes de sol, ¿no? —dijo Alicia, sorprendida de su propio ingenio.

—Exactamente. Y *relonces*, también, silabeando las iniciales, por su relación con la longitud de césped… delante y detrás del cuadrante solar…

—Y a los lados también… con un mínimo de once metros…

—Así es. En cuanto a *mísvolos*, eso significa «miserable» y «frívolo» a la vez (otra palabra maletín). Y un *borogovo* es un pájaro flaco de aspecto deleznable, con las plumas erizadas en todos los sentidos…, algo así como un mocho viviente.

—¿Y qué son *verdirranos extrarrantes*? —dijo Alicia—. Temo estar abusando con tanta pregunta.

—Bueno, *verdirrano* es una especie de marrano verde; *extrarrante* significa «errante», «fuera de sí»… y no estoy muy seguro pero creo que se dice también por el color «aberrante» de este tipo de cerdo.

—¿Y qué quiere decir *gruchisflar*?

—Bueno, *gruchisflar* está entre gruñir y silbar con una especie de estornudo en el medio: quizá algún día lo oigas por ahí, en el bosque… y cuando lo hayas oído… ¡tendrás más que de sobra! Pero ¿quién te ha recitado todos estos versos tan difíciles?

—Los leí en un libro —dijo Alicia—. Pero alguien…, creo que fue Tweedledee…, me ha recitado versos mucho más fáciles que estos.

—Por lo que a versos se refiere —exclamó Humpty Dumpty levantando una de sus manos—, ya sabes: yo puedo recitar tanto o mejor que cualquiera, si viene al caso…

—Bien, pero aunque venga, no es preciso hacer caso… —le atajó Alicia, para que no se lanzara a declamar.

—El poema que voy a recitar —prosiguió sin reparar en la respuesta de la niña— fue escrito enteramente para tu deleite y entretenimiento.

Alicia comprendió que no había más remedio que escucharlo; así que se sentó y le dio resignadamente las gracias.

*Cuando blancos están los campos en invierno*
*te canto esta canción para tu gozo interno.*

—… solo que, propiamente, no la canto —comentó.

—Ya lo veo —dijo Alicia.

—Si eres capaz de ver si la canto o no —observó severamente Humpty Dumpty— es que tienes una vista más aguda que la mayoría de los mortales.
—Alicia se calló.

*Cuando al final el campo rebrote en primavera*
*trataré de expresarte mi intención verdadera.*

—Muchísimas gracias —dijo Alicia.

*Cuando los días tan largos se vuelvan en verano*
*comprenderás mi canto un poco más temprano.*

*Cuando secos los tallos estén en el otoño,*
*imagínate en ellos pintado algún retoño.*

—Lo haré, si entonces aún logro acordarme —le aseguró Alicia.

—No es preciso que sigas haciendo comentarios de este tipo —dijo Humpty Dumpty—: no tienen ni pies ni cabeza y me ponen nervioso.

*He enviado esta nota a los peces del mar:*
*«Es cuanto más o menos yo puedo desear.»*

*Los viles pececitos, a mi urgente misiva,*
*contestan con lacónica expresión negativa.*

*Esta fue su respuesta a vuelta de correo:*
*«Lo haríamos, señor, de ser capaces, pero…»*

—Me temo que no lo entiendo muy bien —dijo Alicia.

—Lo que sigue es más fácil —repuso Humpty Dumpty.

*Les envié enseguida una nueva misiva:*
*«No me deis nunca más otra nueva evasiva.»*

*Los peces contestaron no sin cierta ironía:*
*«¡Qué genio! Controlad vuestro arranque de ira.»*

*Los previne una vez, los previne dos veces:*
*¡a escucharme se niegan los desdichados peces!*

*Me agencié en la cocina la olla más contundente,*
*que juzgué para el caso como más convincente.*

*Tac-tac da el corazón: todo castigo es poco.*
*Llené la gran caldera: el pulso me iba loco.*

*Mas alguien vino a verme: ¡cuánto llanto derrama*
*por los peces enfermos que yacen en la cama!*

*Le dije claramente, le dije con franqueza:*
*«Pues vas y los despiertas con vigor y firmeza.»*

*Mi voz era tan recia que parecía un rugido:*
*se lo dije furioso, se lo grité al oído.*

Al recitar esta estrofa, Humpty Dumpty alzó tanto la voz que casi sonó como un aullido y Alicia, estremecida, pensó: «¡Por nada del mundo habría yo querido estar en la piel de ese mensajero!».

*«¿Por qué, si no soy sordo —me dijo aquel maldito,*
*tan tieso como un huso— clamas a voz en grito?»*

*Y el tipo tieso y fatuo, muy pagado de sí,*
*me dijo: «Bien, yo iría a despertarlos si…».*

*Cogí un tirabuzón que encontré en un estante*

*y los fui a despertar por mi cuenta al instante.*

*Y cuando vi la puerta que estaba con cerrojo,*
*la empujé y sacudí y golpeé con enojo.*

*Pero al ver que la puerta tenía puesto el cierre,*
*lo maniobré con rabia, articulé una erre…*



Hubo una larga pausa.

—¿Eso es todo? —preguntó tímidamente Alicia.

—Todo —dijo Humpty Dumpty—. ¡Y adiós!

Todo esto le pareció más bien brusco a Alicia; pero, después de una insinuación tan directa a que se fuera, comprendió que no sería adecuado quedarse ahí por más tiempo. Se levantó, pues, y le dio la mano.

—¡Adiós y hasta la vista! —dijo en el tono más jovial que pudo.

—En caso de que nos volviéramos a ver, seguramente no te reconocería —repuso de mal humor Humpty Dumpty, dándole un solo dedo como despedida—. Tú eres exactamente igual que todo el mundo.

—Por lo general, a la gente se la distingue por la cara —señaló con aire pensativo Alicia.

—De eso justamente me quejo —dijo Humpty Dumpty—. Tu cara es como la de cualquiera…, no se distingue en nada: dos ojos ahí —y los ubicó

en el aire con el pulgar—, la nariz en el medio, la boca debajo. Todo igual. Si en cambio tuvieras los ojos del mismo lado de la nariz, por ejemplo…, o la boca en la frente…, me daría alguna pista.

—Pero no sería bonito —objetó Alicia.

Pero Humpty Dumpty cerró los ojos y concluyó:

—Pruébalo antes de juzgar.

Alicia aguardó durante cosa de un minuto, a ver si se decidía a reanudar la conversación, pero como ni abría los ojos ni le hacía el menor caso, le dijo «¡adiós!» una vez más y, sin obtener respuesta alguna de Humpty Dumpty, se marchó tranquilamente. En el camino, no pudo evitar pensar: «De todas las personas contraproducentes… —(y lo repitió en voz alta, pues sentía un gran alivio al pronunciar una palabra tan larga)—, de todas las personas contraproducentes que he conocido en mi vida…». Pero no consiguió terminar la frase porque, en aquel momento, un formidable estruendo sacudió todo el bosque.

# 7
# El León y el Unicornio

Al cabo de un instante, de todas partes del bosque llegaron corriendo unos soldados, primero en grupos de dos o tres, luego en pelotones de diez o veinte y, finalmente, en regimientos multitudinarios, que parecía que iban a llenar el bosque entero. Alicia, por miedo a que la atropellaran, se refugió detrás de un árbol. Así los vio pasar.

Pensó que nunca en su vida había visto a unos soldados de piernas tan flojas: tropezaban ante cualquier obstáculo y, siempre que uno daba un traspié, otros muchos le caían encima, de tal forma que al poco rato todo el suelo estaba cubierto de montoncitos humanos.

Luego llegaron los caballos. Gracias a sus cuatro patas, se las arreglaban algo mejor que los soldados; pero, de vez en cuando, también ellos tropezaban: la regla era que si tropezaba un caballo caía en el acto el jinete. La confusión crecía por momentos y Alicia se alegró mucho al verse en campo abierto, fuera del bosque, donde se encontró con el Rey Blanco, sentado en el suelo, muy atareado con su cuaderno de notas.

—¡A todos los he enviado yo! —exclamó, con regocijo al ver a Alicia, el Rey—. Pequeña, ¿no has visto por casualidad, mientras venías por el bosque, a unos soldados?

—Sí, desde luego —dijo Alicia—. Varios miles, según mis cálculos.

—Cuatro mil doscientos siete es el número exacto —dijo el Rey consultando el cuaderno—. No pude enviar todos los caballos porque había dos que estaban ocupados en la partida. Tampoco pude enviar a los dos mensajeros. Ambos se han ido a la ciudad. Mira hacia el camino y dime si ves a alguno de los dos.

—A nadie —dijo Alicia.

—¡Ojalá tuviera yo tan buena vista! —exclamó en tono quejumbroso el Rey—. ¡Mira que ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a tanta distancia! ¡Yo, con

esta luz, lo más que acierto a ver es alguna que otra figura real!



Todo esto pasó inadvertido a Alicia que, con la mano por visera, seguía mirando atentamente hacia el camino.

—¡Ahora sí que veo a alguien! —gritó de pronto—. Pero viene muy despacio… ¡y adopta unas posturas muy raras…! (Pues el mensajero, a medida que avanzaba, iba dando brincos y se retorcía como una anguila, con las manazas a ambos lados extendidas a modo de abanicos.)

—¿Por qué raras? —dijo el Rey—. Es, simplemente, un mensajero anglosajón… y sus posturas son también anglosajonas. Las adopta solo cuando está contento. Se llama Haigha —(lo pronunció como si rimara con «agua»).

—A mi amor amo con H —empezó Alicia, sin poder contenerse— porque es tan hacendoso; lo odio con H porque es tan horroroso; lo alimento de… de… heno y huevo duro. Haigha se llama el hombre y habita…

—En su habitación —añadió simplemente el Rey, sin tener la menor idea de sumarse así al juego de Alicia, la cual aún vacilaba en busca de un nombre

de ciudad que empezara con H—. El otro mensajero se llama Hatta. Compréndelo, deben ser dos… para ir y volver. Uno de ida y otro de vuelta.

—Lo siento pero me estoy quedando en blanco…

—También yo estoy casi sin blanca y no voy mendigando…

—Solo quería decir que no he entendido nada —dijo Alicia—. ¿Por qué uno de ida y otro de vuelta?

—Pero ¿no te lo he dicho ya? —repitió con impaciencia el Rey—. Necesito tener dos… para llevar y traer. Uno para llevar y otro para traer.

En aquel momento llegó el mensajero. De tan extenuado, no podía ni hablar: solo gesticulaba y hacía al pobre Rey las más horribles muecas.

—Esta jovencita te ama con H —dijo el Rey presentando a Alicia, con la esperanza de desviar la atención, puesta en sí mismo, del mensajero Haigha; pero fue en vano, porque las actitudes anglosajonas cada vez se volvían más extravagantes mientras sus ojazos le iban girando violentamente en las órbitas.

»¡Me alarmas! —dijo el Rey—. Me siento desfallecer… ¡Dame un sándwich de huevo duro!

Y el mensajero, con gran regocijo de Alicia, de un costal que llevaba colgado al cuello extrajo un sándwich y se lo dio al Rey. Este lo devoró con avidez.



—¡Otro sándwich! —dijo el Monarca.

—Ahora no me queda más que heno —dijo el mensajero tras revisar el

interior del bolso.

—Pues heno, entonces —murmuró, con voz apagada, el Rey.

Alicia se alegró mucho al ver que el heno lo iba reanimando.

—No hay nada como el heno cuando siente uno un desmayo —observó el Rey mientras mascaba su alimento.

—Yo pensaba que era mejor, en tales casos, un poco de agua fría —sugirió Alicia—, o quizá sales volátiles.

—Yo no dije que no hubiera nada mejor, sino nada como… —replicó el Rey. Constatación que Alicia no se atrevió a contradecir.

»Dime una cosa: ¿a quién adelantaste en el camino? —prosiguió el Rey, tendiendo la mano al mensajero para que le siguiera dando heno.

—A nadie —dijo el mensajero.

—Exacto —dijo el Rey—: esta jovencita lo vio también. Nadie, pues, camina más lento que tú.

—Todo lo contrario —repuso de mal humor el mensajero—. ¿Quién va más deprisa que yo? Nadie, estoy seguro.

—No puede ser —dijo el Rey—: en tal caso, habría llegado antes que tú. Pero ahora que has recobrado el aliento, dinos qué ha pasado en la ciudad.

—Lo diré en voz muy baja —dijo el mensajero, aplicándose a la boca las manos, a modo de trompetilla, e inclinándose hacia la oreja del Monarca. Alicia lamentó este proceder del mensajero porque también quería enterarse de las noticias. Pero, en vez del anunciado cuchicheo, gritó a todo pulmón—: ¡De nuevo la han armado!

—¿Y tú llamas a esto hablar en voz muy baja? —exclamó, dando un brinco, el sobresaltado Rey—. Si vuelves a gritar, ¡te envío con manteca directo a la parrilla! ¡Me ha atravesado la cabeza, de parte a parte, como si fuera un terremoto!

«¡Habrá sido un terremoto muy pequeño!», pensó Alicia.

—¿Y quiénes son los que la han armado otra vez? —se atrevió a preguntar.

—¿Quién va a ser? El León y el Unicornio —dijo el Rey.

—¿En lucha por el trono?

—Naturalmente —dijo el Rey—. Y lo más chistoso es que se trata de mi trono, ¡siempre igual! ¡Vamos corriendo a verlos! —Y mientras corrían,

Alicia recordó la letra de la vieja canción:

*El León y el Unicornio*
*por un trono se batieron.*
*El León al Unicornio*
*le ha dado un palizón bueno.*
*En bandeja, unos pan blanco,*
*otros integral les dieron.*
*Por la villa todos claman:*
*¡qué tarta les ofrecieron!*
*Y un redoble de tambores*
*arrojó a los dos del pueblo.*

—¿Es que… el que… gana… se lleva la corona? —articuló a duras penas Alicia, pues de tanto correr se había quedado sin aliento.

—¡No! —dijo el Rey—. ¡Qué ocurrencia!

—¿Tendría usted… la bondad —jadeó Alicia, tras correr un poquitín más — de parar un minuto… solo para… retomar aliento?

—Bondad sí tengo —dijo el Rey—; lo que me falta es fuerza. Y tú sabes que un minuto se va volando. ¡Intentar pararlo sería como detener a un Bandersnatch!

Alicia no tenía aliento para hablar. Siguieron corriendo en silencio hasta llegar ante una gran multitud, puesta en corro, que contemplaba la lucha del León y el Unicornio. Tal polvareda envolvía a los contendientes que Alicia no pudo al principio identificarlos, pero pronto consiguió distinguir por el cuerno al Unicornio.

Se colocaron cerca de Hatta, el otro mensajero, que de pie observaba la lucha; tenía este una taza de té en la mano y una rebanada de pan con mantequilla en la otra.

—Acaba de salir de la cárcel y no tuvo tiempo de terminar el té cuando fue arrestado —susurró Haigha, al oído de Alicia—: y como allá dentro solo dan conchas de ostra… por eso tiene tanta hambre y tanta sed. ¿Cómo está mi niño? —añadió, pasando afectuosamente el brazo por el cuello de Hatta.

Hatta se volvió, hizo una señal con la cabeza y siguió comiendo su pan

con mantequilla.

—¿Lo pasaste bien en la cárcel? —dijo Haigha.

Hatta se volvió por segunda vez y una o dos lágrimas rodaron por sus mejillas, pero sin articular el menor sonido.

—¡Di algo! ¿O has perdido el habla? —gritó impaciente Haigha. Pero Hatta siguió mascando su alimento y bebiendo té.

—¡Habla de una vez! —le gritó el Rey—. ¿Cómo marcha la pelea?

Con un esfuerzo sobrehumano, Hatta engulló un buen trozo de pan con mantequilla.

—Se portan muy bien los dos —dijo casi ahogándose—: cada cual ha caído ochenta y siete veces.

—Entonces pronto les traerán el pan blanco y el integral, supongo —observó tímidamente Alicia.

—Ya está —dijo Hatta—; yo ya me estoy comiendo un pedazo.



En aquel momento se interrumpió la pelea y el León y el Unicornio se sentaron, rendidos y jadeantes, mientras el Rey, a gritos, iba anunciando:

—¡Diez minutos de tiempo para un tentempié!

Haigha y Hatta, al instante, se pusieron a pasar bandejas de pan blanco e integral. Alicia se sirvió un trocito para probarlo, pero lo encontró muy seco.

—No creo que luchen más por hoy —dijo el Rey a Hatta—. Ve a ordenar que empiecen los tambores. —Y Hatta se fue dando brincos como un

saltamontes.

Durante un minuto o dos, Alicia se lo quedó mirando en silencio. De pronto, se le iluminó el rostro y, muy excitada, señalaba con el dedo:

—¡Ahí va corriendo en pleno campo la Reina Blanca! Acaba de salir del bosque, como una exhalación, allá abajo… ¡A qué increíble velocidad corren estas reinas!

—La perseguirá algún enemigo, sin duda —dijo el Rey, sin volverse siquiera—. En ese bosque hay montones de ellos.

—¿No va a correr en su ayuda? —le preguntó Alicia, muy sorprendida de que se lo tomara con tanta calma.

—¡Para qué, para qué! —dijo el Rey—. Si ella corre tremendamente aprisa… ¡Sería como intentar atrapar a un Bandersnatch! Pero, si quieres, escribiré un memorándum sobre el asunto… Es una criatura entrañable —repitió en voz baja mientras abría el cuaderno—. ¿«Criatura» se escribe con e o con i?

En aquel momento se aproximó a ellos el Unicornio: venía despacio y con las manos en los bolsillos.

—Creo que esta vez me he impuesto, ¿no? —dijo, lanzando una mirada al Rey, al pasar a su lado.

—Un poco…, un poco —le contestó algo nervioso el Rey—. No debiste traspasarlo de una cornada, y tú lo sabes.

—No le hice daño —empezó a decir, sin darle importancia, el Unicornio; pero se interrumpió al ver de pronto a Alicia: inmediatamente se volvió y se la quedó mirando un rato con aire de profundo disgusto.

—¿Qué… es… esto? —dijo al fin.

—¡Es una niña! —replicó alegremente Haigha, colocándose ante Alicia para hacer la presentación y extendiendo hacia ella ambas manos en una actitud típicamente anglosajona—. Hoy mismo la hemos conocido. ¡Es de tamaño natural y dos veces más real!

—¡Yo más bien pensé que era un monstruo fabuloso! —dijo el Unicornio —. ¿Está viva?

—Sabe hablar —dijo solemnemente Haigha.

El Unicornio la miró ensimismado:

—Habla, niña —le dijo.

Alicia no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios, mientras decía:

—¿Sabe? ¡Yo también pensé que los unicornios eran monstruos fabulosos! ¡No había visto hasta ahora uno vivo!

—Bueno, ahora que los dos nos hemos visto mutuamente —dijo el Unicornio—, si tú crees en mí, yo creeré en ti. ¿Trato hecho?

—Sí, como quiera.

—¡Vamos, viejo, saca la tarta de frutas! —continuó el Unicornio volviéndose hacia el Rey—. ¡Y no quiero ni oír hablar de pan integral!

—¡Cierto…, cierto! —balbuceó el Rey y, haciendo una seña a Haigha, murmuró—: ¡Abre la bolsa! ¡Rápido! No, eso no…, ¡está lleno de heno!

Haigha extrajo una gran tarta y se la pasó a Alicia para que la sostuviera mientras él sacaba una bandeja y un cuchillo de trinchar. Alicia no podía comprender que del costal salieran tantas cosas. «Como por arte de magia», pensó.

Entretanto, se les unió el León: parecía muy cansado y soñoliento, casi se le cerraban los ojos.

—¿Qué es esto? —dijo mirando a Alicia, con perezoso parpadeo y con una voz sepulcral que sonaba como el tañido de una gran campana.

—A ver, piensa, ¿qué puede ser? —exclamó vivazmente el Unicornio—. ¡No vas a adivinarlo! ¡Yo tampoco pude!

El León miraba con aire cansado a Alicia.

—¿Tú qué eres… animal…, vegetal… o mineral? —le dijo, bostezando a cada palabra.

—¡Es un monstruo fabuloso! —exclamó el Unicornio sin dar tiempo a que Alicia contestase.

—Entonces, pásanos la tarta, monstruo —dijo el León echándose al suelo y apoyando el mentón sobre las patas delanteras—. Y ustedes dos —(al Rey y al Unicornio)—, siéntense: ¡quede claro, la tarta, a partes iguales!



Ciertamente, el Monarca se sentía muy incómodo de tener que sentarse entre dos criaturas bestiales; pero no le habían reservado otro lugar.

—¡Ahora sería el momento de entablar una gran lucha por el trono! —dijo el Unicornio, observando furtivamente la corona que al pobre Rey, de tanto temblar, se le tambaleaba en la cabeza.

—Yo ganaría sin ninguna dificultad —dijo el León.

—No estés tan seguro —dijo el Unicornio.

—¡So gallina, pero si te di un palizón por toda la ciudad! —replicó furioso el León, medio levantándose.

En aquel momento, intervino el Rey para impedir que continuase la querella: estaba muy nervioso y le temblaba la voz.

—¿Por toda la ciudad? No es poca la distancia. ¿Pasasteis por el puente viejo y por la plaza del mercado? La mejor vista está en el puente viejo.

—No lo sé con certeza —rezongó el León echándose otra vez al suelo—. Había demasiado polvo y no se podía ver nada. ¡Cuánto tarda este monstruo en dividir la tarta!

Alicia, con la bandeja en las rodillas, se había sentado a la orilla del arroyo y se empeñaba en cortar los trozos.

—¡Es exasperante! —dijo en respuesta al León (ya empezaba a estar habituada a que la llamaran «monstruo»)—. ¡La he partido en trozos, pero siempre se me vuelven a juntar!



—¡Es que tú, con las tartas del Espejo, no tienes ninguna práctica! —observó el Unicornio—. Reparte los trozos primero y después córtalos.

El método parecía absurdo, pero Alicia se levantó muy dócilmente, hizo circular la bandeja y la propia tarta se dividió en tres partes.

—Ahora córtala —dijo el León una vez vuelta ella a su sitio con la bandeja vacía.

—¡Yo afirmo que esto no es justo! —gritó el Unicornio mientras Alicia, con el cuchillo en la mano, se sentaba, sin saber siquiera cómo empezar—. ¡El monstruo le ha dado al León el doble que a mí!

—En cualquier caso, ella se ha quedado sin nada —dijo el León—. Monstruo, ¿te gusta la tarta de frutas?

Pero entonces, sin dar tiempo a que Alicia contestase, empezaron a sonar los tambores.

De dónde procedía el ruido fue algo que Alicia no pudo averiguar: el aire parecía estar henchido de redobles que resonaban por toda su cabeza hasta ensordecerla del todo. Se levantó de un salto y, acosada por el terror, cruzó al otro lado del arroyo, justo a tiempo de ver cómo el León y el Unicornio

* * * * * *
* * *

se levantaban (furiosos de que interrumpieran su fiesta), antes de caer de

rodillas y taparse los oídos, en un vano intento de sustraerse al terrible estrépito.

«¡Si no los arroja de la ciudad este estruendo de tambores —pensó—, ya nada lo logrará!»



# 8
# De mi propia invención

Después de un rato, el ruido decreció gradualmente hasta que al fin se extinguió en un silencio de muerte. Alicia alzó la cabeza un poco alarmada. No se veía un alma y al principio pensó que el León y el Unicornio y los extraños mensajeros anglosajones habían sido producto de su imaginación. Sin embargo, allí estaba, a sus pies, la gran bandeja sobre la cual había intentado cortar la tarta: «Así que, al fin y al cabo, no he estado soñando —se dijo—, a menos que… que todos fuésemos parte del mismo sueño. Y en ese caso, ¡que al menos sea mi sueño y no el del Rey Rojo! No me gustaría pertenecer al sueño de otra persona —prosiguió en tono algo lastimero—: ¡me dan ganas de despertarlo y ver qué pasa!».

En aquel momento, un «¡Eh! ¡Ah! ¡Jaque!», en fuertes gritos, interrumpió sus reflexiones; y un Caballero, vestido de una armadura púrpura, fue al galope hasta ella, blandiendo una enorme maza. En el preciso instante en que

la alcanzó, el caballo se detuvo en seco:

—¡Eres mi prisionera! —exclamó el Caballero mientras se desplomaba del caballo.

Alicia estaba asustada, pero su preocupación era entonces más por él que por sí misma, y lo observó no sin inquietud mientras montaba nuevamente sobre la cabalgadura. Una vez se hubo reinstalado cómodamente en su silla, el Caballero se disponía por segunda vez a decir: «Eres mi…», cuando otra voz lo interrumpió con gritos de «¡Eh! ¡Ah! ¡Jaque!», y Alicia, algo sorprendida, se volvió hacia el nuevo enemigo.

En esta ocasión, se trataba del Caballero Blanco. Se paró al lado de Alicia y se desplomó del caballo exactamente igual que lo había hecho el Caballero Rojo; luego volvió a montar y los dos caballeros, desde lo alto de sus sillas, se observaron mutuamente por un buen rato en silencio. La desconcertada mirada de Alicia iba alternativamente de uno a otro caballero.

—La prisionera es mía, ¡no lo olvidéis! —dijo al fin el Caballero Rojo.

—Sí, pero luego llegué yo, ¡y la rescaté! —replicó el Caballero Blanco.

—Bueno, en ese caso, no cabe otro recurso que batirse —dijo el Caballero Rojo mientras cogía el yelmo (que traía colgado de su silla y cuya forma era algo así como la cabeza de un caballo) y se lo ponía.

—Doy por supuesto que guardaréis las reglas del combate —observó el Caballero Blanco ajustándose asimismo el yelmo.

—Estrictamente, como siempre —dijo el Caballero Rojo y, entonces, empezaron a golpearse con tal furia que Alicia se ocultó detrás de un árbol para estar a salvo de los porrazos.

«¿Cuáles serán, quisiera yo saber, esas reglas del combate? —se preguntó Alicia mientras observaba la lucha, lanzando tímidas miradas desde su escondrijo—. Según parece, una regla es que, si un caballero da al otro, lo derriba del caballo; y si falla, el que cae es él… y otra regla es que sostienen sus mazas con ambas manos como si fuera en un teatro de polichinelas… ¡Qué ruido arman al caer! ¡Igual que si cayeran sobre el guardafuegos todos los hierros de la chimenea! ¡Y qué quietos están los caballos! ¡Se dejan montar y los dejan caer como si fuesen de madera!»

Otra regla del combate, que Alicia aún no había considerado, parecía requerir que siempre cayeran de cabeza; y la lucha concluyó al caer ambos,

uno al lado del otro, así. Cuando se incorporaron, se dieron un apretón de manos y, luego, el Caballero Rojo montó de nuevo y se alejó al galope.

—Fue una victoria gloriosa, ¿no es cierto? —dijo el Caballero Blanco a Alicia mientras se le aproximaba jadeando.

—No lo sé —dijo insegura la niña—. No quiero ser prisionera de nadie. Lo que quiero es ser Reina.

—Lo serás cuando hayas cruzado el siguiente arroyo —dijo el Caballero Blanco—. Te dejaré bien a salvo en el linde del bosque… y luego me volveré. Pues, ya sabes, ahí termina mi movimiento.

—Muchísimas gracias —dijo Alicia—. ¿Quiere que le ayude a quitarse el yelmo? —Evidentemente él no podía manejarse solo; y ella al fin, tras vigorosas sacudidas, sí consiguió quitarle el yelmo.

—Ahora puede uno respirar —dijo el Caballero, alisándose el pelo hacia atrás, con ambas manos, y volviendo hacia Alicia su bondadoso rostro y sus grandes ojos llenos de ternura. Alicia pensó que no había visto en toda su vida a un soldado de aspecto tan extraño.

Lo revestía una armadura de hojalata, que le sentaba francamente mal, y llevaba sujeta a la espalda una extraña cajita de madera, puesta al revés y con la tapa abierta, colgando. Alicia la examinó con mucha curiosidad.

—Veo que te causa sorpresa mi cajita —dijo en tono amistoso el Caballero—. Es de mi propia invención… para guardar ropa y bocadillos. Como ves, la llevo boca abajo para que la lluvia no entre dentro.

—Pero saldrán fuera las cosas —observó amablemente Alicia—. ¿No ha notado que lleva la tapa abierta?

—No —dijo el Caballero con el rostro algo ensombrecido por la contrariedad—. ¡Entonces se me habrá caído todo! Y una caja vacía no tiene ninguna utilidad. —Mientras así hablaba, se zafó de ella y ya estaba a punto de arrojarla a unos matorrales cuando, de pronto, una súbita idea le hizo rectificar y la colgó con sumo cuidado de un árbol—. ¿Adivinas por qué lo hago? —le dijo a Alicia.

Alicia negó con la cabeza.

—Con la esperanza de que las abejas hagan nido en ella… Así conseguiría miel.

—Pero si ya tiene una colmena… o algo parecido… sujeta a la silla —

dijo Alicia.

—Sí, es una colmena magnífica —dijo en tono descontento el Caballero—, de la mejor calidad. Pero ni una sola abeja se ha acercado a ella. Y la otra cosa, al lado, es una ratonera. Supongo que los ratones alejan a las abejas… o las abejas a los ratones, no sé bien.

—Precisamente no entendía para qué estaba la ratonera —dijo Alicia—. Es poco probable encontrar un ratón sobre el lomo de un caballo.

—Es poco probable —dijo el Caballero—, pero no imposible, y si ocurriera, no me gustaría que anduvieran correteando por todas partes. Mira —añadió tras una pausa—, hay que preverlo todo. Por eso el caballo lleva tantos brazaletes en las patas.

—¿Para qué son? —preguntó con mucha curiosidad Alicia.

—Para protegerlos de las mordeduras de tiburón —explicó el Caballero—. Es de mi propia invención. Y ahora, ayúdame a montar. Iré contigo hasta el límite del bosque… ¿Para qué es esta bandeja?

—Para una tarta —dijo Alicia.

—Será mejor llevárnosla —dijo el Caballero—. Nos será útil si encontramos una tarta. Ayúdame a meterla en el saco.

La operación requirió mucho tiempo porque, aunque Alicia mantenía el saco bien abierto, el Caballero era muy torpe a la hora de introducir la bandeja: en los dos primeros intentos, fue él quien cayó de cabeza dentro.

—Es que está un poco abarrotado —dijo al fin, una vez lo consiguieron—; dentro hay tantos candelabros… —Y lo colgó de la silla, que estaba ya cargada de manojos de zanahorias, hierros de chimenea y muchas cosas más.

—Espero que tu pelo esté bien sujeto —dijo al emprender la marcha.

—Como siempre —dijo sonriendo Alicia.

—No es suficiente —dijo con ansiedad el Caballero—. Sabrás que aquí el viento es muy fuerte y lleva tantas cosas como una sopa espesa.

—¿No ha inventado un sistema para que con el viento no se lleve el pelo? —preguntó Alicia.

—Aún no —dijo el Caballero—. Pero sí uno para que no caiga.

—Me gustaría mucho conocerlo, de veras.

—Primero tomas una estaca bien recta —dijo el Caballero—. Luego haces que el pelo trepe por ella, como un frutal por un rodrigón. Ahora bien,

la razón por la que cae el pelo está en que cuelga hacia abajo… Las cosas nunca caen hacia arriba, como sabes muy bien. Es un sistema de mi propia invención. Puedes probarlo si quieres.

«El sistema no parecía muy cómodo», pensó Alicia. Caminó en silencio un rato, dándole vueltas a la misma idea y parándose de vez en cuando para auxiliar al pobre Caballero, que no era precisamente un buen jinete.

Siempre que se detenía el caballo (lo cual ocurría muy a menudo), se caía por delante; y siempre que arrancaba de nuevo (lo cual hacía por lo general de forma más bien brusca), se caía por detrás. Por lo demás, mantenía bastante bien el equilibrio, salvo que tenía la mala costumbre de caerse de tanto en tanto por los lados; y como generalmente esto ocurría por el lado en que caminaba Alicia, ella comprendió que el mejor sistema era no caminar muy pegada al caballo.

—Me temo que no tiene usted mucha práctica de montar a caballo —se atrevió a decir, mientras le ayudaba a montar tras su quinta caída.

Al oír esto, el Caballero se mostró muy extrañado y un poco ofendido.

—¿Y a qué viene esto? —le preguntó mientras se volvía a encaramar sobre la montura y se agarraba con una mano al pelo de Alicia para no desplomarse por el otro lado.



—Porque la gente, cuando tiene práctica, no se cae tan a menudo del caballo.

—Pues yo tengo práctica suficiente —dijo con mucha prestancia el Caballero—; ¡más que suficiente!

A Alicia no le salió otra respuesta mejor que un incrédulo «¿De veras?», aunque lo dijo tan cordialmente como pudo. Después de esto, prosiguieron por un rato su camino en silencio, el Caballero con los ojos cerrados, murmurando para sus adentros, y Alicia aguardando expectante la próxima caída.

—El gran arte de la equitación —empezó a decir de pronto en voz alta el Caballero, gesticulando con el brazo derecho— consiste en mantener… —La sentencia quedó interrumpida ahí, tan bruscamente como se había iniciado, pues el Caballero cayó de cabeza, con todo su peso, justo en mitad del camino, por donde iba Alicia. Esta vez ella se asustó mucho y le dijo, con voz angustiada, mientras lo levantaba:

—Espero que no se haya roto ningún hueso.

—Ninguno que merezca este nombre —dijo el Caballero, como si el simple quebranto de dos o tres pequeños careciera de importancia—. Como te decía, el gran arte de la equitación consiste en… mantener adecuadamente el equilibrio. Así, fíjate…

Soltó las riendas y extendió ambos brazos para mostrar a Alicia lo que quería decir, y esta vez se cayó de espaldas, justo bajo las patas del caballo.

—¡Tengo práctica más que suficiente! —seguía repitiendo mientras Alicia le ayudaba a enderezarse—. ¡Más que suficiente!

—¡Esto es demasiado ridículo! —exclamó Alicia, perdiendo al fin la paciencia—. Usted lo que necesita es un caballo de madera con ruedas, ¡eso es lo que necesita!

—Ese tipo de caballo, ¿marcha realmente sobre ruedas? —preguntó con tono de gran interés el Caballero y, mientras así hablaba, se agarró al cuello del caballo para evitar una nueva caída.

—Mucho más que un verdadero caballo —dijo Alicia con un estallido de risa que, pese a sus esfuerzos, no pudo contener.

—Pues me conseguiré uno —dijo pensativo, como para sí mismo, el Caballero—. Uno o dos…, varios.

Tras un breve silencio, el Caballero prosiguió:

—Poseo un gran talento y habilidad para inventar cosas. Al levantarme la última vez, habrás notado que estaba yo algo pensativo, ¿no?

—En efecto, estaba más bien grave.

—Es que justamente estaba inventando un nuevo método para pasar una cerca… ¿Te gustaría saber cómo?

—Y tanto que sí —dijo cortésmente Alicia.

—Voy a decirte cómo se me ocurrió la idea —dijo el Caballero—. Verás. Me dije a mí mismo: «La única dificultad estriba en los pies, pues la cabeza de por sí ya está bastante alta». Así pues, primero, pongo la cabeza encima de la cerca…, entonces la cabeza está lo bastante alta… Luego me pongo cabeza abajo, con las piernas al aire…, entonces ¿ves?, los pies ya están a suficiente altura… y entonces paso la cerca, ¿lo ves?

—Sí, supongo que una vez hecho todo esto pasaría la cerca —dijo pensativamente Alicia—; pero ¿no cree usted que resultaría un poco difícil la operación?

—No lo he probado aún —dijo con gravedad el Caballero—, así que no puedo asegurártelo…, pero he de admitir que sería un poco complicado.

El Caballero parecía, ante la dificultad, tan contrariado que Alicia cambió rápidamente de tema.

—¡Qué curioso yelmo lleva usted! —dijo jovialmente—. ¿Es también de su propia invención?

Él posó la mirada con orgullo sobre el yelmo que llevaba colgado de la silla.

—Sí —dijo—, pero he inventado otro todavía mejor… en forma de pan de azúcar. Cuando lo usaba, si me caía del caballo, el yelmo tocaba el suelo enseguida y así yo caía a una distancia muy corta, ¿comprendes…? El único peligro estaba en caer materialmente dentro. Esto me ocurrió una vez… y lo peor de todo fue que, sin darme tiempo para salir de él, vino el otro Caballero Blanco y se lo puso creyendo que era su propio yelmo.

El Caballero adoptaba al contarlo un aire tan solemne que Alicia se contuvo para no reír.

—Me temo que le habrá hecho algún daño —dijo con voz temblorosa— si usted estaba metido encima de su cabeza.

—Tuve que darle patadas, por supuesto —dijo muy serio el Caballero—. Y entonces se quitó el yelmo… y necesitó horas y horas para sacarme. Estaba tan arraigadamente metido ahí dentro que… hasta eché raíces.

—Pero no sería el mismo tipo de raíces que echan los árboles —le objetó Alicia.

El Caballero movió la cabeza.

—Toda clase de raíces, ¡te lo aseguro! —Al decir esto, levantaba las manos y era tal su excitación que al instante rodó de la silla y cayó de cabeza en una profunda zanja.

Alicia acudió corriendo al borde de la zanja para auxiliarlo. La había asustado esta última caída, pues desde hacía un rato se mantenía bastante bien sobre el caballo, y temía que ahora sí se hubiese hecho daño de verdad. Sin embargo, aunque ella no podía ver más que las plantas de sus pies, se sintió muy aliviada al oírle decir con su tono habitual:



—Toda clase de raíces —repetía—, pero su imperdonable descuido es que se pusiera el yelmo de otra persona…, persona incluida.

—¿Cómo puede seguir hablando tan tranquilo cabeza abajo? —preguntó Alicia mientras lo arrastraba de los pies y lo dejaba como un fardo al borde de la zanja.

El Caballero se mostró muy sorprendido de la pregunta.

—¿Qué puede importar la transitoria posición de mi cuerpo? —dijo—. Mi cabeza sigue funcionando igual. De hecho, cuanto más tiempo estoy cabeza abajo tanto más crece mi capacidad de inventar nuevas cosas. Y la

cosa más notable que he hecho en toda mi vida —añadió tras una pausa— fue la invención de un nuevo pudin mientras estábamos en el plato de carne.

—¿A tiempo para que lo sirvieran inmediatamente como siguiente plato? —preguntó Alicia—. ¡Vaya, eso sí que fue un trabajo rápido, realmente!

—Bueno, no tanto —dijo en tono pensativo y parsimonioso el Caballero —, para el plato siguiente desde luego no.

—Pues habrá sido para el día siguiente. Claro, no iba a haber dos pudines en una misma cena.

—Bueno, tampoco fue para el día siguiente —repitió el Caballero—, tampoco para el siguiente día. De hecho —prosiguió, agachando la cabeza y bajando cada vez más la voz—, ¡no creo que ese pudin se preparase nunca! ¡De hecho, no creo que ese pudin se preparara jamás! Y, sin embargo, con ese pudin di prueba de mi gran inventiva.

—¿De qué iba a estar hecho ese pudin? —preguntó Alicia con vistas a animar así un poco al pobre Caballero, que parecía deprimido.

—Para empezar, de papel secante —contestó gimiendo.

—No tendría un sabor muy bueno, me temo…

—Solo no —le interrumpió con cierta impaciencia el Caballero—, pero no puedes imaginarte qué diferencia si lo mezclas con otras cosas… como pólvora y lacre. Pero aquí tengo que dejarte. —Acababan de llegar al linde del bosque.

Alicia, que seguía pensando en el pudin, no salía de su asombro.

—Estás triste —le dijo con voz inquieta el Caballero—, así que para alegrarte voy a cantar una canción.

—¿Es muy larga? —le preguntó Alicia, pues ese día ya había escuchado un montón de poesías.

—Es larga —dijo el Caballero—, pero muy, muy hermosa. A todo aquel que me la oye cantar… o se le asoman las lágrimas o si no…

—O si no, ¿qué? —dijo Alicia, pues el Caballero se había quedado cortado de golpe.

—… pues no se le asoman, ¿comprendes? El nombre que le dan es *Ojos de besugo*.

—¡Ah! ¿Es ese el nombre de la canción? —dijo Alicia, aparentando interés.

—No, no lo entiendes —dijo el Caballero, algo contrariado—. Ese es el nombre que le dan. Pero su nombre, en realidad, es *El hombre viejo viejo*.

—Entonces yo debería haber dicho: «Así es como se llama la canción» —se autocorrigió Alicia.

—¡No, eso ya es otra cosa! La canción se llama *Vías y medios*: pero esto es solo como se llama, no la canción en sí misma, ¿lo ves?

—Bien, ¿cuál es entonces la canción? —dijo Alicia en el colmo de su desconcierto.

—A eso iba —concluyó el Caballero—. La canción es propiamente *Sentado en una cerca*; y la tonada es de mi propia invención.

Y así diciendo, detuvo el caballo y dejó sueltas las riendas sobre el cuello del animal; luego, marcando con una mano lentamente el ritmo y con una débil sonrisa que iluminaba su cara dulcemente simplona, como si se gozase al escuchar la música de su canción, se puso a cantar.

De todas las cosas extrañas que vio Alicia en el curso de su viaje a través del espejo, esta fue la que siempre recordaba con mayor nitidez. Años más tarde, aún podía revivir toda aquella escena como si hubiera sucedido el día anterior: los suaves ojos azules y la cándida sonrisa del Caballero; los rayos del sol poniente que brillaban por entre su cabello y destellaban sobre su armadura con un fulgor que la deslumbraba; el animal que se mecía tranquilamente, con las riendas sueltas colgadas del cuello, tascando la hierba; detrás, al fondo, la oscura sombra del bosque… Ella retuvo todo esto en su mente, como si fuera un cuadro. Recostada contra un árbol, con una mano protegiendo sus ojos del sol, contemplaba a la extraña pareja a la vez que escuchaba, medio en sueños, la melancólica tonada de la canción.

«Pero esta tonada no es de su propia invención —se dijo Alicia—: es la de *Todo te lo di, que más no puedo*.» Y se dispuso a escuchar, callada y muy atenta, la canción, pero sin que asomaran a sus ojos las lágrimas.

*Voy a extenderme todo lo que pueda:*
*no hay mucho que decir.*
*Sentado en una cerca, un hombre viejo,*
*muy viejo, un día vi.*
*«¿Quién eres tú? —le pregunté—, ¿y qué haces*

*para sobrevivir?»*
*Por mi cabeza atravesó su réplica*
*cual agua por tamiz.*

*Díjome: «Voy cazando mariposas*
*que duermen en trigales.*
*Las guiso en empanadas de cordero*
*que vendo por las calles.*

*Las vendo —siguió el viejo— a los marinos*
*que atraviesan los mares,*
*y así me gano el pan… Una moneda,*
*por favor, ahora dame».*

*Mas yo rumiaba un plan para teñirme*
*el bigote de verde*
*y empleaba un enorme abanico*
*para ocultarlo siempre.*
*No hallando, pues, a lo que el viejo dijo*
*respuesta más idónea,*
*insistí: «¿De qué vives?». Y le di*
*con la mano en la boca.*

*Con suave acento reanudó su historia:*
*«Siguiendo mi vereda,*
*cuando encuentro un arroyo de montaña*
*sin más lo echo en la hoguera,*
*de donde extraen el aceite que llaman*
*Macassar de Rowland…*



*Pero me dan tan solo dos reales*
*por mi labor… ¡no más!».*

*Mas yo rumiaba el modo de nutrirme*
*a base de manteca,*
*con vistas a que así se me pusiera*
*la panza más repleta.*
*Fuerte lo sacudí por todas partes:*
*su cara quedó azul.*
*«Al fin, ¿vas a decirme de qué vives*
*y qué es lo que haces tú?»*

*Díjome: «Cazo ojos de besugo*
*entre los claros brezos:*
*los convierto en botones de chaleco*
*por la noche, en silencio.*
*Ni por todas las monedas del mundo,*
*de oro y plata, los vendo,*
*mas por una de cobre daría nueve*
*sin mayor regateo.*

*»Cavo en busca de pan con mantequilla*
*o cazo con varetas*
*cangrejos y rebusco en los montículos*

*si hay ruedas de calesa.*
*Tal es mi modo (añadió con un guiño)*
*de conseguir riqueza…*
*Y brindaré con gusto a la salud*
*de Vuestra Gran Alteza».*

*Entonces sí lo oí, pues había ya*
*madurado el proyecto:*
*salvar al puente de Menai del óxido,*
*hervido en vino seco.*
*Mucho le agradecí que me contara*
*cómo amasó dinero*
*y más aún que a Mi Alteza mostrase*
*sus mejores deseos.*

*Y desde hoy, si por descuido pongo*
*en la cola los dedos,*
*si en el zapato izquierdo, yo, alocado,*
*el pie derecho meto,*
*o si dejo caer sobre los dedos*
*de mis pies algún peso,*
*me echo a llorar porque recuerdo y veo*
*al hombre viejo, viejo,*

*de voz muy lenta y de mirada suave,*
*de cabello más blanco que la nieve,*
*de cara a la de un cuervo parecida,*
*de ojos brillantes como carbonilla,*
*que parecía demente*
*por algún accidente,*
*balanceando el cuerpo*
*con terco movimiento,*

*mascullando en voz baja, entre dientes,*
*como el que tiene llena la boca de pasteles,*

*echando como el búfalo bufidos,*
*por la tarde, hace mucho, era en estío,*
*sentado en una cerca.*

Cuando terminó de cantar la balada, el Caballero retomó las riendas y orientó la cabeza del caballo en dirección hacia el bosque de donde habían venido.

—Solo te quedan unos metros más —dijo—, baja la colina y cruza aquel arroyuelo: entonces serás Reina… Pero antes, ¿te esperarás un poco para verme partir? —añadió, mientras Alicia miraba con impaciencia en la dirección que él le indicara—. No te retendré mucho. Espera a que haya llegado a aquella curva y agita entonces el pañuelo, ¿entiendes? Creo que eso me animará.

—Claro que esperaré —dijo Alicia— y muchas gracias por acompañarme hasta aquí… y por la canción… que me ha gustado mucho.

—Ojalá —dijo con aire escéptico el Caballero—, pero lloraste menos de lo que había calculado.

Se dieron la mano y, luego, el Caballero se internó lentamente en el bosque. «Dentro de poco ya no se le verá… sobre su montura —se dijo Alicia, mientras lo seguía con la vista—. ¡Ahí va! ¡Directo de cabeza, como siempre! Esta vez, al menos, se reincorpora con cierta facilidad… Eso le pasa por colgar tantas cosas de la silla.» Y prosiguió así su monólogo mientras contemplaba el paso lento del caballo y, alternativamente, a uno y otro lado del camino, las caídas del Caballero. Tras la cuarta o quinta, este alcanzó la curva y Alicia entonces agitó el pañuelo en espera de que desapareciese.

—Espero que esto le dé ánimos —dijo al tiempo que se volvía, para descender corriendo la colina—. Y ahora, ¡a cruzar el último arroyo y al fin ser Reina! ¡Qué magnífico!

Unos cuantos pasos la llevaron a la ribera del arroyo.[1] En el preciso instante en que iba a cruzarlo, oyó un profundo suspiro que parecía venir del bosque, a sus espaldas.

«Será alguien que se siente muy desdichado», pensó Alicia, volviéndose con ansiedad para ver de qué se trataba. Alguien que parecía un anciano (aunque la cara era más bien de una avispa) estaba en el suelo contra un

árbol, todo acurrucado y temblando como si tuviera mucho frío.

«No creo que pueda hacer nada por él —pensó Alicia, dispuesta ya a cruzar el arroyo—. Pero voy a preguntarle qué le pasa —añadió deteniéndose en la misma orilla—. Porque una vez dado el salto, cambiará todo y no podré ayudarlo.»

Y así, más bien a regañadientes, pues tenía unas ganas locas de ser reina, se volvió a donde estaba la Avispa.

—¡Ay, mis pobres huesos, mis pobres huesos! —refunfuñó el anciano al acercársele Alicia.

«Para mí que es reumatismo lo que tiene», murmuró para sí la muchacha; e inclinándose hacia él, le dijo con ternura:

—¿Le duele mucho? Espero que no.

La Avispa se encogió de hombros y volvió hacia otro lado la cabeza, mascullando:

—¡Ay, ay, mísero de mí!

—¿Puedo hacer algo por usted? —continuó Alicia—. ¿No tiene aquí un poco de frío?

—¡Qué insistencia! —dijo la Avispa en tono malhumorado—. ¡Dale que te dale! ¡Dónde se ha visto una niña tan pesada!

Alicia se sintió un poco ofendida por la respuesta y estuvo tentada de dar media vuelta y dejarlo; pero pensó: «Tal vez sea el mismo dolor que lo vuelve tan arisco». E hizo una nueva tentativa.

—¿Puedo ayudarlo a pasar al otro lado? Allí estaría algo más protegido del viento.

La Avispa le dio el brazo y dejó que lo ayudara a dar la vuelta al árbol, pero, una vez reinstalado, repitió lo de antes:

—¡Y dale que te dale! ¿Es que no puedes dejar en paz a una persona?

—¿Le gustaría que le leyera un poco de esto? —prosiguió Alicia mientras cogía un periódico que estaba tirado a los pies de la Avispa.

—Lee si te da la gana —dijo de mal humor la Avispa—. Nadie te lo impide, que yo sepa.

Y así Alicia se sentó a su lado y con el diario abierto en las rodillas empezó a leer:

—«Últimas noticias. El grupo expedicionario realizó otra exploración por

la Despensa y encontró cinco nuevos terrones de azúcar blanco, grandes y en perfecto estado. Al regreso…»

—¿Y azúcar moreno? —le interrumpió la Avispa.

Alicia echó una rápida ojeada al resto del artículo y dijo:

—No, nada dice de azúcar moreno.

—¡Nada de azúcar moreno! —refunfuñó la Avispa—. ¡Bonita expedición!

—«Al regreso —siguió leyendo Alicia—, encontraron un lago de melaza. Las riberas del lago eran azules y blancas, como porcelana. Mientras probaban la melaza, se produjo un lamentable accidente: dos miembros de la expedición quedaron inmergidos…»

—¿Quedaron qué? —preguntó muy irritado el anciano.

—In-mer-gi-dos —repitió Alicia, silabeando la palabra.

—¡Esa palabra no existe en la lengua! —dijo la Avispa.

—Sin embargo está en el periódico —le objetó tímidamente Alicia.

—¡No sigamos más! —dijo la Avispa volviendo la cabeza.

Alicia dejó en el suelo el periódico.

—Creo que usted no se encuentra muy bien —dijo dulcemente—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Todo es por culpa de la peluca —dijo, con voz más apaciguada, la Avispa.

—¿Por culpa de la peluca? —repitió Alicia, muy contenta al ver que por fin se iba calmando.

—También tú estarías enfadada si tuvieras una peluca como la mía —afirmó la Avispa—. Se burlan de uno. Y lo fastidian. Y entonces, claro, me irrito. Y me enfrío. Y me acurruco debajo de un árbol. Y me pongo un pañuelo amarillo. Y me vendo la cara… como ahora.

Alicia lo miró con lástima.

—Vendarse la cara es muy bueno para el dolor de muelas —le dijo.

—Y es muy bueno para el engreimiento —añadió la Avispa.

Alicia no entendió muy bien la última palabra.

—¿Es una especie de dolor de muelas? —preguntó.

La Avispa meditó un instante.

—Exactamente, no —dijo—. Es cuando tienes erguida la cabeza… así…

sin doblar el cuello.

—¡Ah, usted quiere decir tortícolis! —dijo Alicia.

—Ese es el nombre que le dan ahora. En mis tiempos se decía engreimiento.

—Pero engreimiento no es ninguna enfermedad —observó la muchacha.

—Claro que lo es —dijo la Avispa—. Espera a tenerlo y verás. Si lo pescas, envuélvete la cara con un pañuelo amarillo. ¡Pruébalo y en un santiamén te curarás!

Mientras hablaba, se desató el pañuelo y Alicia descubrió con gran sorpresa su peluca. Era de un amarillo brillante, al igual que el pañuelo, y estaba toda enmarañada y revuelta como un manojo de algas marinas.

—Si usted tuviera simplemente un peine —dijo—, su peluca quedaría lo que se dice de mieles. Como el pelo de una…

—¿Quién, tú? ¿Tú eres abeja? —Y al decir esto, empezó a observarla con mucha más curiosidad—. ¡Claro, ya lo veo! Y tu pelo es un panal: ¿mucha miel?

—No es eso —se apresuró a explicar Alicia—. Quería decir que si se peinase, su peluca le quedaría mucho mejor… Porque la tiene muy enredada, ¿sabe?

—Te diré por qué tuve que usarla —dijo la Avispa—. Has de saber que, de joven, mis bellos rizos…

Alicia tuvo entonces una curiosa idea. Casi toda la gente que había conocido aquel día le recitaba poemas y así se le ocurrió pensar si no podría hacer la Avispa otro tanto.

—¿No le importaría contármelo en verso? —le preguntó muy cortésmente.

—No es que esté muy habituado —repuso la Avispa—, pero lo intentaré. Aguarda un poco. —Se quedó en silencio unos instantes y comenzó:

*De joven, los rizos bellos*
*que ondeaban por mi nuca*
*me corté, y a cambio llevo*
*una amarilla peluca.*

*Quien tan mal me aconsejó,*
*al ver cuál fue el resultado,*
*me dijo que era peor*
*de lo que hubiera pensado.*

*Me dijo que no me iba,*
*que me da aspecto vulgar.*
*Ya no tengo alternativa:*
*¿qué rizos voy a ostentar?*

*Y cuando voló mi pelo,*
*de mi peluca se burla:*
*«No sé cómo puedes, viejo,*
*salir con tanta basura.»*

*Y ahora, siempre que me ve,*
*me llama «¡Cerdo!» y me silba.*
*¿Y a que no sabes por qué?*
*Por mi peluca amarilla.*

—¡Cuánto lo siento! —dijo sinceramente Alicia—. Pero creo que si le ajustara algo mejor, no se mofarían de su peluca.

—La tuya te va perfecta —murmuró la Avispa con una mirada de admiración—. Se ve que se amolda bien a tu cabeza. En cambio tus mandíbulas están mal formadas… ¿A que no puedes morder bien?

Alicia iba a soltar la risa pero se contuvo como pudo, tosiendo. Al fin logró decir, muy seria:

—Puedo morder todo lo que se me antoja.

—No con una boquita tan pequeña —insistió la Avispa—. Si tuvieras que pelearte, dime… ¿serías capaz de atrapar por la nuca a la otra persona?

—Me temo que no.

—Bueno, pues es precisamente porque tus mandíbulas son demasiado chicas —prosiguió la Avispa—; pero en cambio es bonita y redonda tu coronilla. —Al decir esto, se sacó la peluca y tendió una pata a Alicia, como

deseando repetir con ella la misma historia; pero la muchacha se mantuvo a prudente distancia y no se dio por aludida. La Avispa continuó con sus críticas.

—Y luego los ojos… sin duda están ambos demasiado de frente. Lo mismo da tener dos ojos que uno si han de estar pegados.

Alicia estaba harta de tanta crítica personal y, al ver tan animado y locuaz al anciano, pensó que ahora podía dejarlo sin más problema solo.

—Creo que ya es hora de irme —dijo—. ¡Adiós!

—Adiós y gracias —repuso la Avispa; y Alicia volvió a correr por la colina abajo, satisfecha de haber retrocedido para dedicar unos minutos a aquella pobre y anciana criatura.[2]

Unos cuantos pasos la llevaron al borde del arroyo.

—¡Por fin la octava casilla! —exclamó cruzándolo de un salto y se dejó caer, para descansar sobre un prado suave como musgo, salpicado por pequeños macizos de flores.



—¡Ah, qué contenta estoy de haber llegado aquí! ¿Y qué es esto que tengo en la cabeza? —se preguntó consternada, llevándose las manos a algo muy pesado que le ceñía estrechamente la frente—. Pero ¿cómo es posible que me hayan puesto esto sin que yo me enterara? —se dijo mientras se lo sacaba y lo ponía sobre sus rodillas para averiguar de qué se trataba.

Era una corona de oro.





# 9
# La Reina Alicia

—¡Bueno, esto es magnífico! —dijo Alicia—. Nunca supuse que llegaría a ser Reina en tan poco tiempo… y os voy a decir algo, Majestad —añadió en tono más severo (ella tendía siempre a autocensurarse un poquitín)—, ¡no es bueno eso de estar tan repantigada por la hierba! Las reinas, ya se sabe: ¡han de comportarse con dignidad!

Se levantó, pues, y se puso a caminar, primero un poco tiesa por miedo a que se le cayera la corona, pero luego más animada al considerar que, al fin y al cabo, nadie la veía.

—Y si soy realmente una Reina —dijo mientras se volvía a sentar—, con los años ya iré aprendiendo a comportarme.

Como todo lo que le ocurría era tan extraño, no se sorprendió nada al ver que a cada lado tenía sentadas a las Reinas Roja y Blanca. Sintió entonces muchas ganas de preguntarles cómo habían llegado ahí, pero no lo hizo por miedo a que la pregunta resultase incorrecta. En cambio, pensó: «No veo nada malo en preguntarles si ha concluido la partida».

—Por favor, ¿podría decirme…? —empezó, en voz alta, dirigiéndose tímidamente a la Reina Roja.

—¡No hables si no te preguntan! —la interrumpió bruscamente la Reina.

—Pero si todo el mundo siguiera esa regla —dijo Alicia, siempre predispuesta a discutir un poco— y si una hablara solo cuando le preguntasen, y la otra esperara a que hablase la primera, nadie diría nada; así que…

—¡Ridículo! —gritó la Reina—. ¡Cómo! ¿Es que no ves, niña, que…? —y ahí se interrumpió, frunciendo el ceño, para enseguida cambiar, tras una pausa, el tema de la conversación—. ¿Qué has querido decir con eso de «si eres realmente una Reina»? ¿Con qué derecho te atribuyes tal título? Para ello, entérate bien, se requiere pasar el examen correspondiente. Y cuanto más pronto empecemos, mejor.

—¡Yo solo dije «si»…! —se excusó en tono lastimero Alicia.

Las dos Reinas se miraron, y la Roja, presa de un ligero estremecimiento, observó:

—Pretende haber dicho solo que «si»…

—¡Pero ella ha dicho mucho más que eso! —protestó la Reina Blanca, retorciéndose las manos del nerviosismo—. ¡Y tanto! ¡Mucho más que eso!

—Así es y tú lo sabes —dijo la Reina Roja a Alicia—. Primero: decir siempre la verdad… Segundo: pensar antes de hablar… Tercero: escribir con buena letra.

—Estoy segura de que nunca quise decir… —empezó Alicia, pero la Reina Roja le cortó la palabra.

—¡De eso precisamente me quejo! ¡De que no quisiste decir nada! Dime, ¿para qué va a servir una niña que no quiere decir nada? Hasta un chiste debe querer decir algo… y una niña, supongo, es más importante que un chiste. No podrás negarlo, aunque me lo jures con ambas manos.

—Yo no juro con las manos —objetó Alicia.

—Nadie ha dicho que lo hicieras —dijo la Reina Roja—. Yo dije que no podrías ni aunque quisieras.

—Su actitud —dijo la Reina Blanca— es la típica de la persona que quiere negar algo…, ¡pero no sabe qué negar!

—¡Y qué mal carácter! —observó la Reina Roja. Luego, durante cosa de un minuto o dos, se creó un incómodo silencio.

Lo rompió al fin la Reina Roja, dirigiéndose a la Blanca:

—Te invito a la cena que Alicia da esta noche.

La Reina Blanca, con desvaída sonrisa, le contestó:
—Y yo te invito a ti.
—Ahora me entero de que iba a dar una cena —dijo Alicia—; pero si he de darla, creo que soy yo la que debería repartir las invitaciones.
—Te estamos dando la oportunidad —observó la Reina Roja—; pero yo diría que de buenos modales no te han dado muchas lecciones aún.
—Los buenos modales no se aprenden con lecciones —dijo Alicia—. Las lecciones son para enseñar a una a sumar y cosas por el estilo.
—¿Sabes sumar? —le preguntó la Reina Blanca—. ¿Cuánto es uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno más uno?
—No lo sé —dijo Alicia—. He perdido la cuenta.
—No sabe hacer una adición —le interrumpió la Reina Roja—. ¿Y la sustracción? Resta nueve de ocho.
—Nueve de ocho, imposible, claro —contestó enseguida Alicia—; pero…
—No sabe restar —dijo la Reina Blanca—. ¿Sabes hacer una división? Divide un pan por un cuchillo… ¿qué contestas a eso?
—Supongo —empezó Alicia, pero la Reina Roja intervino y repuso por ella:
—Tostadas de pan con mantequilla, por supuesto. Prueba otra resta. Si a un perro le quitas un hueso, ¿qué queda?
Alicia reflexionó.
—Desde luego el hueso no, ya que se lo tomó el perro… y el perro tampoco va a quedarse tan tranquilo: intentará morderme… así que, al final, ¡tampoco yo me quedaría!
—¿Tú crees entonces que no queda nada?
—Creo que esa es la respuesta.
—Te equivocas, como siempre —dictaminó la Reina Roja—: quedaría la paciencia del perro.
—No veo cómo…
—¡Está muy claro! —gritó la Reina Roja—. El perro perdería la paciencia, ¿no es así?
—Posiblemente —respondió con cautela Alicia.
—Pues entonces, si el perro se aleja, ¡la paciencia es lo que queda! —

exclamó triunfalmente la Reina.

Alicia dijo con la máxima seriedad que pudo:

—¿Y si fueron por caminos distintos? —Pero no pudo menos que pensar para sus adentros: «¡Cuántas tonterías estamos diciendo!».

—¡No tiene ni idea de operaciones! —recalcaron al unísono las dos Reinas.

—¿Y usted sí? —dijo Alicia, volviéndose de pronto hacia la Reina Blanca, pues estaba harta de tanta crítica.

La Reina, boquiabierta, cerró los ojos.

—Sé hacer una adición —dijo— si me das tiempo… pero una sustracción, ¡nunca, bajo ningún pretexto!

—Doy por supuesto —dijo la Reina Roja— que conoces el abecedario.

—Naturalmente que lo sé —dijo Alicia.

—Y yo también —murmuró la Reina Blanca—; de vez en cuando lo repasaremos juntas. Y te diré un secreto, pequeña… ¡Sé leer palabras de una sola letra! ¿No es magnífico eso? Pero no te desanimes. Lo conseguirás con el tiempo.

La Reina Roja reanudó entonces el examen.

—¿Qué tal si te pongo preguntas prácticas? ¿Cómo se hace el pan?

—¡Esto sí que lo sé! —se apresuró a decir Alicia—. Se pone harina…

—¿Arena, dices? —preguntó la Reina Blanca—. ¿Dónde la pones? ¿En el jardín o en la playa?

—No he dicho arena, sino harina —corrigió Alicia— y, propiamente, primero se muele el grano…

—¡Moler el grano! —exclamó horrorizada la Reina Blanca—. ¿De la cara? ¡Qué método más salvaje! Si es así, explícate y no vayas dejando tantos cabos sueltos.

—¡Abaniquémosla! —intervino muy apurada la Reina Roja—. Le va a subir la fiebre de tanto pensar. —Y ambas se pusieron manos a la obra, abanicándola con manojos de hojas, con tal ahínco que la febril Reina les tuvo que rogar que la dejasen de una vez, pues la estaban despeinando del todo.

—Ya está mejor, ahora —dijo la Reina Roja—. ¿Sabes idiomas? ¿Cómo se dice tururú en francés?

—Esa palabra no es inglesa —respondió muy seria Alicia.

—¿Quién dijo que lo fuera?

Alicia pensó que esta vez sí podría salvar la dificultad.

—Si me dice a qué idioma corresponde tururú, ¡palabra que le doy la traducción en francés! —exclamó en señal de triunfo.

Pero la Reina Roja, muy erguida y digna, le contestó:

—Las reinas no suelen hacer tratos.

«Y ojalá no hicieran tampoco preguntas», pensó Alicia.

—No discutamos más —dijo nerviosa la Reina Blanca—. ¿Cuál es la causa del relámpago?

—La causa del relámpago —dijo muy resuelta Alicia, pues creía dominar bastante bien el tema— es el trueno… ¡No, no! —rectificó enseguida—. Quise decir al revés.

—Demasiado tarde para rectificar —dijo la Reina Roja—; una vez dicha una cosa, dicha está, y a atenerse a las consecuencias.

—Lo cual me recuerda —dijo la Reina Blanca, con los ojos bajos, juntando y soltando las manos a causa de los nervios— ¡qué horrible tormenta tuvimos el martes…!, quiero decir uno de los últimos grupos de martes, se entiende.

Alicia se quedó perpleja.

—En nuestro país —observó— no hay más que un día a la vez.

—Pues vaya miseria la vuestra —dijo la Reina Roja—. Aquí, en cambio, la mayoría de las veces los días y las noches van de dos en dos o de tres en tres, y en ocasiones, en invierno, hasta de cinco en cinco…, claro, para estar así más calentitos.

—Entonces ¿cinco noches juntas suman más calor que una? —se atrevió a preguntar Alicia.

—Cinco veces más, por supuesto.

—Pero, por la misma razón, cinco veces menos…

—¡Exactamente! —exclamó la Reina Roja—. Cinco veces más cálidas y cinco veces más frías…, de igual modo que soy cinco veces más rica que tú y cinco veces más inteligente.

Alicia suspiró y se dio por vencida. «Es como un acertijo sin solución», pensó.

—Humpty Dumpty también lo vio —prosiguió en voz baja, como para sus adentros, la Reina Blanca—. Se acercó a la puerta con un sacacorchos en la mano…

—¿Para qué? —dijo la Reina Roja.

—Dijo que tenía que entrar —añadió la Reina Blanca— porque buscaba un hipopótamo. Pero ocurrió que esa mañana no había ningún hipopótamo en la casa.

—¿Los hay habitualmente? —preguntó Alicia muy asombrada.

—Bueno, solo los jueves —dijo la Reina.

—Yo sé para qué fue —prosiguió Alicia—: quería castigar a los peces, porque…

Pero, entonces, la Reina Blanca reanudó su historia.

—¡No podéis imaginar qué tormenta más terrible fue aquella! —(«Ella sí que nunca lo podrá imaginar», dijo la Reina Roja)—. Y se desplomó parte del techo… y de tanto trueno que entró… rodando con gran estruendo por el cuarto… volcando mesas, todo… ¡y me asusté tanto que ni mi propio nombre podía recordar!

«¡A mí no se me ocurriría —pensó Alicia— tratar de recordar mi nombre en medio de semejante catástrofe! ¿Para qué?» Pero no lo dijo en voz alta por no ofender a la pobre Reina.

—Su Majestad debe excusarla —dijo la Reina Roja a Alicia, mientras tomaba una de las manos de la Reina Blanca entre las suyas y la acariciaba suavemente—; su intención es buena pero, por regla general, no puede evitar decir tonterías.

La Reina Blanca miró tímidamente a Alicia. La muchacha sintió que debía decirle algo amable, pero la verdad era que no se le ocurría nada en aquel momento.

—En realidad, no recibió una educación muy esmerada que digamos —prosiguió la Reina Roja—, ¡pero es asombroso el buen carácter que tiene! ¡Dale palmaditas en la cabeza, verás cuánto le gusta! —Pero Alicia no se atrevió a hacer lo que la otra le sugería.

—Con un poco de cariño… y unos cuantos papillotes…, una hace lo que quiere con ella…

La Reina Blanca dio un profundo suspiro y reclinó la cabeza sobre el

hombro de Alicia.

—¡Tengo tanto sueño! —gimió.

—¡La pobrecita está cansada! —observó la Reina Roja—. Alísale el pelo…, préstale el gorro de dormir… y cántale una dulce nana.

—No tengo aquí ningún gorro —dijo Alicia, en cuanto a la segunda indicación— y no se me ocurre ninguna nana.

—Se la cantaré yo, entonces —dijo la Reina Roja y empezó:

*Ronca la Reina sobre la niña*
*que la merienda en la campiña*
*aún no está lista y luego iremos*
*al baile todas un corro haremos.*

—Y ahora que ya sabes la letra —añadió mientras reclinaba la cabeza sobre el otro hombro de Alicia—, cántamela a mí. Me está entrando sueño también. —Un momento después, ambas Reinas dormían como un tronco, roncando cada cual más.

—¿Qué hago yo ahora? —exclamó Alicia, muy perpleja al ver que una redonda cabeza primero y luego la otra le rodaban desde los hombros para caer al fin, como dos pesados fardos, sobre su regazo—. No creo que nadie, hasta el presente al menos, haya tenido que cuidar simultáneamente de dos Reinas dormidas… No, nunca ¡en toda la historia de Inglaterra…! Imposible, claro, porque nunca hubo más de una Reina a la vez sentada en el trono. Así que ¡despierten, dormilonas! —dijo en tono impaciente, sin recibir otra respuesta que unos benignos ronquidos.

Estos, poco a poco, fueron modificándose hasta sonar, al final, como una canción: Alicia podía incluso distinguir la letra y se puso a escucharla con tanta concentración que, cuando las dos cabezas reales se desvanecieron súbitamente de su regazo, casi ni se dio cuenta.

Estaba de pie ante el arco de una puerta sobre la que se leía, en grandes caracteres, REINA ALICIA. A ambos lados del arco había sendas manijas: «Campanilla de visitantes», decía una, y «de servicio», decía la otra.



«Aguardaré a que termine la canción —pensó Alicia— y entonces trataré de… Pero ¿cuál de las dos? No soy una visitante ni pertenezco al servicio. Tendría que haber una tercera campanilla que dijera “Reina”.»

Justo entonces se entreabrió la puerta y una figura con un pico largo asomó por un instante la cabeza y dijo:

—¡Prohibida la entrada hasta la semana después de la próxima! —Y cerró la puerta de golpe.

Alicia, por un buen rato, golpeó la puerta e hizo sonar la campanilla, pero todo fue en vano. Al final, una Rana muy vieja que estaba sentada bajo un árbol se levantó y se le acercó renqueando, muy lentamente: su vestido era de un amarillo vivo y llevaba unas botas enormes.

—¿Qué pasa ahora? —murmuró con grave ronquera la Rana.

Alicia se volvió, dispuesta a querellarse con el primero que se le cruzase, y empezó a decir muy enojada:

—¿Dónde está el encargado de contestar a la puerta?

—¿Qué puerta? —dijo la Rana.

Esta, al hablar, arrastraba tanto las palabras que Alicia apenas pudo reprimir una pataleta de irritación.




—Esta puerta, ¿cuál si no?

La Rana contempló un rato la puerta con sus ojazos inexpresivos; luego se acercó y la palpó con el pulgar como si comprobara que no se estaba desprendiendo la pintura; finalmente, miró a Alicia.

—¿Contestar a la puerta? —dijo—. ¿Qué te ha preguntado? —Su voz era tan ronca que Alicia casi no podía entender lo que decía.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alicia.

—¿Hablo en inglés? ¿Sí o no? ¿O es que estás sorda? ¿Qué es lo que te ha preguntado?

—¡Nada! —respondió Alicia con impaciencia—. La he estado aporreando ¡y nada!

—¡Mal hecho…!, ¡mal hecho…! —masculló la Rana—. Esto la irrita, lo sabes. —Entonces se acercó a la puerta y le dio un gran puntapié—. Deja la puerta en paz —dijo mientras iba renqueando, jadeante, de regreso a su árbol — y verás cómo te deja a ti también en paz.

En aquel preciso instante se abrió de par en par la puerta y se oyó una voz chillona que cantaba:

*Al mundo del Espejo una orden dio Alicia:*
*«Tengo cetro y corona y fama popular*.

*Venid, sin excepción, gente pobre y patricia*
*conmigo y las dos Reinas ahora mismo a cenar*».

Y cientos de voces corearon a una:

*Sin perder un instante, los vasos bien colmados,*
*esparzan por la mesa botones y salvado:*
*que en el café haya gatos, ratones en el té…*
*¡Salud, oh Reina Alicia, trescientas veces tres!*

Se oyó después un confuso griterío de aclamaciones. Alicia pensó: «Trescientas veces tres son novecientas. ¿Habrá alguien que lleve la cuenta?». En cosa de un minuto se hizo otra vez silencio y la misma voz chillona de antes entonó otra estrofa:

*¡Oh seres del Espejo, venid! —ordenó Alicia—.*
*¡El verme es un honor y el oírme un placer!*
*¡Un alto privilegio tener cena y beber*
*conmigo y las dos Reinas! ¿Cabe mayor delicia?*

Y el coro prosiguió:

*Llenen todos los vasos con melaza y con tinta*
*o cualquier otra cosa que a la lengua sea buena;*
*mezclen lana con vino, mezclen sidra y arena…*
*¡Seiscientas veces seis, salud, oh Reina Alicia!*

—¡Seiscientas veces seis! —repitió con desesperación Alicia—. ¡Oh, así no acabarán nunca! Mejor será entrar de una vez… —Y al entrar ella, se produjo un silencio sepulcral.

Mientras avanzaba por la gran sala, Alicia miró un poco nerviosa a ambos lados de la mesa y advirtió que había unos cincuenta comensales, de todas clases: unos eran animales, otros pájaros y había incluso algunas flores: «Me

alegro de que hayan venido sin que yo tuviera que invitarlos —pensó—; ¡no habría sabido nunca a quién debía invitar!».

En la cabecera de la mesa había tres sillas: dos estaban ocupadas por las Reinas Roja y Blanca, en tanto que la del centro permanecía vacía. En ella se sentó Alicia, un poco azorada por el silencio general, deseando que de una vez alguien tomase la palabra.

Al final… fue la Reina Roja la que empezó:

—Te has perdido la sopa y el pescado —dijo—. ¡Que traigan el asado! —Y a esa orden, los camareros colocaron en la cabecera, ante Alicia, una pierna de cordero. La muchacha se quedó un tanto asustada, contemplando el asado, pues por primera vez se veía en el trance de tener que trincharlo.

—Pareces un poco cohibida. Permíteme que te presente a esta pierna de cordero —dijo la Reina Roja—. Alicia… Cordero: Cordero… Alicia. —La pierna de cordero se incorporó del plato e hizo una leve reverencia a Alicia; y esta le devolvió el saludo con otra reverencia, sin saber exactamente si la situación le inspiraba miedo o risa.

—¿Me permiten que les sirva una tajada? —dijo, cuchillo y tenedor en mano, mirando a una y otra Reina.

—De ningún modo —contestó decidida la Reina Roja—. Trinchar a alguien que acaban de presentarnos constituiría una grave falta de etiqueta. ¡Retiren el asado! —Y los camareros se lo llevaron, para reemplazarlo por un pudin de ciruelas.

—Por favor, no me presenten al pudin —se apresuró a decir Alicia— o nos quedaremos sin cenar. ¿Les sirvo un poco?

Pero la Reina Roja, por toda respuesta, gruñó, mirándola airada:

—Pudin… Alicia: Alicia… Pudin. ¡Retiren el pudin! —Y los camareros se lo llevaron enseguida, sin dar tiempo a que Alicia le devolviese el saludo.

Sin embargo, no veía por qué tenía que ser siempre la Reina Roja quien diera las órdenes; así que, a modo de experimento, ordenó:

—¡Camarero! ¡Traiga de nuevo el pudin! —Y, como por arte de magia, al

instante reapareció el pudin. Era muy grande y no pudo evitar sentirse algo cohibida, como se había sentido previamente ante el cordero; pero, sobreponiéndose, cortó un pedazo y se lo ofreció a la Reina Roja.

—¡Qué impertinencia! —dijo el Pudin—. ¿Te gustaría que te cortaran a ti un buen cacho, desgraciada?

Su voz era como espesa y sebosa, y Alicia, sin saber qué responder, se lo quedó mirando desde el asiento, muy sofocada.

—Di algo —exclamó la Reina Roja—. ¡Es ridículo dejar todo el peso de la conversación a cargo del pudin!

—¿Sabes una cosa? Hoy me han recitado tal cantidad de poemas —empezó a decir Alicia, un poco asustada al ver que al instante en que abrió los labios se producía un silencio expectante y todos los ojos se fijaban en ella— y es muy curioso, pienso…, que todos los poemas tuvieran que ver con peces. ¿Por qué a todo el mundo aquí le gustan tanto los peces?

La Reina Roja, a quien iban dirigidas estas palabras, le contestó con otras no menos desviadas del tema en cuestión.

—A propósito de peces —dijo con voz muy lenta y solemne, acercando su boca al oído de Alicia—: Su Blanca Majestad sabe una preciosa adivinanza… enteramente en verso… y enteramente sobre peces. ¿Quieres que la recite?

—Su Roja Majestad es muy amable al mencionarlo —murmuró la Reina Blanca al otro oído de Alicia, con voz parecida al arrullo de una paloma—. ¡Sería para mí un gran placer! ¿Me permites?

—No faltaría más —dijo muy cortésmente Alicia.

La Reina Blanca rio de puro contenta y acarició a Alicia en la mejilla. Luego empezó a recitar:

*Hay que pescar el pez, antes que nada.*
*Cosa fácil: un crío puede hacerlo.*
*Hay que comprar el pez, una vez esto:*
*con un penique, creo, sobra y basta.*

*Pues bien, ¡ahora cocíname el pescado!*
*Es cosa de un minuto: ¡va marchando!*

*En una fuente arréglamelo bien:*
*en la fuente estará en un santiamén.*

*¡Sírvelo ya! Es hora de la cena.*
*La fuente está en la mesa, sin problema.*
*¡Quita la tapa a la fuente y al pez!*
*¡Ah, eso sí que no sé si yo podré!*

*Si el pez está y no está en el mar arisco*
*y sobrevive en perpetuo ostracismo,*
*descubre de una vez, casi es lo mismo,*
*este incógnito pez y el acertijo.*

—Piénsalo durante un minuto y adivínalo —dijo la Reina Roja—. Entretanto, brindemos a tu salud… ¡A la salud de la Reina Alicia! —chilló a pleno pulmón y todos los invitados empezaron enseguida a beber de la manera más extraña: unos se pusieron las copas al revés, a modo de apagadores, sobre la cabeza, y bebieron todo el líquido que les iba chorreando por la cara…; otros volcaron las jarras y sorbían el vino que corría por los costados de la mesa… y hubo tres que se metieron en la fuente del asado y lamían ávidamente la salsa «igual que cerdos en una pocilga», pensó Alicia.

—Ahora te toca dar las gracias con un bello discurso —dijo, frunciendo el ceño, la Reina Roja.

—Nuestra misión es apoyarte, tú lo sabes —murmuró la Reina Blanca, mientras Alicia, un poco asustada, se levantaba dócilmente.

—Se lo agradezco —susurró Alicia—, pero puedo prescindir de su apoyo.

—Eso sí que no —dijo, muy decidida, la Reina Roja, por lo que Alicia se vio obligada a acceder a la propuesta.

(¡Y qué manera de apretujarme! —le diría luego a su hermana, al contarle el episodio de la fiesta—. ¡Cualquiera pensaría que querían exprimirme como un limón!)

De hecho, mientras pronunciaba su discurso, a duras penas pudo

aguantarse en su sitio: las dos Reinas, cada cual por su lado, la apretujaban de tal modo que casi la levantaban en volandas.

—Me alzo para dar las gracias… —Y, en efecto, así era: unas cuantas pulgadas; pero se cogió al borde de la mesa y logró retomar contacto con el suelo.

—¡Ten cuidado! —gritó la Reina Blanca, asiéndola del pelo con ambas manos—. ¡Que está a punto de ocurrir algo!

Y entonces (como más tarde contaría Alicia), en un instante ocurrió todo tipo de cosas. Las velas crecieron hasta el techo y parecían un macizo de juncos coronados por fuegos artificiales. En cuanto a las botellas, cada una se hizo con un par de platos, que se los ajustó improvisadamente a modo de alas; y así, luego, con tenedores que les servían de patas, revoloteaban en todas direcciones: «Igual que si fuesen pájaros», pensó Alicia, en la medida en que se lo permitía la terrible confusión reinante.

En aquel momento, oyó al lado una risa cascada y se volvió para ver qué le pasaba a la Reina Blanca; pero ahí, en lugar de la Reina, vio sentada a la pierna de cordero. «¡Aquí estoy!», gritó una voz que venía de la sopera y, al volverse otra vez, Alicia divisó la cara grande y bonachona de la Reina, que por un instante sonreía desde el borde del recipiente, antes de hundirse y desaparecer en la sopa.

No había ni un momento que perder. Había invitados tendidos en las fuentes y el cucharón avanzaba por la mesa en dirección a la silla de Alicia, conminándola con gesto impaciente a que le dejase libre el paso.

—¡Ya no lo resisto más! —gritó Alicia y, dando un salto, agarró con ambas manos el mantel y dio un fuerte tirón: platos, fuentes, invitados y velas cayeron todos revueltos con gran estrépito al suelo.

—Y en cuanto a usted —añadió, señalando furiosa a la Reina Roja a la que consideraba causante de todo el descalabro… Pero la Reina ya no estaba en su sitio… Había quedado de pronto reducida al tamaño de una muñequita y correteaba muy alegre, de un lado a otro de la mesa, tras el propio mantón que arrastraba a sus espaldas.

Todo esto, en cualquier otro momento, habría dejado estupefacta a la muchacha, pero su misma excitación le impedía sorprenderse ahora de nada.

—En cuanto a ti —repitió, agarrando a la criatura en el preciso instante en

que saltaba por encima de una botella recién aterrizada sobre la mesa—, te voy a sacudir hasta volverte igual que un gatito, ¡ya verás!





# 10
# Sacudida

Y diciendo esto, la retiró de la mesa y empezó a sacudirla, adelante y atrás, con todas sus fuerzas.

La Reina Roja no ofreció la menor resistencia; pero la cara se le volvía cada vez más diminuta, y los ojos más grandes y más verdes. Alicia seguía sacudiéndola y la Reina, entretanto, se hacía aún más pequeña… y más gorda… y más suave… y más redonda… y…



# 11
# El despertar

… y al final, ¡era realmente un gatito!



# 12
# ¿Quién lo soñó?

—Su Roja Majestad no debería ronronear tan fuerte —dijo Alicia, frotándose los ojos y dirigiéndose al gatito, con respeto no exento de severidad—. Me has despertado… ¡Oh, qué bonito era el sueño! Y tú, Mino, estabas todo el rato conmigo, de un extremo a otro del mundo del Espejo. ¿Lo sabías tú, cariño?

Los mininos (Alicia había hecho una vez la observación) tienen la mala costumbre de ponerse a ronronear siempre, les digas lo que les digas.

—Si ronronearan únicamente para decir «sí» y maullaran para decir «no», o cualquier otra regla por el estilo —había dicho—, sería posible entablar con ellos una conversación. Pero ¿cómo hablar con una persona que siempre dice lo mismo?

En esta ocasión, Mino se limitaba a ronronear y era imposible saber si quería decir que «sí» o que «no».

Alicia, pues se puso a rebuscar por la mesa, entre las piezas de ajedrez,

hasta que dio con la Reina Roja: se arrodilló luego sobre la alfombra, delante de la chimenea, y colocó a Mino y a la Reina frente a frente.

—¡Bien, Mino! —exclamó batiendo palmas, con aire de triunfo—. ¡Confiesa lo de tu transformación en Reina!

(Pero Mino no quería mirarla —le explicó después a su hermana—: volvió la cabeza y simulaba que no la veía. Sin embargo, parecía estar un poco avergonzado, de lo que deduzco que debió de ser él la Reina Roja.)

—¡Mantente un poco más derecho! —le gritó riendo Alicia—. Y haz una reverencia mientras piensas lo que vas a… a ronronear. Recuérdalo, ¡así ganas tiempo! —Y lo alzó en brazos para darle un besito, «solo para felicitarle por haber sido una Reina Roja».

»¡Copito, mi tesoro! —prosiguió, mirando a un lado hacia el gatito blanco que se sometía aún pacientemente a la operación de aseo—, ¿cuándo, quisiera yo saber, acabará Dina de limpiar a Su Blanca Majestad? Será por eso que tú estabas tan desaseada en el sueño… ¡Dina! ¡Estás restregando a una Reina Blanca! ¿Lo sabías? Realmente, ¡qué poco respeto!

»¿Y en qué se transformó Dina, me pregunto? —siguió parloteando Alicia, mientras se tendía indolentemente en el suelo, con un codo apoyado sobre la alfombra y la barbilla en una mano, observando a los gatitos—. Dime, Dina, ¿eras tú Humpty Dumpty? Yo creo que sí…, aunque mejor será que por ahora no lo digas a tus amigos, pues no estoy muy segura.

»Y a propósito, Mino, si de veras has estado conmigo en el sueño, supongo que habrás disfrutado al menos de una cosa…, ¡de la increíble cantidad de poemas sobre peces que me recitaron! Mañana por la mañana será una auténtica fiesta para ti. Mientras tomes el desayuno, te recitaré *La morsa y el carpintero* ¡y entonces podrás imaginar que estás comiendo ostras!

»Y ahora, Mino, pensemos quién fue el que soñó todo esto. Es una cuestión muy seria, cariño, y no es justo que sigas así, lamiéndote la pata… ¡como si Dina no te hubiera lavado esta mañana! Mira, Mino: o fui yo o fue el Rey Rojo. Él, por supuesto, figuraba en mi sueño, pero también yo figuraba en el suyo. ¿Existió el Rey Rojo, Mino? Mino, tú eras su mujer, de modo que deberías saberlo… ¡Oh, ayúdame a aclararlo! ¡Estoy segura de que tu patita puede aguardar! —Pero el endiablado gatito empezó a lamerse la otra e hizo como si no hubiese oído la pregunta.

Y vosotros, ¿quién creéis que fue?

*Arde[1] el cielo estival y se desliza*
*La barca por el agua en calma y lisa…*
*Íntima cae la tarde con delicia.*

*Cual aves en su nido están tres niñas,*
*El ojo alerta y el oído atento,*
*Porque escuchar el cuento las cautiva.*

*Los años aquel cielo han alterado:*
*Ecos tan solo hay, recuerdos vanos.*
*Ante el rocío otoñal cede el verano.*

*Sin embargo me ronda, vago espectro,*
*Alicia de una punta a otra del cielo:*
*Niña a la que no ven ojos despiertos.*

*Como entonces, se aprestan a oírme el cuento,*
*El ojo alerta y el oído atento,*
*Las tres niñas, cual aves, en silencio.*

*Invaden un País de Maravillas:*
*Dormir, soñar mientras pasan los días,*
*Dormir en tanto que el verano expira.*

*Es como ir por un caudal corriendo,*
*Ligero y tan fugaz como un destello…*
*La vida, dime: ¿es algo más que un sueño?*

# La caza del SNARK

## Agonía en ocho espasmos

## (1876)

*El 18 de julio de 1874, mientras caminaba solo por una ladera próxima a Guildford —capital del condado de Surrey donde vivían sus hermanas—, a Carroll se le ocurrió de pronto un verso, el verso único «for the Snark* was *a Boojum, you see», que enseguida anotó por escrito. Es, justamente, el verso final de* The Hunting of the Snark. *Así, por un procedimiento inverso al normal, se concibió esta pieza maestra del «nonsense», que fue escrita lentamente y «a pedazos», dice, en los ratos perdidos de aquel año 1874 y del siguiente.*

*En ocho episodios o espasmos (pues ambos sentidos encierra la palabra inglesa* fits), *Carroll presenta la extravagante expedición conducida por «el Hombre de la Campana» (el Capitán) para cazar a un Snark, criatura híbrida y, por tanto, palabra-maletín, mitad serpiente* (snake) *y mitad tiburón* (shark). *Hubo, en vida de Carroll, bastantes lectores que le reclamaron el «secreto» alegórico del poema; y críticos que, a su muerte, intentaron identificar uno a uno a los miembros de la tripulación o que aventuraron las más peregrinas interpretaciones. Mucho más cauto y enigmático, en cambio, se mostró el autor. «No sabía entonces qué significaba el poema, ni lo sé ahora», comentó en 1887; y algo antes, en carta a las niñas Lowrie (18-VIII-84): «¿Qué significado tiene el* Snark? *¡Mucho me temo que todo él no sea más que un sinsentido! Con todo, las palabras significan más que lo que pretendemos que signifiquen cuando las usamos: de modo que un libro entero debería significar bastante más de lo que pretende un escritor».*

La caza del Snark *se publicó, con grabados de Henry Holiday, en marzo de 1876. El poemita introductorio indica, mediante un doble acróstico, el nombre de la «niña querida» a la que fue dedicado el libro: Gertrude Chataway. Se habían conocido en la playa de Sandown el verano de 1875*

*cuando la niña contaba nueve años. Fue una de las predilectas de Carroll, como lo prueba el abundante epistolario que de él a ella se conserva*.

*Dedicado a una querida niña*[1]
*en memoria de las doradas horas del verano*
*y los suspiros de un mar estival.*

*Guarnida con traje varonil, empuña azada*
*En varonil tarea; mas también, sobre amigas*
*Rodillas, se acomoda y con urgencia reclama,*
*Tirana, que él le cuente su historia preferida.*

*Rudas almas sumidas en furiosas contiendas,*
*Una vida tan pura, tan simple, es ilegible.*
*¡Decidme, si gustáis: tales horas son hueras,*
*En balde, malogradas, sin encanto posible!*

*¡Clama tú, dulce niña, salva a los corazones*
*Hundidos en el tedio que el docto don no engaña!*
*¡Ah, qué feliz será quien los más tiernos goces*
*Tenga en su corazón y el amor de la infancia!*

*¡Afuera, pensamientos, no turbéis más mi alma!*
*¡Un trabajo reclama mis días y mis noches,*
*Aunque el recuerdo aún fluya de esplendorosas playas*
*Y con su sol frecuente mis ojos soñadores!*




*Dibujo a lápiz de Gertrude Chataway por Lewis Carroll*

# Prefacio

Si alguien —y ello es endemoniadamente posible— acusara de escribir insensateces al autor de este breve pero instructivo poema, tal acusación se fundaría, de eso estoy convencido, en el verso:

*El bauprés y el timón solían confundirse*

Ante esta penosa eventualidad, no apelaré indignado (como podría) a mis otros escritos en prueba de que soy incapaz de un comportamiento semejante; no aludiré (como podría) al sólido propósito moral de este poema, ni a los principios matemáticos inculcados en él con tanta prudencia, ni a sus nobles enseñanzas de Historia Natural. Optaré por el procedimiento mucho más prosaico de explicar simplemente cómo ocurrió todo.

El Capitán, hombre de una casi mórbida sensibilidad en lo tocante a las apariencias, solía desmontar el bauprés, una o dos veces por semana, para que lo volvieran a barnizar, y en más de una ocasión ocurrió que nadie a bordo podía recordar a qué extremo del barco pertenecía. Todos sabían que era perfectamente inútil consultar al Capitán. Este se habría limitado a consultar su Código Naval y a leerles en tono patético las Instrucciones del Almirantazgo, que ninguno de ellos había logrado descifrar; así que al fin, por regla general, lo sujetaban como buenamente podían, atravesándolo sobre el timón. El Timonel[*] solía asistir a la operación con lágrimas en los ojos; sabía que era un desastre, pero, ¡ay!, el artículo 42 del Código, «Prohibido hablar al Hombre del Timón», había sido completado por el propio Capitán con las palabras: «y prohibido que el Hombre del Timón hable con nadie». Así, toda objeción por su parte quedaba descartada y no cabía efectuar ningún movimiento del timón hasta el día en que tocara de nuevo barnizar. Durante estos desconcertantes intervalos, el barco solía navegar hacia atrás.

Como en cierto modo este poema está conectado con la balada del *Jabberwock*, permitidme que aproveche la oportunidad para responder a una

cuestión que a menudo me ha sido planteada: cómo pronunciar «flexosos tovos». La «x» de «flexosos» suena gs, como en «exigir», y «tovos» se pronuncia de modo que rime con «robos». Asimismo, la primera «o» de «borogovos» se pronuncia como la de «loros». He oído a algunos que trataban de darle el sonido abierto de la «o» de «ahora». Tal es la Humana Perversidad.

Parece esta también buena ocasión para llamar la atención sobre las demás palabras difíciles del poema. La teoría de Humpty Dumpty —la de las dos significaciones metidas en una misma palabra, como en un maletín— me parece que proporciona la explicación correcta en cada caso.

Tomemos, por ejemplo, «humeante» y «colérico». Imagínense que han de pronunciar ambas palabras pero que no han decidido cuál será la primera. Abran la boca y hablen. Por poco que se incline el pensamiento hacia «humeante», saldrá «humeante-colérico». Si, por el contrario, la mente se inclina hacia «colérico», aunque solo sea por un pelo, saldrá «colérico-humeante». Pero quien posea el más raro de los dones —el perfecto equilibrio de la mente— dirá «humérico».

Si cuando Pistol pronunció las célebres palabras:

*¿Bajo qué rey, Bellaco? ¡Si no hablas, morirás!*

el juez Shallow habría podido asegurar que se trataba de William o de Richard y no hubiera acertado, sin embargo, a decidir en qué orden, ¿quién duda que, para no morir, habría exclamado «¡Rilchiam!»?

# 1
# El desembarco

*«¡Aquí estará el Snark!», exclamó el Capitán,*
*y a la tripulación desembarcó: su dedo*
*ensortijaba el pelo de cada marinero,*
*y así los puso a salvo de las olas del mar.*

*«¡Aquí estará el Snark!, os lo digo dos veces:*
*así, para alentaros, creo que bastará.*
*¡Aquí estará el Snark!, os lo digo tres veces:*
*frase tres veces dicha es la pura verdad.»*

*Completo era el equipo: había un Limpiabotas,*
*un Sombrerero experto en gorras y bonetes,*
*un Letrado dispuesto a terciar en discordias*
*y un Tasador honrado para evaluar los bienes.*

*Había asimismo un hábil Marcador de Billar,*
*dispuesto a procurarse una gran comisión*
*de no ser que un Banquero (pieza cara en verdad)*
*tenía del dinero el más completo control.*

*Había un Castor: sus pasos medía por cubierta,*
*o en proa, haciendo encaje, se sentaba muy solo;*
*en un naufragio, a todos, salvó de muerte cierta*
*(según el Capitán), mas nadie supo cómo.*

*Había un tipo famoso porque todas sus cosas*
*quedaron sin subir al entrar en el barco:*
*el reloj, el paraguas, los anillos, las joyas,*

*la ropa de viaje que en tierra había comprado.*

*Las cajas, en total, eran cuarenta y dos,*
*muy bien empaquetadas, con las señas muy claras;*
*pero olvidó subirlas, y por esa omisión*
*sin embarcar quedaron las cajas en la playa.*

*No le afectó la pérdida de su ropa, ya que*
*llevaba siete abrigos cuando a bordo subió*
*y tres pares de botas… Lo malo sí que fue*
*que el pobre hasta su nombre en la playa olvidó.*

*Respondía a un «¡Eh!» o a un grito articulado,*
*cual «¡Huele a chamusquina!» o «¡Frita pelambrera!»*
*o «¡Sea cual sea su nombre!» o «¡Fulano!» y «¡Mengano!»*
*y, de modo especial, el «¡Quienquiera que sea!».*

*Para el que prefiriera palabras más enérgicas*
*nuestro héroe ofrecía un surtido muy amplio:*
*si para los más íntimos era «Cabo de vela»,*
*para los enemigos era «Queso tostado».*

*«Desgarbado es su aspecto, su inteligencia escasa*
*—solía repetir el bravo Capitán—*
*¡mas perfecto es su ánimo!, y eso es, más que nada,*
*cuanto exige y requiere la caza de un Snark.»*

*Embromaba a las hienas: no sin cierto descaro,*
*si alguna lo miraba, su vista mantenía.*
*Y una vez, con un oso, se fue de picos pardos*
*para que este pudiera «demostrar su osadía».*

*Vino de Panadero, y confesó de repente*
*que no sabía hacer más que una tarta nupcial,*
*para lo cual realmente faltaban ingredientes*

*(«Lo hubieras dicho antes», le gritó el Capitán).*

*El último de a bordo era un caso especial,*
*aunque no fuera más que un genuino zopenco:*
*tenía una sola idea, cuyo nombre era «Snark»;*
*así que el Capitán lo contrató al momento.*

*Vino de Carnicero, y declaró muy grave,*
*cuando ya una semana llevaban navegando:*
*«Solo mato castores, es mi único arte.»*
*El pobre Capitán enmudeció de espanto.*

*Al fin articuló, con la voz temblorosa,*
*que a bordo justamente solo un Castor había,*
*cuya muerte sería para él dolorosa*
*pues estaba amaestrado y le pertenecía.*

*Oyó la observación el Castor al azar*
*y protestó indignado, llorando de tristeza,*
*diciendo que ni el éxtasis de cazar al Snark*
*podría compensar tan funesta sorpresa.*

*Reclamó con firmeza que el Carnicero infame*
*viajara en otro barco: mas esta precaución*
*no aceptó el Capitán: «Si fuera en otra nave*
*malograría del todo el plan de expedición.*

*»Si es un arte difícil de por sí el navegar*
*con una sola nave y una sola campana,*
*¿cómo —agregó—, aunque quiera, me atrevería a afrontar*
*el riesgo de una empresa que es doblemente vana?».*

*«Mejor será que compre el Castor una malla,*
*en algún mercadillo, a prueba de cuchillos*
*—opinó el Panadero—, y luego que se haga*

*un seguro de vida, por daños y perjuicios.»*

*Y el Banquero propuso, a razonable precio,*
*alquilarle o venderle (lo dejaba a su arbitrio)*
*dos excelentes pólizas: una es contra Incendios,*
*contra daños la otra de un posible Pedrisco.*

*Sin embargo, a partir de aquella fecha aciaga,*
*siempre que el Carnicero pasaba por cubierta,*
*el Castor procuraba desviar la mirada:*
*inequívocas muestras de sus muchas reservas.*

## 2
# El discurso del Capitán

*Todos al Capitán por las nubes ponían:*
*¡qué bellos sus andares! ¡Qué donaire y qué gracia!*
*¡Qué solemne también! ¡Bien saltaba a la vista*
*la sabia, inteligente expresión de su cara!*

*El bravo Capitán del mar había adquirido*
*un gran mapa sin nombre ni vestigio de tierra;*
*y la tripulación, viendo el mapa vacío,*
*en blanco, inteligible, se mostró satisfecha.*

*«Trópicos, Meridianos, Polo Norte, Ecuador*
*y Zonas de Mercator, ¿qué son, vamos, decidme?»*
*Y la tripulación, unánime, admitió:*
*«¡Signos convencionales que para nada sirven!*

*»¡Tanto mapa ilegible, con sus islas y cabos!*
*A nuestro Capitán invicto agradezcamos*
*(así exclamaban todos), por habernos comprado*
*el mejor, el perfecto, ¡el mapa inmaculado!».*

*Sin duda era perfecto, mas pronto descubrieron*
*que el hombre en quien ponían tan ciega confianza,*
*si llegara el momento de cruzar el océano,*
*no sabría otra cosa que tocar la campana.*

*Era sesudo y grave… ¡mas cuánta confusión*
*a todos producía cuando daba una orden!*
*Si gritaba: «¡A estribor, mas la proa a babor!»,*

*¿qué diablos haría el timonel entonces?*

*El bauprés y el timón solían confundirse.*
*Nada extraña es la cosa (nuestro hombre opinaba):*
*en climas tropicales es bastante posible*
*si, por así decirlo, la nave está «esnarkada».*

*No poca confusión le causaba la vela:*
*«¿Por qué, yo me pregunto, si sopla viento Este,*
*nuestra nave decide enfilar el Oeste?».*
*Tal era su desdicha y su mayor problema.*

*Mas, pasado el peligro, habían desembarcado*
*con cajas y maletas y demás equipajes:*
*nadie, a primera vista, saboreó el paisaje.*
*¡Para qué!: solo había precipicios, peñascos…*

*Cuando vio el Capitán tan baja la moral,*
*se puso a repetir con melodiosa voz*
*los chistes que se cuentan en días de dolor.*
*Mas la tripulación gemía más y más.*

*Con gesto liberal a todos sirvió ponche*
*y los hizo sentar a la orilla del mar.*
*¡Qué excelso parecía y qué sublime su porte,*
*al soltar su discurso, de pie, el gran Capitán!*

*«¡Prestadme oídos todos, amigos e vasallos!»*
*(el público, a las citas, es siempre aficionado:*
*así, dieron tres hurras, a su salud brindaron.*
*Y un poco más de ponche vertió en todos los vasos).*

*«Llevamos navegando más semanas que meses*
*(un mes, cuatro semanas: esto, os ruego, anotad),*
*¡pero nunca hasta ahora (os hablo francamente)*

*hemos visto siquiera la sombra de un Snark!*

*»Llevamos navegando más días que semanas*
*(cada semana, os juro, contiene siete días),*
*¡mas ni rastro de Snark, alivio de mi alma,*
*ha llegado a nosotros, ni la menor noticia!*

*»Atended, camaradas, dejadme que os repita*
*los signos infalibles (suman cinco en total):*
*dondequiera que estéis, ellos serán la firma,*
*el aval que acredite a un auténtico Snark.*

*»Pongámoslos en orden. Su sabor, lo primero,*
*que si bien es crujiente, es sepulcral y escaso,*
*como chaqueta al talle ajustada en exceso,*
*con no sé qué inefable aroma a fuego fatuo.*

*»Segundo, su costumbre de levantarse tarde*
*que exagera hasta el punto (os lo juro) que a veces*
*toma el desayuno hacia el té de la tarde*
*y no empieza a cenar hasta el día siguiente.*

*»Tercero, es incapaz de entender cualquier chiste.*
*Si lo pruebas, verás: un juego de palabras*
*enseguida lo pone profundamente triste*
*y suspira y te mira con patética cara.*

*»Cuarto, su incontenible pasión por las cabinas*
*de baño: siempre carga con una a todas partes.*
*A su juicio acrecienta la virtud del paisaje;*
*opinión discutible y poco fidedigna.*

*»Y quinto, la ambición. Mas será conveniente*
*distinguir dos familias o, si queréis, dos ramas:*
*aquella, por un lado, con plumas y que muerde,*

*de aquella, por el otro, con bigote, que araña.*

*»Porque debo admitir, tal es mi obligación,*
*que si el Snark no es por lo común dañino,*
*algunos son Bujums…» Y alarmado, calló,*
*al ver que el Panadero caía desvanecido.*

3

# El relato del Panadero

*Hubo que reanimarlo con molletes, con hielo,*
*hubo que reanimarlo con berro y con mostaza,*
*o fue con mermelada, con juiciosos consejos,*
*y aún más: le propusieron alguna adivinanza.*

*Cuando al fin se sentó y recobró la palabra,*
*se dispuso a contar su lamentable historia.*
*Ordenó el Capitán: «¡Que no oiga ni una mosca!»*
*y, muy sobreexcitado, agitó la campana.*

*Gran silencio. Ni un grito, ni un chillido se oyó,*
*algún gemido apenas, algún que otro lamento,*
*cuando el llamado «¡Eh!» desembuchó su cuento*
*con antediluviana y miserable voz.*

*«Eran mi padre y madre honestos aunque pobres…»*
*«¡Sáltate todo eso! —exclamó el Capitán—:*
*No hay tiempo que perder. ¡Si se hace de noche,*
*nadie en la oscuridad podrá ver al Snark!»*

*«Salto cuarenta años —prosiguió entre sollozos—,*
*y, sin más comentarios, paso a la actualidad:*
*al día en que me llevasteis con vosotros a bordo*
*con el fin de ayudaros a cazar al Snark.*

*»Un tío muy cercano (que me dio su apellido)*
*me dijo cuando iba a despedirme yo…»*
*El Capitán gritó: «¡Sáltate lo del tío!»*

*y agitó la campana: con furia resonó.*

*«Me dijo —prosiguió con extrema dulzura—:*
*si es tu Snark un Snark, en tal caso, está bien.*
*Tráetelo vivo o muerto: se sirve con verduras*
*y enciende las cerillas en cosa de un amén.*

*»¡Con cuidado y dedales se busca; se persigue*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*se amaga con acciones de los ferrocarriles;*
*se le hechiza al final con sonrisa y jabón!»*

*(«¡Así es exactamente —exclamó, decidido,*
*en súbito paréntesis, el bravo Capitán—,*
*así es exactamente el método elegido*
*por quienes son expertos en cazar al Snark!»)*

*«¡Mas, oh tú, solfulgente sobrino, teme el día*
*que veas un Bujum en lugar de un Snark!*
*¡Pues recuérdalo entonces: con suavidad imprevista*
*te extinguirás y nadie nunca más te hallará!»*

*«Eso es, eso es lo que me oprime el alma*
*cuando pienso en las últimas palabras de mi tío.*
*Un tazón rebosante de trémula cuajada*
*¡eso es mi corazón, nada es más parecido!»*

*«Eso es, eso es… ¡Basta de letanías!»,*
*le interrumpió indignado el bravo Capitán.*
*Y el otro que replica: «¡El terror de mi vida,*
*eso es, eso es: lo digo una vez más!*

*»Contra el Snark entablo una imponente lucha*
*en sueños, cada noche. En esas fantasías*
*lo cocino y lo sirvo con algunas verduras*

*y asimismo lo uso para encender cerillas;*

*»Mas si encontrara un día un Bujum, ese día*
*(bien seguro estoy de eso), en un instante, súbita*
*y delicadamente me desvanecería:*
*¡pensarlo… y se me ponen los cabellos de punta!».*

# 4
# La caza

*Con ceño foscolérico lo miró el Capitán:*
*«¡Este no es el momento ni la oportunidad!*
*¡Haberlo dicho antes y no cuando el Snark*
*está, como quien dice, en un tris de llegar!*

*»Mucho lamentaríamos, ya puedes figurarte,*
*que te desvanecieras para siempre jamás.*
*Pero, amigo, ¿por qué, al iniciar el viaje,*
*no mencionaste entonces tal eventualidad?*

*»Es bien inoportuno que ahora lo menciones*
*—tal como, me parece, he sugerido ya.»*
*Y el hombre, «¡Hep!» llamado, con suspiros responde:*
*«Le informé cuando estaba a punto de embarcar.*

*»De insensatez o crimen bien podéis acusarme*
*(quien no incurre en flaquezas es ajeno a lo humano).*
*¡Pero que nadie diga que entre mis muchos males*
*cuentan precisamente falsedades y engaños!*

*»En hebreo lo dije, lo dije en alemán,*
*también lo dije en griego, incluso en holandés.*
*¡Se me olvidó del todo, y cuánta rabia me da,*
*que usted tan solo habla una lengua, el inglés!».*

*Mientras el tipo hablaba, el Capitán ponía*
*una cara larguísima. «Es muy triste tu historia*
*—comentó—, pero ahora, que es archiconocida,*

*prolongarla sería una labor ociosa.*

*»El fin de mi discurso —dijo a sus tripulantes—*
*lo podréis escuchar cuando tenga más tiempo:*
*¡el Snark, os repito, está casi al alcance!*
*¡Lo primero y urgente ahora es detenerlo!*

*»¡Con cuidado y dedales se busca; se persigue*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*se amaga con acciones de los ferrocarriles;*
*se le hechiza al final con sonrisa y jabón!*

*»Un ser es el Snark que no puede ni admite*
*ser visto y capturado de una forma normal.*
*Agotad lo posible, intentad lo imposible:*
*¡que no se desperdicie ni una oportunidad!*

*»Porque Inglaterra aguarda… omito las palabras*
*pues bien sabéis la frase, tremenda aunque trivial:*
*sacad de los paquetes las cosas necesarias*
*y pertrechaos de armas para mejor luchar.»*

*Entonces el Banquero endosó un cheque en blanco*
*(que barró) y convirtió la moneda en billetes.*
*Sacudió el Panadero el polvo de los siete*
*abrigos y, por último, se peinó su mostacho.*

*Tasador, Limpiabotas, como buenos hermanos,*
*por turnos afilaban en la rueda la azada;*
*el Castor, por su parte, interés no mostraba*
*salvo en seguir tejiendo el encaje iniciado.*

*Por más que el Abogado, apelando al orgullo*
*del Castor procediera a citarle unos casos*
*en que se había juzgado como delito público*

*cualquier labor de encaje, fue totalmente en vano.*

*El Sombrerero, presa de un acceso de rabia,*
*tramaba nuevas formas de colocar sus lazos,*
*en tanto el del Billar, con temblorosa mano,*
*se pintaba con tiza la punta de la napia.*

*Nervioso, el Carnicero se engalanó muy bien:*
*guantes de cabritilla, amarillos, gorguera…*
*Dijo que se sentía como quien va a una cena,*
*a lo que el Capitán comentó: «¡Qué memez!».*

*«¿Me lo presentará si con él algún día*
*nos encontrara juntos?», le imploró el Carnicero.*
*Contestó el Capitán con sagaz ironía:*
*«Tal vez sí, tal vez no; dependerá del tiempo».*

*Galofante se puso el Castor de contento*
*al ver al Carnicero tan débil y nervioso,*
*e incluso el Panadero, aunque macizo y necio,*
*hizo un esfuerzo ímprobo para guiñar un ojo.*

*«¡Compórtate!», exclamó con furia el Capitán,*
*al ver que el Carnicero estallaba en sollozos.*
*«Si Jubjub, ave horrible, acierta a aterrizar,*
*¡debemos ser muy hombres, todo vigor es poco!»*

# 5
# La lección del Castor

*Con cuidado y dedales lo buscan; lo persiguen*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*lo amagan con acciones de los ferrocarriles;*
*lo hechizan finalmente con sonrisa y jabón.*

*Ideó el Carnicero un ingenioso plan*
*a fin de efectuar una incursión él solo,*
*y decidió elegir un desierto lugar,*
*el valle más perdido, lúgubre y angustioso.*

*Mas idéntico plan se le ocurrió al Castor*
*y eligió por su cuenta idéntico lugar.*
*Ninguno, con palabras ni gestos, reveló*
*el íntimo disgusto que expresara su faz.*

*Pensaba cada cual que el otro no pensaba*
*sino en el Snark y en la hazaña del día;*
*cada cual intentaba fingir que no acechaba*
*la presencia del otro por esa misma vía.*

*Pero el valle se hacía cada vez más estrecho,*
*y oscureció, y el aire, más gélido y más lóbrego,*
*hasta que (por los nervios, no por común acuerdo)*
*se pusieron a andar los dos, hombro con hombro.*

*Un estridente grito hizo vibrar el cielo:*
*palideció el Castor de la cabeza al rabo*
*e incluso el Carnicero se sintió un poco raro,*

*pues ambos comprendieron que el peligro era cierto.*

*Evocó el Carnicero su niñez muy lejana,*
*un estado distinto, inocente y feliz:*
*el sonido tan nítido le hacía revivir*
*aquel rechinamiento de tiza en la pizarra.*

*«¡Es la voz del Jubjub!», de repente exclamó*
*aquel que de «Zopenco» solían motejar,*
*y añadió con orgullo: «Ya expresé mi opinión*
*una vez, que diría, muy bien, el Capitán.*

*»¡El canto del Jubjub! Id contando, os lo ruego:*
*con esta observaréis que os lo he dicho dos veces.*
*¡La canción del Jubjub! La prueba es concluyente,*
*pues tres veces lo he dicho, ni una más ni una menos».*

*El Castor fue contando con extremo cuidado,*
*atento y sin perderse ni siquiera una sílaba;*
*mas gruchisfló, rendido y descorazonado,*
*al oír por tres veces la frase susodicha.*

*Comprendió que a pesar de sus muchos esfuerzos*
*no había conseguido sino perder la cuenta*
*y que no cabía más que exprimirse los sesos*
*y volver a hacer cálculos por vía mnemotécnica.*

*«Si a dos añado uno… ¡si es que acierto a contar*
*al menos con la ayuda del pulgar y los dedos!»,*
*sollozó al recordar que en sus años primeros*
*había descuidado la tabla de sumar.*

*«Eso bien puede hacerse —exclamó el Carnicero—.*
*Ha de hacerse, repito, de eso estoy muy seguro.*
*¡Va a hacerse! Tráeme ahora papel, pluma, tintero*

*del mejor, y saldremos, al fin, de tanto apuro.»*

*El Castor, apremiado, trajo papel y tinta,*
*más plumas y carpetas (una gran provisión).*
*Extrañas criaturas dejaron sus guaridas:*
*testigos asombrados de aquella operación.*

*Absorto el Carnicero, que escribía con una*
*pluma en cada mano, ni les prestó atención;*
*y usaba al expresarse una prosa tan burda*
*que hasta el necio Castor, sin querer, la entendió.*

*«Si partimos de tres para nuestro argumento*
*(cifra muy conveniente y fácil de recordar),*
*tras añadirle siete y diez multipliquemos*
*luego por un millar menos ocho el total.*

*»Si ese producto, atiende, dividimos por nueve*
*centenares más dos, y de tal cantidad*
*restamos diecisiete, el resultado debe*
*exactamente ser el número cabal.*

*»Explicarte podría, con gran placer, el método,*
*ahora que tan presente está dentro de mí,*
*pero no tengo tiempo, ni tú tienes cerebro,*
*y además aún nos queda mucho por discutir.*

*»En un segundo he visto lo que por mucho tiempo*
*estuvo sumergido en misterio total;*
*ahora voy a soltarte, sin alterar el precio,*
*una lección ex cathedra de Historia Natural.»*

*Y el Carnicero, así, inició su lección*
*(con olvido de toda Norma de Urbanidad,*
*pues instruir a otro, sin previa introducción,*

*resulta inconcebible en la Alta Sociedad):*

*«El Jubjub es un ave de furioso carácter,*
*que vive en un estado de permanente cólera;*
*absurdos son sus gustos en materia de trajes,*
*pues va muy por delante de la última moda.*

*»A todo conocido lo reconocerá*
*y no acepta jamás que nadie lo soborne;*
*se apresta a recaudar, en tés de sociedad,*
*de pie junto a la puerta, aunque nada él aporte.*

*»El sabor de su carne es mucho más sutil*
*que el sabor del cordero, los huevos o las ostras*
*(algunos la conservan en jarro de marfil,*
*hay otros que la guardan en barril de caoba).*

*»Se sazona con cola, se cuece con serrín;*
*con un esparadrapo y con langosta se espesa,*
*sin olvidar jamás que su auténtico fin*
*es el de preservar su apariencia simétrica.»*

*Aunque de buena gana, hasta el siguiente día,*
*el Carnicero habría seguido su lección,*
*la concluyó diciendo, con llanto de alegría,*
*que ya consideraba un amigo al Castor.*

*Y el Castor confesó, con ojos emotivos,*
*mucho más elocuentes que el mismísimo llanto,*
*que en cosa de minutos más había aprendido*
*que libros le enseñaran en muchísimos años.*

*Volvieron de la mano, y el Capitán, transido,*
*de forma pasajera, por la noble emoción,*
*declaró: «¡Esto compensa los días aburridos*

*que hemos pasado juntos en la navegación!».*

*Castor y Carnicero se hicieron tan amigos*
*que un hecho parecido (si cabe) es bien ignoto;*
*era siempre lo mismo, en invierno o estío:*
*jamás se les veía a uno sin el otro.*

*Y si algunas disputas surgían (pues no siempre*
*por más que uno se empeñe, se pueden evitar),*
*el canto del Jubjub volvía, mentalmente,*
*a cimentar aún más esa eterna amistad.*

# 6
# El sueño del Abogado

*Con cuidado y dedales lo buscan; lo persiguen*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*lo amagan con acciones de los ferrocarriles;*
*lo hechizan finalmente con sonrisa y jabón.*

*Mas harto el Abogado de probar sin fortuna*
*que el Castor delinquía al tejer su bordado,*
*se durmió, y en sus sueños surgió la criatura*
*que persistentemente su mente había ocupado.*

*Vio en sueños que asistía a un Tribunal incierto,*
*donde un Snark con toga, monóculo, golilla*
*y peluca tomaba la defensa de un cerdo,*
*acusado del cargo de huir de su pocilga.*

*Lo probaron Testigos, sin error ni defecto:*
*nadie había en la pocilga al levantar el acta.*
*Mas el Juez repetía la ley y sus preceptos*
*con una voz monótona, muy lisa y subterránea.*

*Jamás la acusación fue del todo expresada:*
*parece que el Snark había hablado al principio*
*sin que en tres horas largas la gente adivinara*
*qué delito aquel cerdo había cometido.*

*Los miembros del jurado tenían puntos de vista*
*distintos (mucho antes de oír la acusación)*
*y hablaban a la vez, y así nadie sabía*

*qué es lo que propiamente estaba en discusión.*

*«Sabréis…», empezó el Juez; «¡Bobadas, tonterías!*
*¡La ley es obsoleta! —le interrumpió el Snark—.*
*Amigos: el asunto, dejadme que os lo diga,*
*se funda en un antiguo derecho señorial.*

*»Cabe pensar que el Cerdo haya colaborado,*
*pero instigado… nunca, si de Traición se trata;*
*y el cargo de Insolvencia se descarta, está claro,*
*si lo de “no hubo deuda” se admite como cláusula.*

*»En cuanto a Deserción, ni lo niego ni afirmo,*
*pero al menos espero que el cargo sea anulado*
*(por lo que se refiere al coste del litigio)*
*puesto que el Alibí ya queda argumentado.*

*»De vosotros depende, con vuestro voto ahora,*
*la suerte de este pobre.» Y tras sentarse exhausto,*
*instó al Juez que enseguida consultara sus notas*
*y recapitulara con brevedad el caso.*

*Mas el Juez confesó no tener experiencia;*
*fue el Snark quien, por tanto, ocupó su lugar,*
*y al sopesar las pruebas, logró, ¡con cuánta ciencia!,*
*lo que muchos testigos no probaran jamás.*

*Mudo ante el Veredicto permaneció el jurado,*
*pues nadie tal palabra logró deletrear.*
*Y todos al Snark de nuevo suplicaron*
*que asumiera esta nueva responsabilidad.*

*Aunque tanto trabajo lo tuviera agotado,*
*el Snark se encargó de dar el Veredicto,*
*y al emitir «¡CULPABLE!», gimió todo el Jurado,*

*y no faltó, entre ellos, quien le diera un vahído.*

*Le tocó pronunciar la sentencia al Snark,*
*ya que el Juez, muy nervioso, no logró abrir la boca.*
*Se levantó. El silencio era tan sepulcral*
*que se hubiera escuchado el caer de una hoja.*

*«He aquí la sentencia: ¡destierro de por vida!*
*Cuarenta libras luego le tocará pagar.»*
*El Jurado aplaudió; el Juez solo temía*
*que la frase no fuera propiamente legal.*

*Mas pronto el carcelero mitigó su contento*
*cuando les informó, presa de intenso llanto,*
*que una sentencia así carecería de efecto*
*ya que el cerdo había muerto hace ya muchos años.*

*El Juez, muy enojado, se fue del Tribunal;*
*el Snark, por su parte, no poco consternado,*
*siguió hasta el fin gritando, como es habitual*
*en quien de la defensa recibiera el encargo.*

*Así soñó el Letrado, y así, mientras soñaba,*
*los gritos le llegaban poco a poco más nítidos,*
*hasta que oyó el furioso sonar de la campana*
*que el Capitán tocaba en sus mismos oídos.*

# 7
# El destino del Banquero

*Con cuidado y dedales lo buscan; lo persiguen*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*lo amagan con acciones de los ferrocarriles;*
*lo hechizan finalmente con sonrisa y jabón.*

*Y el Banquero, mostrando una furia inaudita*
*que era objeto y motivo de asombro general,*
*se lanzó como un loco y se perdió de vista*
*en su celo ardoroso de cazar al Snark.*

*Pero mientras lo busca con dedal y cuidado,*
*de repente surgió un veloz Bandersnatch*
*y capturó al Banquero, que aulló desesperado,*
*sabiendo que era inútil intentar escapar.*

*Y aunque le ofreció un cheque, con notable descuento,*
*por más de siete libras, pagable al portador,*
*Bandersnatch no hizo más que enderezar el cuello*
*y esta vez atrapó al Banquero mejor.*

*Saltó, forcejeó, brincó, se debatió*
*hasta caer al fin desvanecido en tierra;*
*ferozmente, entretanto, por todo alrededor,*
*crujían las mandíbulas huméricas sin tregua.*

*Acudieron los otros al grito de agonía*
*y el feroz Bandersnatch de repente huyó.*
*Observó el Capitán: «¡Es lo que me temía!»,*

*y con gesto solemne la campana tocó.*

*La cara tenía negra y apenas ofrecía*
*la menor semejanza con su aspecto anterior,*
*y el chaleco, del pánico, muy blanco parecía:*
*¡fenómeno increíble, digno de admiración!*

*Ante el horror de quienes lo vieran aquel día*
*se irguió todo vestido de un impecable frac,*
*y por medio de muecas estúpidas decía*
*lo que su lengua entonces se negaba a expresar.*

*Se desplomó en la silla, el pelo se mesaba*
*y se puso a cantar los más mísvolos versos,*
*de cuya inanidad era causa la insania,*
*mientras en cada mano hacía sonar dos huesos.*

*«¡Es tarde! ¡Abandonadlo a su suerte y destino!*
*—exclamó horrorizado el bravo Capitán—.*
*Perdimos medio día. Si más lo diferimos*
*¡nadie, de aquí a la noche, atrapará al Snark!»*

## 8
# La desaparición

*Con cuidado y dedales lo buscan; lo persiguen*
*con no poca esperanza y más de un tenedor;*
*lo amagan con acciones de los ferrocarriles;*
*lo hechizan finalmente con sonrisa y jabón.*

*Temblaban al pensar que fallara la caza.*
*El Castor, sin embargo, alborozado al máximo,*
*daba saltos y brincos con la punta del rabo,*
*porque la luz del día poco a poco menguaba.*

*«¡Ya grita como un loco el "Quienquiera que sea"!*
*¡Ya grita, ahora escuchadlo! —exclamó el Capitán—.*
*Ya agitando las manos, sacude la cabeza:*
*¡sin duda es que, por fin, ha encontrado un Snark!»*

*Miraban extasiados, en tanto el Carnicero*
*exclamaba: «¡Fue siempre un terrible bromista!».*
*Y vieron a su héroe sin nombre, al Panadero,*
*subido a lo más alto de una peña vecina.*

*Así, por un momento, sublimemente erguido;*
*mas su loca figura, al siguiente, la vieron*
*(como presa de espasmo) hundirse en el abismo.*
*Y todos esperaron, ansiosos y con miedo.*

*«¡Es un Snark!», se oyó, y esas palabras suyas*
*sonaban muy hermosas para ser verdaderas.*
*Y después de un torrente de risas y de hurras,*

*oyeron: «¡Es un Bu…!», la sílaba funesta.*

*Luego, silencio. Algunos, en el aire, creyeron*
*distinguir un suspiro, errante y fatigado,*
*algo así como «¡… jum!»; mas otros insistieron*
*en que sería la brisa que sonaba a su paso.*

*Cazaron hasta entrada la noche, mas no hallaron*
*ni un botón ni una pluma ni una seña mortal*
*que les diera un indicio de pisar el espacio*
*por donde el Panadero encontrara al Snark.*

*A mitad del vocablo que intentaba decir,*
*a mitad de la risa y del contento, un*
*suave y súbito hundirse en la nada fue el fin:*
*porque el Snark —sabéis— no era más que un Bujum.*

# Apéndice:
# DOSSIER SOBRE ALICIA

# A Tom Taylor[1]

*Christ Church, Oxford*
*20 de diciembre, 1863*

Querido Señor:

¿Conoce usted bastante a Mr. Tenniel para preguntarle si podría encargarse de unos grabados en madera como ilustración de un libro infantil y, en ese caso, ponerme en comunicación con él? Las razones por las que se lo pido (que sin embargo quedarán sin efecto si su respuesta es negativa) son que he escrito un relato, ilustrado a tinta y pluma, para una joven amiga. El relato ha gustado a muchas niñas y, a instancias de sus lectores, he decidido publicarlo. He probado hacer los dibujos en madera y he llegado a la conclusión de que me llevaría un tiempo superior al que puedo dedicar, con resultados además previsiblemente insatisfactorios. Quiero unas figuras de clara silueta, y de todos los artistas que trabajan en madera, preferiría que su autor fuera Mr. Tenniel. Si él quisiera encargarse, le enviaría el libro para que lo hojeara, no para que siguiera la pauta de mis dibujos, sino simplemente para darle una idea de lo que quiero. Le estaría muy agradecido que averiguara qué piensa él[2] de todo ello, y queda de usted su affmo.,

C. L. DODGSON

Hasta finales de año, mi dirección será: «Rectoría de Croft, Darlington»; luego, hasta el 15: «La Residencia, Ripon.»

# A Tom Taylor

*Christ Church, Oxford*
*10 de junio, 1864*

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …
… … … … … … … … …

P. D. Me alegraría mucho que pudiera ayudarme a escoger el título del relato que Mr. Tenniel (por intervención de usted) está actualmente ilustrando y que espero ver publicado antes de Navidad. La heroína pasa durante una hora una serie de aventuras bajo tierra, donde encuentra pájaros, bestias, etc. (no hadas), dotados del habla. El conjunto es un sueño, pero no quiero que eso se descubra hasta el final. Al principio pensé llamarlo «Las aventuras subterráneas de Alicia», pero sonaba demasiado escolar, como si fuera para proporcionar instrucción sobre los minerales; luego opté por «La hora dorada de Alicia», pero lo rechacé ante la oscura sospecha de que ya existía un libro llamado «Las horas doradas de Lirio». Van a continuación los otros títulos que se me han ocurrido:

Alicia entre los { elfos / duendes }

{ La hora / Acciones / Aventuras } de Alicia { en el país de los elfos. / en el país de las maravillas. }

Ahora, de todos ellos, prefiero el último: *Aventuras de Alicia en el país de las maravillas*.

# A Alexander Macmillan[1]

*Christ Church, Oxford*
*11 de noviembre, 1864*

Querido Señor:

He estado considerando la cuestión del color de «Las aventuras de Alicia» y he llegado a la conclusión de que el mejor será un rojo brillante; no el mejor, tal vez, artísticamente, pero sí el más atractivo a unos ojos infantiles. ¿Puede usted conseguir este color con la misma tela tersa y brillante que tiene en verde?

Su afectísimo,

C. L. DODGSON

# A Tom Taylor

*Rectoría de Croft, Darlington*
*3 de agosto, 1865*

Querido Señor:

Le escribo para rogarle que, si ha recibido el ejemplar que le envié de *Alicia en el país de las maravillas*, aplace su juicio hasta que le envíe un ejemplar mejor. Sé está imprimiendo otra vez, ya que las ilustraciones salieron muy mal.[1]

… … … … … … … … … … … … … … … … … …

# A Alexander Macmillan

*Christ Church, Oxford*
*19 de noviembre, 1865*

Querido Mr. Macmillan:

Los 50 ejemplares, más uno encuadernado en vitela, han llegado incólumes. A uno de los ejemplares le faltan 16 páginas (de la 161 a la 176). ¿Quién debería ser la víctima de esta equivocación?

Quisiera guardar copia de las reseñas del libro, en caso de que salgan en periódicos o revistas. ¿Puede hacer que alguien se encargue de su búsqueda y recolección? ¿O es mejor que trate yo de conseguirlo en la biblioteca Bodleian, que supongo es uno de los pocos lugares donde se reciben todos los periódicos y revistas?

… … … … … … … … … … … … … … … … …

# A Alexander Macmillan

*Rectoría de Croft, Darlington*
*24 de agosto, 1866*

Mi querido Señor:

Gracias por su carta y por la información, de la que estoy muy satisfecho. Me alarma un poco su idea magnífica de imprimir 3.000 ejemplares más. Yo pensaba que 1.000 ya era una aventura considerable, teniendo en cuenta la venta hasta ahora… Pero si lo de «un papel más económico» implica (como supongo) su intención de abaratar también el precio del libro, me inclino a delegar en usted la decisión del asunto. Mi idea al principio era que 7 chelines y 6 peniques constituía un precio excesivo.

En caso de que estime conveniente mantener el mismo coste, el papel entonces deberá seguir siendo el mismo. No puedo consentir que se abarate una cosa sin la otra; ello daría pie a que la gente dijera: «Este es un artículo peor a precio antiguo».

Infórmeme cuando esté a punto de volver a imprimirlo, para que le envíe la lista de correcciones que actualmente preparo.

Si nos decidimos por los 3.000, creo que convendría imprimir en las portadas: «quinto millar», «sexto millar», etc.

Me gustaría saber qué piensa usted sobre mi idea de hacerlo traducir al francés, o al alemán, o a ambas lenguas, y tratar de venderlo en el Continente.[1] Creo que en Oxford podría conseguir buenas versiones en cualquiera de estas dos lenguas. Deberían prepararse, y venderse, a un precio mucho más barato, a juzgar por las muestras de literatura amena que llegan a Inglaterra.

Probablemente pasará algún tiempo hasta que me permita escribir y publicar de nuevo. Sin embargo, me ronda la idea de escribir una especie de continuación de *Alicia*, y si algo saliera, le consultaría al momento, para que el asunto marchara adecuadamente desde el comienzo.[2]

Sinceramente suyo,

C. L. DODGSON

# Felicitación de Pascua para todo niño al que le guste «Alicia»[1]

Querido niño:

Por favor, imagínate, si puedes, que estás leyendo una carta de veras, escrita por un amigo al que conoces de veras y cuya voz te parece poder escuchar deseándote, como yo te deseo con todo corazón, unas felices Pascuas.

¿Conoces esa deliciosa sensación de ensueño, cuando uno se despierta por primera vez, una mañana de verano, con el gorjeo de los pájaros en el aire, y la fresca brisa que va entrando por la ventana abierta; cuando, indolentemente acostado, y con los ojos medio cerrados, ve uno como en sueños las verdes ramas mecerse o el agua rizarse en una luz dorada? Es un placer muy próximo a la tristeza, que hace saltarle a uno las lágrimas, igual que la visión de un cuadro hermoso o de un poema. ¿Y no es esto también como la delicada mano de una madre que descorre las cortinas y su dulce voz que te invita a levantarte? ¿A levantarte y a olvidar, en la brillante luz del sol, los feos sueños que te asustaban cuando estaba todo oscuro? ¿A levantarte y a gozar de otro día feliz, arrodillado antes que nada para dar gracias a ese Amigo invisible que te envía la hermosa luz del sol?

¿Son propias estas extrañas palabras de un escritor de cuentos como *Alicia*? ¿Es esta extraña carta propia de un libro sin sentido? Puede ser. Algunos quizá me culpen de entremezclar cosas graves y alegres; otros quizá sonrían y consideren raro que alguien se ponga a decir cosas tan solemnes fuera de la iglesia y en domingo: pero pienso —no, estoy seguro— que ciertos niños leerán esto con dulzura y cariño, y en el espíritu en que lo he escrito.

Pues no creo que Dios quiera que dividamos así la vida en dos mitades: poner un rostro grave los domingos y pensar que ni siquiera está bien mencionarlo entre semana. ¿Crees que a Él le gusta ver únicamente figuras

arrodilladas y escuchar solo plegarias, y no ver brincar también a las ovejas a la luz del sol y escuchar las alegres voces de los niños mientras se revuelcan por el heno? Seguramente la risa inocente es tan dulce a Sus oídos como la más excelsa antífona surgida de «la media luz religiosa» de alguna solemne catedral.

Y si he escrito algo para añadir a esos depósitos de inocente y sana diversión, contenidos en libros para niños a los que tanto quiero, es algo seguramente que me permitirá mirar hacia atrás con confianza, sin vergüenza ni pena (¡pues cuánta vida entonces debe ser evocada!), cuando me llegue el turno de caminar por el valle de las sombras.

Se alzará el sol sobre ti en estas Pascuas y sentirás su «vida en cada miembro» y ganas de precipitarte al aire libre de la mañana… y otras muchas Pascuas vendrán y se irán, antes de que te veas débil y encanecido, arrastrándote fatigosamente para tomar el sol una vez más; pero es bueno, incluso ahora, pensar a veces en esa gran mañana cuando «el Sol de la Verdad se alce con el alivio en sus alas».

Seguro que tu alegría no va a ser menor al pensar que un día verás una aurora más espléndida que esta; cuando tus ojos encuentren visiones más amorosas que los ondeantes árboles o las rizadas aguas; cuando manos angélicas descorran las cortinas y una voz aún más dulce que la de una madre amorosa te invite a despertar ante el nuevo y glorioso día; y cuando toda la tristeza y el pecado que oscurecían la vida en esta mezquina tierra se olviden como sueños de una noche pasada.

Tu afectuoso amigo,

LEWIS CARROLL

*Pascua, 1876*

# A Alice Liddell

*Christ Church, Oxford*
*21 de diciembre, 1883*

Querida Mrs. Hargreaves:[1]

Tal vez el día más corto del año no sea el tiempo más apropiado para rememorar las largas y soñadoras tardes estivales de los viejos tiempos; pero, en todo caso, si recibir este libro le proporciona la mitad del mucho placer que a mí me da el enviárselo, el éxito será completo.

Deseándole toda la felicidad para esta feliz época del año, queda sinceramente suyo,

C. L. DODGSON

# A Alice Liddell

*Christ Church, Oxford*
*1 de marzo, 1885*

Mi querida Mrs. Hargreaves:

Me imagino que la presente carta, después de tantos años de silencio, le llegará casi como una voz de ultratumba. Sin embargo, esos años no han alterado, en mi percepción, el claro recuerdo de los días en que nos tratamos. Empiezo a experimentar cómo la memoria decreciente de un anciano es infiel en lo que concierne a hechos recientes y a nuevas amistades (por ejemplo, entablé amistad, hace pocas semanas, con una encantadora niña de unos 12 años, con quien di un paseo: ¡y ahora no puedo recordar ni siquiera su nombre!), pero la imagen de quien fue, a través de los años, mi ideal de amistad infantil, sigue tan vívida como siempre. Desde entonces he tenido veintenas de amigas, pero con ellas no ha sido lo mismo.

Sin embargo, no es esta la razón por la que le escribo. El objeto es el siguiente: ¿tendría inconveniente en que se publicara en facsímil el manuscrito original de las *Aventuras de Alicia* (que supongo aún obra en su poder)? La idea se me ocurrió hace muy pocos días. Si, tras considerarla, llega a la conclusión de que es mejor no publicarlo, su decisión pondrá fin al proyecto. Pero si su respuesta es favorable, le estaría muy agradecido de que me lo prestara (pienso que por correo certificado será lo más seguro) para que yo estudie las posibilidades. Hace unos 20 años que no lo veo y quién sabe si al cabo del tiempo las ilustraciones no resultan tan sumamente malas que será absurdo reproducirlas.

Al publicarlo, me expongo naturalmente a que se me acuse de vulgar egoísmo. Pero tal inculpación no me importa; me basta con saber que no es ese el motivo que me mueve. Solo pienso, al considerar la extraordinaria popularidad que han alcanzado los libros (hemos vendido más de 120.000 ejemplares de ambos títulos), que a muchos les gustaría verlos en su forma

original.

Su fiel amigo,

C. L. DODGSON

# A Alice Liddell

*Christ Church, Oxford*
*7 de marzo, 1885*

Mi querida Mrs. Hargreaves:

Muchas gracias por su autorización. Se tomarán las máximas precauciones con el MS (¡me complace que imponga usted tal condición!). Mi intención es decididamente contraria a que se reproduzca la fotografía.[1]

Su fiel amigo,

C. L. DODGSON

# A Gertrude Thomson[1]

*Christ Church, Oxford*
*16 de julio, 1885*

Mi querida Miss Thomson:

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … Lo que me retiene aquí es una gran obra de zincografía que está realizando en mi estudio (al menos la parte fotográfica) un hombre expresamente venido de Essex, con ayudante y un montón de sustancias químicas. Requirió tiempo y me causó problemas encontrar a un experto en estas materias: yo estaba decidido a hacerlo muy pulcramente o a no hacerlo. Pero usted, a todo esto, se preguntará: ¿cuál será esa obra tan importante? El germen de *Alicia en el país de las maravillas* fue una narración improvisada que conté a las tres hijas del Decano Liddell en un viaje en barca: fue luego, a instancias de Miss Alice Liddell, que la escribí para ella en un manuscrito, con ilustraciones a pluma (¡y qué ilustraciones!) de mi propia invención, sin tener en aquella época la menor intención de imprimirlo. Pero algunos amigos me urgieron a ello; así que lo reescribí, ampliándolo, y publiqué el relato. Ahora que ya hemos vendido unos 70.000 ejemplares, se me ocurrió que a mucha gente le interesaría tener en facsímil el libro manuscrito: y en esto estoy actualmente. Tiene 92 páginas, y aunque hacemos dos a la vez, es un trabajo fastidioso que me obliga a estar todo el día presente, pues no permito que nadie salvo yo toque el manuscrito. Las manos de los operarios lo echarían a perder, y ahora no es de mi propiedad, de modo que siento una terrible responsabilidad al tenerlo prestado por su dueña que (me complace creerlo) lo estima como algo único. Por fortuna (pues eso evitará confusión) su título difiere del libro publicado: se llama las *Aventuras subterráneas de Alicia*. En un mes o dos, espero tener el placer de enviarle a usted (y también a dos o tres amigos más) el facsímil … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

# A Henry Savile Clarke[1]

*7 Lushington Road, Eastbourne*
*30 de agosto, 1886*

Querido Sr.:

Hay una, y solo una, condición que yo estimo absolutamente esencial para permitir que mi nombre aparezca como «sancionando» cualquier versión dramática de *Alicia en el país de las maravillas* o *A través del espejo*. Hay también uno o dos deseos que mencionaré para su consideración: pero la única condición esencial es que tendría que garantizarme por escrito que, tanto en el libreto como en la realización escénica, no va a permitirse ninguna ordinariez ni nada que lo sugiera.

Casi todas las pantomimas de Londres, tanto para niños como para adultos de gusto no envilecido, se malogran a causa de las indecencias introducidas en la arlequinada. Y al margen de ello, me asombra que los empresarios puedan pensar que sirven a sus propios intereses al condescender ante los gustos de jóvenes y adultos de sucia mentalidad en la galería cuando con certeza ofenden los gustos del público de butacas, etc. Constituye un perdurable honor para Mr. Gilbert,[2] y creo que la nación debería estarle agradecido por ello, que nos ofreciera unas piezas tan puras y absolutamente inocentes como *The Mikado*, a las que puede uno llevar sin peligro a damas y niños.

Dos deseos voy ahora a proponerle.

Uno es que esta obra no debería volverse una arlequinada. No es que tenga especial objeción contra una arlequinada decente, pero las dos cosas me parecen totalmente incompatibles. La pieza debería ser una opereta (al estilo de *The Mikado*), y no una pantomima.

El otro deseo es que solo uno de los dos relatos sea adaptado teatralmente.[3] No creo que a ningún niño le gusten sinceramente las mezclas. La memoria que ellos guardan de los relatos (como usted bien sabrá

si ha intentado contar a un mismo niño dos veces una historia) es fiel hasta en los más mínimos detalles, y cualquier desviación de lo que recuerdan es mal acogida. En las pantomimas londinenses constantemente se comete el error de mezclar dos cuentos infantiles. No hay a mi juicio un solo niño espectador que, ante tal hecho, no opine así: «Denos una u otra obra, pero no las dos, en una misma representación».

Por supuesto, si usted argumenta que, para una opereta, «no hay material suficiente en uno solo de los libros», me callaré, pues no soy experto en cuestiones dramáticas. Pero sigo creyendo que simplemente la lectura de los diálogos, en cualquiera de ellos, requeriría como mínimo una hora, y espero que no me considere muy vanidoso si añado que, en mi opinión, cualquier niño que conozca los libros preferirá oír esos diálogos reproducidos *verbatim* que cualquier otro material sustitutivo, pese a que sea mucho mejor como diálogo dramático.

Se me ocurre pedirle otra cosa. Algunas de las canciones son parodias de viejas canciones infantiles, que cuentan con sus propias tonadas, tan antiguas como su letra probablemente. Preferiría que, en caso de que introdujera alguna de ellas, respetara esas viejas melodías. Todas las poesías, en ambos libros, han sido publicadas muchas veces con música: la gente continuamente pide autorización para ello, y siempre malogra piezas como *Caminarás un poco más deprisa* por la manía de componer nuevas tonadas. Solo un excelente compositor podría escribir algo mejor que la dulce melodía antigua de *Vendrás a mi salón, dijo la Araña a la Mosca*.

Le estoy agobiando con una carta tan extensa, pero como veo que está usted *en rapport* con el Teatro Savoy, me atrevo a pedirle que me procure la dirección (es en Southsea, creo, pero quiero la calle y el número) de Mr. Warwick Gray, antiguamente del Savoy. Últimamente estaba aquí, con la Compañía de Ópera Infantil, por la que tuve cierto interés, y él iba a dejarme su dirección, pero supongo que se olvidó.

Mi dirección, como escritor de *Alicia*, es:

Lewis Carroll, Esq.
c/o Messrs. Macmillan and Co.
29 Bedford Street

Covent Garden
Londres.

Mi dirección privada (permanente) es:

Rev. C. L. Dodgson
Christ Church
Oxford.

pero espero estar en Eastbourne hasta el 10 de octubre.

¿Puedo pedirle que no dé publicidad a mi nombre auténtico? Me disgusta mucho la publicidad personal, y la evito tanto como puedo.

Considéreme atentamente suyo,

C. L. DODGSON

P.D. Tenga la bondad de decirme qué piezas teatrales ha escrito usted. Soy muy ignorante en cuanto a los nombres de autores dramáticos.

# A Alice Liddell

*Christ Church, Oxford*
*11 de noviembre, 1886*

Mi querida Mrs. Hargreaves:

Muchas gracias por haberme permitido insertar «Hospitales»[1] en el prefacio de su libro. Para concluir este desdichado facsímil, ¡me han ocurrido sobre tierra casi tantas aventuras como a su homónimo le ocurrieran bajo ella!

Primero, el grabador de Londres, que me habían recomendado para fotografiar página por página el libro y preparar las planchas de cinc, rehusó emprender el trabajo a menos que le confiase el libro, a lo cual me opuse rotundamente. Sentía que, en respuesta a su gran amabilidad al prestarme un libro tan singular, había contraído con usted la deuda de no permitir que fuera ni siquiera tocado por las manos de los operarios. En vano le propuse trasladarme a Londres con el libro, y acudir cada día al estudio para colocarlo en su lugar y pasar las páginas según lo exigiera su fotografía. Él dijo que no era factible porque «en el taller se fotografiaban obras de otros autores que, bajo ningún concepto, podían ser vistas por el público». Me comprometí a no mirar nada que no fuera mi propio libro; pero fue inútil: no llegamos a un acuerdo.

Luego me recomendaron a cierto Mr. Noad, excelente fotógrafo, pero dueño de un negocio tan mezquino que exigía que le pagara por adelantado, en sucesivas entregas, las planchas de cinc: él estaba dispuesto a venir a Oxford y efectuar aquí mismo el trabajo. Así que todo se hizo en mi estudio y estuve yo presente en todo momento para pasar las páginas.

Pero ¿no la habré abrumado ya con el asunto?

Mr. Noad realizó una serie de negativos de primera calidad y se los llevó para hacer las planchas correspondientes. Al principio las fue enviando con bastante regularidad, y cabía prever que el libro saliera en la Navidad de 1885.

El 18 de octubre de 1885 envié el libro a Mrs. Liddell, que me había dicho que las hermanas de usted se disponían a visitarla y podían entregárselo. Confío en que le haya llegado bien.

Poco tiempo después —pese a que yo había pagado por adelantado la totalidad de las planchas— se interrumpió de repente el envío, cuando aún faltaban veintidós páginas, ¡y Mr. Noad desapareció!

Mi opinión es que se ocultó para escapar de sus acreedores. Lo buscamos en vano. Así siguieron las cosas durante meses. En un momento dado, pensé acudir a un detective para localizarlo, pero me aseguraron que «todos los detectives son unos sinvergüenzas». No quedaba al parecer otra alternativa que pedirle a usted de nuevo que me prestara el libro y hacer que volvieran a fotografiar las páginas perdidas. Pero me resistía a privarla por segunda vez del libro, y temía también el riesgo de que se perdiera al enviarlo por correo, pues, aun «certificándolo», no existe una completa garantía.

En abril, el fotógrafo visitó a Macmillan y le dejó ocho planchas, para de nuevo desvanecerse.

Ello suponía que catorce páginas (repartidas a lo largo del volumen) todavía nos seguían faltando. Esperé un poco más, y luego puse el asunto en manos de mi abogado, que pronto encontró al hombre pero no obtuvo de él sino promesas. «Usted nunca conseguirá las planchas —me dijo el abogado — a menos que lo amedrente convocándolo a juicio.» Al fin, aunque de mala gana, me atuve a su consejo: la citación debía tener lugar en Stratford-le-Bow (lugar donde vive este hombre exasperante), y ello me suponía dos viajes desde Eastbourne, uno para conseguir la citación (mi presencia personal era necesaria) y otro para acudir al tribunal con el abogado el día fijado para la audiencia. El demandado no se presentó. El juez declaró entonces que se instruiría el caso en su ausencia. Luego pasé la nueva y penosa experiencia de ser requerido en la tribuna de los testigos, donde presté juramento y sufrí el interrogatorio de un feroz oficial que parecía pensar que, intimidándome lo suficiente, pronto lograría cogerme en falso testimonio. Tuve que darle al juez una pequeña conferencia sobre el fotograbado en cinc, y el pobre hombre declaró que el asunto era para él tan complicado que tenía que aplazarlo otra semana. Pero esta vez, a fin de garantizar la presencia del inencontrable demandado, lanzó contra él una orden de busca y captura, y el

comisario recibió órdenes de tenerlo bajo custodia y de alojarlo en la cárcel la víspera del día en que iba a reanudarse el caso. La noticia de esto efectivamente lo asustó, y envió los catorce negativos (no había realizado las planchas) antes del día fatídico. Me alegró el conseguirlos, pese a verme obligado a pagar por segunda vez las catorce planchas, y retiré mi acusación.

Las catorce planchas pronto quedaron listas y las puse en manos del impresor; y al fin todo volvió al orden. Espero ver pronto el libro concluido y poder enviarle un ejemplar muy especial (encuadernado en vitela blanca, salvo que usted prefiera otro estilo de encuadernación) hacia fines de este mes.

Considéreme siempre

Sinceramente suyo,

C. L. DODGSON

# [Del prefacio[1] a las Aventuras subterráneas de Alicia]

… Dejadme añadir —pues siento que me he dejado llevar por una vena demasiado grave para el prefacio de un cuento de hadas— la observación deliciosamente ingenua de una niña amiga muy querida, a quien pregunté, al cabo de dos o tres días de trato, si había leído *Alicia* y *A través del espejo*. «¡Oh, sí —replicó enseguida—, he leído los dos! Y creo —prosiguió con reflexiva lentitud—, creo que *A través del espejo* es más disparatado que las *Aventuras de Alicia*. ¿No lo cree usted así?» Pero esta era una cuestión que he considerado poco discreto por mi parte abordar.

# A Alexander Macmillan

*Christ Church, Oxford*
*29 de enero, 1887*

Querido Mr. Macmillan:

Realmente, cuanto más miro estos ejemplares de las *Aventuras subterráneas de Alicia* tanto más me saca de quicio su apresurada encuadernación. Ahora, al enviar un ejemplar a un amigo, y examinarlo, encuentro que en las pp. 20-21, 46-47, 48-49 y 80-81, la página derecha (a juzgar por los extremos interiores de arriba, que, juntos, deberías coincidir) está una línea más alta que la página de la izquierda. El efecto artístico de todos estos ejemplares se ha malogrado en buena parte.

Compruebo lo que le dije en una carta del 21 de noviembre de 1886: «He advertido a Messrs. Clay que ni una hoja debe ir a la imprenta sin que se haya subsanado antes dicho defecto, pues en ese caso sería inútil llevar los libros a encuadernar y yo me vería forzado a devolverlos. Y le advierto a usted también (para evitar malentendidos) que no voy a autorizar la venta de unos ejemplares así desfigurados: ello echaría al traste con todo, pues se trata esencialmente de una *édition de luxe*. Y se deduce por supuesto de ello que no voy a poder reconocer la impresión de tales hojas como fruto de un encargo mío o como un trabajo que estoy obligado a pagar».

Después de esta advertencia, creo que estaría en mi estricto derecho legal si insistiera en que se retirasen todos los ejemplares estropeados como el arriba descrito, y que no se contaran como parte de mi pedido. Pero, considerando las particulares dificultades para plegar el libro, y que ustedes (con las mejores intenciones) hicieron trabajar deprisa a los encuadernadores, no lo tomaré en cuenta.

Pero, le ruego que entienda (no vamos a discutir más sobre ello, cuando el tiempo apremia) que, si algo similar ocurre en el futuro, no tendré ninguna consideración, sino que iré personalmente, examinaré todo el proceso de

impresión y retiraré todos los ejemplares imperfectos y me negaré a que los calculen como parte de mi encargo.

Muy atentamente suyo,

C. L. DODGSON

P.D. Tenemos ya otras 1.000 Tarjetas Lógicas listas para enviar cuando quiera.

# «Alicia» en la escena[1]

«Mira aquí; aquí están otra vez todos los vestidos de Judy hechos pedazos.» Tales fueron las pensativas palabras que pronunció Mr. Thomas Codlin; y pueden servir perfectamente de lema para un escritor que se ha impuesto la insólita tarea de pasar revista a una serie de marionetas que son virtualmente de su propiedad: encarnación escénica de sus propios ensueños infantiles.

No es que la pieza en sí sea de ningún modo mía. Los arreglos, en forma dramática, de un relato escrito sin la menor intención de ser adaptado, constituyen una tarea que exige unas dotes que a mí me son negadas, pero que sí posee en grado eminente, en la medida en que yo puedo juzgar esto, Mr. Savile Clarke. No me siento calificado para enjuiciar su pieza, como tal pieza teatral; ni me atreveré a enjuiciar la labor de los actores como tales actores.

¿Qué es lo que me he propuesto, en tal caso, aquí? ¿Y a qué posibles demandas debería atender? Como escritor de ambos relatos ahora adaptados, y como creador (según presumo, pues, al menos conscientemente, no me los apropié de nadie) de «castillos en el aire» a los que tan hábilmente ha proporcionado, si no un nombre, al menos un «espacio local», mi respuesta será que puedo sin jactancia reclamar que poseo un especial conocimiento de mis propósitos y, así también, una especial comprensión de mis relativos logros. Y me imagino que a más de un lector de *The Theatre* le interesará compartir conmigo dicho conocimiento y dicha comprensión.

Más de un día habíamos remado juntos por aquellas tranquilas aguas —las tres pequeñas doncellas y yo— y más de un cuento mágico había sido improvisado en su honor —bien fuera en momentos en que estuviera «en vena» el narrador, y entonces las fantasías se agolpaban de improviso, bien fuera en otros en que la agotada Musa había de ser aguijada, y si avanzaba cansinamente era más porque tenía que decir algo que porque tuviera algo que decir—. Sin embargo, de ninguno de esos muchos cuentos quedó constancia escrita: vivieron y murieron, como moscas estivales, cada cual en

sus respectivas tardes doradas, hasta que un día, fortuitamente, una de mis pequeñas oyentes me rogó que se lo escribiera por entero. De esto hace ya muchos años, pero ahora, cuando escribo estas líneas, recuerdo claramente cómo, en un desesperado intento de crear una nueva forma de género feérico, había metido de cabeza a mi heroína, para empezar, dentro de una madriguera, sin tener la menor idea de lo que iba a suceder después. Y así, por dar gusto a una niña a la que quería (no recuerdo ningún otro motivo), lo estampé en manuscrito y lo ilustré con mis propios dibujos tan toscos —dibujos rebeldes ante todas las leyes de la Anatomía o del Arte (porque no recibí nunca clases de esa materia)—, el libro que acabo de publicar en facsímil.[2] Al transcribirlo, lo enriquecí con muchas ideas nuevas, que parecían brotar por sí mismas del tronco original; y otras muchas más se agregaron años después, cuando lo volví a reescribir para su publicación: pero (y esto puede interesar a algunos lectores de *Alicia*) cada una de las ideas y casi cada una de las palabras del diálogo me vinieron por sí solas. A veces una idea me venía por la noche, obligándome a levantarme y a encender la luz para anotarla; otras me venían en el curso de algún solitario paseo invernal y tenía que pararme y, con los dedos entumecidos del frío, pergeñaba unas pocas palabras para impedir que pereciera la recién nacida idea. Pero, fuera cual fuese el momento y la circunstancia, todo venía por sí solo. No puedo ajustar la invención al avance regular de un reloj al que se da cuerda por propia voluntad, ni creo que exista un solo escrito original (¿y qué otro escrito merece ser preservado?) producido así. Si uno toma asiento, sin pasión ni inspiración, y se obliga a escribir durante horas seguidas, solamente producirá (al menos estoy seguro de que yo simplemente produciría) alguno de esos artículos que llenan, en la medida en que estoy capacitado para juzgarlos, dos tercios de casi todas las revistas —cuanto más fáciles de escribir, más fastidiosas de leer—: lo que se dice «material de relleno», y eso es a mi juicio una de las cosas más detestables de la literatura moderna. *Alicia* y *A través del espejo* fueron compuestos casi íntegramente a partir de trozos y fragmentos, ideas sueltas que me vinieron por sí solas. Quizá hayan sido pobres; pero al menos eran lo mejor que tenía yo para ofrecer: y no puedo desear que se escriba de mí un mayor elogio que el que encierran estos versos de un Poeta, escritos también sobre un Poeta:

*Donó a los otros lo mejor de sí:*
*se guardó lo peor, dio lo mejor.*

Me he desviado algo del tema, lo sé. Sin embargo, concededme un minuto más para que os cuente de propia experiencia un pequeño incidente. Paseaba solo por la falda de una colina un espléndido día de verano, cuando de pronto se me pasó por la cabeza un verso aislado: «Porque el Snark —sabéis— no era más que un Bujum». Desconocía entonces su sentido; pero lo anoté, y algo después, se me ocurrió el resto de la estrofa, cuyo final era aquel verso. Y así, a ratos perdidos, en el curso del año o de los dos años siguientes, se fue completando trozo a trozo el resto del poema, cerrado por aquella estrofa. Y desde entonces he recibido periódicamente corteses cartas de lectores desconocidos que quieren saber si *La caza del Snark* es una alegoría, o contiene algún oculto sentido moral, o es una sátira política: y a todas estas preguntas no puedo dar sino una respuesta: «¡No sé!». Y ahora, sin más divagaciones, vuelvo a mi texto.

Sal, pues, de las sombras del pasado, «Alicia», niña de mis sueños. Muchos años han transcurrido desde aquella «tarde dorada» que te dio vida, pero la puedo evocar casi tan claramente como si fuera ayer: el azul de un cielo límpido arriba, el miraje del agua a nuestros pies, el perezoso discurrir de la barca, el gotear de los remos tan torpemente manejados de un lado a otro y, como único y brillante destello de vida en toda aquella somnolienta escena, los tres rostros impacientes, ávidos de noticias del país de las hadas, sin querer escuchar ni un solo «no» y en cuyos labios las palabras «Cuéntanos una historia, por favor», ¡tenían toda la terminante inmutabilidad del Destino!

¿Qué fuiste tú, soñada Alicia, a los ojos de tu padre putativo? ¿Cómo podrá él retratarte? Amorosa, primero, amorosa y gentil: amorosa como un perro (perdona la prosaica comparación, pero no conozco ningún amor terreno tan puro y perfecto) y gentil como un cervatillo; también cortés, cortés con todo ser viviente, alto o bajo, grande o grotesco, Rey u Oruga, como si ella misma fuera hija de Rey y sus vestidos fueran de oro; asimismo llena de confianza, dispuesta a aceptar las peores inverosimilitudes con esa fe profunda que solo conocen los soñadores; y finalmente, curiosa, intensamente

curiosa, y con esa ansia de vivir que solo se da en las felices horas de la infancia, cuando todo es nuevo y bello, y cuando Pecado y Pesar no son sino nombres, ¡nombres totalmente desprovistos de significación!

Y el Conejo Blanco, ¿qué decir de él? ¿Fue concebido en la misma línea de Alicia o surgió por contraste? No cabe duda que por contraste. Frente a la «juventud» de ella, la «audacia», el «vigor» y la «viva franqueza de sus intenciones», léase «adulto», «tímido», «débil» y «nervioso» y «vacilante», y entenderéis algo de lo que quise que fuera. Creo que el Conejo Blanco debe llevar lentes. Estoy seguro de que le tiemblan la voz y las rodillas; y por su aspecto, ¡no es capaz ni de asustar a un ganso!

Ni siquiera de una persona tan cortés como el editor de *The Theatre* puedo pretender que se me conceda la mitad del espacio que necesitaría (eso suponiendo que lo resistiera la paciencia del lector) para analizar una por una a todas mis marionetas. Permitidme que elija, de ambos libros, un trío real: la Reina de Corazones, la Reina Roja y la Reina Blanca. Es imposible pretender que mi Musa cante las excelencias de las tres Reinas y que trace sus respectivos rasgos personales en tan reducido espacio. Por supuesto, cada una había de conservar, a través de todas sus excentricidades, cierta dignidad real. Eso era esencial. Y, en cuanto a rasgos distintivos, me imaginé a la Reina de Corazones como la personificación de la cólera ingobernable —una Furia ciega y sin objeto—. También imaginé a la Reina Roja como una Furia, pero de otra índole: su cólera debía ser fría y sosegada, puntillosa y rígida, pero no cruel; pedante hasta el extremo, ¡el prototipo de las institutrices! Por último, la Reina Blanca le ofrecía a mi ensoñadora imaginación como mansa, estúpida, gruesa y pálida; indefensa como un niño; con la apariencia de una persona lenta, divagadora, embobada, rasgos que sugieren imbecilidad pero sin permitir que cayera por entero en tal categoría, lo que a mi juicio habría sido fatal para el efecto cómico que por otra parte podría producir. Hay un personaje que se le parece extrañamente en la novela de Wilkie Collins, *Sin Nombre*: al converger por dos caminos diferentes, conseguimos de algún modo el mismo ideal, y Mrs. Wragg y la Reina Blanca podrían ser hermanas gemelas.

Como escapa a mi propósito presente señalar defectos en la actuación de quienes con tanto entusiasmo y esfuerzo convirtieron este «sueño teatral», en

un vivo éxito, no mencionaré sino a dos o tres intérpretes que me parecieron especialmente felices al encarnar los personajes del relato.

Ninguno, creo, fue mejor intérprete que Mr. Sydney Harcourt, al encarnar al Sombrerero y a Tweedledum. Verlo en el papel del Sombrerero era una extraña y misteriosa experiencia, como si algún grotesco monstruo, visto en sueños la noche anterior, se paseara por la habitación en pleno día y dijera tranquilamente «¡Buenos días!». No necesito describir cómo quería que fuera el Sombrerero, puesto que, en la medida en que ahora puedo recordarlo, era exactamente lo que Mr. Harcourt ha hecho de él; y puedo decir casi lo mismo de Tweedledum, pero el Sombrerero me sorprendió más, quizá solo porque salió primero a escena.

Otros hubo que llevaron a cabo casi tan bien mis ideas, pero no intento hacer aquí un análisis completo: concluiré con unas pocas palabras sobre las dos niñas que representaron a Alicia y al Lirón.

Sería difícil elogiar con la debida justicia la actuación de Phoebe Carlo. En cuanto a simple esfuerzo mnemotécnico, fue seguramente una maravillosa proeza para una niña tan joven aprender no menos de doscientos cincuenta parlamentos —casi tres veces más que Beatrice en *Mucho ruido y pocas nueces*—. Pero lo que más admiré, por tocar más de cerca a mi heroína ideal, fue su perfecta asunción de la gran vitalidad y presteza para gozarlo todo, propia de una niña en búsqueda de fiesta. Dudo que ninguna actriz adulta, por experimentada que fuera, pudiese encarnar tan perfectamente dicho rasgo. Nosotros miramos atrás y adelante, y anhelamos lo que no existe; un niño nunca actúa así: y solo un niño puede pronunciar con toda sinceridad las palabras que la pobre Margaret Fuller Ossoli tanto ansiaba hacer suyas: «¡Soy totalmente feliz *ahora*!».

Y por último (mas no en último lugar, ¿pues hubo nunca alguna niña que consiguiera tal éxito teatral?) llegamos a nuestro primoroso Lirón. «Primoroso» es posiblemente el único epíteto que se le ajusta por completo: con su radiante cara de bebé, el delicado nerviosismo de su habla y el perfecto realismo con que ella encarna la esencia del Sueño, es seguramente el más primoroso Lirón que jamás haya dicho: «¡Duermo cuando respiro!». Con las primeras palabras de su parlamento inicial, un súbito silencio llena el espacio (al menos así ha ocurrido cada vez que yo he estado allí) y los tonos

infantiles suenan extrañamente claros en la quietud. Y sin embargo, dudo que el encanto se deba solo a la incisiva claridad de su articulación; para mí, aún mayor era el total abandono y la perfección consciente de su actuación. Si Dorothy sigue un lema es el de la perfección. Espero que pronto llegue el día en que tenga ella un papel teatral más importante que el de Lirón, cuando algún audaz empresario reponga el *Sueño de una noche de verano* ¡y cumpla el obvio servicio al público afianzando a Dorothy d'Alcourt como Puck!

Si algunos pastores aprendieran de esta niña como lección a modular, ello sería ciertamente en beneficio de nuestras iglesias; y aún mejor para nosotros si nos propusiéramos escuchar algunas cosas que ella puede enseñarnos y aprendiéramos con su ejemplo a poner en práctica, más de lo que solemos, el espíritu de una máxima que una vez encontré en un viejo libro: «Siempre que halle tu mano algo que hacer, hazlo con todas tus fuerzas».

# A los redactores de Jabberwock

*[c/o Macmillan & Co.]*
*29 Bedford Street, Covent Garden, Londres,*
*6 de febrero, 1888*

Mr. Lewis Carroll tiene el gran placer de dar permiso a los redactores de la revista propuesta para usar el título que desean. Considera que la palabra anglosajona «wocer» o «wocor» significa «vástago» o «fruto». Tomando «jabber» en su acepción común de «discusión acalorada y voluble», daría el sentido de «el resultado de una discusión muy acalorada». Si tal frase posee o no alguna aplicación para el proyectado periódico es algo que determinará la futura historia de la literatura norteamericana. Mr. Carroll desea a la futura revista el mayor éxito.

# Testimonios

# Alice Liddell

Muchas de las historias de Mr. Dodgson fueron dichas en el curso de las excursiones por río a Nuneham o a Godstow, cerca de Oxford. «Prima» era mi hermana mayor, ahora Mrs. Skene; «Secunda» era yo, y «Tertia» mi hermana Edith.[1] Creo que el relato de *Alicia* se inició una tarde estival en que el sol quemaba tanto que tuvimos que descender de la barca a un prado junto al río, a la sombra de un recién creado almiar, la única que encontramos. Allí, por boca de las tres, surgió el ruego de siempre: «Cuéntenos un cuento», y así inició el delicioso cuento inmortal. A veces, para hacernos rabiar —y tal vez porque estaba realmente cansado—, Mr. Dodgson se detenía de pronto y decía: «Basta por hoy: el resto, mañana». «¡Ya es mañana!», exclamábamos las tres, y tras alguna discusión, reanudaba el relato. Otro día, creo que la historia empezó en la barca, y Mr. Dodgson, en mitad de una aventura apasionante, nos dejó consternadas al simular que se estaba durmiendo.

Casi todas las *Aventuras subterráneas de Alicia*[2] fueron contadas aquella abrasadora tarde estival, con la calina reluciendo sobre el prado, donde el grupo arribó para guarecerse por un rato a la sombra de unos almiares próximos a Godstow. Pienso que las historias que nos contó esa tarde debieron de haber sido mejores que las habituales, porque conservo un recuerdo claro de esa excursión y también porque al día siguiente empecé a acosarlo para que me las pusiera por escrito, cosa que nunca había hecho antes. Fue gracias a mis repetidos «vamos, vamos» con que le importuné que, tras decir que se lo pensaría, me dio al final la vacilante promesa de que se pondría manos a la obra.

# Robinson Duckworth[1]

Hace treinta y cinco años, cuando yo era profesor en Oxford, recibía frecuentes misivas del Rev. C. L. Dodgson, pero me temo que todas fueron destruidas,[2] y desde que dejé Oxford en 1866 muy raramente me comuniqué con él.

Estuve muy estrechamente conectado con él durante el período de elaboración y publicación de *Alicia en el país de las maravillas*. Yo era el primer remero y él remaba en proa durante el viaje estival a Godstow, con las tres Liddell en calidad de pasajeras, y la narración fue realmente creada y dicha a mis espaldas a beneficio de Alice Liddell, que actuaba como «timonel» en nuestra lancha. Recuerdo que en un momento dado ella se volvió para preguntar: «Mr. Dodgson, ¿esta historia es de su propia invención?». Y él repuso: «Sí, la creo a medida que la digo». Recuerdo asimismo que, al regresar con las tres niñas al Decanato, Alice dijo mientras nos daba las buenas noches: «¡Oh, Mr. Dodgson, quiero que me ponga por escrito esas aventuras de Alicia!». Él contestó que lo intentaría y, más tarde, me confesó que había estado sentado casi toda la noche, dedicado a rememorar en un manuscrito las extravagantes aventuras con que tanto había avivado aquella tarde. Le puso ilustraciones de su pluma y presentó el libro, que solía estar a la vista sobre la mesa del salón del Decanato.

Un día Henry Kingsley,[3] en una visita al Decano, cogió el manuscrito, lo leyó y enseguida habló con Mrs. Liddell para que persuadiera al autor a que lo publicara. Al oír esto, Dodgson me escribió pidiéndome que leyera el libro y le diera sinceramente mi opinión sobre si valía o no la pena publicarlo, puesto que él se sentía muy dudoso y no podía arriesgar su dinero en la empresa. Le garanticé que si lograba convencer a John Tenniel para que lo ilustrase, la obra sería con toda seguridad un éxito, y al instante envió el MS a Tenniel, quien pronto le contestó en términos de cálida admiración, y le dijo que constituiría para él un placer ilustrar una historia tan deliciosa. Cada vez que llegaba una serie de dibujos de Tenniel, Dodgson me enviaba una nota

invitándome a cenar y luego se recreaba ante las imágenes que ahora todo el mundo conoce tan bien.

Yo figuro como el «pato» en las *Aventuras*, Lorina Liddell (ahora Mrs. Skene) es el «loro» o papagayo y Edith Liddell (ahora ya desaparecida) es el «águila».

¡Ojalá hubiera conservado algunas de las interesantes misivas que Dodgson tuvo ocasión de escribirme antes y después de la publicación del libro que le hizo famoso! Pero en aquellos días nadie preveía el interés que su nombre había de suscitar en el futuro.

# Notas

[1.] Aquí empalma y se inicia *La avispa con peluca*, el episodio que Lewis Carroll suprimió, cuando ya el libro estaba en galeradas, por sugerencia del dibujante John Tenniel. El episodio se publicó por primera vez en inglés en el suplemento dominical del *Telegraph*, Londres, 4-IX-1977. <<

[2.] Aquí concluye el episodio de *La avispa con peluca*. <<

[1.] Como despedida y broche del libro, este poema reproduce en acróstico el nombre completo de Alicia: ALICE PLEASANCE LIDDELL. <<

[1.] El poema reproduce en acróstico su nombre: GERTRUDE CHATAWAY.
<<

[*] De esta tarea se hacía cargo el Limpiabotas, que hallaba en ella un refugio ante las continuas quejas del Panadero, relativas al brillo insuficiente de sus tres pares de botas. <<

[1.] Prolífico dramaturgo inglés (1817-1880). <<

[2.] Un mes después, Dodgson entró en contacto con John Tenniel (1820-1914). El 5 de abril de 1864, Dodgson anota en su diario: «Enterado por Tenniel de que consiente en hacer las ilustraciones». <<

[1.] De la extensa correspondencia entre Dodgson y el editor Macmillan (conservada en el Rosenbach Museum de Filadelfia) no se publican en *The Letters of L.C.* sino unas pocas muestras representativas. Al parecer, dicha correspondencia cubre infinidad de detalles sobre los libros publicados de Dodgson y sobre los que no pasaron de proyecto. <<

[1.] La primera edición (2.000 ejemplares) de *Alicia en el país de las maravillas* salió en The Clarendon Press, Oxford. El 24-V-65, Dodgson escribió a Macmillan pidiéndole que le anticipara 50 ejemplares para regalar a sus amigos; en julio, Tenniel se mostró insatisfecho por la impresión de sus dibujos e, inmediatamente, Dodgson instó y convenció a Macmillan de que reimprimiera *Alicia* (los 2.000 ejemplares, sin embargo, no fueron destruidos sino que, vendidos a Appleton, el editor neoyorquino, constituyeron con una nueva portada la primera edición americana). La segunda —o primera— edición inglesa, se publicó en el otoño de 1865 (aunque en la portada se lea «1866»). Dodgson y Tenniel se mostraron satisfechos con esta impresión. <<

[1.] Las traducciones alemana y francesa de *Alicia* salieron respectivamente en febrero y agosto de 1869. De la segunda, a cargo de Henri Bué, hay reedición moderna: Nueva York, Dover Press, 1972. <<

[2.] La redacción de *Alicia a través del espejo* avanzó lentamente. Las referencias a ella, en el epistolario de Carroll, se sitúan a partir de diciembre de 1867. <<

[1.] Este texto, fechado en 1876 figura al final del volumen que Macmillan estampó en 1886 del manuscrito de *Alicia (Alice’s Adventures Underground [Aventuras subterráneas de Alicia])*. <<

[1.] Esta es la más antigua muestra conservada del epistolario de Lewis Carroll a Alice Liddell (de casada Mrs. Hargreaves). La carta fue escrita con motivo del envío del libro *Rhyme? and Reason?* Al parecer, según atestiguó la propia destinataria en 1932, hubo otras cartas anteriores: «Mi madre, por desgracia, rompió todas las cartas que Mr. Dodgson me escribió cuando yo era pequeña. No puedo recordar de qué trataban, pero es para mí una idea horrible pensar que probablemente acabaron en alguna papelera del Decanato». Se desconoce con exactitud la razón, o las razones, por las que la madre destruyó dichas cartas, y el misterio se agrava por el hecho de que los diarios de Carroll que cubren los meses de su estrecha amistad con los Liddell y del período que conduce a la gestación de *Alicia en el país de las maravillas* (del 18 de abril de 1856 al 8 de mayo de 1862) se han perdido. Parece que un claro distanciamiento ocurrió en junio de 1863, pero la página del Diario en que debió de consignar esa ruptura fue arrancada de los volúmenes. Aunque Alicia y Dodgson dejaran de frecuentarse, este le mandó numerosos regalos en años posteriores: el manuscrito de las *Aventuras subterráneas de Alicia* (26-XI-64), un ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* (4-VII-65), otro de *A través del espejo* (8-XII-71), etc. <<

[1.] Se refiere al pequeño retrato oval de Alice Liddell: fotografía tomada por Dodgson cuando ella tenía siete años. Como el retrato separaba las dos últimas palabras del relato, el autor, al omitir aquel, tuvo que aproximarlas, y así apareció en la primera edición del manuscrito de las *Aventuras subterráneas de Alicia* (Macmillan, 1886). Por otra parte, en 1975 se descubrió que, debajo de la fotografía de Alice Liddell, había un primitivo dibujo original de Dodgson referido a la misma. <<

[1.] Emily Gertrude Thomson (1850-1929) fue retratista, ilustradora de libros y diseñadora de vidrieras de colores. Ella y Dodgson se conocieron en junio de 1879 y enseguida entablaron amistad. Con Gertrude Thomson hay que conectar la tardía afición del escritor a dibujar desnudos de niños, coincidiendo con su renuncia a la fotografía. <<

[1.] Henry Savile Clarke (1841-1893) —dramaturgo menor, crítico y periodista— había escrito a Dodgson, dos días antes de esta carta, pidiéndole autorización para adaptar en una opereta de dos actos los dos libros de *Alicia*.
<<

[2.] William Schwenck Gilbert (1836-1911), artista y dramaturgo, autor de famosos libretos puestos en música por A. S. Sullivan. <<

[3.] Deseo al parecer incumplido cuando la obra se estrenó. <<

[1.] Un «postscripto» al prefacio que escribió Carroll para la edición de las *Aventuras subterráneas de Alicia* señala que los beneficios del libro serán dados a los hospitales para niños y los hogares de convalecencia para niños enfermos. <<

[1.] Ofrezco aquí solo el párrafo final del Prefacio —moralizante y sentimental—, fechado en «diciembre, 1886», que Dodgson puso al frente de la edición del manuscrito de *Alicia* (*Alice's Adventures Underground*, Macmillan, 1886). <<

[1.] *«Alice» on the Stage* apareció en el número de abril, 1887, de la revista *The Theatre*. El articulo es importante por la relación que hace Dodgson de la génesis del relato y de algunos personajes. Fue escrito con motivo de la adaptación teatral que para los niños emprendió Henry Savile Clarke (1841-1893): *Alice in Wonderland: A Dream Play for Children*, en dos actos, con música de Walter Slaughter, estrenada el 23 de diciembre de 1886. Es interesante confrontar el juicio contenido en este artículo y el que dejó en los diarios, con la primera impresión que le causara la pieza: «El primer acto ("Maravillas") discurre bien, en especial *Un té de locos*… La pequeña Dorothy D'Alcourt (seis años y medio) es un delicioso Lirón. Phoebe Carlo es una espléndida Alicia… El segundo acto resulta muy insípido. Las dos reinas… estaban muy mal (al igual que en el primer acto la Reina y la Cocinera); y la Morsa, etc., no tuvo un final definido. Pero, en conjunto, la pieza resulta un éxito» (*Diaries*, p. 445). <<

[2.] Se refiere naturalmente al texto primitivo de *Alicia* (*Aventuras subterráneas*…) cuyo manuscrito acababa de publicar en edición facsímil (Macmillan, 1886). <<

[1.] Alice Liddell, de casada Mrs. Hargreaves, sigue aquí, para toda su rememoración, la pauta del poema inicial de *Alicia en el país de las maravillas*. El presente texto figura en el libro de Stuart Collingwood *The Life and Letters of Lewis Carroll* (1898). <<

[2.] Dictado a su hijo Caryl Hargreaves, en *Cornhill Magazine* (julio de 1932).
<<

[1.] La presente carta, escrita a la muerte de Dodgson y dirigida al sobrino y biógrafo del escritor, Stuart Dodgson Collingwood, figura en el tomo misceláneo que este recopiló en 1899: *The Lewis Carroll Picture Book*. Robinson Duckworth (1834-1911), antiguo amigo de Dodgson, fue el único adulto que estuvo presente en el celebrado viaje en barca del 4-VII-62. <<

[2.] En la edición inglesa del epistolario de Lewis Carroll solo figura una muy breve nota a Robinson Duckworth (12-IV-64). <<

[3.] Los críticos han señalado que aquí tal vez Duckworth se equivoque al mencionar al novelista Henry Kingsley (1830-1876), amigo de Dodgson y autor también de algunos relatos infantiles. Otros amigos del escritor, la familia MacDonald, mencionados en los *Diarios* (9-V-63), fueron los que con seguridad más alentaron a Carroll a publicar su manuscrito de *Alicia*. <<